

**Plan Total de la Evangelización Completa
PLANTEC -**

Los Seis Secretos del Reino

Descubre los componentes del evangelio completo
y ejerce con poder el arte de la evangelización total

Ricardo Rubio
2021

Contenido:

A la memoria de mamá.....	7
Presentación.....	9
Propósito.....	13
Introducción.....	15
1. KERIGMA.....	17
1.1 ¿Cree usted que si muere hoy, tiene vida eterna?.....	19
1.2 ¿Qué debe hacer para vivir en la vida eterna?.....	21
1.3 Evangelice con los dedos de la mano.....	23
1.4 La vida eterna es por gracia.....	25
1.5 Todos hemos pecado.....	27
1.6 Dios amor es justo.....	29
1.7 Jesucristo, solución al dilema.....	31
1.8 La fe es la llave para la vida eterna.....	33
1.9 La Biblia como medio de gracia.....	35
1.10 La oración como medio de gracia.....	37
1.11 La congregación como medio de gracia.....	39
1.12 El compañerismo como medio de gracia.....	41
1.13 El testimonio como medio de gracia.....	43

2. DIDASKALIA.....	45
2.1 ¿En dónde radica la capacidad de aprender?.....	49
2.2 ¿Cómo se puede aprender a aprender?.....	51
2.3 La diferencia entre maestro y profesor.....	53
2.4 Jesús, el Maestro de maestros.....	55
2.5 Quien aprende es disponible y enseñable.....	57
2.6 La Didajé o enseñanza de los apóstoles.....	59
2.7 La Didascalia Apostolorum.....	61
2.8 ¿Cómo se llega al conocimiento de Dios?.....	63
2.9 El carácter como cimiento fundamental.....	65
2.10 Aprendiendo a caminar caminando.....	67
2.11 Ejercicios que avivan la acción de la fe.....	69
2.12 La utilidad de hacer preguntas.....	73
2.13 ¿Cómo pasar de la imitación a la interpretación?.....	77
 3. PARENESIS.....	 81
3.1 La adoración es el culto público de la Iglesia.....	87
3.2 La adoración es el culto espiritual de la Iglesia.....	91
3.3 La adoración es el culto permanente de la Iglesia.....	95
3.4 La oración es el fluido que nos conecta a Dios.....	99
3.5 El canto, melodía que nos enfoca hacia Dios.....	103
3.6 Predicar es publicar lo que Dios dice en secreto.....	107
3.7 ¿Qué sucede cuando se predica con autoridad?.....	113
3.8 ¿Quién es el encargado hoy de la predicación?.....	119
3.9 ¿Qué significa predicar el evangelio?.....	123
3.10 ¿Por qué es nuestro deber predicar?.....	127
3.11 La predicación según el propósito.....	133
3.12 La predicación según el mensaje.....	139

3.13 La predicación según el diseño.....	143
4. KARISMA.....	149
4.1 La capacidad de motivar y suscitar admiración.....	153
4.2 Rasgos y señales de una persona con carisma.....	157
4.3 Habilidades sobrenaturales provistas por Dios.....	161
4.4 La facultad de administrar los dones.....	165
4.5 Los frutos como resultado de los dones.....	169
4.6 Los talentos en función de sus actividades.....	173
4.7 Las virtudes como fruto del arte de aprender.....	177
4.8 Las cualidades visualizan las virtudes.....	183
4.9 Los carismas fortalecen a la evangelización.....	187
4.10 Los carismas producen los ministerios.....	191
4.11 Los carismas renuevan a la Iglesia.....	195
4.12 Los carismas animan y santifican a la iglesia.....	199
4.13 Aparente dilema entre el carisma y el poder.....	203
5. DIAKONÍA.....	209
5.1 El nuevo sentido del servicio y su valor.....	215
5.2 El nuevo valor del servicio físico.....	219
5.3 El servicio debe ser permanente.....	223
5.4 El servicio entabla relacionales.....	227
5.5 El servicio debe ser a tiempo.....	231
5.6 La utilidad del servicio práctico.....	237
5.7 El servicio es de sentido común.....	241
5.8 El servicio vital de las mesas.....	247
5.9 El servicio que ayuda al bien social.....	251
5.10 De las acciones eficientes al servicio eficaz.....	255

5.11 Áreas funcionales del servicio.....	261
5.12 El servicio asistencial urgente.....	265
5.13 El servicio es medible y evaluable.....	271
 6. KOINONÍA.....	 277
6.1 La unidad es más que estar juntos.....	281
6.2 Unidos por la Palabra.....	287
6.3 El estímulo de la palabra oral.....	293
6.4 La palabra visual del testimonio.....	297
6.5 La fuerza de la palabra escrita.....	303
6.6 Unidos por el Sacramento.....	309
6.7 La unidad del signo y de su contenido.....	313
6.8 La forma estructural del sacramento.....	317
6.9 El símbolo evoca valores y sentimientos.....	321
6.10 Unidos por la Congregación.....	325
6.11 La Iglesia es convocada.....	329
6.12 La Iglesia es equipada.....	333
6.13 La Iglesia es enviada.....	337
 Respuestas Correctas.....	 341
 Conclusiones.....	 345
 Proyecto PLANTEC.....	 351

A la memoria de mamá

Hoy murió mamá, mejor dicho, ayer, pero siento como si hubiera muerto hoy. Es que a mamá siempre la quiero viva y la recuerdo en uso de sus facultades mentales. Y así es como aspiro siempre evocarla, muy humana y al mismo tiempo divina. Mamá no sería nuestra madre, ni abuela, ni suegra, ni familiar, ni amiga sin sus fortalezas y debilidades, sin sus aciertos y equivocaciones, muy segura de sí misma y dependiendo siempre de papá. Dando consejos a sus hijos, a nietos y a cercanos, pero ella haciendo lo contrario. Regañona, exigiendo respeto y pidiendo comprensión. Reclamando que no le fregarán la vida, porque eso la indignaba en gran manera, pero no pensando ella misma en evitar agobiarle la vida a los demás. Nunca perdía una discusión y todas las peleas las ganaba, pero después se hacía del lado del vencido y perdedor.

No siento vacío por su partida, experimento libertad. Me he liberado de hacer algo que le causara daño y estar pensando en qué le hacía falta para darle calidad de vida. Con el deceso de mamá, no lamento que he perdido a un ser querido, al contrario, hoy aprecio más que nunca lo que nos dejó: su herencia genética, su carácter y su temperamento. Hoy siento que cada uno de nosotros llevamos un pedazo de ella. Aunque a unos se nos nota más con absoluta claridad.

Por fe, la misma que mamá me transmitió desde que me enseñaba las primeras oraciones, me confirma que mamá está en el cielo, gozando de la vida eterna, junto con Jesucristo en su reino. Ya está en el lugar donde no hay dolor, ni tristeza, ni angustia, ni preocupación. Hoy mamá está viendo todo, porque aquí solo vemos parcialmente, pero en la otra vida entenderemos la totalidad. Hoy se le ha manifestado Dios en su plenitud y mamá lo está viendo tal como Él es (1 Juan 3:2). Con cariño y gratitud recibo todos los sentimientos de amistad y generosidad, ustedes son un gran consuelo para toda nuestra familia. Muchas gracias.

Presentación:

Evangelizar es implantar el reino de los cielos entre nosotros. El reino de los cielos es una entidad vibrante y una organización espiritual, que se hace visible en la iglesia, se mueve por el Espíritu Santo y se denomina el cuerpo de Cristo.

Cuando los miembros congregantes cumplen con la obra de la evangelización, el cuerpo de Cristo, que es la iglesia, se fortalece, crece y alcanza madurez.

Cuando las personas, que se llaman cristianas, descuidan la evangelización, el cuerpo visible de Cristo, se debilita, disminuye y pierde presencia en el mundo.

Para que el reinado de Jesucristo sea flama clara y ondulante en el tiempo y en el espacio terrenal humano y su reino resplandezca reluciente, fuerte, vital y vigoroso, los cristianos debemos permanecer activos todos los días y en cada lugar, proclamando el mensaje divino que nos encomendó el Maestro de Galilea.

Una de las formas como se transmitió el mensaje evangelizador que anunció Juan Bautista, luego proclamó Jesús y después sus discípulos, se encuentra guardado en los escritos sagrados que con celo y amor ha conservado la iglesia a lo largo de su historia y el cual se hace público cuando evangelizamos.

Son seis los sistemas que forman el cuerpo del mensaje cristiano que presenta la Biblia. Este mensaje está formado por un organismo entre tejido por hilos invisibles y puntos conectados por transmisores

espirituales. Dicho sistema, para unos, ha estado escondido, pues, aunque hayan leído y oído el Evangelio y pertenezcan a una iglesia, todavía no se les ha revelado. Para otros, las partes que conforman el reino de Dios les es desconocida, debido a que les falta acercarse al texto bíblico con el mismo espíritu de Cristo y la disposición de sus discípulos.

Para saber a ciencia cierta, conocer en profundidad y entender plenamente las intenciones de los autores sagrados se debe escudriñar con honesta seriedad y audaz determinación espiritual los siguientes seis puntos, que se encuentran misteriosamente a lo largo de los libros bíblicos, como un tesoro escondido, que sólo lo pueden hallar quienes se atreven a buscarlo con decisiva intencionalidad, firmeza y determinación y, en definitiva, con entrega total de su vida.

Porque cuando se trata de la evangelización no sólo se refiere a cierta disponibilidad o voluntariedad al servicio de la obra de Dios, sino de entregarse por completo a la misión evangelizadora, entendiendo y aplicando los siguientes seis componentes del reino:

1. - Kerigma, es la incidencia del encuentro con Jesús.

Se trata del ímpetu de ANUNCIAR: "Les anunciamos al que existe desde el principio, a quien hemos visto y oído. Lo vimos con nuestros propios ojos y lo tocamos con nuestras propias manos. Él es la Palabra de vida" (1 Juan 1:1).

2. - Didaskalia, es la pedagogía del conocimiento cristiano.

Corresponde a la didáctica de ENSEÑAR: - "Enseñen a los nuevos discípulos a obedecer todos los mandatos que les he dado" (Mateo 28:20).

3. - Parénesis, es el entendimiento del mensaje de Jesús.

Hace referencia al entusiasmo de PREDICAR: - "Vayan por todo el mundo y prediquen la Buena Noticia a todos" (Marcos 16:15).

4. - Carisma, es la integridad de la Palabra de Dios.

Se relaciona a la experiencia de TESTIFICAR: - "Ustedes son testigos de todas estas cosas" (Lucas 24:48). - "Serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes" (Hechos 1:8).

5. - Diaconía, es el despliegue del liderazgo cristiano.

Tiene que ver con la confianza de SEGUIR: - "Sígueme" (Juan 21:19). - "En cuanto a ti, sígueme" (Juan 21:22).

6. - Koinonía, es la señal de Jesús en el mundo.

Consiste en el discernimiento de ENVIAR: - "Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes" (Juan 20:21). - "Así como tú me enviaste al mundo, yo los envío al mundo" (Juan 17:18).

Este material abarca un programa completo, para entender los elementos que integran la evangelización total. Es un recurso para entrenar, capacitar y equipar a personas que estén dispuestas a invertir su vida en la difusión del precioso nombre de Jesús (Juan 15:21). Se trata de una mirada a la Palabra de Dios desde la perspectiva espiritual de la experiencia de los autores sagrados.

Tiempo atrás, cuando me sorprendió la invitación para trabajar en la obra cristiana, durante el proceso de discernimiento, me interpelaba a mí mismo sobre ¿cuál sería el oficio o el área ministerial que Dios me estaba pidiendo? ¿A dónde tendría que ir? ¿Qué iba a hacer? Esperando, sin respuesta, con poca clarividencia y sin explorar lo suficiente, decidí aceptar la propuesta.

Más tarde, descubrí que cuando Jesús llama, sólo hay un trabajo, un lugar y un quehacer: evangelizar. Lo que hemos llamado iglesias, funciones, ministerios o frentes pastorales, son fragmentos de un todo, que es el trabajo evangelizador. La única labor que nos pide Jesús es que comuniquemos su nombre a quienes no lo conocen (Hechos 9:15), como él dio a conocer el nombre de Dios (Juan 17:26).

Nombre que, desde el principio del cristianismo, han querido opacarlo los adversarios de la verdad (Hechos 4:18), a veces sugiriendo y, muchas otras, ordenando estrictamente no enseñar en el nombre de Jesús (Hechos 5). El nombre que hasta la fecha sigue teniendo rechazo, ya sea por los enemigos explícitos o por la indiferencia, la incredulidad o el enfriamiento de los mismos creyentes.

Sin embargo, al igual que ayer, hoy también sigue habiendo personas que persisten en anunciar, enseñar, adorar, recibir dones, servir y comulgar con la Palabra de Dios. Nuestro trabajo es hablar de Jesús, al mismo tiempo que vamos al encuentro de Dios quien viene a buscar-nos.

El evangelizador propicia el encuentro entre Dios y las personas, es un obrero que ayuda a madurar la relación y nutre a los creyentes para que puedan, quieran y se entusiasmen en asumir el reto de perseverar hasta el final.

La evangelización es la fuente de agua viva de la iglesia y el esplendor de la luz divina. El evangelizador es un caudal de bendiciones para los otros y para sí mismo, porque recibe la gracia de Dios, contiene la gracia mediante el testimonio y da la gracia a través de la transmisión del mensaje de Jesús.

La evangelización es luz de la palabra que proviene de Cristo y llega a nosotros para hacernos caminar como hijos de luz (Efesios 5:8). Trabajar con Jesús ha sido una experiencia maravillosa. El trabajo de evangelizar, además de dignificar a la persona, es una responsabilidad humana (2 Tesalonicenses 3:10-12).

Hay labores que producen más frutos que otros, aunque a veces, a pesar del esfuerzo, ni siquiera el que trabaja ve la cosecha, pues la dedicación y el esfuerzo que se le invierte a un proyecto no siempre es coherente con los resultados. Sin embargo, cuando trabajamos en la obra de Jesús, con certeza se logra siempre en su totalidad excelente productividad (2 Corintios 9:10). Sin nuestros méritos se cumplen las promesas divinas de hacernos vencedores.

Propósito:

El objetivo de esta obra es demostrar que el mensaje principal de la Biblia es la proclamación del evangelio del reino de Dios.

Que nuestra labor es anunciar la llegada del reino de los cielos, mediante la evangelización total y completa.

Que la iglesia, siendo la asamblea de los creyentes en Cristo, no es ni el mensaje, ni el contenido de la obra que Jesús afirma haber terminado: “Yo te di la gloria aquí en la tierra, al terminar la obra que me encargaste” (Juan 17:4).

¿Cuál fue esa obra? A caso no fue la obra proclamada por el precursor de la redención, Juan Bautista: “¡Por fin ha llegado el tiempo prometido por Dios! ¡El reino de Dios está cerca! ¡Arrepiéntanse de sus pecados y crean la Buena Noticia!” (Marcos 1:15).

Este mismo tema fue el que anunció Jesús, después del arresto de Juan, circunstancia que lo llevó a comenzar su vida pública: “A partir de entonces, Jesús comenzó a predicar: Arrepiéntanse de sus pecados y vuelvan a Dios, porque el reino del cielo está cerca” (Mateo 4:17).

Al final de su ministerio Jesús concluyó diciendo: “¡Todo ha terminado!” (Juan 19:30). Jesús envió a sus discípulos a predicar el evangelio del reino (Lucas 9:2), para darle continuidad a su obra: “Vayan y anúncienles que el reino del cielo está cerca” (Mateo 10:7).

El apóstol Pablo afirma que estamos en el reino de Cristo, porque hemos sido trasladados del reino de las tinieblas al reino de la luz (Colosenses 1:12-13).

Entre tanto, la iglesia es sólo el medio o la plataforma desde donde se debe proclamar el evangelio del reino. La Palabra de Dios, que es Jesús, es el contenido del evangelio del reino, que en sí se convierte en un medio, pues Cristo es nuestro mediador (1 Timoteo 2:5-6). Cristo es la cabeza y la iglesia es el cuerpo.

Luego Cristo y la iglesia forman un mismo medio, que sirve para proclamar el mensaje del reino de Dios.

El reino de Dios no es un lugar, sino un estado espiritual del ser humano. La iglesia tampoco es un sitio, es una asamblea congregada en comunión y conformada por quienes viven en la dimensión del reino de los cielos y de quienes tienen como fin proclamar la instauración del reino de Dios en cada ser humano.

El mundo tampoco es la tierra, ni el universo físico, es la fuerza que contrarresta el curso natural del reinado de Dios entre la humanidad. Así es que la iglesia anuncia el reino de los cielos, lo que está arriba, en lo alto, y el mundo propaga el reino del infierno, lo que se encuentra abajo en un estado inferior.

La iglesia y el reino de los cielos son semejantes, siempre y cuando los miembros de la iglesia busquen la santidad (1 Pedro 1:15) y, además, se esfuercen por vivir una vida virtuosa (Tito 2.12) y promuevan el anuncio y el mensaje de las Buenas Nuevas de salvación (1 Corintios 9:16), en una acción vívida y permanente de estilo de vida espiritual.

Introducción:

El mensaje central de la Biblia es que el reino de Dios está dentro de nosotros (Lucas 17:21), muy parecido como cuando digo que el mensaje no está en la Biblia. Jesús afirma que el reino de los cielos se ha acercado (Mateo 3:2), aunque enfatiza contundentemente que su reino no es de este mundo (Juan 18:36).

El propósito de la aclaración de Jesús sobre que su reino no es de este mundo es porque, para que una persona tenga entrada al reino de Dios, es necesario un profundo cambio de corazón y de vida (Mateo 4:17) y una transformación que se logra por la renovación de la mente (Romanos 12:2), que repercute en todo su ser y su ambiente que lo circunda.

Es decir, se necesita el cambio y la modificación del cerebro biológico al cerebro espiritual. El hecho de que el reino de los cielos esté entre nosotros, no se confunde con la vida física, material y biológica. El reino de los cielos es “vida de bondad, paz y alegría en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17). El cultivo de la vida interior consiste en amar a Jesús y permitirle a Dios que venga a morar en nuestra vida (Juan 14:23). El tema central entre el cuerpo de Cristo, que es la iglesia, y el reino de Dios, es la evangelización.

Porque evangelizar, no es simplemente el sentido de salir y llevar un mensaje a los incrédulos. La evangelización es el poder que tiene la iglesia para desarrollar, sostener y mantener su jurisdicción del reino de los cielos en la existencia invisible y visible de la creación.

Lo contrario a la evangelización es la disangelización. Se trata del poder que usurpa el mundo para desarrollar, sostener y mantener su jurisdicción del reino del infierno en la existencia invisible y visible de la creación. Por eso es necesario que comprendamos que la evangeliza-

ción es la misión indiscutible y ardua que involucra a todo creyente en Cristo.

¿Pero cuál es el mensaje que se debe transmitir? La respuesta es que el mensaje que propagamos debe ser el mismo que difundió Jesús.

La propuesta de este material es incentivar a descubrir, ¿qué fue lo que Jesús predicó? ¿Cuál fue el tema que Jesús les recomendó a sus discípulos que transmitieran cuando les impartió la gran comisión? ¿De qué se trata el tema del evangelio? Es decir, ¿cuál es el contenido de las Buenas Noticias?

Según las sagradas escrituras Jesús mandó propagar el reino de Dios y su reinado en la tierra, cuando les dijo a sus discípulos: “Vayan y anúncienles que el reino del cielo está cerca” (Mateo 10:7).

Por eso, el tema de la evangelización es la buena noticia que propaga que el reino de Dios está entre nosotros (Mateo 4:17). Lo que Pablo narra en sus escritos es lo que le sucedió a él y cómo él predicó el evangelio. Pero, Pablo no dice lo qué predicó. El evangelio del reino es la institución del sistema de vida de acuerdo con la voluntad y al propósito de Dios.

El mismo apóstol Pablo está convencido de que su vida tiene sentido sólo si termina la tarea que le asignó Jesús. Dice en reiteradas ocasiones que ha sido escogido para “la misión de contarles a otros la Buena Noticia acerca de la maravillosa gracia de Dios” (Hechos 20:24)

Gracia que es el evangelio del reino de Dios, que Jesús mismo predicó y que continuó predicando Pablo, como apóstol (Hechos 20:25), el cual llama también la Buena Noticia acerca de Jesús (Gálatas 11:16). Pablo sólo predicó el evangelio del reino (Hechos 19:18).

El reconocido apóstol, constantemente daba testimonio del reino de Dios, trataba de convencer a sus interlocutores acerca de Jesús utilizando como medio y recurso de comunicación las Sagradas Escrituras (Hechos 28:23). Es decir, las escrituras hablan de Jesús, pero no es que la Biblia sea Jesús. El mensaje es un llamado a que debemos permitir que el reino de Dios sea real en nuestra vida.

1. KERIGMA:

Kerigma es una expresión griega que se traduce por anuncio. En nuestro contexto cristiano es el anuncio del mensaje salvador de Jesucristo para la humanidad. El mensaje de Salvación debe ser recibido por cada persona, en particular.

Cada ser humano debe escuchar este mensaje como buenas noticias. Toda persona, que está en su condición delicada de muerte eterna por sus pecados, al recibir, aceptar, arrepentirse y confiar en el perdón de Jesucristo, alcanza la vida eterna, no por sus méritos, sino por la obra redentora de Jesús a través de su muerte de cruz, quien, muriendo por nuestros pecados, resucitó para darnos vida eterna (Juan 17:3).

El anuncio, el dar a conocer y recibir el mensaje de vida eterna revelado por Jesús, comunicado por sus discípulos, aquí y ahora testificado por los nuevos creyentes, es lo que se llama kerigma (en griego: κήρυγμα, se pronuncia: kerigma). Por eso, el plan total de la evangelización comienza por el kerigma, de la misma manera como lo hicieron los discípulos de Jesús. Aquí encuentra algunos de los ejemplos del kerigma cristiano original: Lucas 24:46-47; Juan 20:31; Hechos 2:22-24; 3:15; 4:10; 5:30-31; 10:39-43; 13:37-39; 1 Corintios 15:3-5.

Para obtener un mejor conocimiento, hemos preparado 13 lecciones sobre el tema del kerigma. En cada lección hay un examen, para evaluar su aprendizaje y entendimiento, y para que pueda avanzar a la siguiente lección y vaya acumulando puntos, para su certificación al final de todo el libro. Recuerde que son 6 pasos de 13 lecciones cada curso: Kerigma, Didascalia, Parénesis, Carisma, Diakonía y Koinonía.

Primer examen:

Señale una de las cuatro opciones. Si la que señaló es incorrecta, se queda en el principio de la misma lección, para que vuelva a repasar. Si la opción es correcta, se le da 10 puntos y puede pasar a la siguiente lección, y así sigue sucesivamente en las lecciones siguientes.

¿Qué es kerigma?

Opción 1 es un plan de salvación.

Opción 2 es el anuncio de Buenas Noticias.

Opción 3 es un bosquejo para evangelizar.

Opción 4 es un método de evangelización.

1.1 ¿Cree usted que, si muere hoy, tiene vida eterna?

A la pregunta: ¿cree usted de que, si muere hoy, vivirá en la vida eterna con Dios? La respuesta comprensible, que con frecuencia expresan muchos seres humanos, es: No. Lo más probable es que algunas personas digan: No lo sé. Otros dirán: No estoy seguro.

Hace un tiempo, me encontraba dialogando con un ministro anciano, quien había sido obispo en ejercicio ministerial por 20 años. En la conversación me dijo con inquietud, desasosiego y desafortunado nerviosismo: "Me encuentro un poco cansado y enfermo, y mi gran preocupación es que no estoy seguro de que si la fe que tengo es la verdadera".

Hoy día un 75% de quienes se dicen cristianos no saben, ni están seguros, de que al morir van a vivir en la vida eterna con Dios.

Estos cristianos soportan la inseguridad, aunque la misma Biblia garantiza que sí vamos a tener vida eterna. Estas palabras se escribieron para que ustedes sigan creyendo, que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, al creer en él, tengan vida por el poder de su nombre (Juan 20:31).

En otro pasaje bíblico se nos confirma, con seguridad, de que sí es verdad que vamos a tener vida eterna: Les he escrito estas cosas a ustedes, que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna (1Juan 5:13).

Aunque la Biblia es clara en su afirmación de que vamos a tener vida eterna, la duda consiste en que no saben cómo es que van a tener vida eterna.

Para responder a la pregunta de cómo van a tener vida eterna, es que se han escrito las siguientes lecciones del kerigma.

Pero, antes de pasar a las siguientes lecciones, voy a presentar tres maneras de cómo la gente ve la existencia y de cómo intentan percibir la vida:

- Para algunas personas, la vida no tiene sentido. La vida es un caos. El suicidio sucede a veces por falta de encontrarle sentido a la vi-

da. Pero también a quienes le falta ánimo, a los deprimidos y haraganes, en el fondo lo que padecen es del sin sentido de la vida.

- A otras personas, la vida sólo tiene sentido aquí. En este mundo terrenal y físico. Su preocupación es detentar y almacenar cosas materiales. Su valor se mide por el tener y poseer de forma pragmática y hedonista. Pero cuando llega el atardecer de su jornada, están inmersos en una profunda tristeza y en un oscuro vacío. - En cambio hay quienes viven en la verdad de que la vida tiene sentido aquí y ahora, y en el más allá también. Saben que la vida eterna comienza aquí. Jesús, nuestro Maestro, expresó: Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado (Juan 17:3).

La inseguridad y la incertidumbre de la vida eterna se deben a que falta la explicación que vamos a dar en las siguientes lecciones.

Segundo Examen:

A la pregunta: ¿Cree usted que, si muere hoy, tiene vida eterna?

Opción 1 Todos los seres humanos responden que sí.

Opción 2 Todos los que se dicen cristianos dicen que sí.

Opción 3 Sólo quienes confían en Cristo tienen vida eterna.

Opción 4 Nadie puede tener la seguridad de la vida eterna.

1.2 ¿Qué debe hacer usted para poder vivir en la vida eterna?

Algunos piensan que la vida eterna se consigue por méritos propios. De ahí se desprenden algunas prácticas religiosas que con ciertas técnicas espirituales, psicológicas y emocionales suponen que logran alcanzar y mantener la relación divina para conseguir la vida eterna.

Hay posiciones religiosas que enseñan que después de que muere la persona, hay que hacer algo, como rezos, oraciones, rituales y cultos, para que el alma vaya a la vida eterna. Sería el resultado del esfuerzo de quienes permanecen vivos y no de quien está ya muerto, y que hubiera podido hacer mucho en vida.

Para los cristianos, existe el mensaje bíblico de la vida eterna. Partimos de que las obras, el mal o el buen uso de la libre voluntad del ser humano, sí afectan el destino final de la vida eterna con Dios. En la misma la Biblia encontramos: Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno alegar que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarlo esa fe? (Santiago 2:14). Con la anterior afirmación, se muestra que las obras o las buenas acciones son el resultado de la fe salvadora.

La persona cuando hace algo bueno es porque ya tiene, entiende y vive en la vida eterna, y por eso hace buenas obras, como frutos de que tiene vida eterna. Entonces, ¿qué debe hacer una persona para vivir en la vida eterna? Debe conocer, aceptar y seguir el plan divino de la salvación, el cual fue revelado por Jesús mismo. Vamos a tratar de explicar cómo es el plan divino de la salvación. De manera simple, pero claro y eficaz, usted lo va a entender todo. La didáctica consiste en usar los dedos de la mano. ¡Manos a la obra! Por favor, pase a la siguiente lección, después de responder el examen que lo llevará a la siguiente lección

Tercer Examen:

¿Qué debe hacer usted para poder vivir en la vida eterna?

Opción 1 Hacer muy buenas obras, para ganar méritos.

Opción 2 Que cuando muera alguien rece u ore por usted.

Opción 3 Conocer, aceptar y seguir el plan divino de la salvación.

Opción 4 Yo no puedo saberlo, ni nadie lo sabe, sólo Dios lo sabe.

1.3 Evangelice con los dedos de la mano.

Los dedos de las manos son suficientes para ilustrar todos los elementos que conforman el plan de salvación. Pedagógicamente aprendí este método y modelo de enseñanza cuando fui certificado dos veces como maestro del ministerio de Evangelismo Explosivo de James Kennedy.

Para que se entienda con facilidad el plan de salvación, sólo vamos a usar los dedos de la mano. Cada dedo es un elemento del plan de salvación. A cada dedo le vamos a dar un nombre, que debe memorizar y repetir con naturalidad.

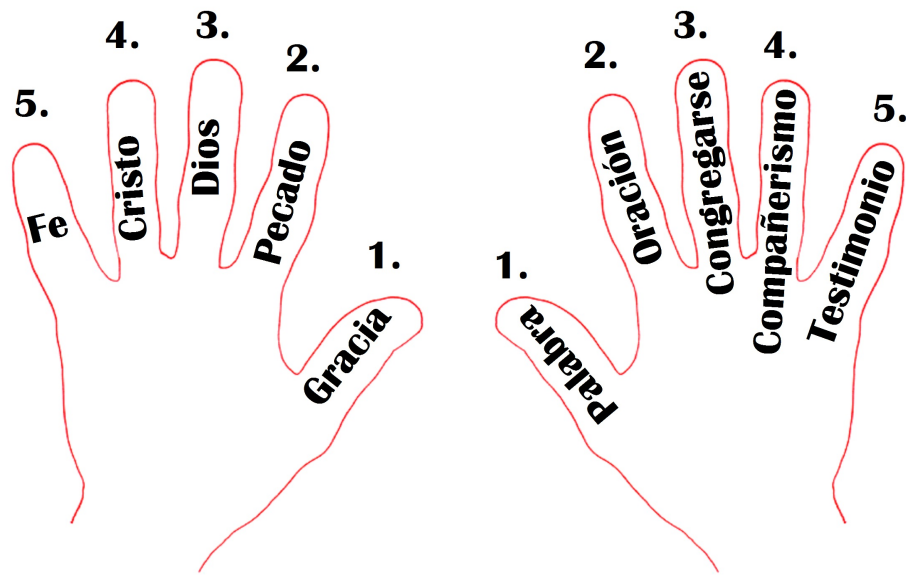
Lo que se debe creer:

El dedo que mira al cielo es gracia. El índice es el dedo que juzga. Dios es el mayor. Cristo está al lado de Dios, y la fe, el dedo más pequeño, como el grano de mostaza.

Lo que se debe hacer:

Leer la Biblia todos los días, orar con frecuencia, es deber congregarse como un hábito, tener compañeros cristianos y dar testimonio.

En las próximas 10 lecciones (de la 4 a la 13) se presenta de manera sencilla y muy eficaz el plan de salvación, llamado kerigma. Es el mensaje que usaron los primeros cristianos para conducir personas que recibieran la salvación.



Cuarto Examen:

¿Cuántos elementos conforman el plan de salvación?

- Opción 1 10 elementos.
- Opción 2 7 elementos.
- Opción 3 2 elementos.
- Opción 4 Todas las anteriores.

1.4 La vida eterna es por gracia.

A la pregunta: ¿cree usted de que, si muere hoy, va a ir a vivir a la vida eterna con Dios? La respuesta frecuente es: No. Lo más es: No sé.

Pero esta respuesta se debe a que falta la siguiente explicación:

La vida eterna es un regalo. No se gana, ni se merece por nuestros propios méritos. Alguien nos da ese regalo, gratis, sin costo alguno de nuestra parte. Y como todo regalo lo único que se debe hacer es recibirlo.

La Biblia dice: Pues la paga que deja el pecado es la muerte, pero el regalo que Dios da es la vida eterna por medio de Cristo Jesús nuestro Señor (Romanos 6:23).

Si es un regalo es gratuito. La salvación o la ida al cielo o a la vida eterna, después de nuestra vida terrenal son gratis.

La misma Biblia lo afirma: Dios los salvó por su gracia cuando creyeron. Ustedes no tienen ningún mérito en eso; es un regalo de Dios. La salvación no es un premio por las cosas buenas que hayamos hecho, así que ninguno de nosotros puede jactarse de ser salvo (Efesios 2:8-9)

Muchas veces nos han enseñado a conseguir las cosas por méritos propios, y eso es correcto, porque nos ayuda a exigirnos en lo que deseamos alcanzar. Pero hay ciertas cosas que poseemos que sería imposible hacerlo por nuestra propia cuenta. Cómo escoger el lugar donde nacimos, la familia donde nacimos o las mismas circunstancias de nuestra vida, nuestra anatomía y la misma genética ha sido heredada.

Lo mismo sucede con nuestra salvación o la vida eterna.

Por eso, si alguien le pregunta: ¿cree usted de que, si muere hoy, va a ir a vivir a la vida eterna con Dios? La respuesta es sí.

Y le pueden refutar: ¡Oh usted se cree muy santo, muy merecedor de la vida eterna! La respuesta es: No me creo santo, ni merecedor, es que alguien me dio ese regalo. ¿Quiere usted saber quién me dio ese regalo?

Ya le voy a contestar, pero antes debo aclarar la siguiente pregunta: ¿Por qué nadie puede ganar la eternidad por su propio esfuerzo o sus propios méritos?

Quinto Examen:

¿Qué significa que la vida eterna es por gracia?

Opción 1 Hay que dar muchas gracias a Dios.

Opción 2 Hay que hacer muchos méritos para recibirla.

Opción 3 Es un regalo que se recibe pagando algo a cambio.

Opción 4 Es gracia porque es un regalo gratis de parte de Dios.

1.5 Todos hemos pecado.

Lo que debe hacer una persona, y en especial un creyente, es reconocer su condición actual de pecador. Admisión muy complicada en esta época que se niega el término pecado y se cambia por error o equivocación, además se proclama que en esta vida no hay nada perfecto.

Sin embargo, la Biblia dice: pues todos hemos pecado; nadie puede alcanzar la meta gloriosa establecida por Dios (Romanos 3:23). Esa finalidad gloriosa establecida por Dios es la vida eterna. Pero hay algo que nos impide alcanzar o avanzar hacia la cumbre de la vida eterna. Ese obstáculo se llama pecado.

El pecado es todo pensamiento, palabra, obra y omisión que nos separa de Dios. Pecado es todo lo que transgrede la voluntad de Dios a cambio de hacer nuestra propia voluntad.

Cuando nos aferramos voluntariosamente a hacer lo que queremos, lo que deseamos, los que aspiramos y buscamos sin contar con el propósito de Dios, caemos en la tremenda tragedia de la voluntad herida y nublada por el pecado.

Si hacemos nuestra deseosa voluntad es imposible que hallemos y acertemos el camino correcto que nos conduce de por vida a la eternidad con Dios y en la conformidad de su reino. Esa dificultad de certidumbre se debe al pecado, que es el rechazo al propósito que Dios tiene establecido para nuestra vida.

La medida y el estándar, para que sepamos si estamos en lo correcto o no, la ha establecido el mismo Dios, cuando nos encomia a subir al nivel de que tú debes ser perfecto, así como tu Padre en el cielo es perfecto (Mateo 5:48).

El estereotipo de Dios es el siguiente: pues el que obedece todas las leyes de Dios menos una es tan culpable como el que las desobedece todas (Santiago 2:10).

Así que pecado es transgredir cualquier aspecto de la ley establecida por Dios, aunque sea un punto que no se cumpla, ya se califica como infracción.

Entonces, para llegar a la vida eterna hay que ser perfecto, para ser perfecto hay que no tener pecado, y no se tiene pecado si se cumple toda la ley, y no hay nadie que haya alcanzado ese nivel.

Luego, ¿Quién podrá salvarse? Para nosotros es imposible...

Esto lo vamos a aclarar si pasa a la lección que sigue después de responder el siguiente examen

Sexto Examen:

¿Qué es lo que el pecado me impide alcanzar?

Opción 1 Las metas personales en esta vida.

Opción 2 La meta gloriosa establecida por Dios.

Opción 3 Alcanzar la felicidad en este mundo.

Opción 4 Me impide no tener defectos.

1.6 Dios amor es justo.

Es indudable que Dios es amor (1Juan 4:8), y por eso no nos quiere castigar. Pero también dice la Biblia que Dios es justo y de ningún modo tendrá por inocente al malvado (culpable) (Éxodo 34:7). Y Ezequiel 18:4 afirma: Esta es mi regla: la persona que peque es la que morirá.

La disyuntiva de que por un lado Dios nos ama y por lo tanto no nos debería castigarnos y, por otro lado, es un juez justo que no puede declarar inocente al culpable, está en el interior y en la consciencia de todos los seres humanos

Este es un dilema que debía resolver el ser humano, pero que, por su debilidad y por falta de fuerzas a causa del mismo pecado, no tiene opción, ni solución.

La humanidad no tiene salida, está atrapada en la incertidumbre del querer y no poder hacer nada para salir del pecado, acercarse y convivir divinamente con Dios permitiéndole ser su morada: Todos los que me aman harán lo que yo diga. Mi Padre los amará, y vendremos para vivir con cada uno de ellos (Juan 14:23).

Ante el problema de que Dios nos ama y no quiere castigarnos, pero también Dios es justo y tiene que castigar el pecado, Dios mismo tuvo que responder a nuestra bendita duda y problema.

La opción que deberíamos tomar para encontrar nuestro camino la resolvió Dios mismo, pues el ser humano no tiene ninguna esperanza sin Dios. Por su propia cuenta la gente nunca encontrará la salida. Toda la humanidad, después de la partida del Edén (Génesis 3:24), está atrapada y sin salida.

Dice la Biblia: En el tiempo presente ha ofrecido a Jesucristo para manifestar su justicia. De este modo Dios es justo y, a la vez, el que justifica a los que tienen fe en Jesús (Romanos 3:26).

La solución está en Dios. Nuestro Dios es un Padre justo que hace justicia. Es Dios de los que sufren y son crucificados y se compro-

mete en la liberación en el dolor y la liberación del dolor, que es causado por el pecado, raíz de todos los males que carga la humanidad.

Esta es la razón de la presencia de Jesucristo en el mundo. Para entenderlo mejor vayamos a la siguiente lección después del examen:

Séptimo Examen:

¿Cuál es la consecuencia del pecado?

Opción 1 La muerte eterna.

Opción 2 La cárcel por un tiempo.

Opción 3 La mala suerte.

Opción 4 La enfermedad.

1.7 Jesucristo, solución al dilema.

Algunas personas, a lo largo de la historia humana, han tenido la dificultad de entender porque al final de los tiempos (Gálatas 4:4-5), Dios sí declaró inocente al culpable, ya que cargó todo el peso del pecado de todos los seres humanos en una sola persona, en su Hijo Jesucristo.

Algunos se preguntan con sinceridad después de que se percatan de toda la acción de Dios en favor de los seres humanos: ¿Por qué Dios declaró inocente al malvado o pecador, si antes decía que debería morir?

El dilema que se va a resolver es el siguiente: por un lado, Dios nos tiene que castigar por nuestro pecado, pero, por otro lado, Dios nos quiere salvar y llevarnos a vivir en la vida eterna. Ese dilema lo resolvió en la persona de Jesucristo.

Pensemos en la siguiente ilustración: Usted comete un delito y es llevado ante un juez para recibir la condena que merece por su violación de la ley. Cuando el juez va a dictar su sentencia, aparece un amigo suyo que pide al juez que lo condene a él, es decir a su amigo en lugar de que usted sea condenado. ¿Cree que el juez accedería a su pedido? Por supuesto que no.

Pero cuando Jesucristo apareció como nuestro amigo, el justo Juez lo condenó como pecador, porque Dios mismo se echó la culpa del problema del pecado.

La justicia divina no podía pasar por alto el pecado. Así que Dios pagó la pena del pecado, lo que significa que llevó la culpabilidad. De esa manera, Dios obtuvo el derecho de justificar al pecador.

Para explicar esta situación Pablo dice: Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en él recibiéramos la justicia de Dios (2 Corintios 5: 21). Jesucristo vino a la tierra y vivió una vida sin pecado, pero murió en la cruz para pagar por nuestros pecados.

La explicación la encontramos en el siguiente pasaje bíblico: Todos nosotros nos hemos extraviado como ovejas; hemos dejado los caminos de Dios para seguir los nuestros. Sin embargo, el Señor puso sobre él los pecados de todos nosotros (Isaías 53:6).

Jesús llevó nuestros pecados en su cuerpo y pagó por ellos en la cruz, ahora nos ofrece la vida eterna como un regalo. Y ese regalo se recibe como una llave, llamada fe salvadora. Ese regalo se recibe por la fe salvadora. Pero para entenderlo debemos pasar a la siguiente lección después del examen.

Octavo Examen:

¿Por qué Jesucristo es la solución al dilema de muerte o vida eterna?

Opción 1 Porque vivió en el mundo como un ser humano.

Opción 2 Porque siendo de condición divina se hizo hombre.

Opción 3 Porque mientras vivió en el mundo hizo milagros.

Opción 4 Porque murió y resucitó para pagar por nuestros pecados.

1.8 La fe, es la lleve para la vida eterna.

La fe es la llave que abre la puerta del cielo. La fe salvadora es única, pero, aunque la fe es una sola, las personas han creado otras clases de fe que nada tienen que ver con la genuina y única fe salvadora.

Muchas personas confunden la fe salvadora con la incipiente fe temporal que es un mero conocimiento intelectual, otros tienen una fe fundamentada en los símbolos, hay quienes practican una fe ocasional y también se encuentran quienes se basan en una de emergencia.

La distinguida diferencia es que la fe salvadora se fundamenta sólo en confiar únicamente en Jesucristo para la vida eterna. Fe salvadora es descansar sólo en Cristo y en lo que Cristo hizo. No en lo que cada uno de nosotros torpemente se esfuerza en hacer, creando una falacia imaginaria de falsa vida. La expresión de Hechos 16:31 no es un consejo, es un mandato: Cree en el Señor Jesús y serás salvo. La misma idea la encontramos en la siguiente frase: De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí tiene vida eterna (Juan 6:47).

Con estas verdades hemos podido entender, el propósito de la fe:

"Que, si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para ser justificado, pero con la boca se confiesa para ser salvo" (Romanos 10:9-10). La justicia divina se alcanza por la fe en su Hijo Jesucristo.

La confesión verbal de una genuina fe en Jesús y creer con todo el corazón en el Redentor del mundo, es el acto más sublime al que puede llegar un ser humano. Es el ápice de la fe, es el vértice de la vida cristiana. Cristo es el camino que debemos transitar todos los seres vivos. Es un viaje heroico y de segura santificación.

No todos los seres humanos salen de su confort para emprender el sendero que nos indican las Sagradas Escrituras. A muchos les cuesta dejar la falsa seguridad del nido mortal que ofrece la civilización. Son pocos los que deciden viajar por el camino que conduce a la eternidad con Dios.

Por eso hoy, en este lugar y a esta hora: ¿acepta tomar la decisión de recibir el regalo de la vida eterna? Quien recibe la dádiva comienza a caminar en gracia. Ese regalo se recibe por la fe en la persona de Jesucristo y en lo que Él hizo por usted, que fue morir en la cruz y resucitar, para perdonar sus pecados.

Así es que de manera personal debe:

1. Aceptar a Cristo, como su Señor y Salvador.
2. Reconocer que usted ha cometido pecados.
3. Arrepentirse de haber cometido esos pecados.
4. Confesar a Cristo sus pecados y recibir el perdón.
5. Seguir caminando y creciendo en la gracia de Dios.

Para crecer en la gracia, debe practicar unos medios de gracia, que le ayudarán a fortalecer y alimentar la decisión de ser un verdadero cristiano y para que pueda sostenerse durante el resto de su tiempo en esta vida física y terrenal. Después del examen, si pasa a la siguiente lección lo entenderá mejor.

Noveno Examen:

¿Cuál fe es la llave para la vida eterna?

Opción 1 La fe temporal.

Opción 2 La fe ocasional.

Opción 3 La fe salvadora.

Opción 4 La fe simbólica.

1.9 La Biblia como medio de gracia.

Ahora usted es un nuevo creyente en Cristo Jesús.

Hoy es la fecha de su nacimiento espiritual: Éstos no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios (Juan 1:13).

Por eso, usted es bienvenido a la familia de Dios: Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios (Juan 1:12).

¿Y ahora qué?

Como un niño recién nacido debe crecer, desarrollarse, aprender a caminar y llegar a la madurez. Así que debe alimentarse, entrenarse, practicar y ejercitarse de acuerdo con la guía del Espíritu Santo.

La Biblia es el manual de la vida, donde se describe el propósito de Dios para nuestra vida y donde se encuentra lo qué debemos hacer y cómo debemos vivir, para desempeñarnos a lo largo de nuestra existencia con el poder de Dios.

En efecto, se nos dice: Ustedes estudian las Escrituras a fondo porque piensan que ellas les dan vida eterna. ¡Pero las Escrituras me señalan a mí! (Juan 5:39).

El propósito supremo de la Biblia es mostrarnos a Jesús. Nos va llevando por sus páginas a encontrarnos el único Salvador. Así que el tema de la Escritura es la salvación y la salvación es mediante Cristo, luego la Escritura está llena de Cristo.

Por lo tanto, el cristianismo no se trata de usted, ni de mí, ni de ningún otro, se refiere es a Jesús. De ahí que después de haber recibido a Cristo, si continuamos ignorando los escritos bíblicos, permaneceremos en el desconocimiento de Cristo.

Cuando vamos a la Biblia, vamos sólo para descubrir y reconocer a Cristo.

El éxito o el fracaso de la vida cristiana dependen del entendimiento y la aceptación que tengamos de la Palabra de Dios, que es Je-

sús mismo. La Palabra Divina está descrita en los diversos géneros y estilos de las Sagradas Escrituras.

En conclusión, la Biblia es un medio de gracia porque nos ayuda a crecer en el espíritu, nos mantiene fuertes, centrados en la vida eterna y nos ayuda a vivir una vida de testimonio.

Sin embargo, la Biblia no es el único medio de gracia.

Pasemos a la lección siguiente para descubrir otros medios de gracia y de práctica cristiana, pero antes hay que responder el examen.

Décimo Examen:

¿Por qué la Biblia es un medio de gracia?

Opción 1 Porque es el manual que nos guía en nuestra vida.

Opción 2 Porque nos muestra a Jesús, como único salvador.

Opción 3 Porque se narran muchos episodios heroicos.

Opción 4 Porque nos ayuda a crecer, a ser fuertes y estar enfocados.

1.10 La oración como medio de gracia.

La oración es otro medio de gracia que está a nuestra disposición para continuar el viaje del héroe, pues dice la Escritura:

Sigue pidiendo y recibirás lo que pides; sigue buscando y encontrarás; sigue llamando, y la puerta se te abrirá. Pues todo el que pide, recibe; todo el que busca, encuentra; y a todo el que llama, se le abrirá la puerta (Mateo 7:7-8).

La oración es un dialogo entre tú y el Otro, que lo guía para no desviarse del camino. Por eso es necesario que dedique cada día tiempo para estar en relación con Dios, a solas, en su intimidad y conversación personal: No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias (Filipenses 4:6).

Para no dejar duda de la eficacia de la oración como medio de gracia, el mismo Jesús nos enseña: Ustedes, los que son padres, si sus hijos les piden un pedazo de pan, ¿acaso les dan una piedra en su lugar? O si les piden un pescado, ¿les dan una serpiente? ¡Claro que no! Así que si ustedes, gente pecadora, saben dar buenos regalos a sus hijos, cuánto más su Padre celestial dará buenos regalos a quienes le piden (Mateo 7:9-11)

Y para quienes no han recibido el Espíritu Santo, se les garantiza: Así que si ustedes, gente pecadora, saben dar buenos regalos a sus hijos, cuánto más su Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes lo pidan (Lucas 11:13).

Hablar con Dios es orar.

Se puede hablar en la intimidad: cuando ores, apártate a solas, cierra la puerta detrás de ti y ora a tu Padre en privado. Entonces, tu Padre, quien todo lo ve, te recompensará en público (Mateo 6:6).

Se puede hablar en público: Además les digo que, si dos de ustedes en la tierra se ponen de acuerdo sobre cualquier cosa que pidan, les será concedida por mi Padre que está en el cielo. Pues donde se reúnen dos o tres en mi nombre, yo estoy allí entre ellos (Mateo 18:20).

Las oraciones pueden ser cortas, puntuales, dirigidas, espontáneas, participativas y variadas. En fin, hay estilos y modelos diferentes de oración, lo importante es orar en un diálogo sincero con Dios.

Para un mayor entendimiento, después del examen pase a la siguiente lección.

Undécimo Examen:

¿Cuál es la razón de que la oración es un medio de gracia?

Opción 1 Es un tiempo íntimo de conversación con Dios.

Opción 2 Es el medio para pedir y el medio de Dios para dar.

Opción 3 Es un tiempo corto y puntual para estar a solas.

Opción 4 Es un estilo de un sincero encuentro con Dios.

1.11 La congregación como medio de gracia.

La Iglesia es sacramento de salvación.

La Iglesia es el colectivo que Cristo utiliza para distribuir la gracia de Dios y es el signo visible de vida de los hijos de Dios entre la multitud de los seres humanos.

La Iglesia es la corporeidad de Cristo y es la figura de la que Dios se vale para realizar su obra de salvación universal, por eso es medio de gracia.

La persona que es evangelizada nace de nuevo y se convierte en un creyente incorporado a la iglesia local, como lo describe la practica bíblica: los que creyeron lo que Pedro dijo fueron bautizados y sumados a la iglesia en ese mismo día, como tres mil en total (Hechos 2:41).

De ahí, que cuando se asiste con regularidad a una iglesia local y la persona es fiel congregante, a ese cristiano Dios le garantiza el sostenimiento equilibrado de vida espiritual y de nuevo creyente pasa a ser un discípulo disponible y enseñable.

La iglesia local, como signo de la presencia de la gracia de Dios alimenta al creyente con la instrucción de la Palabra de Dios. También le permite al creyente adorar a Dios, con la actitud que el Señor mismo nos pide: Pues Dios es Espíritu, por eso todos los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad (Juan 4:24).

Por su parte, el nuevo creyente debe empezar a relacionarse con una iglesia que tenga las características genuinas cristianas: todos los creyentes se dedicaban a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión fraternal, a participar juntos en las comidas (entre ellas la Cena del Señor), y a la oración (Hechos 2:42).

Además, cuando el nuevo creyente se incorpora a la iglesia, debe desempeñar el oficio que Dios le ha encomendado realizar desde su propia identidad y llamado. Pues es Dios mismo, a través de su Santo Espíritu que capacita (1 Corintios 12:1) a cada persona dentro de la iglesia, para que sea un activo miembro útil a la obra de la evangelización.

Es el mismo Espíritu de Dios que equipa a la membresía para servirle a Cristo en su iglesia de diversas maneras (1 Corintios 12:4-7). En fin, la iglesia es el organismo vivo y vibrante de Dios en la tierra, es un cuerpo con muchas partes y cada parte tiene definida sus funciones (1 Corintios 12:12-31).

Al pasar a la siguiente lección entenderá mejor lo del compañerismo. Mientras tanto presente el examen.

Duodécimo Examen:

¿En qué sentido la congregación es un medio de gracia?

Opción 1 Reúne a todos los creyentes en una misma fe.

Opción 2 Le permite al creyente adorar a Dios en espíritu.

Opción 3 Ayuda al creyente a ser equilibrado en su vida.

Opción 4 Es instrumento para anunciar la obra salvadora.

1.12 El compañerismo como medio de gracia.

Cuando el nuevo creyente empieza a mantener una relación cercana con otros creyentes es una dinámica que le ayuda a crecer en la fe. La comunión unos con otros es el signo visible de la presencia de Dios en medio de su iglesia.

El compañerismo fue la experiencia que identificó a los primeros cristianos: lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo (1 Juan 1:3).

Uno de los aspectos más importantes para el crecimiento espiritual y la perseverancia de una persona en la práctica de su fe es contar con buenos compañeros en el contacto interpersonal en la iglesia local.

¿Por qué Jesús estableció la iglesia?

Por el compañerismo activo que debía haber entre los creyentes, para tener un crecimiento saludable y un entusiasmo permanente. El mantener un compañerismo vivo es una petición suprema que nos hace la Sagrada Escritura: Y no dejemos de congregarnos, como lo hacen algunos, sino animémonos unos a otros, sobre todo ahora que el día de su regreso se acerca (Hebreos 10:25).

Además, el compañerismo ayuda a mantener una fuerza constante de poder, por las cualidades y los talentos de cada congregante. El creyente debe poner en común sus dones y aprende a reconocer el carisma que Dios le ha dado para que trabaje en su propio ministerio.

En Efesios 4:11-13 encontramos tres aspectos fundamentales:

1. El ministerio: Ahora bien, Cristo dio los siguientes dones a la iglesia: los apóstoles, los profetas, los evangelistas, y los pastores y maestros.

2. La responsabilidad: Cada ministro con sus dones, tienen la responsabilidad de preparar al pueblo de Dios para que lleve a cabo la obra divina y edifique a la iglesia, es decir, al cuerpo de Cristo.

3. La madurez: Ese proceso continuará hasta que todos alcancemos tal unidad en nuestra fe y conocimiento del Hijo de Dios, que seamos maduros en el Señor, es decir, hasta que lleguemos a la plena y completa medida de Cristo. Si valoramos el anterior proceso resulta lo que dice Efesios 4:14-16:

1. Entonces ya no seremos inmaduros como los niños. No seremos arrastrados de un lado a otro ni empujados por cualquier corriente de nuevas enseñanzas.

2. No nos dejaremos llevar por personas que intenten engañarnos con mentiras tan hábiles que parezcan la verdad.

3. En consecuencia, hablaremos la verdad con amor y así crecemos en todo sentido, tanto en lo colectivo como en lo espiritual, hasta parecernos más y más a Cristo, quien es la cabeza de su cuerpo, que es la iglesia.

4. Cristo mismo hace que todo el cuerpo encaje perfectamente. Y cada parte, al cumplir con su función específica, ayuda a que las demás se desarrollen, y entonces todo el cuerpo crece y está sano y lleno de amor. Si ya siente arder su corazón pase a la siguiente lección, después del examen.

Décimo tercer Examen:

¿En qué aspecto el compañerismo es un medio de gracia?

Opción 1 Es un tiempo de relaciones sociales con amigos.

Opción 2 Es el momento cuando se escucha la predicación.

Opción 3 Es el signo visible y tangible de la presencia de Dios.

Opción 4 Es donde se encuentras personas que ayudan a los otros.

1.13 El testimonio como medio de gracia.

Hemos llegado a la última lección del área de Kerigma.

Al final de todo el proceso del primer anuncio de las buenas noticias de salvación, al nuevo creyente se le ha despertado la motivación de contarles a otros lo que Cristo ha hecho en su vida.

Ese deseo de hablar de Cristo y ese ímpetu ardiente de contarle a otros lo que Jesús ha hecho por su vida y en su vida, es lo que se llama testimonio.

Jesús mismo nos pronosticó sobre el poder del testimonio:

Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes; y serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes: en Jerusalén, por toda Judea, en Samaria y hasta los lugares más lejanos de la tierra (Hechos 1:8).

Andrés después de conocer a Jesús, condujo a su hermano Pedro, para que también conociera a Jesús. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de estos hombres que, al oír lo que Juan dijo, siguieron a Jesús. Andrés fue a buscar a su hermano Simón y le dijo: Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo).

Luego Andrés llevó a Simón, para que conociera a Jesús. Jesús miró fijamente a Simón y le dijo: Tu nombre es Simón hijo de Juan, pero te llamarás Cefas (que significa Pedro) (Juan 1:40-42).

Lo que hizo Andrés fue darle testimonio a Pedro.

¿Qué habría pasado si Andrés no hubiera dado testimonio a Pedro?

Lo más seguro nada.

Pero como Andrés sí le dio testimonio a Pedro, por eso sucedieron muchas cosas buenas en su vida. Las cosas suceden cuando nosotros actuamos.

Existen dos clases de personas:

Quienes toman acción y las que dejan pasar la oportunidad.

Por eso, como ya eres un nuevo creyente y un líder cristiano le invito a tomar acción y a convertirse en un propagador de las buenas noticias de Jesús a tantas personas que lo necesitan.

Las comisiones, son la encomienda que Jesús le delegó a sus discípulos, son el encargo para los nuevos cristianos que iban naciendo. Dichas recomendaciones se encuentran en los cuatro evangelistas:

- Vayan y hagan discípulos, enseñándoles (Mateo 28:19-20).
- Vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio (Marcos 16:15).
- Ustedes son testigos de todas estas cosas (Lucas 24:48).
- En cuanto a ti, sígueme (Juan 21:22).

En las cuatro versiones se habla de tomar acción, por eso usted está llamado a levantarse de los asientos a los caminos, de un lugar a diversos lugares.

Pase a la siguiente área llamada Didascalia y recorrerá 13 lecciones como lo hizo en el área del Kerigma. Antes presente el examen.

Décimo cuarto Examen:

¿Cuál es la razón de que el testimonio es un medio de gracia?

Opción 1 Es un poder sobrenatural para que sucedan cosas.

Opción 2 Es lo que hace a un predicador ser muy eficiente.

Opción 3 Es para que las personas cuenten su experiencia.

Opción 4 Es la obra de Dios en las personas que tiene fe.

2. DIDASKALIA

La palabra Didascalia viene del griego διδασκαλία, que significa literalmente "enseñanza" o "exposición clara". Es señalar algo o hacia algo, hacia donde nos debemos dirigir. Por eso, la señal de la enseñanza debe ser clara y correcta.

En la antigua Grecia, didascalia era la enseñanza e instrucción al conjunto de actores de la puesta en escena. El término se usó también en la antigüedad para denominar a los catálogos de las piezas teatrales, en su espectáculo competitivo.

En la actualidad se les denomina didascalia a las notas del director en la obra teatral con instrucciones dirigidas a los intérpretes acerca de los detalles y matices de la puesta en escena.

De didascalia se deriva didáctica que es el arte de enseñar y cuyo objetivo principal es obtener resultados. Luego debe haber un propósito común entre quien enseña (maestro) y quien aprende (discípulo).

Por eso, Jesús es maestro: Ustedes me llaman Maestro y Señor y tienen razón, porque es lo que soy. Y, dado que yo, su Señor y Maestro, les he lavado los pies, ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les di mi ejemplo para que lo sigan. Hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes (Juan 13:13-15).

Nosotros somos discípulos: Jesús les dijo a los que creyeron en él: ustedes son verdaderamente mis discípulos si se mantienen fieles a mis enseñanzas; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres (Juan 8:31).

Instruir es construir desde dentro, en el espíritu, en la mente: No imiten las conductas ni las costumbres de este mundo, más bien dejen que Dios los transforme en personas nuevas al cambiarles la manera de pensar (mente). Entonces aprenderán a conocer la voluntad de Dios para ustedes, la cual es buena, agradable y perfecta (Romanos 12:2)

Ahora nuestra meta es ser maestros y discípulos permanentemente: Me has oído enseñar verdades, que han sido confirmadas por muchos testigos confiables. Ahora enseña estas verdades a otras personas dignas de confianza que estén capacitadas para transmitir las a otros (2 Timoteo 2:2).

Para acercarnos más al entendimiento de la didascalía en latín hay dos términos que van juntos: docere y discere, que es enseñar y aprender. En efecto, palabras como docencia y doctor, vienen de la didascalía.

De esta manera didascalía tiene que ver con educación, enseñanza, instrucción, entrenamiento, preparación, aprendizaje. Es reunir la información necesaria para tomar una decisión acertada, que intervenga y transforme la realidad.

La cultura es didascalía. Pues toda cultura requiere reunir y adquirir conocimientos, que se van acumulando en una especie y se va transmitiendo de generación en generación.

Es más, hasta en los animales hay didascalía, pues en las diversas especies se reciben instrucciones para desarrollar una tarea, después de hacer o decidir cómo desempeñar la labor.

En la antigüedad la didascalía era sacerdotal (ministerial) y militar, luego fue pública y de variadas disciplinas.

Después vinieron las siete artes liberales y el *quadrivium*. El humanismo, en el siglo XII, la institucionalidad de las universidades y la ilustración, transformaron la enseñanza-aprendizaje. La educación primaria gratuita y obligatoria fue introducida por la Revolución Francesa.

En los siglos XIX y XX se afianzó la enseñanza hacia la ciencia y la tecnología. Sin embargo, en la actualidad se ha venido revalorizando

las humanidades y la enseñanza del área espiritual. Luego estamos entrando en la época de retomar de nuevo las enseñanzas de Jesús Maestro, como modelo de vida.

Si continúa esta serie de 13 lecciones, va a entender mucho más sobre el ámbito de la didascalía y su papel en los misterios del reino de Dios. Por eso, presente el siguiente examen para pasar a la próxima lección.

Primer Examen:

¿Qué es Didascalía?

Opción 1 es un plan de principios que enseñan a vivir.

Opción 2 es la señal que indica hacia donde nos debemos dirigir.

Opción 3 es un bosquejo para enseñar y aprender

Opción 4 es un método de enseñanza y de aprendizaje.

2.1 ¿En dónde radica la capacidad de aprender?

La capacidad de aprender radica en el cerebro. Cuando aprendemos algo sucede en nuestra personalidad, debido a que hay un cambio en el cerebro. Al momento en que se almacena nueva información se produce un aprendizaje y eso causa dificultades al cerebro porque lo transforma.

Ante el conocimiento de algo nuevo, el cerebro presenta resistencia, ansiedad, malestar y miedo, porque se niega a ser transformado. Es lo que Pablo advierte cuando dice: no se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente (Romanos 12:2).

En la mente radican la variedad de pensamientos, entre los cuales se destacan los insensatos y otros maduros: No sean infantiles en su comprensión de estas cosas. Sean inocentes como bebés en cuanto a la maldad, pero maduros en la comprensión de asuntos como éstos (1 Corintios 14:20).

En el cerebro se encuentran las neuronas. El término se deriva del griego νεῦρον, cuerda, nervio. Las neuronas son un tipo de células que forman parte del sistema nervioso, las cuales se encargan de la excitabilidad, de los estímulos y de los impulsos de nuestro cuerpo.

Las neuronas tienen la capacidad de comunicarse con precisión, rapidez y a larga distancia con otras células, ya sean nerviosas, musculares o glandulares. Pero en su conjunto es el cerebro que aprende de los estímulos externos a través de los sentidos y de la razón, que es una competencia propia de los seres humanos.

La Biblia proporciona algunas indicaciones que debemos tener en cuenta en el arte de aprender: pongan a prueba todo lo que se dice. Retengan lo que es bueno. (Tesalonicenses 5:21). Esa capacidad de aprender exige tener criterio: ¡sólo los simplones creen todo lo que se les dice! Los prudentes examinan con cuidado sus pasos" (Proverbios 14:15).

El saber viene después de aprender. Aprender es difícil, pero cuando ya se aprende algo, el saber trae enormes bendiciones y seguridad. Es probable que a pocos les gusta aprender, pero a muchos les gusta saber. De todos modos, no se llega a saber, sin antes aprender. Aprenda todo lo que pueda y sabrá más. Cuando alguien ya es aprendido y sabe, experimenta lo que recomienda las Escrituras: no actúen sin pensar, más bien procuren entender lo que el Señor quiere que hagan (Efesios 5:17).

Así que al cerebro hay que forzarlo para que aprenda, pues puede aprender todo lo que se le enseñe y mientras más conocimiento aprende nuestro cerebro, más sabios somos en todos los sentidos, como en las áreas mental, familiar, físico, espiritual, financiera y social.

No se detenga nunca, pues cada día es una oportunidad que la vida le da para aprender y saborear la sabiduría como un buen nutriente: El sabio tiene hambre de conocimiento, mientras que el necio se alimenta de basura (Proverbios 15:14). Adelante con la siguiente lección después del examen.

Segundo Examen:

¿En dónde radica o existe la capacidad de aprender?

Opción 1 En la capacidad de los sentidos externos.

Opción 2 En la academia y la enseñanza de los maestros.

Opción 3 En el cerebro, donde se encuentran las neuronas

Opción 4 En la propia experiencia de la vida y de los demás.

2.2 ¿Cómo se puede aprender a aprender?

Ya vimos que el aprender radica en el cerebro y que el cerebro cambia cuando aprende algo nuevo. Ahora vamos a descubrir cómo se aprende algo nuevo que todavía no está en el cerebro. Es decir, cómo se almacena el conocimiento. Se aprende mediante la asociación de ideas, también por el ambiente que nos rodea, por los estímulos simultáneos, por la imitación de modelos, al igual que por las analogías y por las metáforas es que aprendemos. En el tiempo que aprendemos hacemos uso de la memoria, del lenguaje, de la solución de problemas, de las imágenes, de la deducción y de la inducción.

Cuando se quiere aprender algo, la persona se ubica de forma adecuada frente a lo que se quiere aprender, luego interpreta, asimila y retiene lo aprendido en el cerebro, para expresarlo en el momento que desee. Cuando las circunstancias lo reclamen ahí estará disponible la información que se ha adquirido. Para aprender se requiere de suficiente tiempo, estímulo, motivación, interés y mucho esfuerzo, para que se labre en el cerebro ese nuevo conocimiento.

Lo desconocido aburre, produce miedo y ansiedad. El cerebro no quiere ser tocado por el nuevo saber, es decir por el nuevo conocimiento que sólo se logra mediante el aprendizaje. Así que la persona, lucha para aprender y debe discernir qué es lo que le conviene aprender. Porque después de tanto batallar, lo aprendido debería serle útil en la vida cotidiana. Se aprende de las cosas, de los acontecimientos y de las personas. Hay que aprender a aprender. Jesús, siendo el Maestro de maestros tuvo que aprender. Por eso, Jesús es modelo de discípulo: "Yo no hago nada por mi cuenta, sino que digo únicamente lo que el Padre me enseñó" (Juan 8:28).

Además, desde muy temprana edad, Jesús buscaba aprender: Tres días después, por fin lo encontraron en el templo, sentado entre los maestros religiosos, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que lo oían quedaban asombrados de su entendimiento y de sus respuestas (Lucas 2:46-47). Por Jesús, entendemos que para aprender hay que cultivar el hábito de escuchar, y hay que desarrollar el arte de hacer

preguntas apropiadas y sustanciales. Jesús nació en el mundo de la colonización romana, caracterizado por la legislación y el derecho. Como también por la valoración de la arquitectura de maravillosas construcciones, el diseño de caminos y la edificación puentes, acueductos y medios de comunicación. Pero, Nazaret donde se crio Jesús, como otros pueblos de Galilea, en cultura, idioma y pensamiento había sido influenciado por el razonamiento y el genio del conocimiento que alcanzaron los griegos. Jesús, como otras personas, fue aprendiendo que había que aprender al estilo helénico, que se educaba cuando se aprendía a hacer preguntas, cuando se aprendía a escuchar respuestas y cuando se aprendía a admirar el mundo circundante.

Cada día Jesús fue aprendiendo más: "Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en el favor de Dios y de toda la gente" (Lucas 2:52). Jesús también es modelo de Maestro, porque enseñaba todo el tiempo: ¿Por qué no me arrestaron en el templo? Estuve enseñando allí todos los días (Mateo 26:55). Además, no sólo enseñaba en el templo: Jesús viajó por toda la región de Galilea enseñando en las sinagogas (Mateo 4:23). Jesús tenía discípulos y los invitaba estrictamente que aprendieran de él: Ven y sígueme (Mateo 19:21) y practican lo aprendido: vayan y evangelicen... enseñándoles (Mateo 28:19). Los alentaba: Yo estaré con ustedes siempre (Mateo 28:20). ¿Cómo podemos imitar a Jesús? En la próxima lección sabremos cómo aprender de Jesús Maestro. Por ahora, presente el siguiente examen:

Tercer Examen:

¿Qué hay que hacer para aprender?

Opción 1 Hay que hacer el esfuerzo y tener constancia y disciplina.

Opción 2 El ser humano nace aprendido, sólo debe practicar.

Opción 3 Hay que ir a la escuela y aprender de todo lo enseñable.

Opción 4 Todas las anteriores respuestas son correctas.

2.3 La diferencia entre maestro y profesor.

Se aprende a través de la enseñanza. Se entiende por enseñanza la información y la formación que recibe una persona por parte de otra persona, de un acontecimiento o de una cosa. La enseñanza es sobre algún tema, disciplina y conducta, que se debe adquirir y formular como un proyecto propio de vida.

Quien ejerce el oficio de enseñar se le conoce como docente, instructor, monitor, profesor o maestro. La palabra docente proviene del latín docens, que a su vez deriva de docēre, que significa enseñar.

El término instructor viene del latín y está formado por in (penetración, dentro) y structos (construcción, fábrica). Es la instrucción que imparte una persona sobre algún tema o materia en particular, sea que haya tenido la experiencia o que haya aplicado ese saber en su vida o no.

El vocablo monitor viene del latín monitor, monitoris, es quien aconseja o hace recordar a alguien sus responsabilidades, deberes o tareas. También es aquel que amonesta, advierte, guía y ayuda.

La palabra profesor, se formó del latín profiteri, derivado del mismo sonido de fateri, que significaba confesar o admitir. Al agregársele el prefijo pro, denota hablar de sus cosas y de sus vivencias a la vista de todos. En la actualidad profesor es quien se dedica de manera profesional a la enseñanza de algún arte, facultad o doctrina, sea o no de sus propias experiencias.

Maestro, por su parte viene del latín magister, el cual se encarga de impartir la educación formal en una comunidad. Al profesor se le distingue por su habilidad para impartir, de la mejor forma posible, al alumno la instrucción oficial que se regula en un estatuto educativo. Pero al maestro se le diferencia por sus huellas que deja en sus seguidores, porque se involucra en el aprendizaje de los discípulos. Al maestro se le avala su eficacia en los resultados de lo que enseña, en el contenido de lo que imparte y en el proceso para aprender.

Por eso, Jesús es reconocido como Maestro. Se ganó el respeto, el cariño y la confianza de sus discípulos: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna (Juan 6:68). Jesús inspiraba seguridad: la gente quedó asombrada de su enseñanza, porque lo hacía con verdadera autoridad, algo completamente diferente de lo que hacían los maestros de la ley religiosa (Marcos 1:22).

Cuando se habla de maestro se trata de la condición más elevada en el arte y la disciplina de la enseñanza y del saber. Maestro es magister: magis significa más y ter significa tres. Alude a que el maestro sabe tres veces más de lo que alcanza a asimilar el mejor de sus discípulos. Jesús es el máximo de los maestros, porque no sólo sabía, sino que conocía a los que lo rodeaban: Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre (Juan 2:24-25).

Cuarto Examen:

¿Cuál es la distinción fundamental de Jesús Maestro?

Opción 1 Enseñaba siempre y monitoreaba a sus discípulos.

Opción 2 Impartía su instrucción con ejemplos y parábolas.

Opción 3 Camina de un lugar a otro vociferando su doctrina.

Opción 4 Enseñaba con autoridad y sabía lo que había en el hombre.

2.4 Jesús, el maestro de maestros.

Jesús desde su niñez aprendió (Lucas 2:52). A través de su misma vida y de su trayectoria ministerial, Jesús nos ayuda a saber, a crecer y a desempeñar nuestro caminar, para que lleguemos a ser auténticos maestros.

La función del maestro es que el discípulo aprenda y el aprendiz determina al maestro, como dice la Escritura: instruye al niño en el camino correcto, y aun en su vejez no lo abandonará (Proverbios 22:6).

La actitud enseñable en Jesús, la desarrolló a través de la obediencia: Aunque era Hijo de Dios, Jesús aprendió obediencia por las cosas que sufrió (Hebreos 5:8). Aprendió hasta convertirse, Él mismo, en el contenido de la misma enseñanza: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan 14:6). Conocer a Jesús es llegar a la plena sabiduría, como lo afirma el evangelio: Si ustedes realmente me conocieran, también sabrían... (Juan 6:7).

Jesús es Maestro de maestros, porque sólo viniéndolo se aprende a ser de su mismo talante y carácter, que transforma al discípulo y a su ambiente: Vengan a mí los cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana (Mateo 11:28-30).

El término Maestro, con referencia a Jesús, fue muy apreciado por los escritores sagrados. Pues en los Evangelios aparece cuarenta y ocho veces el término maestro (didáskalos). Respecto al término Hebreo de Maestro, aparece quince veces Rabbí y en dos ocasiones Rabbuní.

Jesús mismo se atribuye el título de Maestro y lo afirma con gusto y plena aceptación: Ustedes me llaman Maestro y Señor y tienen razón, porque es lo que soy (Juan 13:13). Además, se concede el privilegio de escoger y nombrar a cada uno de sus discípulos: Ustedes no me eligieron a mí, yo los elegí a ustedes (Juan 15:16). Aunque es voluntario ser un discípulo, Jesús exige actitud, es determinante y define sus condiciones: Si alguno de ustedes quiere ser mi seguidor, tiene que abando-

nar su manera egoísta de vivir, tomar su cruz y seguirme (Mateo 16:24).

Los maestros pasan cierto tiempo con sus alumnos; con Jesús Maestro es de por vida y para siempre: El que pone la mano en el arado y luego mira atrás no es apto para el reino de Dios (Lucas 9:62). De esta manera, ya la relación discípulo-maestro se convierte en una relación íntima: Ustedes ahora son mis amigos, porque les he contado todo lo que el Padre me dijo (Juan 15:15). A tal nivel llega el grado de compenetración, que el discípulo puede decir: Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (Gálatas 2:20). La personalidad del Maestro se incorpora a tal grado en la personalidad del discípulo, que sus seguidores deben parecerse a su maestro (Mateo 10:25)

Con Jesús, el discípulo está listo cuando sean otros maestros, al estilo de Jesús Maestro, sin dudas ni ambigüedades, ellos lo acompañarían, y él los enviaría a predicar y les daría autoridad para expulsar demonios (Marcos 3:14-15).

En la próxima lección se abordará el tema de la actitud del discípulo para llegar a ser un maestro. Antes de pasar a la siguiente lección presente el examen:

Quinto Examen:

¿Cuál es el nivel mayor que alcanza el discípulo con Jesús Maestro?

Opción 1 Los discípulos de Jesús Maestro lo debe seguir siempre.

Opción 2 Los discípulos deben ser escogidos por Jesús Maestro.

Opción 3 Los discípulos incorporan la personalidad de Jesús Maestro

Opción 4 Los discípulos después son enviados a enseñar y a predicar.

2.5 Quien aprende es disponible y enseñable.

La barrera del aprender está en nuestro cerebro. Aprender es la gran dificultad de nuestro cerebro. Sin embargo, saber es una de las satisfacciones mayores de nuestro cerebro. Quien sabe algo vive motivado y, eso que hace, lo realiza con amor y cree que tiene valor.

Luego el obstáculo está en aprender y no en conocer o saber. Para vencer el impedimento de aprender, la vida nos ha dotado de dos herramientas: estar disponible y ser enseñable. En Hechos 8:4 se dice que los creyentes, mientras eran esparcidos, predicaban la Buena Noticia acerca de Jesús adondequiera que iban. Fueron discípulos entrenados, capacitados y equipados por maestros, que, a su vez, aprendieron del único e incomparable Jesús Maestro.

Es decir, estos discípulos tuvieron que aprender. Fueron disponibles y enseñables, libres para saber cómo evangelizar y luego de formados ejercían su labor con motivación constante y permanente.

El término disponible significa encontrarse vacío y desapegado, vacante, listo y presto para el fin que se le solicite; que con libertad la persona, pueda responder al llamado en cualquier momento.

El disponible es un servidor activo y militante, que puede ser destinado de inmediato y sin discrepancia. Así fueron los discípulos de Jesús: en cuanto llegaron a tierra firme, dejaron todo y siguieron a Jesús (Lucas 5:11).

Hay cuatro evidencias en la Biblia de genial y audaz disponibilidad: Samuel: Habla, Señor, que tu siervo escucha (1 Samuel 3:9). María: Que se cumpla en mí tu palabra (Lucas 1:38). Jesús: Quiero que se haga tu voluntad, no la mía (Lucas 22:42). Pablo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? (Hechos 9:6).

A su vez, enseñable es aquella persona dócil que se deja moldear, como barro en manos del alfarero (Isaías 64:8), que con el aprendizaje nos transformamos en obra valiosa diseñada por las manos de Dios. Por eso enseñable es quien siempre está aprendiendo. El mejor maes-

tro es aquel que está preparado para recibir y aprender lo que la vida constantemente se esfuerza en enseñarle.

El proceso de aprendizaje es permanente, constante y actualizado. Desde el comienzo, los discípulos fueron escogidos con características enseñables: Me has oído enseñar verdades, que han sido confirmadas por muchos testigos confiables. Ahora enseña estas verdades a otras personas dignas de confianza que estén capacitadas para transmitir las a otros (2 Timoteo 2:2). En el liderazgo cristiano no hay voluntarios, sino escogidos: Al amanecer, llamó a todos sus discípulos y escogió a doce de ellos para que fueran apóstoles (Lucas 6:13). Fueron seleccionados por su actitud de ser enseñables y disponibles.

Así es que, para aprender es necesario estar disponible y ser enseñable. Luego, para ser fiel y leal discípulo del Maestro Jesús debemos abandonarnos con libertad y sin reservas en el caudal de sus enseñanzas con perseverante disciplina.

Después de presentar el examen, pasará a la siguiente lección y conocerá un documento muy antiguo, que usaron los primeros discípulos para enseñar.

Sexto Examen:

¿Por qué para aprender es necesario ser disponible y enseñable?

Opción 1 Porque el obstáculo está en aprender y no en saber.

Opción 2 Porque son dos herramientas que facilitan el aprendizaje.

Opción 3 Porque prepara al discípulo para un fin determinado.

Opción 4 Porque en el liderazgo cristiano no hay voluntarios.

2.6 La Didaché o enseñanza de los apóstoles.

Didaché, se pronuncia didajé, viene del griego didascalia, que significa enseñanza, y hace referencia a didáskalos, quien enseña. Se conoce como "Enseñanza de los Apóstoles" y como "Enseñanza del Señor a las naciones por medio de los doce apóstoles".

La Didaché es un escrito contemporáneo con los libros del nuevo testamento de la Biblia. Fue usado desde el año 70 por la primera comunidad cristiana. Esta obra de la literatura cristiana es un vivo testimonio de que enseñar y guiar era una tarea primordial de los discípulos-maestros. Este vivo testimonio de la literatura cristiana, conocido como Didaché, es un ejemplo práctico de cómo la primitiva comunidad cristiana usaba la didascalia.

El total contenido de la Didaché se encuentra en muchos portales de la web y en diversos buscadores de internet, al igual que en las variadas librerías. Aquí sólo vamos a comentar algunos rasgos relevantes:

1. La Didaché tiene estructura: contenido moral, normas culturales, conductas disciplinarias y perseverancia en la disciplina.
2. Tiene contenido doctrinal: Instrucción moral, bautismo, ayuno y oración, fórmulas para la cena eucarística, instrucción sobre los apóstoles y profetas, el día del Señor, obispos y diáconos y escatología.
3. Cuando se estaba escribiendo el Nuevo Testamento, que después fue contenido de la Biblia, ya se estaba creando a la par contenido doctrinal teológico, que no entró en el canon bíblico, pero fue muy apreciado por los cristianos.
4. La Didaché tiene que ver con la educación cristiana. Hay unidad en la enseñanza de la vida cristiana cuando la doctrina se funda en la Biblia, la Tradición (historia), la Experiencia y la Razón, para dar respuesta a las preguntas actuales del ser humano y ayudar a cumplir el propósito de Dios de vivir en santidad.
5. La enseñanza es lo que lleva a una persona al discipulado. Si no se le enseña al nuevo creyente, no madura en su fe y, por lo tanto, no alcanza el nivel de líder, que es lo que la iglesia necesita.

6. Sin unidad en la educación cristiana no hay congregación y, como consecuencia, no habrá envío: Vayan y haga discípulos...enseñándoles todo lo que les he mandado (Mateo 28:18-20).

7. La búsqueda del control de calidad y de la excelencia se motiva desde la enseñanza: La iglesia, entonces, tuvo paz por toda Judea, Galilea y Samaria; se fortalecía y los creyentes vivían en el temor del Señor. Y, con la ayuda del Espíritu Santo, también creció en número (Hechos 9:31).

8. El discípulo entrenado se convierte en un testigo con la fuerza y el poder del Espíritu Santo: pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes; y serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes (Hechos 1:8).

9. El discípulo es entrenado y equipado, para la labor evangelizadora: llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas (Mateo 11:29).

10. El discípulo es enseñado por otros que ya han sido capacitados: juntos constituimos su casa, la cual está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas. Y la piedra principal es Cristo Jesús mismo" (Efesios 2:20).

Séptimo Examen:

¿Qué es la Didaché o La Enseñanza de los Apóstoles?

Opción 1 Una escritura que en nada tiene ver con la Biblia.

Opción 2 Los escritos que no entraron en los libros de la Biblia.

Opción 3 Un manual de enseñanza doctrinal para los cristianos.

Opción 4 Las enseñanzas de Jesús que no entraron en la Biblia.

2.7 La Didascalia Apostolorum.

La Didascalia también se conoce como la Doctrina de los Doce Apóstoles y de los Santos Discípulos de Nuestro Salvador. Se trata de una obra de la literatura cristiana, muy apreciada en la enseñanza doctrinal de la primitiva comunidad, semejante a la Didaché. Aunque se cree que el autor es de origen judío, fue escrita en el siglo II, en griego y en siríaco, lengua que se deriva del arameo.

El siríaco era una lengua literaria bastante usada por los primeros cristianos para dar a conocer las enseñanzas de Jesús. Por todo Asia, la India y el oriente de China, tanto de ambiente árabe como persa, se comunicaban en lengua siríaca.

Es una clara señal de inculturación del evangelio. Lo que indica que los líderes de la iglesia primitiva se preocuparon, desde el principio, por usar los medios más adecuados, actuales y masivos, para transmitir el mensaje de Salvación.

El principal objetivo de la Didascalia es dar una instrucción moral y reglas de comportamiento en la adoración, para el mantenimiento del orden y de la disciplina en la Iglesia. Con esta obra se pretende refutar la corriente del gnosticismo y la línea del judaísmo. Esta fuente de literatura quiere enseñar la doctrina sana en contra de las herejías de los judíos-cristianos, exhorta a ser cautos con la literatura pagana, además de evitar prácticas inmorales, como la promiscuidad en los baños.

Señala reglas sobre la elección y consagración de los líderes. Sobre el bautismo y el trato suave con el pecador arrepentido y el cuidado de los pobres. Se dan normas relativas a los pleitos y disputas. Estipula los lugares destinados al culto e invita a mantener buenos modales, no faltar al culto por trabajar o por ir a espectáculos.

Nadie puede tener excusas para eludir el martirio. Los días ordinarios de ayuno son miércoles y viernes, pero señala para la semana anterior a la Pascua normas más estrictas sobre el ayuno: desde el lunes, seis días completos, hasta la noche que sigue al sábado se debe abstener de consumo de alimento. Trata de la educación de los niños, como

educación fundamental en la Biblia: Repíteselos a tus hijos una y otra vez (Deuteronomio 6:7).

En definitiva, cuando nos acercamos a la historia del cristianismo desde los comienzos es impresionante, cómo la iglesia ha luchado por mantenerse leal a las enseñanzas de Jesús hasta nuestros días.

En la didascalia se dice que Dios ha abandonado la Sinagoga por la Iglesia de los gentiles, pero que Satanás ha hecho otro tanto. Satanás ya no tienta a los judíos, sino que se dedica a dividir al único rebaño en sectas. Esta rivalidad empezó en tiempo de los apóstoles y por eso, se escribió la Didascalia Apostolorum. Por lo tanto, los líderes actuales de la iglesia deben enseñar con fuerza y poder en todo tiempo, sin desanimarse y con entusiasmo, la doctrina que Jesús impartió:

Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para enseñarnos lo que es verdad y para hacernos ver lo que está mal en nuestra vida. Nos corrige cuando estamos equivocados y nos enseña a hacer lo correcto. Dios la usa para preparar y capacitar a su pueblo para que haga toda buena obra (2 Timoteo 3:16-17).

En conclusión, la enseñanza es la labor prioritaria del liderazgo ministerial de la iglesia: Nosotros, los apóstoles, deberíamos ocupar nuestro tiempo en enseñar la palabra de Dios, y no en dirigir la distribución de alimento (Hechos 6:2).

Octavo Examen:

¿Cuál es la importancia de la Didascalia Apostolorum?

Opción 1 Fue escrita por los mismos apóstoles de Jesucristo.

Opción 2 Da instrucciones morales y reglas de comportamiento.

Opción 3 Se ha conservado intacta desde el día que se escribió.

Opción 4 Refleja la preocupación de la iglesia por la enseñanza.

2.8 ¿Cómo se llega al conocimiento de Dios?

La palabra griega que designa conocimiento es gnosis. Conocer es tener en el cerebro la información de algo, es saber la diferencia y entender la naturaleza, las cualidades y las circunstancias. Pero cuando se habla del conocimiento de Dios, se hace referencia es a la naturaleza divina de nuestra vida: demuestran que tienen la ley de Dios escrita en el corazón, porque su propia conciencia y sus propios pensamientos o los acusan o les indican que están haciendo lo correcto (Romanos 2:15). Se llega al conocimiento a través del estudio, usando la razón y la experiencia se capta o se procesa información acerca de lo que nos rodea. Pues, a través del testimonio de la creación conocemos a Dios:

Por medio de todo lo que Dios hizo, ellos pueden ver a simple vista las cualidades invisibles de Dios: su poder eterno y su naturaleza divina. Así que no tienen ninguna excusa para no conocer a Dios (Romanos 1:20). Es decir, conocemos a Dios por su misma revelación: conocen la verdad acerca de Dios, porque él se la ha hecho evidente (Romanos 1:19). No hay ser humano que desdeñe el conocimiento, pues se le aprecia por su validez y se cotiza por su valor. Su vigencia es mutable, es incompleto, nunca está terminado, siempre estamos conociendo. Al conocimiento se llega por el estudio. Así es que el estudio está presente en los asuntos de nuestra fe. Estudiar es útil y necesario, pues representa una oportunidad providencial para progresar en el camino del conocimiento de Dios.

Cuando se cultiva el cerebro o la mente, las emociones y los sentimientos se abre nuestra alma para escuchar la voz de Dios con discernimiento y humildad. El conocimiento que está en el cerebro nos permite acercarnos a Dios como intelecto, espíritu, amor y misterio. Ante el ser humano, Dios es objeto de estudio y para poder llegar a su naturaleza divina existe un método de estudio. Dios es revelación y búsqueda de la realidad: El temor del Señor es la base de la sabiduría. Conocer al Santo da por resultado el buen juicio (Proverbios 9:10). Esa sed y deseo que hay en nosotros por conocer a Dios no es nuestro, sino de Dios mismo: Quiero que demuestren amor, no que ofrezcan

sacrificios. Más que ofrendas quemadas, quiero que me conozcan" (Oseas 6:6). En consecuencia, nosotros hemos llegado a un conocimiento mayor de Dios a través de su Hijo: Así es, todo lo demás no vale nada cuando se le compara con el infinito valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por amor a él, he desechado todo lo demás y lo considero basura a fin de ganar a Cristo (Filipenses 3:8).

Por su parte, hacemos la voluntad de Dios cuando le estamos sirviendo en su obra y podemos estar seguros de que conocemos a Dios si obedecemos sus mandamientos (1 Juan 2:3). Jesús mismo afirma que el reino de Dios está entre nosotros: Nunca podrán decir: ¡Aquí está! o ¡Está por allí!, porque el reino de Dios ya está entre ustedes (Lucas 17:21). Jesús mismo enfatiza que la vida eterna es conocimiento de Dios: Y la manera de tener vida eterna es conocerte a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste a la tierra (Juan 17:3).

La experiencia personal de Dios es motivo de conocimiento: Les anunciamos al que existe desde el principio, a quien hemos visto y oído. Lo vimos con nuestros propios ojos y lo tocamos con nuestras propias manos. Él es la Palabra de vida (1 Juan 1:1). En fin, hasta el mismo amor es conocimiento de Dios: el que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor (1 Juan 4:8).

Noveno Examen:

¿Cómo llegamos al conocimiento de Dios?

Opción 1 Por medio de las oraciones y el culto dominical.

Opción 2 Por la lectura constante de las Sagradas Escrituras.

Opción 3 Cuando somos obedientes y practicamos su voluntad.

Opción 4 A través del estudio, por la razón y la experiencia.

2.9 Carácter como cimiento fundamental.

Carácter se deriva del griego Charakter. Significa grabado, esculpido, sello, marca, labrado. Es un estigma único, propio y distintivo de cada persona. El carácter se refiere a la manera singular y particular de cada uno, es lo genuino y auténtico de cada ser humano. El carácter lo atesora todo cristiano. Como cimiento fundamental del cristiano, es la vida de Cristo grabada en el creyente por la labor del Espíritu Santo.

El propósito del carácter es revelar en todos los aspectos, facultades y áreas de nuestra vida, en todo tiempo y lugar, a la persona de Cristo, de la misma forma como el carácter de Cristo es reproducir a Dios, como Jesús mismo lo decía: Los que me han visto a mí han visto al Padre (Juan 14:9).

El carácter de Cristo son los atributos de Dios, esculpidos en piedra angular (Mateo 21:42; 1 Pedro 2:7; Hechos 4:11). Roca labrada por el poder que le otorgó la obediencia a Dios (Hebreos 5:8-9). El carácter de Dios fue grabado en Cristo:

Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo (Juan 5:17). Cristo mantenía el sello de la imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:26). Sin embargo, los judíos procuraban matarlo. Lo acusaban de que dijera que tenía el carácter de Dios: decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios (Juan 5:18).

Parece que, a los escribas y fariseos, escudriñadores de las Escrituras (Juan 5:39), se les había olvidado lo que sus antepasados habían escrito, y por eso Jesús mismo se los recuerda: Jesús respondió: en sus propias Escrituras (salmo 82:6) está registrado que Dios les dijo a ciertos líderes del pueblo: Yo digo que ustedes son dioses (Juan 10:34).

Cómo olvidar la misma Escritura cuando afirma: entonces el Señor le dijo a Moisés: Presta mucha atención a lo que voy a decir. Yo haré que para el faraón parezcas como Dios, y tu hermano Aarón, será tu profeta" (Éxodo 7:1). Jesús hizo honor del carácter de Dios en su vida: porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente (Juan 5:19). Todo lo que Cristo hace lo realiza el cristiano, y aún mayores (Juan 14:12). Por eso, el modelo de Cristo se repite en los

apóstoles: Ahora te digo que tú eres Pedro (que quiere decir roca), y sobre esta roca edificaré mi iglesia (Mateo 16:18).

Así como el cimiento o base es lo más importante en cualquier construcción o infraestructura, de la misma forma el conocimiento es prioridad en el cristiano: juntos constituimos su casa, la cual está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas. Y la piedra principal es Cristo Jesús mismo (Efesios 2:20). En la vida de fe, hay que revisar el fundamento, su profundidad y su fortaleza: Ese proceso continuará hasta que todos alcancemos tal unidad en nuestra fe y conocimiento del Hijo de Dios que seamos maduros en el Señor, es decir, hasta que lleguemos a la plena y completa medida de Cristo" (Efesios 4:13).

Finalmente, el carácter concede poder al cristiano (Hechos 1:8). Ese poder y la autoridad del creyente en Jesús viene de Dios mismo.

Décimo Examen:

¿Qué es el carácter como cimiento fundamental del cristiano?

Opción 1 Es la vida de Cristo grabada en el creyente.

Opción 2 Es la marca de los diversos tatuajes en la piel.

Opción 3 Es la herencia genética que transmiten los padres.

Opción 4 Es la enseñanza que se recibe en la escuela.

2.10 Aprendiendo a caminar caminando.

Según el propósito de Jesús y la propuesta de su proyecto para quienes iban a integrarse a su grey, debían tener un cambio completo en sus vidas. El planteamiento de Jesús lo justificaba en que su enseñanza era nueva, por lo tanto, sus aprendices y sus seguidores debían también ser transformados, porque el vino nuevo necesita cueros nuevos (Marcos 2:22). Por eso, Jesús afirmó: Así que no te sorprendas cuando digo: Tienen que nacer de nuevo (Juan 3:7). En el fondo, su innovadora propuesta se trata de la renovación de entendimiento de los nuevos creyentes (Romanos 12:2). Jesús se presentó como Maestro (Juan 13:13) usando el sistema pedagógico de aprendiendo a caminar caminando con su persuasiva invitación: "Vengan, síganme" (Marcos 1:17).

El caminar aprendiendo con Jesús se hizo muy cotidiano e incondicional entre sus seguidores: Mientras caminaban, alguien le dijo a Jesús: Te seguiré a cualquier lugar que vayas (Lucas 9:57). El caminante iba recibiendo y aprendiendo: Jesús iba enseñando por ciudades y aldeas mientras seguía adelante, camino a Jerusalén (Lucas 13:22).

Jesús despojaba a sus discípulos de la confortable comodidad y de la aparente seguridad de este mundo: Entonces dijo a la multitud: Si alguno de ustedes quiere ser mi seguidor, tiene que abandonar su manera egoísta de vivir, tomar su cruz cada día y seguirme (Lucas 9:23).

Se hizo tan popular y relevante el método de aprendiendo a caminar caminando, que los primeros cristianos fueron identificados con el nombre de los del Camino: Le pidió cartas dirigidas a las sinagogas de Damasco para solicitarles su cooperación en el arresto de los seguidores del Camino que se encontraran ahí (Hechos 9:2).

Las controversias no cesaban en oposición a las nuevas enseñanzas identificadas como las del camino: pero algunos se pusieron tercios, rechazaron el mensaje y hablaron públicamente en contra del Camino (Hechos 19:9). En su conmovedor testimonio Pablo dice: perseguí a los seguidores de El Camino, acosando a algunos hasta la muerte, y arresté tanto a hombres como a mujeres para arrojarlos en la cárcel (Hechos 22:4). Así las enseñanzas de Jesús recibieron el nombre del

Camino y a sus los seguidores se les llamó "los del Camino". Se trataba de una nueva forma de vida, de un nuevo sistema de relacionarse con la creación, con los seres humanos y con Dios. Nacer de nuevo exigía un modo nuevo de ser y de vivir. Jesús es el camino (Juan 14:16). Sendero que tiene su particularidad de ser angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que lo hallan (Mateo 7:14).

Hoy para nosotros es evidente que seguimos aprendiendo a caminar caminando con Jesús. Por eso mientras podamos, esforcémonos en entrar y progresar en el camino correcto, porque Jesús mismo anunció que muchos procurarán entrar, y no podrán Lucas 13:24).

En definitiva, nuestro deber es permanecer y progresar en el camino de Jesús y nuestra misión es ayudar a otros a hacer lo mismo:

Mis amados hermanos, si alguno de ustedes se aparta de la verdad y otro lo hace volver, pueden estar seguros de que quien haga volver al pecador de su mal camino salvará a esa persona de la muerte y traerá como resultado el perdón de muchos pecados (Santiago 5:19-20).

Undécimo Examen:

¿Qué es aprendiendo a caminar caminando?

Opción 1 Un sistema para enseñar a caminar a los bebés.

Opción 2 El sistema pedagógico usado por Jesús Maestro.

Opción 3 Una frase de inspiración poética muy práctica.

Opción 4 La transformación que debían tener los discípulos.

2.11 Ejercicios que avivan la acción de la fe.

Un día Jesús se fijó en la convicción de su interlocutor y le aseguró a la multitud que lo seguía: no he visto una fe como ésta en todo Israel (Lucas 7:9). Este reconocimiento lo hizo Jesús con asombro, al escuchar el testimonio de fe del oficial romano cuando dijo: 'Tan sólo pronuncia la palabra desde donde estás y mi siervo se sanará (Lucas 7:7). ¿Dónde quedó la fe del padre de todos los creyentes, frente a la fe de este gentil? (Romanos 4:11). ¿De qué tamaño quedó la fe de los demás patriarcas? Pues sabemos que por su fe alcanzaron buen testimonio (Hebreos 11). Sin embargo, la fe de este gentil romano fue superior. Es que la fe hay que ejercitarla, avivarla y ponerla en acción. Veamos algunos ejercicios que avivan la acción de la fe.

El primer ejercicio de la fe es la experiencia. La fe es poder. Es la potestad que se alcanza por la veteranía, el hábito y la destreza. El militar estaba familiarizado con el valor del poder (Hechos 1:8), por el oficio que desempeñaba y así lo confirmó: lo sé porque estoy bajo la autoridad de mis oficiales superiores y tengo autoridad sobre mis soldados. Sólo tengo que decir: Vayan, y ellos van, o vengan, y ellos vienen. Y si les digo a mis esclavos: Hagan esto, lo hacen. La fe se ejercita en la cotidianidad de la vida. Ya sea en el hogar, en el trabajo, en las conversaciones o en los miles de experiencias de las pequeñas cosas de la vida. Siempre hay oportunidad de poder practicar la fe.

La fe del centurión romano satisfizo a Jesús. Pues, de hecho, sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:6). Pero no cualquier fe, pues el impacto que asombró a Jesús fue la fe con excelencia y la calidad. La certeza de la gloria y de la majestuosidad del único Dios verdadero y del reconocimiento de la autoridad y poder de Jesús, fue lo que deslumbró al Maestro. El militar romano, estaba anticipando el mismo poder que Jesús nos prometió que íbamos a experimentar nosotros: pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes; y serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes (Hechos 1:8).

El segundo ejercicio de la fe es el estudio sistemático. La fe se pone en acción mediante métodos y hábitos que sean consecuentes con el estudio o la pedagogía, como lo expresó Pablo: Así que la fe viene por oír, y el oír, por escuchar la Buena Noticia acerca de Cristo (Romanos 10:17). Lo que indica que es vital para el nuevo creyente dar razón de su fe. El problema es que entre los creyentes hay una falta de asimilación de los contenidos de la fe. Han escuchado el mensaje de manera superficial, sin conexión vital y de forma desordenada, que se olvida con facilidad de la esencia de la fe. Para dar una respuesta acertada de fe, se necesita que el mensaje llegue, interese, se interiorice y se viva. La respuesta de lo que se cree y por qué se cree, resulta del estudio y de la comprensión de la fe de una manera firme, sistemática y racional: Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional (Romanos 12:1).

Los primeros creyentes mantuvieron un registro condensado de la vida de Cristo (Hechos 2:14-37), ese entendimiento se fue repitiendo hasta formarse los evangelios y los demás escritos del nuevo testamento. Por eso, leer, oír, visualizar, investigar, comparar, interpretar y ocuparse diariamente de las cosas de Dios, conducen al creyente a conocer la voluntad divina en su vida y lo llevan a saber cómo poner su fe en acción.

El tercer ejercicio de la fe es cultivar sus atributos. La firme seguridad (Hebreos 11:1), la esperanza sin vergüenza (Romanos 5:5) y la total convicción (Juan 4:42 y 2 Timoteo 1:12), resultan del sistema y del proceso progresivo de la fe. Porque la fe no es una particularidad mágica (Hechos 8:13-19) ni propiedad nepotista (Hechos 19:13-17). La fe es el fruto de la poderosa palabra del evangelio (Romanos 1:16). La fe proviene de Dios y del oír su Palabra. La fe se tiene, teniéndola (Romanos 14:22). La verdadera fe produce frutos: En cambio, la clase de fruto que el Espíritu Santo produce en nuestra vida es: amor, alegría, paz, paciencia, gentileza, bondad, fidelidad, humildad y control propio. ¡No existen leyes contra esas cosas! (Gálatas 5:22-23).

El cuarto ejercicio de la fe es contender. Una vez hablando con un experimentado pastor, le escuché decir: es que en nuestra iglesia no somos

proselitistas. Inquieto y poco satisfecho de la expresión que acababa de oír, le pregunté qué significaba su expresión. Pero su respuesta fue contraria al siguiente texto bíblico:

Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos (Judas 1:3). La fe no es una creencia relativa, ni un sentimiento subjetivo. La fe es objetiva y absoluta. La fe fue dada por revelación (Gálatas 3:25), la cual debe ser predicada (Gálatas 1:23) y llevada a tal nivel de esplendidez y fastuosidad que produce frutos en la incrementación constante del número de creyentes (Hechos 6:7).

Se debe contender por la fe, porque debemos ser militantes (2 Timoteo 1:13), porque muchos se apartan de la fe (Hechos 20:29-31) y porque Jesús debatió con los judíos (Lucas 13:17) y los apóstoles hicieron lo mismo (Hechos 4:5) y hasta les costó la vida (Hechos 6:7).

Duodécimo Examen:

¿Qué ejercicios avivan la acción de la fe?

Opción 1 El subjetivismo, el emocionalismo y el relativismo.

Opción 2 Como lo hicieron los patriarcas con su testimonio.

Opción 3 La experiencia, el estudio, los atributos y contender.

Opción 4 La actitud pasiva y la omisión de la acción proselitista.

2.12 La utilidad de hacer preguntas.

Uno de los mejores métodos pedagógicos usados en la enseñanza ha sido el socrático, descrito por Platón en "Los Diálogos Socráticos". El método socrático no sólo se trata de un procedimiento dialéctico, ni una forma de debate. La fórmula consiste en preguntar, interpelar y cuestionar hasta encontrar la respuesta acertada, real y verdadera. El ser humano que ha desarrollado un pensamiento crítico y ostenta la capacidad de solucionar problemas, es porque ha cultivado la agudeza y la perspicacia de hacer preguntas correctas y trascendentales. La habilidad de hacer preguntas pertinentes lleva al ser humano a descubrir lo que ha estado buscando a través de sus cuestionamientos, hasta llegar a lo que quiere saber y conocer.

Cuando se hacen preguntas abiertas, que comienzan con el qué, cuándo, cómo, dónde, por qué y para qué, despiertan el interés para la reflexión, la dialéctica y el debate y se logra profundidad en el tema que se está tratando. Pero, el lado contrario son preguntas cerradas, que llevan a responder con un sí o un no, y no se logra obtener respuestas claras, precisas, ni cercanas al propósito que se desea alcanzar. Todo queda en una interacción superficial. Sin embargo, no todas las preguntas abiertas producen satisfactorias, faustas y suficientes respuestas. Por eso, hay que continuar indagando. Seguir y seguirse preguntando. Ampliar ideas. Procesar información. Describir y observar. Comprender y provocar más preguntas. Hacer preguntas es muy útil, porque nos conduce a evolucionar con los nuevos descubrimientos y a crear novedosos inventos. Ayuda a romper paradigmas y a renovar o abandonar creencias. En el aspecto espiritual y con referencia a la relación Dios y creación, el ser humano también se ha planteado grandes y difíciles preguntas.

Y es en este ámbito místico, interior y sensible donde es más útil y eficaz el método socrático. De una pregunta, sigue otra pregunta, que facilita otra pregunta y ésta lleva a otro cuestionamiento. Es un seguimiento continuo. Sin perder el hilo de la conversación avanza en el mismo tema de manera sistemática. Hay preguntas sobre Dios y con

respecto a la naturaleza. Hay preguntas acerca de la relación Dios y el ser humano. Como también hay interpelaciones y necesidad de aclaraciones referente a la historicidad y a la literatura bíblica, como a su debatible y controversial contenido. Entre muchas preguntas están las siguientes: ¿Dios es o Dios existe? ¿Qué siente Dios frente a tanta injusticia que hay en el mundo? ¿Dios también tiene necesidades? ¿Es la Biblia la Palabra de Dios o la Biblia habla de la Palabra de Dios? ¿Dios es masculino o femenino? Además, hay preguntas tan existenciales, como ¿se tiene la certeza de dónde venimos y hacia dónde vamos? ¿Se puede pedir evidencia de todo lo que pensamos? ¿Puede el ser humano conocer a Dios o a lo que puede aspirar es tan sólo saber sobre Dios?

Si la fe es por gracia de Dios, ¿porque Dios requiere de nuestra fe? ¿Por qué la Biblia contiene aparentes contradicciones y diversas versiones de los mismos acontecimientos, de los hechos o los personajes? ¿Quién provocó a David que hiciera un censo: Dios (2 Samuel 24:1) o fue Satanás (1 Crónicas 21:1) quien lo incitó? En fin, la familia de Zatu, ¿eran novecientos cuarenta y cinco (Esdras 2:8) u ochocientos cuarenta y cinco (Nehemías 7:13)? Si Jesús deciente de David ¿De cuál hijo de David desciende Jesús: De Salomón (Mateo 1:6) o de Nathán (Lucas 3:31)? ¿Juan el Bautista, sí era Elías quien había de venir (Mateo 11:14, 17:10-13) o no era Elías quien había de volver (Juan 1:19-21)? Se dice que Pedro sabía que Jesús era Cristo por revelación de los cielos y no lo aprendió de ningún ser humano (Mateo 16:17). Por su parte en Juan 1:41, aparece que fue su hermano Andrés, quien se lo dijo.

En la experiencia de Pablo, se afirma que la voz le dijo cuál sería su deber (Hechos 26:16-18), pero en Hechos 9:7 y 22:10, la voz le ordenó que entrara en la ciudad de Damasco y que allí se le haría saber qué debía hacer. No obstante, si una persona hace una de las anteriores preguntas y luego sobre esa pregunta propone otra pregunta y sobre ésta desliza otro interrogante, llega a la conclusión de que lo que parecían aparentes contracciones en los diversos y paradójicos relatos bíblicos, se demuestra que son evidencias suplementarias. Como en el caso de la comisión de Jesús a sus apóstoles: Id y haced discípulos... enseñando (Mateo 28:19-20), predicando (Marcos 16:15), testificando (Lucas 24:48; Hechos 1:8) y siguiendo a Jesús (Juan 21:19.22). Al final, son

versiones coherentes y ordenadas que revelan la autenticidad de los sucesos sagrados que transmiten la veracidad en sus contenidos. Son distintas narraciones que usan diversos recursos literarios, que complementan la seriedad del hecho y enriquecen los acontecimientos, brindando mayor seguridad y certeza para descubrir, creer, transferir y difundir la verdad de Dios.

Lo mismo sucede con Jeremías 32:4 y Ezequiel 12:13. Se dice que Sedequías, rey de Judá sería llevado a Babilonia, pero en el otro pasaje se afirma que no verá a Babilonia. Pero en Jeremías 39:6,7 se informa que fue llevado ciego y por tanto no pudo ver a Babilonia. Las diversas versiones o aparentes discrepancias confirman que los escritos bíblicos no fueron reproducciones simples de copistas en automático o escribanos de mentalidad mecánica, ni los autores sagrados al escribir se imitaron unos entre otros, sino que el interés fue revelar la coherencia de la verdad. La recopilación de los manuscritos y las variantes de los escritores, presentan neutralidad, libertad y la confirmación de Jeremías 1:12: Has visto bien, dijo el Señor, porque yo estoy alerta para que se cumpla mi palabra. En conclusión, vale la pena hacer preguntas. Sin temor a perder la fe o a ser criticado por incrédulo todos pueden interrogarse y cuestionarse, para que se logre en ser transformados por la renovación del entendimiento (Romanos 12:2).

Décimo Tercer Examen:

¿Cuál es la utilidad de hacer preguntas?

Opción 1 Conduce a descubrir, inventar y abandonar creencias.

Opción 2 Se desarrolla más la fe y se cree más en la evolución.

Opción 3 Quedan en evidencia que la Biblia tiene contradicciones.

Opción 4 Hay necesidad de cotizar la profesión de los periodistas.

2.13 ¿Cómo pasar de la imitación a la interpretación?

El término imitación viene del latín *imitatio*. Significa hacer algo idéntico a lo que ya existe. Producir una copia exacta del original. Concebir una representación del modelo o figura real. Por su parte, la palabra interpretación se deriva del latín *interpretari*: "intermediario". Que media entre dos partes, por encima de leyes establecidas, con el propósito de descubrir nuevos significados. La imitación está presente en las artes, como la pintura, la música, la actuación y la fotografía. En estas disciplinas, como en otras, se siguen ciertas reglas y se incorporan modelos, para que la imagen sea lo más cercana posible con la realidad.

Por la imitación se marcan épocas, se definen géneros y se delimitan estilos; se detectan y se miden tendencias; se eligen y se pautan modas. En la actualidad, la formación académica profesional está plagada de improductivas y machacadas asignaturas. Debido a la desproporcionada y fraudulenta imitación, la colegiatura ni proporciona pautas para la interpretación, ni guía a los educandos hacia la búsqueda de nuevos horizontes del conocimiento. La vana inversión de tiempo y energía, de agentes y recursos y la ocupación innecesaria de espacios, desactiva en los alumnos el apetito por acceder al campo de los sorprendentes descubrimientos. Profesores y estudiantes se entretienen. Los unos hacen como si enseñaran y los otros como si aprendieran.

Es que la imitación es tan cotidiana, que serpentea en la sociedad como algo natural. En muchos casos la misma naturaleza acude a la imitación, para tomar ventaja de su camuflaje y enriquecer el misterioso fluir de la vida. La razón para que haya más práctica de imitación, que adiestramiento en la originalidad, es que porque se considera que la innovación exige mayor esfuerzo y densidad de concentración. Pero también, se imita por miedo y sobrevivencia; por la inseguridad al fracaso y por la frustración al rechazo.

Es evidente, que la emulación resulta de la tradición, de la educación, de la cultura y de las creencias espirituales religiosas. La superstición y el fetichismo se nutren de la imitación. Sin embargo, aunque la imitación parezca elemental, no es fácil y, por supuesto, sus resultados

proviene de mentes prodigiosas, que se valen de la inteligencia, la capacidad de observación y la agudeza en la admiración, para que el desempeño de su oficio en la reproducción de plagios sea lucrativo. Aunque en cierta medida es rentable reproducir y con ingeniosa versatilidad se expone y se oferta lo que se quiere representar, el interés de Pablo se caracteriza por enseñar y amonestar para que evitemos la imitación, a cambio de que aprendamos a desenvolvernos en la destreza de discernir la voluntad de Dios: No imiten las conductas ni las costumbres de este mundo, más bien dejen que Dios los transforme en personas nuevas al cambiarles la manera de pensar. Entonces aprenderán a conocer (discernir) la voluntad de Dios para ustedes, la cual es buena, agradable y perfecta (Romanos 12:2). Discernir es percibir y declarar la diferencia que existe entre la voluntad de Dios y las costumbres tradicionales adquiridas por la cultura, la sociedad y las creencias. Por eso, es necesario trasladarse de la imitación a la interpretación. La herramienta del discernimiento es la interpretación.

Jesús mismo recomienda la interpretación: Necios. Saben interpretar las señales del clima en la tierra y en los cielos, pero no saben interpretar los tiempos presentes (Lucas 12:56). Es una invitación a suprimir lo innecesario y restablecer lo esencial, para que podamos profundizar en el diálogo comprensible y estrecho, dentro la iglesia y con el resto de la humanidad. En la iglesia muchas cosas van cambiando. Las versiones bíblicas, las palabras en las oraciones y la predicación, las formas y costumbres de adoración, son distintas según la época, la zona geográfica y la expresión cultural. De ahí que Jesús nos invite a discernir los acontecimientos con sentido crítico de la historia.

Así es que la iglesia debe interpretar y adaptarse a los signos de los tiempos, cambiando los medios para la transmisión del evangelio y las formas del mensaje bíblico, pero no el contenido. Entonces, ¿Cómo pasar de la imitación a la interpretación? El paso ocurre cuando se cambia la manera de pensar (Romanos 12:2). La manera de pensar la cambia Dios por su gracia, y también la puede renovar el ser humano cuando elige tomar sus propias decisiones. Hay que creer que todo depende de Dios, pero hay que hacer las cosas con todo el esfuerzo humano. Interpretar es entender, conocer, evolucionar, crear, traducir y

adaptar lo que ya existe a nuevas circunstancias, inventos y producciones con nuevas formas de expresión. Jesús Maestro, vino a interpretar lo que en épocas anteriores se había dicho: Oísteis que fue dicho a los antiguos... pero yo os digo (Mateo 5:21). En una sabia aclaración el Señor afirma que no vino a quitar, ni a abolir nada: No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir (Mateo 5:17). La expresión cumplir significa que Jesús está interpretando la voluntad de Dios. Su propósito es establecer el reino de los cielos entre nosotros, cuando a partir de entonces, Jesús comenzó a predicar: Arrepíentanse de sus pecados y vuelvan a Dios, porque el reino del cielo está cerca (Mateo 4:17). El apóstol Pablo también ejerció y cultivó la interpretación: Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe (Filipenses 3:8-9).

Interpretar es hacer lo complicado simple y simplificar lo complicado. Es saber entender y darles sentido racional a los relatos escritos, a los signos y a los símbolos, actualizándolos contemporáneamente. Dios mismo había dado la ley a través de Moisés, y como no fue suficiente para que el ser humano alcanzara la salvación, más tarde proporcionó la gracia y reveló la verdad: Pues la ley fue dada por medio de Moisés, pero el amor inagotable de Dios y su fidelidad vinieron por medio de Jesucristo (Juan 1:17). Ese cambio o avance en el plan salvífico sucede a través del discernimiento que se hace mediante la interpretación. Porque lo antaño a veces se vuelve incomprensible y difícil de cumplir: aplastan a la gente bajo el peso de exigencias religiosas insostenibles y jamás mueven un dedo para aligerar la carga (Mateo 23:4). Con la nueva interpretación la propuesta de Jesús es imprescindible, vital y refrescante. Su enseñanza es clara y atrayente:

Vengan a mí todos los que están cansados y llevan cargas pesadas, y yo les daré descanso. Pónganse mi yugo. Déjenme enseñarles, porque yo soy humilde y tierno de corazón, y encontrarán descanso para el alma. Pues mi yugo es fácil de llevar y la carga que les doy es liviana

(Mateo 11:28). Por la interpretación sabemos darle a Dios lo que le pertenece y al ser humano lo debido: Den al César lo que pertenece al César y den a Dios lo que pertenece a Dios (Mateo 22:21). El Maestro nos anima a tener autoridad en la interpretación: ¿Por qué no pueden decidir por ustedes mismos lo que es correcto? (Lucas 12:57). Para qué acudir a otras instancias (Lucas 12:58-59)

Como lo hemos podido descubrir hasta aquí, Dios mismo discernió y también interpretó. De la misma manera lo hizo Cristo. Ahora, nosotros debemos seguir el mismo criterio de interpretación. Por la interpretación, adquirimos la habilidad para llegar a saber y comprender cómo se pueden hacer las cosas de una manera mejor. Entendemos, por qué debemos actuar para que las situaciones cambien. Y especialmente decidimos innovar y evolucionar en nuestras vidas, en la búsqueda de vivir más y mejor. Por último, la historia es el registro de las interpretaciones humanas, su aceptación, su transformación en ideales y su oportuno reemplazo por la imposición de otros nuevos propósitos, planteamientos y creencias. No imitemos. Interpretemos las señales y los indicios de los tiempos, para que descubramos nuevos medios de expresión y renovados instrumentos, para alcanzar una mejor visión y lograr mayor vigor en el ministerio de la iglesia.

Décimo Cuarto Examen:

¿Cómo pasar de la imitación a la interpretación?

Opción 1 Transformando ideas a nuevos conceptos.

Opción 2 Haciendo una reproducción del original.

Opción 3 Cuando se deja de lado la imitación.

Opción 4 Cambiando la manera de pensar.

3. PARENESIS:

Del griego παραίνεσις: paraínesis, significa exhortación, y παραινέω: parainéō, se traduce por exhortar. Parénesis es el significado que contiene la adoración tanto en la oración, como en la alabanza y la predicación.

De la misma manera como hoy día se habla de la atención que se debe procurar a la salud emocional y el interés que ha despertado la inteligencia emocional, así se diserta respecto a la parénesis. La parénesis es la exposición del amor en los detalles más simples de la vida diaria. La parénesis no es sólo moralizar, sino hacer real nuestra vida en Cristo, que va más allá de reglas o normas. Parénesis es vivir en Cristo, es adoptar el estilo de vida de Jesucristo.

Por eso, la parénesis aborda el área emocional del ministerio de una congregación. Pues una sana y loable adoración, acciona correctamente la parte emocional, sensitiva y afectiva de los congregantes: "¡Vengan, cantemos al Señor! Aclamemos con alegría a la Roca de nuestra salvación" (Salmo 95:1).

La alegría y el gozo de la adoración va más allá del acto de la celebración, se prolonga en el tiempo por los congregantes al lugar donde van luego a continuar su vida cotidiana: "Después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios" (Lucas 24:52-53).

La parénesis es el talente de una congregación. Por supuesto, no es el lugar, ni la denominación, ni la religión, lo que hace fructífera una

adoración digna del reconocimiento y del valor de la divinidad y de la santidad de Dios, sino la actitud de quienes se congregan.

Todo depende de la actitud que trae el adorador a la celebración, de la disposición durante la conmemoración y del fervor con el que sale del servicio de adoración, para que el avivamiento sea transmitido a quienes no asistieron a la festividad de fe de quienes se unieron unánimes en un tiempo y en un espacio.

La parénesis es inspiración y acción sincera del espíritu de los adoradores: "Pero se acerca el tiempo, de hecho, ya ha llegado, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. El Padre busca personas que lo adoren de esa manera. Pues Dios es Espíritu, por eso todos los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad" (Juan 4:23-24).

Muchos confunden la parénesis con la adoración religiosa de los cristianos o con la oración que hace toda la gente. La parénesis es la oración, la alabanza y la adoración de los creyentes, no de los incrédulos. La adoración no es de gente incrédula. La adoración es el testimonio vivo de los creyentes. Por eso, en la adoración el predicador debería tratar con personas que hayan sido antes evangelizadas y doctrinadas con la enseñanza de la Palabra.

La parénesis no es simplemente la exhortación de un predicador. La parénesis es una relación apropiada con Dios que ocupa toda la vida del creyente, y que se mantiene activa en todo momento, como lo hizo Pablo, los otros apóstoles y los primeros cristianos. En Hechos 27:10-11, Pablo acude a la parénesis para consolar y advertir: "Les dijo: 'Señores, creo que tendremos problemas más adelante si seguimos avanzando: naufragio, pérdida de la carga y también riesgo para nuestras vidas'; pero el oficial a cargo de los prisioneros les hizo más caso al capitán y al dueño del barco que a Pablo". Ahora, Pablo usa la parénesis para exhortar, animar y afirmar su autoridad: "Finalmente, Pablo reunió a la tripulación y le dijo: Señores, ustedes debieran haberme escuchado al principio y no haber salido de Creta. Así se hubieran evitado todos estos daños y pérdidas. ¡Pero ánimo! Ninguno de ustedes perderá la vida, aunque el barco se hundirá" (Hechos 27:22).

Desde el principio el ministerio público de Jesús fue anunciado en parénesis: "Juan usó muchas advertencias similares al anunciar la Buena Noticia al pueblo" (Lucas 3:18). Jesús utilizó el mismo criterio de la parénesis en todo momento mientras andaba en su ministerio: "Jesús recorrió todas las ciudades y aldeas de esa región, enseñando en las sinagogas y anunciando la Buena Noticia acerca del reino; y sanaba toda clase de enfermedades y dolencias. Cuando vio a las multitudes, les tuvo compasión" (Mateo 9:35-36). Por su parte, Pablo se convierte en prototipo del lenguaje parenético: "Pablo mandó llamar a los creyentes y los alentó. Mientras estuvo allí, animó a los creyentes en cada pueblo que atravesó. Luego descendió a Grecia" (Hechos 20:1-2)

Pablo les insiste a sus discípulos que deben usar de los medios parenéticos para que la obra de Cristo no se detenga: "Debes enseñar estas cosas y alentar a los creyentes a que las hagan. Tienes la autoridad para corregirlos cuando sea necesario, así que no permitas que nadie ignore lo que dices" (Tito 2:15). Era tan común usar los recursos de la parénesis, que los líderes de las sinagogas instaban a Pablo y a Bernabé a usarla: "Después de las lecturas acostumbradas de los libros de Moisés y de los profetas, los que estaban a cargo del servicio les mandaron el siguiente mensaje: Hermanos, si tienen alguna palabra de aliento para el pueblo, ¡pasen a decírla!" (Hechos 13:14-15).

En la actualidad, el evangelio completo debe ser presentado de la misma forma como lo hicieron Juan Bautista, Jesús, sus apóstoles y los primeros cristianos, quienes siguieron el mismo modelo de continuidad usando: Kerigma, Didascalia y Parénesis. Cuando el predicador habla en parénesis se dirige a los evangelizados, quienes ya han recibido el kerigma. Mediante la parénesis se guía la conducta moral del grupo o de las personas que han hecho un cambio de actitud, sin enfatizar en los asuntos intelectuales o de conocimiento racional, que son propios de la didascalia. Pues las palabras del predicador son expresiones del corazón que ha tenido una profunda experiencia sobre la grandeza y la dignidad de Dios, hacía otros corazones amorosos que saborean, admiran y sienten lo que el predicador está testificando es la adoración. Quien predica la Palabra lo que busca es mover, estimular y fortalecer la voluntad, los sentimientos, el corazón de los creyentes presentes.

Toca la disposición interior del ánimo de las personas convertidas, quienes se sienten exhortadas, estimuladas y amonestadas a continuar en el camino de la santidad. La parénesis lleva al que ya tiene fe salvadora, de una conducta regular hacía una excelente, de una buena a hacia una mejor, por eso, se les exhorta: "y no dejemos de congregarnos, como lo hacen algunos, sino animémonos unos a otros" (Hebreos 10:25). El creyente necesita seguir escuchando con insistencia y empeño, las buenas noticias de salvación, para evitar que la tendencia a la incredulidad lo desanime. Pablo advertía: "El problema está en mí, porque soy demasiado humano, un esclavo del pecado...quiero hacer lo que es correcto, pero no lo hago. En cambio, hago lo que odio" (Romanos 7:14-15). En este aspecto, Jesús decía frases como: "vete y no peques más" (Juan 8:11), "ahora ve y haz lo mismo" (Lucas 10:37). Además de retar a sus adversarios: ¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: ¿Levántate y anda? (Lucas 5:23).

La parénesis debe ser ejercida por personas con autoridad. Jesús todo lo podía porque tenía autoridad ante las personas (Marcos 1:22) y frente a la misma naturaleza (Mateo 8:27). Así es que el predicador, además de exhortar al corazón, a la voluntad, a la actitud, a la disposición interior de ánimo de los creyentes, recurrirá a la viveza de la imagen, al testimonio y a la expresividad. El predicador con toda su autoridad, por su coherencia de vida y por su convicción, debe contar las maravillas, señales y prodigios con prestigio, estima y admiración ante la audiencia, para que los resultados sean positivos: "Los apóstoles hacían muchas señales milagrosas y maravillas entre la gente. Y todos los creyentes se reunían con frecuencia en el templo, en el área conocida como el Pórtico de Salomón" (Hechos 5:12).

De la misma manera, Jesús expresaba frases populares, parábolas, fábulas, relatos. La predicación de Juan Bautista fue emotiva: "predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados" (Marcos 1:5). Con el mismo propósito de Juan empezó Jesús su predicación: "Arrepiéntanse de sus pecados y vuelvan a Dios, porque el reino del cielo está cerca" (Mateo 4:17). Por su parte, la misma vida cristiana de Pablo, comienza con su conversión y es la misma fórmula que sigue aplicando por el resto de su vida:

"Ustedes deben cambiar completamente su manera de pensar, y ser honestos y santos de verdad, como corresponde a personas que Dios ha vuelto a crear, para ser como él" (Efesios 4:23-24). "obedezcan al Espíritu de Dios" (Gálatas 5:16). "Basado en el privilegio y la autoridad que Dios me ha dado, le advierto a cada uno de ustedes" (Romanos 12:3). Pablo después de exposición doctrinal que hace en sus cartas, termina con parénesis, como lo hizo en los siguientes textos: Romanos 12-15; Gálatas 5-6; Efesios 4-6.

Aquí empieza una serie de 13 lecciones sobre el tema de la adoración o la parénesis, después del examen.

Primer Examen:

¿Qué es Parénesis?

Opción 1 es la adoración religiosa de todos los cristianos.

Opción 2 es la oración que hace toda la gente que se reúne.

Opción 3 es la oración, alabanza y adoración de los creyentes

Opción 4 es la exhortación que hace un predicador al pueblo.

3.1 La adoración es el culto público de la Iglesia.

La adoración es la oración y la alabanza pública de los congregantes. Es diferente de la acción privada de la fe de los creyentes, que también fue recomendada y practicada por Jesús: "Pero tú, cuando ores, apártate a solas, cierra la puerta detrás de ti y ora a tu Padre en privado. Entonces, tu Padre, quien todo lo ve, te recompensará" (Mateo 6:6). Se trata de la intimidad a solas con Dios y de la voluntad esforzada por la oración. La mayoría de las veces es para dormir que cerramos la puerta. Aquí es para orar, como frecuentemente lo practicó el mismo Maestro: "A la mañana siguiente, antes del amanecer, Jesús se levantó y fue a un lugar aislado para orar" (Marcos 1:35).

La recompensa de su oración mediante los signos, los milagros y las señales, era el resultado de haber estado en la amistad con Dios. Pues siempre que terminaba de ministrar, volvía a la soledad en oración: "Después de despedirse de la gente, subió a las colinas para orar a solas" (Marcos 6:46). Jesús tenía el hábito de cerrar la puerta, disciplinar la mente y dominar las emociones a través de su vida de oración: "Así que Jesús muchas veces se alejaba al desierto para orar" (Lucas 5:16). Procedimiento que usó hasta el final de su misión: "Entonces Jesús fue con ellos al huerto de olivos llamado Getsemaní y dijo: Siéntense aquí mientras voy allí para orar" (Mateo 26:36).

Pero además de la oración íntima, personal y a solas, los discípulos también aprendieron de Jesús la oración en público, que llamamos adoración. La adoración es el culto público de la iglesia porque es la forma exterior, sensible y visible de la oración y la alabanza, desde los comienzos del cristianismo: "Todo el tiempo alabando a Dios y disfrutando de la buena voluntad de toda la gente. Y cada día el Señor agregaba a esa comunidad cristiana los que iban siendo salvos" (Hechos 2:47). El culto público es tan necesario y útil a la vida espiritual, como la oración en privado, porque es para testimonio (Mateo 24:14). La manifestación pública se debe a que la iglesia es un cuerpo visible. Por ser el cuerpo de Cristo, la vida de la iglesia debe ser clara, evidente y manifiesta a todo el mundo. El culto público es la prolongación de la humanidad de Cristo en la actualidad para el mundo: "Y la iglesia es el cuerpo de Cristo; él la completa y la llena, y también es quien da pleni-

tud a todas las cosas en todas partes con su presencia" (Efesios 1:23). La adoración pública es un acto que se hace en todo lugar y en todo tiempo. Siendo que es un momento expresivo, propio y representativo de los miembros de la iglesia, se espera que cada creyente tenga sentido de pertenencia, de transparencia y responsabilidad, asistiendo siempre a la adoración de su iglesia: "Todos ustedes en conjunto son el cuerpo de Cristo, y cada uno de ustedes es parte de ese cuerpo" (1 Corintios 12:27). Por lo imprescindible de adoración, es que siempre hay un motivo para la celebración. Los congregantes forman una asamblea celebrante con acciones ceremoniales y solemnidades preceptivas y sistemáticas. Los actos de adoración se hacen en un clima festivo, espontáneo, más no improvisado. Existe una formación intencional, metódica y con propósito del liderazgo entre los miembros de la iglesia: "Ellos tienen la responsabilidad de preparar al pueblo de Dios para que lleve a cabo la obra de Dios y edifique la iglesia, es decir, el cuerpo de Cristo" (Efesios 4:12). Esta edificación de la iglesia se realiza con el esfuerzo y la lucha de los mismos miembros que han sido elevados a la dignidad de ser configurados con Cristo: "Me alegro cuando sufro en carne propia por ustedes, porque así participo de los sufrimientos de Cristo, que continúan a favor de su cuerpo, que es la iglesia" (Colosenses 1:24)

El culto público de la iglesia es la presencia viva, visible y eficaz del pueblo creyente, unido y organizado. Los signos y los símbolos que se usan en el culto presentan a Cristo, quien produce el crecimiento de la iglesia (Hechos 2:47), mientras los creyentes alaban a Dios disfrutando con el pueblo: "Pues Cristo mantiene todo el cuerpo unido con las articulaciones y los ligamentos, el cual va creciendo a medida que Dios lo nutre" (Colosenses 2:19). Como resultado de la participación colectiva de la congregación, la iglesia crece, se fortalece y es alentada a exteriorizar su testimonio: "Los apóstoles daban testimonio con poder de la resurrección del Señor Jesús y la gran bendición de Dios estaba sobre todos ellos" (Hechos 4:33).

Por eso, la iglesia adora unánime (Hechos 1:15), recita su confesión de fe (Romanos 10:9-10), aprende las Escrituras (Romanos 15:4), enseña su doctrina (2 Timoteo 3:15) y persevera en oración y ruegos (Efesios 6:18). Aunque muchas veces la adoración se ha envalentonado

de protocolo y parafernalia, siempre está volviendo constantemente a simplificar el culto, a pluralizar las vestimentas y a mantener la sobriedad, consciente de que hay que actualizar la adoración divina. Por ello, el orden del servicio público es dinámico, libre, participativo, contemporáneo y popular. Es un tiempo propicio de renovación constante, de ahí que sea ideal para presentar a quienes han sido evangelizados y enseñados. En el culto público es donde los nuevos creyentes se unen a la oración y a la alabanza, confiesan públicamente su fe y cómo buenos obreros no tienen de que avergonzarse (2 Timoteo 1:8), sino que empiezan a hacer signos y prodigios, como los primeros cristianos: "Los apóstoles hacían muchas señales milagrosas y maravillas entre la gente. Y todos los creyentes se reunían con frecuencia en el templo, en el área conocida como el Pórtico de Salomón; pero nadie más se atrevía a unirse a ellos, aunque toda la gente los tenía en alta estima. Sin embargo, cada vez más personas —multitudes de hombres y mujeres— creían y se acercaban al Señor" (Hechos 5:12-14). Por eso, la calidad y la frecuencia del culto público de la iglesia es el termostato que señala y regula el crecimiento sano, numérico y espiritual de una congregación.

Segundo Examen:

¿Por qué es importante el culto público de la iglesia?

Opción 1 Porque es el termostato que regula el crecimiento.

Opción 2 Porque es la prolongación de la humanidad de Cristo.

Opción 3 Porque es el protocolo estático de los ritos sagrados.

Opción 4 Porque es el tiempo de presentar a los nuevos creyentes.

3.2 La adoración es el culto espiritual de la Iglesia.

Por ser Dios el centro de nuestra adoración, de acuerdo con su esencia divina, nuestro culto público es espiritual: "Pues Dios es Espíritu, por eso todos los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad" (Juan 4:24).

La adoración es para Dios. No es para la satisfacción humana. La adoración es para agradecer a Dios, no para satisfacer los caprichos humanos. Fuimos creados a imagen y semejanza de Dios. No al revés. No fue Dios quien fue creado a nuestra imagen.

Sin embargo, hasta hoy el ser humano sigue cayendo en la tentación de representar a Dios, y por su terquedad lo configura a la imaginación corporativa, de carne y huesos.

Desde el principio la humanidad ha flotado en la impresionante flaqueza de la idolatría, perdiendo la lealtad exclusiva al Espíritu de Dios y a su voluntad espiritual divina.

Mientras Dios estaba decretando su ley: "No te hagas ninguna clase de ídolo ni imagen de ninguna cosa que está en los cielos, en la tierra, o en el mar" (Éxodo 20:1). El pueblo estaba promulgando lo contrario: "Vamos, haznos dioses que puedan guiarnos" (Éxodo 32:1).

Y así lo siguió haciendo por el resto de sus días. Erróneamente. Su adoración no era espiritual, porque materializaron dioses y corporizaron la alabanza. Tampoco su adoración era verdadera, porque su culto era simbólico (Hebreos 10:1), irreal y falso: "Hay quienes derrochan su plata y su oro y contratan a un artesano para que de estos les haga un dios. Luego, ¡se inclinan y le rinden culto!" (Isaías 46:6)

Porque Dios es espíritu, la interacción entre Dios y la humanidad es espiritual, definida, con discernimiento y sin ambigüedades: "Pero si te niegas a servir al Señor, elige hoy mismo a quién servirás. ¿Acaso optarás por los dioses que tus antepasados sirvieron del otro lado del Éufrates? ¿O preferirás a los dioses de los amorreos, en cuya tierra ahora vives? Pero en cuanto a mí y a mi familia, nosotros serviremos al Señor" (Josué 24:15).

Sin embargo, la actitud rebelde de las personas condujo al profetismo a no escatimar esfuerzos, para denunciar la fatal aberración: "El rendir culto a dioses ajenos consume sus fuerzas" (Oseas 7:9). Pues inútilmente será fructífera su adoración lujuriosa y lasciva, cuyas implicaciones impregnadas de simple emocionalismo, resultan en frustración, amargura y desconsuelo: "¡Qué aflicción te espera a ti que les dices a ídolos de maderal: ¡Despierten y sálvennos! A imágenes de piedra, mudas, dices: ¡Levántense y enséñennos! ¿Podrá un ídolo decirte qué hacer? Aunque estén recubiertos de oro y plata, por dentro no tienen vida" (Habacuc 2:19).

Para el verdadero cristiano, su adoración es un culto espiritual, por la misma naturaleza espiritual de Dios: "Ustedes son como piedras vivas, con las cuales se está edificando una casa espiritual. De este modo llegan a ser un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por medio de Jesucristo" (1 Pedro 2:5).

Y esta adoración espiritual se manifiesta en un culto racional de una mente transformada por la renovación del entendimiento (Romanos 12:1-2). Ahora el templo somos nosotros y el Espíritu de Dios, que está en nosotros (Efesios 2:22), es el adorador.

La adoración es el culto espiritual de la iglesia, porque el Espíritu Santo es quien adora en nosotros: "¿No saben que ustedes son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?" (1 Corintios 3:16).

Nuestra adoración no sale por nuestras necesidades, ni por nuestro agradecimiento, sino porque el Espíritu Santo intercede y gime en nosotros (Romanos 8:26-27), produce nuestra oración (1 Corintios 12:3) y nos indica a quién debemos dirigir nuestra adoración (Romanos 8:15; Gálatas 4:16) a la manera de Jesús (Marcos 14:16).

La adoración espiritual es la melodía que el Espíritu Santo compone en nuestro corazón y que debe ser expresada al unísono con corazones semejantes: "Anímense unos a otros con salmos, himnos y canciones espirituales. Canten y alaben al Señor con el corazón" (Efesios 5:19).

Como la adoración es espiritual, está libre de tiempo y espacio. En todo momento y lugar debemos estar en una adoración constante: "Así que ofrezcamos continuamente a Dios, por medio de Jesucristo, un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que confiesen su nombre" (Hebreos 13:15).

Ya es hora de que volvamos a mantener una adoración segura, sin alteraciones y espiritual, como lo hicieron los primeros cristianos: "Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en la oración" (Hechos 2:42).

Tercer Examen:

¿Por qué la adoración es el culto espiritual de la iglesia?

Opción 1 Porque el Espíritu Santo es quien adora en nosotros.

Opción 2 Porque se hacen ritos y sacrificios que agradan a Dios.

Opción 3 Porque Dios es Espíritu y quiere la adoración espiritual.

Opción 4 Porque nos reunimos en lugares públicos para la adoración.

3.3 La adoración es el culto permanente de la Iglesia.

La adoración no son cultos aisladas, ni ceremonias protocolarias de un grupo de creyentes. Ni siquiera son sólo los servicios congregacionales dominicales o devocionales de una iglesia. Es mucho más.

El ejercicio de la adoración no se agota en un servicio comunitario de oración y alabanza. Adorar es entrar en el tiempo perpetuo de la experiencia espiritual de volver a vivir en el territorio destinado por Dios a la humanidad: "El Señor Dios puso al hombre en el jardín de Edén para que se ocupara de él y lo custodiara" (Génesis 2:15).

La adoración es permanecer en el ambiente correcto de Dios. Es volver al original plan divino. Es estar siempre dirigidos por Dios y en fraternal unión unos a otros (Colosenses 3:12-15). Fue Dios quien concibió el lugar, plantó un huerto, y allí soltó, situó, posó a la humanidad.

Por lo tanto, es Dios mismo quien propicia en la mente y en el corazón del ser humano el lugar de la adoración. La adoración está en el corazón de la humanidad. El corazón nunca para, ni se detiene. Siempre está en acción. En lo espiritual, la adoración es la recuperación del paraíso perdido:

"Que el mensaje de Cristo, con toda su riqueza, llene sus vidas. Enséñense y aconséjense unos a otros con toda la sabiduría que él da. Canten salmos e himnos y canciones espirituales a Dios con un corazón agradecido. Y todo lo que hagan o digan, háganlo como representantes del Señor Jesús y den gracias a Dios Padre por medio de él" (Colosenses 2:16-17).

Adorar es retornar completamente al paraíso y respirar en la atmosfera creada por Dios. Es vivir y quedarse por siempre en el sitio que Jesús le prometió al condenado, mientras estaban colgados en la cruz: "En verdad te digo que este día estarás conmigo en el paraíso" (Lucas 23:43).

La adoración actualiza el paraíso original, donde la profunda relación y la participación de la vida con Dios, se lleva de manera tranquila

y feliz, en perfecto dominio y armonía. Por eso la adoración debe ser un culto permanente de la iglesia, y el lugar de la adoración debe ser la humanidad de creyentes en Cristo.

La adoración sucede en el paraíso, y el paraíso es el reino de Dios que está entre los creyentes (Lucas 17:21). No hay que esperar a estar muertos para gozar del paraíso. Desde aquí, en esta vida, a través de la adoración, se disfruta de las primicias del paraíso definitivo, como lo experimentó el apóstol Pablo:

"Hace catorce años fui llevado hasta el tercer cielo. Si fue en mi cuerpo o fuera de mi cuerpo no lo sé; sólo Dios lo sabe. Es cierto, sólo Dios sabe si estaba yo en mi cuerpo o fuera del cuerpo; pero sí sé que fui llevado al paraíso y oí cosas tan increíbles que no pueden expresarse con palabras, cosas que a ningún humano se le permite contar" (2 Corintios 12:2-4).

La adoración verdadera y genuina es un culto permanente, donde se pone en contacto y comunión las dimensiones divinas invisibles con las visibles (Colosenses 1:19-20). La adoración une al cielo con la tierra. La adoración no puede ser un acto intermitente, ni discontinuo. La adoración es un fluido de gracia, amor, alabanza y bendiciones constantes, por el contacto perpetuo, entre el generador que es Dios, y el generado que es la humanidad.

La adoración es una actitud de nuestra vida movida perpetuamente por la influencia del Espíritu Santo, quien nos da vida y hace real nuestra presencia actual en el cielo mientras vivimos en la tierra: "Pues nos levantó de los muertos junto con Cristo y nos sentó con él en los lugares celestiales, porque estamos unidos a Cristo Jesús" (Efesios 2:6).

La adoración es prefiguración de la eterna adoración celestial. La adoración es permanente, porque es semejante al fervor de los adoradores en el cielo: "Por eso están delante del trono de Dios y le sirven día y noche en su templo. Y aquél que está sentado en el trono les dará refugio" (Apocalipsis 7:15).

La adoración es un estado del alma o del espíritu, sin lugar y sin tiempo, sin pasado ni futuro. Es el cielo, es el paraíso. Es estar con Dios: "Por lo tanto, amados hermanos, les ruego que entreguen su

cuerpo a Dios por todo lo que él ha hecho a favor de ustedes. Que sea un sacrificio vivo y santo, la clase de sacrificio que a él le agrada. Esa es la verdadera forma de adorarlo" (Romanos 12:1). La adoración es la misma vida en el paraíso. Es nuestra casa, es lo habitual, donde debemos vivir en la presencia de Dios. Por eso, nuestro cuerpo es templo divino: "¿Y qué clase de unión puede haber entre el templo de Dios y los ídolos? Pues nosotros somos el templo del Dios viviente. Como dijo Dios: Viviré en ellos y caminaré entre ellos. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo" (1 Corintios 6:16).

La adoración va donde se desplaza nuestro cuerpo. Se entiende porque Dios le dijo a Josué que estaría a su lado donde fuera (Josué 1:9). El tiempo deja de existir en la adoración y se vuelve un movimiento dinámico, siempre próspero y progresivo: "Estamos cuidadosamente unidos en él y vamos formando un templo santo para el Señor. Por medio de él, ustedes, los gentiles, también llegan a formar parte de esa morada donde Dios vive mediante su Espíritu" (Efesios 2:21-22). ¿Cómo puede haber tiempo en la adoración, si nosotros somos el templo y quien produce la adoración está siempre presente? El Espíritu Santo es el adorador en nosotros.

Por eso la adoración es un culto permanente: "¿No se dan cuenta de que todos ustedes juntos son el templo de Dios y que el Espíritu de Dios vive en ustedes? Dios destruirá a cualquiera que destruya este templo. Pues el templo de Dios es santo, y ustedes son este templo" (1 Corintios 3:16-17).

El culto permanente es un servicio cotidiano del creyente, porque la presencia de Dios es estable y siempre presente. No hay pasado, ni futuro. Es un eterno actual, pero en espiral, hacía arriba, buscando la calidad y la excelencia: "¡Miren, el hogar de Dios ahora está entre su pueblo! Él vivirá con ellos, y ellos serán su pueblo. Dios mismo estará con ellos" (Apocalipsis 21:3-5).

Cuarto Examen:

¿Por qué la adoración es el culto permanente de la iglesia?

Opción 1 Porque somos templo y adorar está siempre en nosotros.

Opción 2 Porque debemos estar noche y día en el templo adorando.

Opción 3 Porque Jesucristo pidió que estuviéramos siempre vigilando.

Opción 4 Porque la música y las oraciones son necesarias para adorar.

3.4 La oración es el fluido que nos conecta a Dios.

Orar es dialogar con Dios. Es una conversación permanente y siempre novedosa, que nutre la relación entre Dios y el creyente. Por la oración se produce la comunicación entre el ser humano y Dios.

"Y estamos seguros de que él nos oye cada vez que le pedimos algo que le agrada; y como sabemos que él nos oye cuando le hacemos nuestras peticiones, también sabemos que nos dará lo que le pedimos" (1 Juan 5:14-15).

El fluido conductor de la interrelación entre la humanidad y la divinidad es la oración. Así como el aire y el agua son fluidos esenciales para la vida, de la misma manera la oración es el fluido necesario para la vida espiritual del ser humano.

Sin agua y sin aire no hay vida. Sin oración no hay alimento para el espíritu, como lo explicó Jesús: "Pero todos los que beban del agua que yo doy no tendrán sed jamás. Esa agua se convierte en un manantial que brota con frescura dentro de ellos y les da vida eterna" (Juan 4:14). Y reiteró a la multitud: "¡Todo el que tenga sed puede venir a mí!" (Juan 7:37).

La oración es un reiterado y permanente encuentro entre el creyente y la fuente de agua viva, que es Jesucristo. Cuando Jesús declara: "Yo soy, el que habla contigo" (Juan 4:26), es porque ya ha habido un diálogo intenso. Entre inquietudes, agitación, preguntas y respuestas, Jesús se va revelando y el orador va descubriendo el misterioso mensaje del "agua de la vida" (Juan 4:11) en la adoración (Juan 4:21-24).

Los frutos de la oración no sólo se quedan en el coloquio interpersonal de Dios y el creyente, sino que trasciende a su entorno. Como aconteció con el efecto impactante de la mujer samaritana: "Y decían a la mujer: Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo" (Juan 4:42).

La oración primero dispone el corazón a la verdadera adoración en espíritu y en verdad (Juan 4:24) y luego influye en la mente y en el

corazón de quienes están al alcance de la irradiación divina, convirtiéndose también en adoradores: "Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: Me dijo todo lo que he hecho. Entonces vinieron los samaritanos a él y le rogaron que se quedase con ellos; y se quedó allí dos días. Y creyeron muchos más por la palabra de Jesús" (Juan 4:39-41).

La oración es un fluido como el aire. Mientras se encuentra al pie de la montaña es más fácil de respirarlo, aunque es menos puro, que el de las altas cordilleras, el cual es más limpio, pero más difícil respirarlo. Por eso, la oración es árida los que no tienen experiencia, y para aquellos que no se han ejercitado en el hábito de respirar en la cima, es desgano. Sin embargo, es en la cumbre de la montaña donde debe ubicarse el verdadero adorador (Juan 4:23-24).

El vocablo «espíritu» traduce el griego «πνεῦμα» (pneuma) y el hebreo «ruaj». La oración es entrar en la dimensión del Espíritu, quien desde el principio de la creación está presente: "Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas" (Génesis 1:2). Elías pudo discernir la voluntad de Dios, no cuando estaba en la turbulencia y la agitación de sus inquietudes, sino cuando logró entrar en la oración apacible como el aire: "Después del incendio hubo un suave viento. Cuando Elías lo sintió, se cubrió la cara con su capa, salió y se paró a la entrada de la cueva. Entonces una voz le dijo: ¿Qué haces aquí, Elías?" (1 Reyes 19:12-13).

Mientras los judíos celebraban la fiesta de Pentecostés, los discípulos de Jesús perseveraban en el fluir de la oración y el Espíritu se manifestó en figura de aire: "De repente, se oyó un ruido desde el cielo parecido al estruendo de un viento fuerte e impetuoso que llenó la casa donde estaban sentados... y todos fueron llenos del Espíritu Santo" (Hechos 2:2.4).

La oración es como el aire que pasa por los pulmones, llega a la sangre y la purifica, para darle vida a la naturaleza corporal de nuestra existencia. Además del agua y del aire, existe la luz. Otro fluido muy importante en la vida humana. La luz es el fluido luminoso que se ori-

gina en una fuente y se traslada a un perceptor que absorbe y revela sus destellos.

La oración es la luz que viene de Dios, porque Dios es luz (1 Juan 1:5). Nosotros nos movemos en su claridad espiritual, para alcanzar sus bendiciones por ser sus hijos: "Dios envió al Espíritu de su Hijo a nuestro corazón, el cual nos impulsa a exclamar Abba, Padre" (Gálatas 4:6). Por ese mismo fluido de luz, fue que Jesús clamó: "Abba, Padre, todo es posible para ti. Te pido que quites esta copa de sufrimiento de mí. Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía" (Marcos 14:36). Y nosotros seguimos llamando a Dios: "Abba, Padre" (Romanos 8:15).

De Dios fluye la luz, de Dios fluye la oración. Con Cristo vino la luz (Juan 1:5), con Cristo somos la luz (Mateo 5:14), porque Jesús mismo era la luz. Quien permanece en oración, permanece iluminado: "Yo soy la luz del mundo. Si ustedes me siguen, no tendrán que andar en la oscuridad porque tendrán la luz que lleva a la vida" (Juan 8:12). La luz divina fluye en palabras. La oración es hablar con Dios, porque Dios es Palabra. El fluido de la oración se manifiesta en las expresiones verbales, porque su naturaleza es Palabra: "La Palabra le dio vida a todo lo creado, y su vida trajo luz a todos" (Juan 1:4).

La oración es el fluido eléctrico espiritual de donde fluye la luz para toda una ciudad. La persona que ora, el grupo que ora, la iglesia que ora, se convierte en un faro de luz, para su entorno: "La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna, porque la gloria de Dios ilumina la ciudad, y el Cordero es su luz" (Apocalipsis 21:23). La oración es la luz de las ciudades, de los campos, de las empresas, de las familias, de las personas, de todo el mundo:

"Allí no existirá la noche —no habrá necesidad de la luz de lámparas ni del sol— porque el Señor Dios brillará sobre ellos. Y ellos reinarán por siempre y para siempre" (Apocalipsis 22:5). Así como el sonido viaja a través del fluido del aire, así la voz de Dios viaja por medio del fluido de la oración. Así como las ondas viajan por el fluido del agua, de la misma manera las revelaciones de Dios viajan por el fluido de la oración.

La función de la oración es servir de medio para las reacciones de renovación y cambio en la vida de las personas, y como medio de transporte de las bendiciones de Dios. Hay muchos más ejemplos de fluidos con los que se puede comparar la oración que nos conecta a Dios. El aceite de la unción (Santiago 5:14), la sangre de Getsemaní (Lucas 22:44), las lágrimas por la restauración (Jeremías 9:1; Juan 11:35; Lucas 19:41), la saliva de la sanidad (Marcos 8:23; Juan 9:6).

En conclusión, la oración es el fluido para permanecer en la gracia de Dios. La oración es el fluido que ejerce el control de calidad en la relación con Dios. Es un catalizador que interviene en la recepción de las bendiciones divinas. Es el termostato que gradúa la presencia del Espíritu Santo.

Quinto Examen:

¿Por qué la oración es el fluido que nos conecta a Dios?

Opción 1 Porque todas las cosas las pedimos en el nombre de Jesús.

Opción 2 Porque es el único medio que nos ofrece la gracia de Dios.

Opción 3 Porque es un termómetro que mide la presencia de Dios.

Opción 4 Porque es conducto que relaciona a la humanidad con Dios.

3.5 El canto es la melodía que nos alinea hacia Dios.

Cantar es vibrar en la presencia de Dios. Si orar es dialogar con Dios, cantar es la melodía que nos mantiene en sintonía con Dios y en armonía verbal divina. La vida terrenal de Jesús desde el comienzo hasta el final estuvo marcada por el carácter musical. Su ambiente estuvo arraigado por el hábito melodioso de su cultura y el sentido espiritual del canto.

Entre los muchos aspectos relativos a la música en la vida de Jesús, se destacan los siguientes momentos: María, la madre de Jesús, expresa sus pensamientos cantando (Lucas 1:45-55). El nacimiento de Jesús fue anunciado con voces angelicales (Lucas 2:14). La presentación en el templo estuvo acompañada con himnos de alabanza (Lucas 2:22-38). Y al final de su vida, quedó reseñado que Jesús cantó (Marcos 14:26).

Ese mismo matiz musical sostuvo a los apóstoles fieles, hasta en los momentos más cruciales de sus vidas. Pablo y Silas en momentos de apuro permanecieron en la frecuencia divina: "Alrededor de la medianoche, Pablo y Silas estaban orando y cantando himnos a Dios, y los demás prisioneros escuchaban" (Hechos 16:25).

¿Acaso no podría ser algunos de los cantos que por muchos años habían interpretado? Como, por ejemplo: "¡Alabado sea el Señor! Que todo lo que soy alabe al Señor. Alabaré al Señor mientras viva; cantaré alabanzas a mi Dios con el último aliento" (Salmo 146:1-2).

Es que, si nos fijamos, a diario todos estamos sujetos a las frecuencias que nos rodean. Emitimos oscilaciones, vibraciones u ondas en las diversas circunstancias de nuestra vida. Por eso Santiago aconseja: "¿Alguno de ustedes está pasando por dificultades? Que ore. ¿Alguno está feliz? Que cante alabanzas" (Santiago 5:13).

El canto es la melodía que nos alinea hacia Dios porque mueve y direcciona el alma y la enfoca hacia Dios. Es la gama inspiradora del colorido abanico de arpegios celestiales y paradisiacos:

"Que los justos canten de alegría al Señor; les corresponde a los puros alabarle. Alaben al Señor con melodías de la lira; toquen música para él en el arpa de diez cuerdas. Entóñenle un cántico nuevo de alabanza" (Salmo 33:1-3). El canto es el sabor que le da gozo a la relación con Dios. Cuando se ora cantando las fronteras desaparecen por el lenguaje universal de las expresiones musicales: "Que el mensaje de Cristo, con toda su riqueza, llene sus vidas. Enséñense y aconséjense unos a otros con toda la sabiduría que él da. Canten salmos e himnos y canciones espirituales a Dios con un corazón agradecido" (Colosenses 3:16). El canto es la voz que mientras sale del cuerpo humano a través del aparato fonador va integrando palabras en la línea musical de la comunicación con Dios.

La música es el alimento espiritual que da paz eterna y armonía interior. En el canto la oración pasa por los diversos niveles de espectros, frecuencias, resonancias, vibraciones y análisis armónico.

¿Cómo, entonces, no aceptar la invitación del salmista? "Cantad alegres a Dios, habitantes de toda la tierra" (Salmo 100:1). Cómo el aire es la energía del cuerpo, el canto es el oxígeno del espíritu. De nuevo el aire, que representa el aliento divino, interviene en el canto. El aire que circula por el sistema respiratorio hace vibrar las cuerdas sonoras en el espectro de resonancias divinas.

Ahora podemos entender al profeta cuando dice: "Pues el Señor tu Dios vive en medio de ti. Él es un poderoso salvador. Se deleitará en ti con alegría. Con su amor calmará todos tus temores. Se gozará por ti con cantos de alegría" (Sofonías 3:17).

La creación fue hecha para alabar a Dios. Por eso, la inteligibilidad oral, la presencia de armónicos, la energía de la voz, el timbre armónico, la duración de la respiración, el espectro acústico natural y los componentes de la frecuencia, son instrumentos creados por Dios, para su adoración.

De ahí que hablar es cantar. Todo lenguaje o idioma tiene sonoridad. Lo mismo sucede en la oración, su pronunciación tiene melodía: "Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordeiro, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todo-

poderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos" (Apocalipsis 15:3). Lo más característico de un ser humano es su acento al hablar. Es propio. De sí mismo. Heredado. Es un hábito que siempre se lleva consigo, no importa dónde vaya, ahí va con su acento. La oración es el hábito musical constante, que convierte la vida en adoración: "cantando salmos e himnos y canciones espirituales entre ustedes, y haciendo música al Señor en el corazón" (Efesios 5:19).

La oración cantada en la adoración es la pronunciación parecida de un grupo de individuos que hablan con la misma entonación y sonoridad. En los cantos se reflejan muchas peculiaridades y experiencias inherentes de la personalidad de un grupo. De ahí que cada iglesia, corriente espiritual, congregación o época tenga su propia expresión musical. El canto da seguridad y a veces causa incertidumbre.

Debido al círculo donde reencuentre el individuo. Si está con semejantes se siente cómodo. La música es un recurso para darse a entender. Pero puede haber frustración, bajo rendimiento en la adoración y en los frutos del ministerio cuando no hay similitud en su alabanza. Es que precisamente, las palabras no son las que transmiten el mensaje, sino el tono de sus expresiones.

El canto da sentido, declara y comprende a lo que se quiere comunicar. Un recado se interpreta mejor con musicalidad. En el canto, los sentimientos florecen, los versos brotan, los reflejos emergen, los recuerdos indultan, las palabras adquieren sentido, el alma se sumerge en las profundidades de su misterioso ser y vida se eleva a lo más excelso de las aspiraciones espirituales.

Cuando cantamos, la voz abraza el tiempo y transforma la oscuridad en luz, lo frío en cálido y la indiferencia en amor. Definitivamente, el canto es la melodía que nos alinea hacia Dios. Por eso el salmista nos recomienda: "¡Alaben al Señor! Pues él oyó que clamaba por misericordia. El Señor es mi fortaleza y mi escudo; confío en él con todo mi corazón. Me da su ayuda y mi corazón se llena de alegría; prorrumpo en canciones de acción de gracias" (Salmo 28:6-7).

Sexto Examen:

¿Por qué el canto es la melodía que nos alinea hacia Dios?

Opción 1 Porque al cantar florecen los versos y los sentimientos.

Opción 2 Porque es un recurso para darse a entender con los otros.

Opción 3 Porque mueve y direcciona el alma y la enfoca hacia Dios.

Opción 4 Porque como el aire es al cuerpo, la música es al espíritu.

3.6 Predicar es publicar lo que Dios dice en secreto.

En general, predicar es pronunciar un sermón sobre algún tema. Para algunos es hablar en defensa de ideas o propagar doctrinas. Para otros es persuadir con elocuencia a un público, dar consejos o reprender al auditorio. Muchas veces, la predicación se enfoca en dar respuesta a las inquietudes por las cuales está pasando la iglesia. Se adaptan pasajes bíblicos y se usan recursos técnicos para solucionar problemas de los congregantes.

Hay iglesias en donde la predicación viene prefabricada en un calendario de ciclos hasta por tres años, que se siguen repitiendo consecutivamente de por vida. Ya el predicador sabe que es lo que va a hablar dentro de tres, cinco, diez años y más. Es evidente la gran cantidad de predicadores, que se preocupan mucho por las técnicas de la predicación y de los regios componentes fundamentales para una buena exposición de un tema o un texto bíblico.

Existen numerosos y variados cursos de homilética. Hay quienes aseguran que han descubierto y creado la tecnología más avanzada, infalible y eficaz para predicar la Palabra de Dios. Hay clases metódicas que enseñan a predicar. Dichas metodologías son expuestas por avezados en el tema, quienes encuentran alumnos interesados y dispuestos a practicar dichas destrezas.

Sin embargo, cuando vamos al magisterio y a la academia de Jesús, el Maestro de maestros, encontramos divergencia con las propuestas de quienes se creen expertos en la ciencia de la predicación. Jesús es el Maestro por excelencia de la predicación. No sólo dio instrucciones de cómo y qué predicar (Lucas 10:1-20), sino que él mismo ejerció el oficio, pues iba por todos lados anunciando su mensaje: "Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo" (Mateo 9:35). Jesús predicaba el evangelio del reino motivado por las condiciones de incertidumbre en que vivía la población. Las multitudes no tenían quien les anunciara y les proclamara un mensaje de esperanza, que sacara a la gente de la confusión:

"Al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor" (Mateo 9:36). Ante semejante calamidad e infortunio, Jesús conmueve a sus discípulos a tomar acción. Hace un diagnóstico de la realidad. Enfoca la necesidad del pueblo y señala la manera de resolver el problema: "Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, más los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies" (Mateo 9:37-38). Aquí entendemos que los predicadores son llamados por vocación divina a compartir lo que le han visto hacer, sentir y decir a su Maestro. Se trata de imitar al Maestro. El propósito es poseer el mismo sentir profundo y la íntima relación que tuvo Dios con Jesús: "Hace mucho tiempo, Dios habló muchas veces y de diversas maneras a nuestros antepasados por medio de los profetas. Y ahora, en estos últimos días, nos ha hablado por medio de su Hijo" (Hebreos 1:1-3).

¿Qué otro mensaje puede dar un predicador, si no es el contenido en la persona de Jesús? ¿Cómo se debe predicar y qué se debe predicar, si no es siguiendo las instrucciones del mismo Maestro de la predicación? "No os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mateo 10:19-20).

En el mismo contexto de las instrucciones que Jesús imparte a sus discípulos, afirma que predicar es hacer público lo que les ha dicho en secreto. Además, dice Jesús que hay que hacerlo sin temor, porque todo lo que ha sucedido y se ha dicho está destinado a conocerse: "Así que, no los temáis; porque nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse. Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde las azoteas" (Mateo 10:26-27).

El mensaje de Jesús fue articulado a los oídos de sus discípulos. Mensaje que, a su vez, el Padre le había encomendado a Jesús. El Maestro de Galilea, sólo estaba mostrándose a sus incondicionales e inseparables amigos: "Ustedes ahora son mis amigos, porque les he contado todo lo que el Padre me dijo" (Juan 15:15).

El predicador es un íntimo de Jesús. Hay que especificar, que Dios habla a las personas en particular. Pero también hay que aclarar que cuando un predicador habla, es porque ha escuchado a Dios en su intimidad. Jesús mismo afirmó que Él no hablaba por su propia cuenta. Decía lo que le había comisionado su Padre. No pasaba los límites: "Le preguntaron: ¿Y quién eres? El que siempre dije que era. Tengo mucho para decir acerca de ustedes y mucho para condenar, pero no lo haré. Pues digo sólo lo que oí del que me envió, y él es totalmente veraz" (Juan 8:25-26).

Predicar es hablar lo que Dios dice en secreto, porque es la manera usual que Dios se da a conocer. Predicar es dar a conocer lo que Dios dice en la intimidad. Dios comunica a personas indicadas lo que la humanidad debe conocer: "He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría" (Salmo 51:6). Esta intimidad con Dios no se refiere a los momentos de oración, de devocional o adoración. Se trata de un estado permanente de estar en compañía de Dios, a quien se le conoce por su fidelidad y lealtad: "Porque ¿quién estuvo en el secreto de Dios, y vio, y oyó su palabra? ¿Quién estuvo atento a su palabra, y la oyó?" (Jeremías 23:18)

En el secreto de Dios, significa en la presencia del Señor para escuchar lo que en realidad dice: "Pero si ellos hubieran estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo, y lo habrían hecho volver de su mal camino, y de la maldad de sus obras" (Jeremías 23:22).

El predicador debe permanecer en el secreto de Dios. Es decir, en su frecuencia hertziana, en sintonía, escuchando el mensaje divino. El predicador, aunque siempre tenga un mensaje, enfrenta el problema que no siempre es de Dios.

Por eso, el predicador debe seguir el modelo de los grandes oyentes de la Palabra de Dios, como lo encontramos en la Biblia: "Habla Señor que tu siervo escucha" (1 Samuel 3:10). María invita a hacer lo que diga Jesús (Juan 2:5). Igualmente, ella se sometió a la Palabra: "He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra" (Lucas 1:38). Hay confianza eficaz: "pero di la palabra, y mi siervo será sano" (Lucas 7:7).

La comunicación es mutua y de permanente interrelación entre Dios y el predicador. Dios escucha al predicador: "Pues Dios dice: En el momento preciso, te oí. En el día de salvación te ayudé. Efectivamente, el momento preciso es ahora. Hoy es el día de salvación" (2 Corintios 6:2).

El predicador escucha a Dios: "Luego oí una fuerte voz que resonaba por todo el cielo" (Apocalipsis 12:10). La relación entre la fuente del mensaje y el emisor del mensaje es íntimamente espiritual. Los profetas fueron mensajeros inspirados por la fuerza y el poder del Espíritu: "Los profetas hablaron de parte de Dios, impulsados por el Espíritu Santo"(2Pedro1:21).

El predicador, al igual que el profeta, es un mensajero que escucha e interpreta al Espíritu Santo: "Todo el que tenga oídos para oír debe escuchar al Espíritu y entender lo que él dice a las iglesias"(Apocalipsis 2:7).

Por eso, el predicador habla cuando el Espíritu ha fluido y le ha dado a conocer su mensaje. El predicador sabe esperar y conoce cuando permanece activo en la presencia espiritual: "No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno" (1Tesalonicenses 5:19-21).

El predicador entiende muy bien la responsabilidad de preparar a la iglesia. El predicador sabe que la edificación del cuerpo de Cristo es un proceder continuo de predicación asidua y constante hasta alcanzar la meta dispuesta por Jesucristo: "Ese proceso continuará hasta que todos alcancemos tal unidad en nuestra fe y conocimiento del Hijo de Dios que seamos maduros en el Señor, es decir, hasta que lleguemos a la plena y completa medida de Cristo" (Efesios 4:11-13).

Y sabemos que el estándar de Cristo es la perfección (Mateo 5:48). Por la palabra que pronuncia el predicador se va conformando la iglesia, a la medida de Cristo, en un solo rebaño a la voz de su predicación: "Una vez reunido su propio rebaño, camina delante de las ovejas, y ellas lo siguen porque conocen su voz" (Juan 10:4). Así como a Jesucristo le fue encomendada la salvación de la humanidad, en el mismo sentido la palabra fue encomendada a los predicadores: "Hijo de hom-

bre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel; oirás, pues, tú la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte"(Ezequiel 3: 17).

La predicación no se agota en una persona o época. A través de la historia se va dando un relevo constante de predicadores, que siguen el mismo procedimiento de los primeros discípulos: "y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban" (Hechos19:6).

Por eso, para poder predicar lo que Dios dice en secreto, el predicador debe ser un buen oyente. Oír es una virtud que se adquiere escuchando los mensajes divinos. Lo demás sería simplemente voces disonantes. El lenguaje divino es lo que oye un predicador: "Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Romanos10: 17). Cuando un predicador está quedando sin qué decir, gime y pide a Dios que le enseñe lo que debe hablar (Santiago 1:5). Con seguridad le será entregado y revelado sobre abundantes mensajes: Clama mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces" (Jeremías33:3).

Así como Jesús escuchó a su Padre. Así los predicadores escuchan a Jesús. Es más, los anunciadores de la palabra se configuran con Cristo: "Pues, ¿Quién puede conocer los pensamientos del Señor? ¿Quién sabe lo suficiente para enseñarle a él? Pero nosotros entendemos estas cosas porque tenemos la mente de Cristo" (1 Corintios 2:16). Hasta aquí hemos probado que las técnicas humanas que aspiran a capacitar a los predicadores en el arte de la comunicación de la palabra quedan menguadas cuando Dios da el mensaje y designa a los mensajeros a su modo:

"Pero Dios escogió lo insensato del mundo para avergonzar a los sabios, y escogió lo débil del mundo para avergonzar a los poderosos"(1Corintios2:7). Tal decisión divina causa desazón entre quienes ostenta el poder en el mundo. Por su puesto, si el predicador publica lo que Dios le ha dicho al oído, no será muy popular por quienes operan la sapiencia humana:

"En cambio, hablamos con sabiduría entre los que han alcanzado madurez, pero no con la sabiduría de este mundo ni con la de sus gobernantes, los cuales terminarán en nada" (1 Corintios2:6).

En conclusión, la predicación es una labor de lealtad y coherencia entre Dios y el predicador. La exposición de la palabra es un reflejo fiel de la fuente divina. Predicar es publicar lo que Dios dice es secreto.

Séptimo Examen:

¿Qué significa: "predicar es publicar lo que Dios dice en secreto"?

Opción 1 Es dar a conocer lo que Dios dice en la intimidad.

Opción 2 Se trata de cumplir una labor de lealtad a Dios.

Opción 3 Dios escoge lo insensato para avergonzar a sabios.

Opción 4 El predicador es un buen oyente del mensaje divino.

3.7 ¿Qué sucede cuando se predica con autoridad?

El término autoridad proviene del griego *exousia*. Significa poder. En el sentido de la capacidad para hacer algo o el derecho que tiene una persona para hacer algo. Autoridad también procede del latín auctoritas. Es la capacidad de crear y de hacer progresar. Se trata del honor y del prestigio que alcanza una persona, mediante el desempeño de su talentoso saber o por el respeto moral de su conducta, digna de seguir o de imitar.

Es decir, autoridad es el poder legítimo de influencia y de liderazgo, que tiene un ser humano frente a otras personas, que reconocen y aceptan su sana influencia. El derecho de la autoridad se obtiene por la capacidad y el conocimiento que tiene una persona muy superior a las demás. Su aprobación la certifica la obediencia directa y el apoyo de quienes reconocen dicha autoridad.

La autoridad se gana con el ejemplo. El mejor científico es autoridad en la ciencia. El mejor maestro es autoridad en la pedagogía. El mejor escritor es autoridad en la literatura. Y así es en todo. La autoridad la rige quien más sabe y quien más puede. En el caso de Jesús de Nazaret, su autoridad era legítima, porque emanaba de Dios mismo. Lo explicó Jesús cuando los judíos lo acusaban de violar las reglas del día de descanso: "Ciertamente les aseguro que el hijo no puede hacer nada por su propia cuenta, sino solamente lo que ve que su padre hace, porque cualquier cosa que hace el padre, la hace también el hijo" (Juan 5:19).

Jesús mismo dijo que su autoridad le fue dada. Jamás hablaba por su propia cuenta (Juan 12:49), ni actuaba por su propia cuenta (Juan 5:26-29). Su potestad era suprema y de jurisdicción universal: "Jesús se acercó y dijo a sus discípulos: Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18).

La autoridad de Jesús no era como la supuesta autoridad que creían tener los judíos, quienes creían entender y practicar las escrituras (Juan 5:39). Ni tampoco era el equivocado origen de autoridad que pensaban tener los funcionarios romanos: "Pilato le preguntó a Jesús:

¿Por qué no me hablas? ¿No te das cuenta de que tengo autoridad para ponerte en libertad o para crucificarte? Entonces Jesús le dijo: No tendrías ningún poder sobre mí si no te lo hubieran dado desde lo alto" (Juan 19:10-11). El poder de Jesús era su Palabra (Mateo 4:1-11), siendo al mismo tiempo, El mismo la Palabra (Juan 1:1.14). Jesús era el contenido del mensaje, y a la vez era el continente. Es decir, Jesús era el mensaje y también el emisor del mensaje, cuando afirmaba que hablaba en nombre de la fuente divina: "Los que hablan por su propia cuenta buscan su propia gloria, pero el que busca honrar a quien lo envió, habla con la verdad, no con mentiras" (Juan 7:18).

El desempeño de la autoridad tiene un propósito. En el caso de Jesús, su finalidad era establecer el reino de Dios aquí en la tierra: "Después del arresto de Juan, Jesús entró en Galilea, donde predicó la Buena Noticia de Dios. ¡Por fin ha llegado el tiempo prometido por Dios! ¡El reino de Dios está cerca! ¡Arrepiéntanse de sus pecados y crean la Buena Noticia del reino de Dios!" (Marcos 1:14-15).

Jesús era el mensajero que hablaba de las buenas noticias del reino de Dios. Tema con el que Pablo también persuadía a quienes quería evangelizar (Hechos 19:8). Jesús propagó un reino de autoridad divina: "Pues el reino de Dios no consiste en las muchas palabras sino en vivir por la autoridad de Dios" (1 Corintios 4:20). Jesús fundamentó su autoridad en la verdad (Juan 14:16) y vino al mundo para dar testimonio de la verdad (Juan 18:37). Jesús cuando llegó al mundo traía todas las credenciales que le daban la autoridad para cumplir su misión (Filipenses 2:5-11). Autoridad que jamás puede ser hipotecada (Proverbios 23:23), como lo entendieron sus discípulos (1 Juan 5:20), cuando tuvieron que defender con disciplina, sabiduría y buen juicio la verdad de su Maestro:

"Cuando Simón vio que el Espíritu se recibía cuando los apóstoles imponían sus manos sobre la gente, les ofreció dinero para comprar ese poder. Exclamó: Déjenme tener este poder también, para que, cuando yo imponga mis manos sobre las personas, ¡reciban el Espíritu Santo!" (Hechos 8:19).

Queda claro el criterio cuando se predica con autoridad. Para impartir la palabra con legítima autoridad, hay que vivir bajo autoridad: "Tan sólo pronuncia la palabra desde donde estás y mi siervo se sanará. Lo sé porque estoy bajo la autoridad de mis oficiales superiores y tengo autoridad sobre mis soldados. Sólo tengo que decir: Vayan, y ellos van, o vengan, y ellos vienen. Y si les digo a mis esclavos: Hagan esto, lo hacen" (Lucas 7:7-8).

Por eso, la determinación de Jesús de darnos el poder de su autoridad no fue resultado de una simple decisión espontánea. Es la fórmula correcta de la sucesión legítima, para que la autoridad tenga su verdadero efecto: "Cierta día, Jesús reunió a sus doce discípulos y les dio poder y autoridad para expulsar a todos los demonios y sanar enfermedades. Luego los envió para que anunciaran a todos acerca del reino de Dios y sanaran a los enfermos" (Lucas 9:1-2).

Es que el reino de Dios es reino de autoridad, de dominio absoluto y control total. Al creyente verdadero se le otorga dicha autoridad, como cuando recibe las llaves de una casa que acaba de comprar: "Y te daré las llaves del reino del cielo. Todo lo que prohíbas en la tierra será prohibido en el cielo, y todo lo que permitas en la tierra será permitido en el cielo" (Mateo 16:19).

Por eso, cuando se predica con autoridad las cosas que se declaran suceden como se dicen (Romanos 4:17), al estilo de Jesús: "Los discípulos quedaron asombrados y preguntaron: ¿Quién es este hombre? ¡Hasta el viento y las olas lo obedecen!" (Mateo 8:27).

Cuando se predica con autoridad se gana el reconocimiento y se adquiere el prestigio de la manera como Jesús lo alcanzó, ante las multitudes después de exponer sus enseñanzas: "Cuando Jesús terminó de decir esas cosas, las multitudes quedaron asombradas de su enseñanza, porque lo hacía con verdadera autoridad, algo completamente diferente de lo que hacían los maestros de la ley religiosa" (Mateo 7:28-29).

La autoridad es señal de gobierno. Jesús hizo tan buen uso de su autoridad de Redentor y Salvador, que su prestigio fue reconocido muy pronto, hasta por sus más temidos contrincantes: "Y todos se asombraron, de tal manera que discutían entre sí, diciendo: ¿Qué es esto?

¿Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen?" (Marcos 1:27).

Por donde fuese Jesús, mostraba que tenía poder y autoridad, mediante la supremacía de su palabra: "Y entraron en Capernaum; y los días de reposo, entrando en la sinagoga, enseñaba. Y se admiraban de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Marcos 1:21).

Se trataba de las señales que Jesús les prometió a sus discípulos que iban a ver cuándo ejercieran la autoridad con poder (Marcos 16:17-18), y que Jesús las presentó con evidente autoridad: "¿Qué es más fácil decirle al paralítico: ¿Tus pecados son perdonados o ponte de pie, toma tu camilla y camina? Así que les demostraré que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados. Entonces Jesús miró al paralítico y dijo: ¡Ponte de pie, toma tu camilla y vete a tu casa!" (Marcos 2:9-11).

La autoridad de Jesús, sólo la pueden ejercer quienes tengan las llaves (Mateo 16:18-19). Pero las llaves sólo las pueden recibir quienes hacen parte de su reino (Efesios 1:17-18), a los demás les espera muchas aflicciones (Lucas 11:52) y les surge muchas inquietudes y dudas: "Cuando Jesús regresó al templo y comenzó a enseñar, se le acercaron los principales sacerdotes y los ancianos. Y le reclamaron: ¿Con qué autoridad haces todas estas cosas? ¿Quién te dio el derecho?" (Mateo 21:23-25). Cómo entender que un maestro como Jesús procediera de una aldea desconocida de la pagana Galilea: "¿Acaso va a venir el Mesías de Galilea? ¿No afirma la Escritura que el Mesías tiene que ser de la familia de David y de su mismo pueblo, de Belén?" (Juan 7:41-42). "¿Es que de Nazaret puede salir algo bueno?" (Juan 1:46). Cómo entender que el Mesías, pudiera haber nacido en una familia de artesanos: "¿No es éste el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿No están sus hermanas aquí entre nosotros?" (Marcos 6:3).

En la actualidad siguen surgiendo las mismas preguntas: ¿Cómo llevar a las personas de donde están, hasta donde Dios desea que es-

tén? ¿Cómo sabemos si ese predicador tiene la legítima autoridad? ¿Cómo puedo predicar con la autoridad de Jesús?

Jesús fue claro y contundente cuando estableció sus criterios de autoridad: "En lo poco fuiste fiel, en lo mucho te pondré" (Mateo 25:21.23). No hay que despreciar las oportunidades que Dios está delega, por pequeñas que éstas sean.

Quienes predicán con autoridad portan una marca innegable de haber estado en la presencia del Señor. En sus rostros se les revela lo sobrenatural en sus vidas, como a Esteban (Hechos 6:15).

Cuando se predica con autoridad se busca resultados espirituales. Por lo tanto, el poder y la autoridad de la predicación son estrictamente de liderazgo espiritual. Predicar con autoridad es depender total y absolutamente del Poder de Dios que nos capacita para hacer lo que en nuestras fuerzas no podemos: "Jesús los miró fijamente y dijo: Humanamente hablando, es imposible, pero no para Dios. Con Dios, todo es posible" (Marcos 10:27).

Octavo Examen:

¿Qué sucede cuando se predica con autoridad?

Opción 1 Los espíritus inmundos, el viento y las olas obedecen.

Opción 2 En sus rostros se revela lo sobrenatural en sus vidas.

Opción 3 Se obtiene muchos resultados de liderazgo espiritual.

Opción 4 La persona posee las llaves para mostrar autoridad.

3.8 ¿Quién es el encargado hoy de la predicación?

Jesucristo vino "predicando el tiempo de gracia de Dios" (Lucas 4:19). A la vez, El mismo era cumplimiento de ese tiempo (Lucas 4:21). Es el *καιρός*. Se pronuncia *kairós*, que quiere decir el momento adecuado y oportuno en el que Dios actúa a favor del ser humano.

A diferencia de *krónos* (*κρόνος*), que es el tiempo cuantitativo creado convencionalmente por la humanidad, *kairós* es el tiempo cualitativo. Es cuando se pasa de lo pésimo a lo bueno y de lo bueno a lo mejor.

En el *kairós* se aciertan las decisiones y los resultados son fructíferos. Por eso Dios habló de muchas maneras y al final habló por su Palabra, Jesucristo (Hebreos 1:1-2). La mejor prueba de la existencia de Dios es cuando Dios habla y su Palabra produce acción (Marcos 1:1), luz (Juan 8:12) y vida (Juan 11:25).

La evidencia contundente del *kairós* con la presencia de Jesús entre la humanidad, fue cuando Jesús entró en Galilea, predicando la Buena Noticia de Dios y diciendo: "¡Por fin ha llegado el tiempo prometido por Dios! ¡El reino de Dios está cerca! ¡Arrepiéntanse de sus pecados y crean la Buena Noticia!" (Marcos 1:15).

Jesús fue enviado a cumplir una misión (Lucas 4:43). Actividad que debía hacerla en el tiempo preciso del *kairos*. Por eso, en un tiempo dijo no ha llegado la hora (Juan 2:4), pero más tarde cuando ya era la hora, hizo lo que debía cumplir (Juan 13:1).

Toda la vida pública de Jesús giró en torno a la palabra. A los doce años dejaba asombrado a sus interlocutores (Lucas 2:47). Su bautismo estuvo rodeado de palabra (Mateo 3:17), en el desierto su palabra fue categórica (Lucas 4:1-13), en su vida pública su palabra atrajo multitudes (Mateo 4:25), les enseñaba (Marcos 10:1) e incomodaba a sus adversarios (Lucas 7:34).

El tiempo de Jesús se sigue repitiendo en la vida personal de cada ser humano. Es la presencia de Dios, que para unos es fugaz y para otros es constante y permanente. Son los gozos que despierta cuando

se rompen paradigmas y cánones de la cotidianidad de la vida. Cuando se sintoniza con Dios y se establece la comunicación con la divinidad.

Es vivir en el amor perpetuo de la presencia de Dios manifestada en la atracción espiritual de cariño y aprecio hacia los demás (1 Juan 4:8), en especial a los inconversos (Lucas 5:29-32). Es tomar a diario la decisión de vivir cruzando el umbral de la esperanza con la seguridad razonable de que algo suceda. Es creer cuando la dicha nos envuelve y confiar cuando hay adversidades: "Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Corintios 3:18).

Por lo tanto, frente a la pregunta: ¿Quién es el encargado hoy de predicar la palabra de Jesucristo? El encargado hoy de la predicación es quien sabe discernir los signos de los tiempos (Mateo 16:3-4). El predicador se ubica en la perspectiva de la fe, siguiendo la imagen viva de Jesús (Hebreos 12:2) y se mueve por el Espíritu Santo:

"Nadie puede conocer los pensamientos de una persona excepto el propio espíritu de esa persona y nadie puede conocer los pensamientos de Dios excepto el propio Espíritu de Dios. Y nosotros hemos recibido el Espíritu de Dios (no el espíritu del mundo), de manera que podemos conocer las cosas maravillosas que Dios nos ha regalado" (1 Corintios 2:11-12)

De la misma manera como Dios lo hizo ayer lo hace hoy (Hebreos 13:8). Antes llamó a los que Él quiso (Marcos 3:13), en la actualidad hace lo mismo. Hace tiempo les habla aparte a sus predicadores (Mateo 20:17), ahora usa los mismos criterios. Jesús comisionó a sus discípulos (Marcos 16:15), luego a Pablo le prometió que se le indicaría lo que había de hacer (Hechos 9:6), actualmente Jesús sigue actuando (Juan 5:17).

Quienes predicán la palabra hoy son los creyentes que han escuchado a Jesús en su Palabra (Juan 5:24). Son personas que permanecen en su palabra (Juan 8:31), siguen interesadas en su Palabra (Lucas 11:27) y predicán sólo su Palabra (Mateo 10:7). Los predicadores de hoy tienen la autoridad de predicar, porque la Palabra de Dios perma-

nece en ellos, han perseverado, y en sus mensajes valoran con todo su corazón a Jesús (1 Juan 2:14.24). Son los predicadores de real testimonio (Mateo 24:9-14).

Luego no todo creyente es el encargado de predicar la Palabra de Dios. Sino aquellos que cumplan los estándares establecidos por Jesús.

Noveno Examen:

¿Quién es hoy el encargado de la predicación?

Opción 1 Quien predica en el tiempo la bendición de Dios.

Opción 3 Quien ha sido llamado por Jesús a ser creyente.

Opción 4 Quien sabe discernir los signos de los tiempos.

Opción 2 Quien ha escuchado a Jesús en su predicación.

3.9 ¿Qué significa predicar el evangelio?

Predicar viene de la voz latina: pre es antes, delante. Dedicare es destinar, consagrar. Luego predicar es dar a conocer lo que con anterioridad a estado a apartado y que ahora sale a luz pública mediante la efusión por la voz de una persona. Tal fue el caso de Juan Bautista cuando se presentó: "Soy una voz que clama en el desierto. ¡Abran camino para la llegada del Señor!" (Juan 1:23).

Evangelio es el relato de un suceso en favor de la humanidad. Es la noticia de que Dios nos salva de las consecuencias del pecado por medio de Jesucristo. Evangelizar es contar cómo Dios nos salva a través de Jesucristo. Esta es la tarea propia de la iglesia. La palabra evangelio se origina del griego euangghélion (ευαγγέλιον). Se compone de eu, "bien-bueno", y de ánghelos, "mensajero-anuncio". Significa "buena noticia" o "alegre mensaje". En la cultura griega, evangelio era el mensaje que un comunicador anunciaba de una victoria militar o el triunfo deportivo, el éxito personal o la sanación de una enfermedad. Los buenos resultados era lo que se denominaba evangelio.

Para ser evangelio la noticia tenía que ser positiva y auténtica. No se podía anunciar algo falso. La verdad absoluta que estaba fuera de discusión era llamada evangelio. Evangelio es el conjunto de enseñanzas de Jesucristo. No existe verdad alguna que no pertenezca al Evangelio. El evangelio es vida, vida eterna. El evangelio es felicidad. El evangelio es la plenitud de todo lo que pertenece a Dios y que el ser humano puede conocer y disfrutar. El escritor Lucas investigó para poder relatar con veracidad el evangelio (Lucas 1:1-4). La vida y la obra de Cristo fueron atractivos para muchos cronistas y predicadores de su época. El mismo Jesús advirtió la trascendencia que iban a tener sus hechos y prodigios: "Les digo la verdad, en cualquier lugar del mundo donde se predique la Buena Noticia, se recordará y se hablará de lo que hizo esta mujer" (Mateo 26:13).

Los presagios y profecías sobre Jesucristo fueron abundantes. Muchos escritores antes de la venida de Jesús habían pronosticado los portentosos acontecimientos de su paso por la tierra: "Esta es la Buena

Noticia acerca de Jesús el Mesías, el Hijo de Dios. Comenzó tal como el profeta Isaías había escrito: Mira, envío mi mensajero delante de ti, y él preparará tu camino” (Marcos 1:1-2). Desde el principio de la era cristiana se entendió que predicar el evangelio significaba dar a conocer un mensaje de vida y de salvación, para la humanidad de parte de Jesucristo: "Luego nombró a doce de ellos y los llamó sus apóstoles. Ellos lo acompañarían, y él los enviaría a predicar" (Marcos 3:14). Ese mismo propósito motivó al apóstol Pablo a escribir sus cartas y a realizar la entrega total del resto de su vida a la predicación del evangelio, desde que fue llamado por el mismo Jesús a desempeñar tan honroso oficio: “Yo, Pablo, esclavo de Cristo Jesús y elegido por Dios para ser apóstol y enviado a predicar su Buena Noticia, escribo esta carta. Dios prometió esa Buena Noticia hace tiempo por medio de sus profetas en las Sagradas Escrituras. La Buena Noticia trata de su Hijo, descendiente de David” (Romanos 1:1-3).

Predicar el evangelio significa haber sido llamado. Nadie puede desempeñar el oficio de predicador si no es por vocación. Es decir, que todo predicador es elegido por Dios mismo a la noble tarea de propagar las buenas noticias de salvación: “Por medio de Cristo, Dios nos ha dado a nosotros, como apóstoles, el privilegio y la autoridad de anunciar por todas partes a los gentiles lo que Dios ha hecho por ellos, a fin de que crean en él y lo obedezcan, lo cual dará gloria a su nombre” (Romanos 1:5).

Predicar el evangelio es un anhelo ardiente que se origina en las entrañas del evangelizador y que se prolonga con naturalidad en los oyentes, quienes también son llamados a experimentar el deseo de exponer el mensaje de Dios. Desde que Jesús mandó a predicar el evangelio (Marcos 16:15-16) hasta hoy, han sido convocados millones de predicadores a través de la historia. La sucesión apostólica sigue vigente en la gran cantidad de personajes que han sido considerados grandes predicadores del evangelio, como el mismo Pablo lo testifica:

“Y te pido a ti, mi fiel colaborador, que ayudes a esas dos mujeres, porque trabajaron mucho a mi lado para dar a conocer a otros la Buena Noticia. Trabajaron junto con Clemente y mis demás colaboradores, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida” (Filipenses

4:3). La inversión en la predicación del evangelio ha sido grandiosa desde el comienzo de la era cristiana hasta nuestros días. Muchísima gente ha consagrado su mente, aportado sus recursos físicos y destinado su dinero a la causa de la evangelización a través de los siglos.

Aunque a veces haya quejas de que algunos, aunque sean parte de la iglesia, se les olvida la responsabilidad de aportar a la propagación del evangelio, muchos fieles cristianos sí lo hacen: “Como saben, filipenses, ustedes fueron los únicos que me ayudaron económicamente cuando les llevé la Buena Noticia por primera vez y luego seguí mi viaje desde Macedonia. Ninguna otra iglesia hizo lo mismo” (Filipenses 4:15). La gran mayoría de los cristianos saben del compromiso que asumieron cuando se recibieron a Cristo en sus vidas y decidieron convertirse en servidores para la predicación del evangelio: “Del mismo modo, el Señor ordenó que los que predicán la Buena Noticia sean sostenidos por los que reciben el beneficio del mensaje. Sin embargo, yo jamás me he valido de ninguno de esos derechos. Y no escribo esto para sugerir que es mi deseo comenzar a hacerlo ahora. De hecho, preferiría morir antes que perder mi derecho a jactarme de predicar sin cobrar. Sin embargo, predicar la Buena Noticia no es algo de lo que pueda jactarme. Estoy obligado por Dios a hacerlo. ¡Qué terrible sería para mí si no predicara la Buena Noticia!” (1 Corintios 9:14-16).

Para Pablo, como para nosotros en la actualidad, a quien se dedica de tiempo completo a predicar el evangelio se le otorga el derecho de recibir un sustento. Pero, también se advierte que es una obligación divina, de quien lleva el nombre de cristiano, dar a conocer las buenas nuevas del evangelio a otras personas.

Porque predicar el evangelio no es iniciativa personal. Es una vocación. Es un llamado de parte de Dios. El evangelizador es una persona escogida y apartada para el propósito de ser un predicador: “Si lo hiciera por mi propia iniciativa, merecería que me paguen; pero no tengo opción, porque Dios me ha encomendado este deber sagrado. ¿Cuál es, entonces, mi paga? Es la oportunidad de predicar la Buena Noticia sin cobrarle a nadie. Por esa razón, nunca reclamo mis derechos cuando predico la Buena Noticia” (1 Corintios 9:17-18).

Dios sigue llamando hoy a nuevos y actuales predicadores del evangelio. A lo largo de la historia continúan sucediendo la llamada de Jesús nuevos apóstoles. Son quienes se dedican con humildad a la labor de seguir a Cristo y de predicar el evangelio: “¿Estaba equivocado cuando me humillé y los honré al predicarles la Buena Noticia de Dios sin esperar nada a cambio?” (2 Corintios 11:7). Al igual que ayer, hoy muchos reaccionan de inmediato y siguen a Jesús, cuando escuchan el llamado de convertirse en evangelizadores (Marcos 1:17). Los nuevos predicadores del evangelio empiezan una vida apostólica. Se trata de llevar una vida de seguimiento a Jesús y de predicar el evangelio del reino de Dios.

Como los mismos apóstoles, se trata de anunciar con entusiasmo las buenas noticias de salvación, que serán recibidas con gozo, alegría y regocijo. Es hablar, clamar y anunciar el mensaje de salvación, con poder el poder de Dios: “Pues no me avergüenzo de la Buena Noticia acerca de Cristo, porque es poder de Dios en acción para salvar a todos los que creen, a los judíos primero y también a los gentiles” (Romanos 1:16). La buena nueva o el alegre mensaje es que Dios nos salva en Jesucristo. Cuando los predicadores comunican la noticia de que Jesús nos ha salvado, es cuando evangelizan.

Décimo Examen:

¿Qué significa predicar el evangelio?

Opción 1 Dar a conocer un mensaje de vida y de salvación.

Opción 3 Anunciar que Jesús es el Hijo de Dios hecho hombre.

Opción 4 Propagar las diversas doctrinas de las distintas iglesias.

Opción 2 Predicar que Cristo viene y predecir la fecha de su venida.

3.10 ¿Por qué es nuestro deber predicar?

Un deber no es simplemente una obligación. Por lo general la obligación es un compromiso que se adquiere desde afuera, como leyes, contratos, normas de convivencia y preceptos religiosos, que son juzgados por personas que fiscalizan su cumplimiento.

En cambio, un deber supera los límites de un compromiso o una responsabilidad adquirida por imposición. El deber emerge de la naturaleza espiritual de un ser humano. Nace de su conciencia y de los afectos y sentimientos más íntimos y nobles de una persona. El deber se acepta por herencia familiar, grupos sociales, gremios de trabajo y se amplía a las colectividades culturales. Por obligación las personas cumplen las leyes de un país. En cambio, por deber un ser humano acepta a Cristo como su Señor y su Salvador. Por deber transmite su vital experiencia de fe en Jesús. Nadie lo sanciona desde el exterior si no cree en Cristo. Su propia conciencia y la recompensa por los resultados de sus acciones, lo motivan a continuar con el deber ser de un buen cristiano.

Entonces, ¿por qué es nuestro deber predicar el evangelio? Porque así lo dispuso Dios (Tito 1:3) y nos lo enseñó Jesucristo, a lo largo de su ministerio público (Mateo 4:23). También porque los apóstoles cumplieron con fidelidad el deber de predicar el evangelio hasta en los momentos más adversos (Hechos 8:4). Además, la predicación ha sido la labor constante de la iglesia a través de la historia del cristianismo hasta nuestros días. Es nuestro deber predicar la palabra de Dios porque la gente necesita escuchar la palabra de Dios. Las buenas noticias de salvación producen la respuesta de la fe, porque hay quien predique (Romanos 10:17). El predicador se convierte en la voz de Dios que les habla a los creyentes y al resto de la humanidad.

El deber de predicar comienza cuando se siente el llamado de Jesús a dedicarse al ministerio de la palabra, de la misma manera como el Maestro de Galilea invitó a los primeros apóstoles: "Tiempo después Jesús subió a un monte y llamó a los que quería que lo acompañaran. Todos ellos se acercaron a él. Luego nombró a doce de ellos y los lla-

mó sus apóstoles. Ellos lo acompañarían, y él los enviaría a predicar" (Marcos 3:13-14).

Jesús prometió que el mismo llama (Apocalipsis 3:20), enseña (Juan 14:26), equipa (Efesios 4:11-13) y envía (Juan 20:21). Quienes van a ser sus predicadores no están solos (Mateo 28:20). Así muchas veces no se entienda el medio usado por los ministros de la palabra, Cristo va a ser predicado, como dijo Pablo: "¿Qué, pues? Que, no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún" (Filipenses 1:14-18).

El tiempo es ahora. La hora ha llegado, se aproxima el Reino (Marcos 1:15). De ninguna manera ha faltado tiempo de maduración, ni período para desarrollarse el llamado a la predicación. Pues la preparación se ha venido haciendo con anticipación mediante la gracia de Dios (Efesios 1:4).

Jesús mismo actuó cuando fue la hora de responder al llamado de su vocación (Juan 13:1). Antes de haber llegado la hora simplemente dijo que todavía no era el tiempo (Juan 2:4). Gratamente los escritos sagrados nos dan evidencias de que antes de que actúen los seres humanos, ya Dios mismo había venido preparando a la persona, y hasta le conoce todas sus andanzas: "Natanael le dijo a Jesús: ¿Cómo es que me conoces? Le respondió Jesús: Pude verte debajo de la higuera antes de que Felipe te encontrara" (Juan 1:48).

La vida misma es una vocación que debe vivirse a borbotones, asumirla con energía, plantearla con pasión y abordarla con la decisión de disfrutarla con intensidad, porque así está determinado: "Así debe hacerse ahora, porque tenemos que cumplir con todo lo que Dios exige" (Mateo 3:15).

El simple hecho de vivir es un gran acontecimiento que no debe dejarse al azar, ni enterrar (Mateo 25:25). Vivir es importante. Vivir es actuar con responsabilidad. Vivir es dar respuesta a las exigencias de la vida. Como sucedió con los primeros apóstoles, cuando Jesús llama la respuesta debe ser ya, porque la misión debe cumplirse en el tiempo de Dios. ¡Es urgente! ¡No hay tregua! ¡La cosecha está lista! (Juan 4:35) ¡La

contestación a la vocación no espera! En su infinita voluntad Dios mismo establece el tiempo de actuar.

Los discípulos de Jesús lo dejaron todo, porque Dios espera una respuesta inmediata. Los primeros apóstoles no midieron las consecuencias del seguimiento de Jesús. Tiempo después caen en la cuenta y preguntan por la retribución. ¿Cuál sería la recompensa de su apostolado? "Entonces Pedro le dijo: Nosotros hemos dejado todo para seguirte. ¿Qué recibiremos a cambio?" (Mateo 19:27).

Jesús simplemente les había dicho que lo siguieran y ellos en su deber natural de la vocación, así lo hicieron: "Jesús respondió a Simón: ¡No tengas miedo! ¡De ahora en adelante, pescarás personas! Y, en cuanto llegaron a tierra firme, dejaron todo y siguieron a Jesús" (Lucas 5:10-11). Pedro y sus demás compañeros habían dejado todo lo conocido y lo cotidiano. Sus creencias, sus haberes, sus conocimientos, su trabajo, su familia, su tierra, sus anhelos, sus planes, sus sueños. Todas las cosas quedaron atrás. Tuvieron que aprender nuevas costumbres (Juan 13:15), nueva enseñanza (Marcos 1:27-28), nuevas formas de relaciones interpersonales (Juan 15:12-14), nueva visión para ver las cosas y la vida (Mateo 5:21-48), hasta nueva interpretación de la ley (Mateo 7:12).

Jesús mismo les advirtió que haría las cosas nuevas (Apocalipsis 21:5). La novedad repercutió en el cambio de vida de los primeros apóstoles, como una señal contundente del llamado al oficio de la palabra: "Entonces llamó a la multitud para que se uniera a los discípulos, y dijo: Si alguno de ustedes quiere ser mi seguidor, tiene que abandonar su manera egoísta de vivir, tomar su cruz y seguirme" (Marcos 8:34).

Los discípulos quisieron y aceptaron el llamado de su Maestro. Por eso el deber de predicar fue una respuesta radical, única y total en los apóstoles. Tuvo tanto poder y decisión el ímpetu de los primeros predicadores, que continuó extendiéndose en la sucesión apostólica a través del tiempo.

"Esto significa que todo el que pertenece a Cristo se ha convertido en una persona nueva. La vida antigua ha pasado, ¡una nueva vida ha comenzado!" (2 Corintios 5:17). Todo quedó atrás. Pablo da testi-

monio de que había dejado atrás cosas de su pasado, como su celo por la doctrina religiosa y su elocuencia intelectual, las estimaba perdidas y olvidadas: "He desechado todo lo demás y lo considero basura a fin de ganar a Cristo y llegar a ser uno con él" (Filipenses 3:8).

Al igual que Pablo, muchos tuvieron la misma actitud, de dejarlo todo y empezar una nueva vida. La buena fama de Cornelio quedó atrás cuando recibió el llamado: "Nos envió Cornelio, un oficial romano. Es un hombre devoto y temeroso de Dios, muy respetado por todos los judíos. Un ángel santo le dio instrucciones para que vayas a su casa a fin de que él pueda escuchar tu mensaje" (Hechos 10:22). Zaqueo, quien fue llamado por su nombre y quien tuvo que soportar la murmuración de la gente, hospedó a Jesús en su casa y se hizo uno de sus fieles discípulos (Lucas 19:1-10). Nicodemo y José de Arimatea (Juan 19:38-39), no temieron a la crítica, ni los detuvo la seguridad del prestigio de su posición social, política y económica que ostentaban en su comunidad.

Muchas mujeres fueron importantes en la vida y el ministerio de Jesús. María la madre de Jesús, Elizabeth y Ana (Lucas 2:36-37) Marta y María de Betania (Lucas 10:38-42), la mujer samaritana (Juan 4:28.29.39), María Magdalena y otras mujeres (Lucas 8:1-2) fueron directamente vinculadas al oficio de la predicación de la palabra. Juana, la esposa de Cuza, administrador de Herodes; Susana; y muchas otras mujeres contribuían con sus propios recursos al sostén de Jesús, de sus discípulos y de su ministerio (Lucas 8:3). Predicar la palabra no es una profesión. Predicar es un llamado, es una vocación tan decisiva y determinante que el predicador de la palabra no tiene salida, ni alternativa. Sólo le queda exclamar: "¿A quién tengo en el cielo sino a ti? Te deseo más que cualquier cosa en la tierra" (Salmo 73:25).

Por convicción natural, espontánea y espiritual, el predicador de la palabra sabe de la riqueza y del valor de su llamado. Por eso, deja todo y adquiere el carácter de un apóstol y lo cuida como un tesoro o como una perla de primera calidad (Mateo 13:44-46).

El predicador está gozosamente cautivado en todo momento y todo lugar a desempeñar su vocación: "Así que, ¡gracias a Dios!, quien

nos ha hecho sus cautivos y siempre nos lleva en triunfo en el desfile victorioso de Cristo. Ahora nos usa para difundir el conocimiento de Cristo por todas partes como un fragante perfume" (2 Corintios 2:14).

Undécimo Examen:

¿Por qué es nuestro deber predicar?

Opción 1 Porque la gente necesita escuchar la palabra de Dios.

Opción 3 Porque el predicador tiene asegurada su recompensa.

Opción 4 Porque es necesario predicar la palabra en todo tiempo.

Opción 2 Porque la humanidad desea con gusto escuchar a Dios.

3.11 La predicación según el propósito

La predicación tiene un propósito. Se trata de responder al para qué es que el predicador expone la palabra. Se refiere a la intención y al objetivo que se pretende alcanzar. Cuando Pedro predicó por primera vez, se agregaron tres mil creyentes a la iglesia (Hechos 2:41). Fue un impacto contundente. La predicación fue eficaz. Muy pronto el número de los creyentes había crecido a cinco mil (Hechos 4:4).

La efectividad de una predicación con propósito se mide por sus efectos y sus resultados, es decir por sus frutos (Juan 15:8). El rendimiento que se espera obtener, los frutos que se anhelan producir, las conductas que se aspiran modificar, las almas que se pretenden rescatar definen el propósito de la predicación. El predicador demuestra en público su experiencia espiritual. Convince a sus oidores de aceptar la propuesta que está declarando a través de su testimonio y de sus argumentos: "Por lo tanto, hablamos a otros de Cristo, advertimos a todos y enseñamos a todos con toda la sabiduría que Dios nos ha dado. Queremos presentarlos a Dios perfectos en su relación con Cristo" (Colosenses 1:28).

Mediante la predicación se da a conocer el propósito de Dios. Nadie nace sabiendo que Dios tiene un propósito para sus vidas. Alguien le empieza a contar y su mente va aceptando que la medida de su imagen y semejanza es como la de Cristo: "Y sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de los que lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos. Pues Dios conoció a los suyos de antemano y los eligió para que llegaran a ser como su Hijo, a fin de que su Hijo fuera el hijo mayor de muchos hermanos" (Romanos 8:28-29)

En todo ser humano rigen los valores de su entorno, ya sea de su familia, de su grupo social o de su comunidad. De ahí, que la predicación debe iluminar esos principios aprendidos y las costumbres culturales, pues son razones de valor del comportamiento de una colectividad humana. Como existen pensamientos y creencias arraigadas de muchas generaciones ancestrales en el ser humano, muy pocas perso-

nas acceden a creer con una sola vez que escuchen el evangelio. La evangelización a través de la predicación debe ser constante.

Sólo a medida que las personas se vayan convenciendo de las buenas noticias de salvación, muchas más van aceptando y van empezando a hablar a otras de lo mismo. Así es como la palabra de Dios va teniendo impacto en más gente. Cuando se predica con la intención de conducir al nuevo creyente a dar un cambio en su vida, es que el mensaje tiene aplicación en la vida del creyente.

Los nuevos creyentes van poniendo en práctica lo que han empezado a creer. La predicación tiene el propósito de mostrar y conducir a las personas a ver el propósito que Dios tiene para sus vidas (Mateo 7:26), porque en realidad la gente tiene íntimas inquietudes por contrariar la verdad divina para sus vidas: "Puedes hacer todos los planes que quieras, pero el propósito del Señor prevalecerá" (Proverbios 19:21).

Al paso del tiempo, la palabra predicada va estimulando a los oyentes a convertirse en creyentes (Tito 3:3). Luego los creyentes van siendo inspirados a dedicar sus dones, sus capacidades, su tiempo y su influencia al servicio del Señor, como discípulos y después como apóstoles. De esta manera mientras más personas observan que los demás de su medio social ya han aceptado la palabra de Dios, muchos más se van uniendo, porque a ellos les parece que si no adoptan la misma conducta pueden ser descalificados de su entorno.

Si quienes escuchan la palabra de Dios son movidas a cambiar sus condiciones de vida (Santiago 1:22), entonces el propósito de la predicación es ser la herramienta adecuada para nutrir a la iglesia de nuevos creyentes. El propósito de una predicación es llevar a las personas a cruzar el umbral de sus expectativas, de sus esperanzas y de sus anhelos, mediante la satisfacción de sus genuinas necesidades (Tito 2:1).

La predicación es la luz que ilumina la mente de una persona, para que tome la decisión de cambiar el rumbo de su vida y junto a otras personas decidan vivir una vida cristiana: "¿Hay algún estímulo en pertenecer a Cristo? ¿Existe algún consuelo en su amor? ¿Tenemos en conjunto alguna comunión en el Espíritu? ¿Tienen ustedes un corazón tierno y compasivo? Entonces, háganme verdaderamente feliz ponién-

dose de acuerdo de todo corazón entre ustedes, amándose unos a otros y trabajando juntos con un mismo pensamiento y propósito" (Filipenses 2:1-2)

El incrédulo necesita que se le presenten motivos válidos, legítimos y apropiados para aceptar el modo de pensar que le ofrece Jesucristo (Efesios 5:8). Por la predicación con propósito el incrédulo encuentra sentido y gran significancia a la palabra de Dios: "No sean egoístas; no traten de impresionar a nadie. Sean humildes, es decir, considerando a los demás como mejores que ustedes. No se ocupen sólo de sus propios intereses, sino también procuren interesarse en los demás. Tengan la misma actitud que tuvo Cristo. Jesús" (Filipenses 2:3-5).

Porque Jesús, aunque era Dios, no consideró que el ser igual a Dios fuera algo a lo cual aferrarse: "En cambio, renunció a sus privilegios divinos; adoptó la humilde posición de un esclavo y nació como un ser humano" (Filipenses 2:6). La predicación con propósito enseña a obedecer (Mateo 28:20), produce discípulos acatados y dóciles (Lucas 11:28) y lleva al arrepentimiento (Mateo 3:8), como lo hicieron los primeros seguidores de Jesús:

"Primero les prediqué a los de Damasco, luego en Jerusalén y por toda Judea, y también a los gentiles: que todos tienen que arrepentirse de sus pecados y volver a Dios, y demostrar que han cambiado por medio de las cosas buenas que hacen" (Hechos 26:20)

La predicación con propósito explica verdades espirituales: "Les decimos estas cosas sin emplear palabras que provienen de la sabiduría humana. En cambio, hablamos con palabras que el Espíritu nos da, usamos las palabras del Espíritu para explicar las verdades espirituales" (1 Corintios 2:13).

La predicación con propósito demuestra que los creyentes necesitan madurar y crecer en su fe cristiana, persuade que deben experimentar constantemente a Cristo en sus vidas y necesitan dar testimonio de sus vidas centradas en Jesús, para que los no creyentes se motiven a creer: "El propósito de mi instrucción es que todos los creyentes sean llenos del amor que brota de un corazón puro, de una conciencia lim-

pia y de una fe sincera; pero algunos no lo entendieron. Se desviaron de estas cosas y pasan el tiempo en debates sin sentido" (1 Timoteo 1:5-6).

El cuerpo de Cristo debe ser transformado, actualizado, reparado, por la autoridad de la palabra de Dios. Una predicación según el propósito cambia el carácter y la conducta del ser humano. La predicación lleva a que las personas den una respuesta o realicen una acción requerida por la palabra (Juan 13:17). La predicación expone la verdad de la palabra de Dios (1 Juan 3:19) con el fin de que los seres humanos dejen sus ataduras: "y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres" (Juan 8:32).

El propósito de la predicación a través de los siglos no ha cambiado. Es la misma palabra en distintos ambientes, diversos lugares y tiempos diferentes. La predicación con propósito conecta al ser humano con Dios, los llama a convicción, pues la predicación es el instrumento que Dios usa para darse a conocer, a través del poder de su Espíritu Santo: "Mientras Pedro aún estaba diciendo estas cosas, el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban el mensaje" (Hechos 10:44).

La predicación con propósito analiza y explica la palabra de Dios, interpreta el contenido de la Biblia, aclara los designios de Dios, para que los oyentes empiecen a actuar como Dios quiere: "Dios la usa para preparar y capacitar a su pueblo para que haga toda buena obra" (2 Timoteo 3:17).

La predicación con propósito ilumina el proceso de renovación de la vida, de la iglesia, del mundo con las verdades eternas que Dios nunca cambia, pero que se aplican a la realidad del momento histórico por el que pasa la humanidad.

La predicación de la palabra de Dios ya sea expuesta por apóstoles, profetas, evangelistas, pastores o maestros, tiene el mismo propósito de capacitar y equipar a los nuevos creyentes, para que lleguen a la medida establecida por Jesús, y a la vez encaminen a otros nuevos creyentes a hacer lo mismo:

"Ellos tienen la responsabilidad de preparar al pueblo de Dios para que lleve a cabo la obra de Dios y edifique la iglesia, es decir, el cuerpo de Cristo. Ese proceso continuará hasta que todos alcancemos tal unidad en nuestra fe y conocimiento del Hijo de Dios que seamos maduros en el Señor, es decir, hasta que lleguemos a la plena y completa medida de Cristo" (Efesios 4:12-13).

En fin, la predicación de la palabra de Dios es el propósito de toda la iglesia.

Duodécimo Examen:

¿Qué es la predicación según el propósito?

Opción 1 El recurso publicitario para dar a conocer el mensaje de Dios.

Opción 2 La herramienta para nutrir a la iglesia de nuevos creyentes.

Opción 3 Un escenario donde los predicadores hablan con elocuencia.

Opción 4 Ayudarle al incrédulo a encontrarle sentido a su existencia.

3.12 La predicación según el mensaje.

El mensaje no es simplemente el contenido de la información. El mensaje es lo que se busca alcanzar cuando se transmite una información. El mensaje está compuesto por el acervo y patrimonio de ideas, de sentimientos, de pensamientos, de experiencias, de deseos y de acontecimientos expresados por el emisor.

Y a la vez, está determinado por el interés del receptor, quien también tiene el acervo y patrimonio de elementos parecidos o diferentes del emisor que influyen en la recepción y en la interpretación del mensaje. De ahí que el mensaje sea también el proceso mediador de la comunicación entre quien emite la información y la reacción de los destinatarios.

El mensaje del evangelio está catalogado como noticia, proclamada por Jesús (Mateo 4:23), continuada por sus apóstoles (Marcos 16:20) y transmitida por las sucesivas generaciones hasta que llegue a todo el mundo (Mateo 24:14). La predicación según el mensaje es el anuncio novedoso de las buenas noticias de salvación proporcionada por Jesucristo (1 Corintios 5:1-5).

Dentro de los géneros periodísticos, la noticia es definida como la interpretación y producción de una realidad que se da conocer, para generar conocimientos y producir reacciones. La noticia es la novedad que afecta a quienes comunican y reciben la información.

Son los hechos y los acontecimientos de interés público que se dan a conocer en una sociedad, para entender la actualidad. "Pues Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Juan 3:16).

La noticia es que Dios se ha revelado en Jesucristo (Gálatas 4:4-5) y Jesucristo ha revelado a Dios (Juan 10:30). Jesús actuó con el poder de Dios (Lucas 4:18-21) y sus seguidores también actuaron y siguen actuando con poder divino (Juan 14:16).

El mensaje cristiano es el reino de Dios (Marcos 1:15). Es un reino de liberación (Mateo 12:28), es la buena noticia de que Dios ha-

bló por medio de Cristo (Hebreos 1:1-2) y actuó en Jesucristo para la redención de la humanidad (Lucas 1:68).

El mensaje de la Biblia, sobre el reino de Dios, no es una invitación a hacer algo. El mensaje bíblico es una invitación a recibir la salvación que Dios nos da absolutamente gratis (2 Corintios 5:21).

El mensaje de la predicación es que Dios nos ha salvado por gracia a través de la fe (Romanos 6:23). La salvación consiste en recibir a Cristo (Juan 1:12).

Así lo expresaron los primeros predicadores. Pablo es el prototipo de quien predica el verdadero mensaje evangelizador (1 Corintios 15:1-4). Pedro es el paradigma de la eficacia del mensaje (Hechos 2:14-41).

Esteban es modelo de la predicación según el mensaje (Hechos 7:2-59). El mensaje evangelístico es que Jesús llevó nuestros pecados en su cuerpo en la cruz (1 Pedro 2:24) y nos compró con su preciosa sangre (Hechos 20:28).

En Cristo somos justificados, no por obrar conforme a la ley (Romanos 3:20), sino por la fe en Jesucristo (Romanos 3:28). Porque de la misma manera como Abraham creyó a Dios, y fue justificado (Romanos 4:3), a si pues nuestra justicia es por la fe en Cristo (Romanos 5:1) y no por las acciones que hagamos (Romanos 4:5).

Las acciones son los frutos que producimos después de haber sido redimidos (Mateo 7:20). Fuimos establecidos en el mundo en gracia (Génesis 1:27), caímos en desgracia y fuimos separados de la voluntad de Dios por causa del pecado (Génesis 3:22-24). Pero, la solución vino por Cristo (1 Timoteo 2:5-6).

Dios espera una respuesta personal de fe, que se evidencia en la experiencia de recibir a Cristo como nuestros Señor y Salvador, para empezar a vivir tiempos de refrigerio (Hechos 3:19).

El mensaje que transmite el predicador no es suyo, es un mensaje inspirado por Dios, pero influenciado por las circunstancias y la interpretación del predicador y el entendimiento de su audiencia (Romanos 12:2).

Por eso, el mensaje lo adorna la naturaleza que nos habla de Dios, lo mismo que el cuerpo humano, quien nos refiere a Dios. La historia tiene un mensaje de parte de Dios. El predicador encuentra tema en la vida y obra de alguien distinguido entre los demás.

Los valores y criterios culturales y las costumbres de los pueblos son fuentes inagotables de actualidad que sirven de medios y recursos inapelables para proporcionar el mensaje evangelizador.

Pero el verdadero mensaje viene es de Dios. La fuente indiscutible y perenne de la predicación son los escritos conservados en la Biblia. Por eso, el predicador habla de lo que Dios ha querido decirnos sobre sí mismo en las Sagradas Escrituras. Pablo en su acertada instrucción que le imparte a su discípulo Timoteo, nos instruye a nosotros en el mensaje de la predicación:

1. *Solidez del mensaje*: "Predica la palabra de Dios. Mantente preparado, sea o no el tiempo oportuno. Corrige, reprende y anima a tu gente con paciencia y buena enseñanza".

2. *Obstáculos al mensaje*: "Llegará el tiempo en que la gente no escuchará más la sólida y sana enseñanza. Seguirán sus propios deseos y buscarán maestros que les digan lo que sus oídos se mueren por oír. Rechazarán la verdad e irán tras de mitos".

3. *Perseverancia en el mensaje*: "Pero tú debes mantener la mente clara en toda situación. No tengas miedo de sufrir por el Señor. Ocúpate en decirles a otros la Buena Noticia y lleva a cabo todo el ministerio que Dios te dio" (2 Timoteo 4:2-5).

El mensaje de la predicación no se origina de forma espontánea y mucho menos se transmite de manera improvisada. Existe una intención en el predicador que lo obliga a prepararse, investigar y deducir el contenido veraz del mensaje:

"Muchas personas han intentado escribir un relato de los hechos que se han cumplido entre nosotros. Se valieron de los informes que circulan entre nosotros dados por testigos oculares, los primeros discípulos. Después de investigar todo con esmero desde el principio, yo también decidí escribir un relato cuidadoso para ti, muy honorable Teófilo, para que puedas estar seguro de la veracidad de todo lo que te

han enseñado" (Lucas 1:1-4). El mensaje de la predicación es el contenido inmutable de Dios, pero adaptado a las circunstancias fluctuantes y actuales de la humanidad.

Décimo Tercer Examen:

¿Qué es la predicación según el mensaje?

Opción 1 Es la fuente indiscutible y perenne de toda predicación.

Opción 2 Es la manera como el predicador influye en la audiencia.

Opción 3 Es lo que habla el predicador después de escuchar a Dios.

Opción 4 Es el anuncio novedoso de las buenas noticias de salvación.

3.13 La predicación según el diseño.

La palabra “diseño” es un término italiano, que a su vez descende del latín “designio”. Hace referencia a dar nombre, señalar o marcar. En primera instancia la palabra diseño hace referencia a un boceto, bosquejo o esquema que se desarrolla en la mente y se plasma en un soporte material, antes de concretar la producción definitiva.

Por lo general, cuando hablamos de diseño nos viene a la mente una variedad de figuras, cuadros, diagramas y estructuras abstractas o reales de cualquier contexto o disciplinas profesionales, como la arquitectura, la ingeniería o la industria. Sin embargo, el diseño se refiere es a la búsqueda de la solución de problemas, de hechos o de acontecimientos, con el fin de mejorar las condiciones del bienestar humano.

Por su parte, el objetivo de la predicación es que lleguemos a conocer a Dios, que aprendamos a relacionarnos con Él y a que seamos obedientes en responder a su voluntad. No se trata simplemente de estructurar la predicación para que tenga un impacto en los oyentes. La estructura hace referencia al tema, el título, la introducción, el desarrollo y las conclusiones. Es decir, la estructura apunta al bosquejo de la predicación. En cambio, el diseño se refiere a la forma estética de comunicar el contenido.

Por eso la predicación tiene un diseño. El predicador determina y especifica conscientemente la intensión de su predicación. Busca un objetivo. Define el propósito que motiva a su acción. No deja los resultados y las consecuencias al azar. Una predicación identifica un tema, presenta la realidad a la luz de la Palabra de Dios y proyecta compromisos y tareas con el fin de satisfacer evidentes necesidades en la audiencia.

Una predicación con un buen diseño posibilita y propicia que el mensaje sea entendido por el auditorio. El mensaje de la predicación viene de Dios y hay que acondicionarlo al entendimiento humano. El único lenguaje que tenemos para hablar de Dios, de la salvación, de su gracia, de su carácter, es el lenguaje humano. La predicación está diseñada por la estructura del lenguaje humano, el cual es un medio para

expresar el mensaje divino. Los mismos apóstoles de Jesús quedaron satisfechos cuando el Maestro les habló con lenguaje preciso: "Por fin hablas con claridad y no en sentido figurado" (Juan 16:29). Mediante el razonamiento y la experiencia personal, el predicador escucha a Dios en su Palabra y acondiciona el mensaje de Dios, para que la humanidad lo pueda entender:

"Hace mucho tiempo, Dios habló muchas veces y de diversas maneras a nuestros antepasados por medio de los profetas. Y ahora, en estos últimos días, nos ha hablado por medio de su Hijo" (Hebreos 1:1-2). Ya sean apóstoles, profetas, evangelistas, pastores o maestros (Efesios 4:11), todos tienen la misión de predicar el mensaje de Dios para la edificación de toda la iglesia a la medida de su Palabra, quien es Cristo nuestro Señor (Efesios 4:12-13).

La predicación según el diseño consiste en transmitir la mirada de Dios sobre la humanidad, teniendo en cuenta la historia, las circunstancias y el momento contemporáneo, para que pueda ser entendido: "Ahora entendemos que sabes todas las cosas y que no es necesario que nadie te pregunte nada. Por eso creemos que viniste de Dios" (Juan 16:30).

El predicador son los ojos de Dios. Es quien lleva a la audiencia a ver los hechos, los acontecimientos y la realidad con la mirada de Dios. Muy parecido al acontecimiento de Moisés cuando le pidió a Dios que le mostrara su gloriosa presencia, y Dios le dijo: "Párate cerca de mí, sobre esta roca.

Cuando pase mi gloriosa presencia, te esconderé en la grieta de la roca y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Después retiraré la mano y dejaré que me veas por detrás; pero no se verá mi rostro" (Éxodo 33:21-23).

Se sugiere que el rostro de Dios nadie lo ve, sino a través de un mediador. Antes fue Moisés, luego los profetas y por último el mediador fue Cristo y ahora sus sucesivos predicadores.

El diseño en la predicación aporta la creatividad para no hacer lo mismo siempre, repetitivo y mecánico. Pues nadie puede entender un

mensaje con un lenguaje de antaño. Por eso se siguen haciendo traducciones actualizadas de la Biblia.

A medida que la humanidad va evolucionando, el mensaje tiene que ir acorde con el pensamiento actual. El predicador busca obtener buenos resultados de su oficio y despierta reacciones, al estilo de Pablo en Atenas (Hechos 17:32-34).

La predicación, mediante el diseño, desea obtener resultados diferentes haciendo las cosas de manera distinta. Rompe paradigmas y adapta el mensaje a las necesidades de los oyentes, como lo hizo Pablo con los atenienses.

El contenido del mensaje de la predicación es siempre el mismo. Jesucristo, quien es la Palabra revelada permanece inmutable: "Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. Así que no se dejen cautivar por ideas nuevas y extrañas" (Hebreos 13:8-9).

Lo que cambia es el diseño de la predicación. Para lo cual es necesario plantear la intención de la predicación y crear un ambiente adecuado para exponer el mensaje. El predicador debe tener claro el lugar central de la predicación en la vida de la Iglesia.

Además, de saber interpretar los textos bíblicos, de diseñar sermones expositivos, narrativos y temáticos, el predicador debe proyectar y guiar a la humanidad hacía Dios. A diferencia del artista, que es más espontáneo y sus acciones pueden no estar justificadas, el predicador sí debe dar razón y entregar cuentas de sus resultados. Por eso es un diseñador.

El predicador observa y analiza el medio en el cual se desenvuelve el ser humano, descubre sus necesidades, sus prioridades y propone alternativas de solución, por medio de planos mentales, maquetas verbales y expresiones visuales.

El predicador es un diseñador que construye realidades y ejecuta proyectos con la idea inicial que Dios le confía. La predicación siempre debe ser nueva en su forma y útil en sus efectos. Soluciona problemas.

El predicador planea, organiza, relaciona y controla el mensaje. La comunicación verbal la hace visual.

El predicador echa mano de la intuición para comprender las cosas al momento que se presenten. Con poco razonamiento, escasas explicaciones y mínimo tiempo para analizar, puede dar una respuesta evidente, inmediata y directa que satisfaga a la audiencia.

El predicador tiene reacciones repentinas y súbitas sensaciones, fruto de la creencia, la meditación de la palabra de Dios y la práctica permanente de la oración.

El predicador es un experto en la innovación de mensajes. Sintetiza temas. Ordena ideas. Transforma situaciones. Usa los recursos que lo circundan. Plantea nuevas formas, crea interpretaciones y genera significados novedosos.

El predicador sabe mantener el control visual, verbal y anímico a la hora de entregar el mensaje. Consigue el máximo provecho, control y efectividad en los resultados del mensaje. Sabe valorar el tiempo. Diseña cuanto tiempo es útil para que el mensaje llegue, interese, se guarde y se viva en el oyente.

El predicador sorprende por su espontaneidad, pero jamás improvisa. La genialidad no inventa fábulas. Se invierte mucho tiempo para plantear, elaborar y componer una predicación eficaz.

El predicador sabe de antemano lo que va a transmitir. Conoce la auditoria al que se va a dirigir. Se familiariza con el escenario y se siente cómodo con la decoración del espacio y la atmosfera del lugar donde va a predicar.

El diseño de la predicación no sólo busca la estética o lo artístico, sino la aplicación práctica, el beneficio y la utilidad de la predicación. Por eso, aunque en la predicación se usan recursos funcionales y se acude a estrategias tecnológicas de comunicación, la ingeniería, la ciencia y el arte, lo más importante es que la forma del mensaje tenga un fundamento.

El predicador al diseñar el mensaje primero observa, investiga, analiza, ajusta, modela, lega, otorga, dota, cede, transmite, dispone y luego define el tema que va a predicar.

La predicación en su diseño integra instrumentos técnicos, sociales y económicos. Incluye necesidades biológicas, con efectos psicológicos y materiales. Incorpora formas, colores, volumen y espacio. Todo ello pensado e interrelacionado con el medio ambiente que rodea a la humanidad.

La predicación es bilateral. El emisor y el receptor interactúan. Y entre los perceptores del mensaje también hay interacción. Por medio de la predicación los seres humanos se relacionan debido a sus costumbres, sus hábitos, sus anhelos y sus sueños.

Décimo Cuarto Examen:

¿Qué es la predicación según el diseño?

Opción 1 Es la estructura y el bosquejo permanente del mensaje.

Opción 2 Se refiere a la forma estética de comunicar el contenido.

Opción 3 Consiste en buscar impactar a los oyentes con novedades.

Opción 4 Incorpora formas, colores, volumen y espacio por belleza.

4. KARISMA:

El término carisma viene del griego: charisma (χάρισμα), que a la vez desciende de χαρίζεσθαι: agradar, hacer favores. La raíz "char" significa algo que causa felicidad. "charis" es conceder gracia, favor gratuito de Dios. "ma" hace referencia al objeto y resultado de una acción.

En la actualidad, en el lenguaje popular y en las conversaciones cotidianas se usa con frecuencia el término carisma. Sobre todo, cuando se refiere a una especial capacidad de algunas personas para atraer o fascinar a otras.

En varias disciplinas el carisma es objeto de estudio y de investigación. Sociólogos, psicólogos, políticos, comunicadores, publicistas, mercaderistas, agentes de viajes, relacionistas públicos, asesores de imagen y gerentes de empresas, sacan partido del codiciado don carismático. Muchos consideran que el carisma es congénito. La persona que tiene carisma con su sola presencia, sin hacer ningún esfuerzo, llama la atención de la gente y llena un espacio visible y atractivo donde se encuentre.

Es así de simple. Quien tiene carisma con sólo mirarlo despierta simpatía. El carismático es alguien con quien se identifican las demás personas. Es quien puede ser, hacer y decir cosas que ninguno más puede ser, hacer y decir. Generalmente, los carismas producen caudillos. La gente sigue, quiere, se ríe y llora con el carismático. Sus admiradores disfrutan de sus alegrías y se entristece en los momentos difíci-

les y hechos tormentosos por los que pasa su líder, guía y conductor carismático. Sin embargo, en el ámbito espiritual y de fe, los carismas son dones sobrenaturales concedidos por Dios a determinadas personas en particular. Aunque los carismas son conocidos en toda la Biblia, es en el Nuevo Testamento donde más se desarrollan, pues la palabra carisma aparece en 17 ocasiones. En los escritos de Pablo se registran 16 veces: Romanos 1:11; 5:15-16; 6:23; 11:29; 12:6; 1 Corintios 1:7; 7:7; 12:4.9.28.30.31; 2 Corintios 1:11; 1 Timoteo 4:14; 2 Timoteo 1:6.

En los escritos de Pedro aparece 1 vez el término carisma: 1 Pedro 4:10. Pablo hace cuatro listas de carismas: 1 Corintios 12: 8-10; 1 Corintios 12: 28-30; Romanos 12: 6-8 y Efesios 4: 11. Aunque la lista de carismas es abierta, en Pablo se enumeran un total de 20 carismas diferentes:

Sabiduría, palabra de ciencia, fe, sanidades, apostolado, profecía, milagros, los que ayudan, los que administran, don de lenguas, discernimiento de espíritus, interpretación de lenguas, servicio, enseñanza, exhortación, repartir con liberalidad, presidir con solicitud, misericordia con alegría, evangelistas y pastores.

Quien recibe los carismas los pone al servicio del bien común, para la edificación del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Como en el caso del don de lenguas: "No más de dos o tres deberían hablar en lenguas. Deben hablar uno a la vez y que alguien intérprete lo que ellos digan. Pero, si no hay nadie presente que pueda interpretar, ellos deberán guardar silencio en la reunión de la iglesia y hablar en lenguas a Dios en forma privada" (1 Corintios 14:27-28).

Los carismas se dan por gracia, pero no remplazan el esfuerzo y la responsabilidad de la vida cotidiana. De ninguna manera son para espectáculo, ni para el desorden, sino que conllevan una disponibilidad para el sacrificio. Tampoco los carismas se poseen por interés egoísta, como el orgullo, la competencia, la fama, entre otras anomalías. Los carismas que no contribuyen a la edificación del cuerpo de Cristo le hacen daño a la Iglesia. Por eso, los miembros de la iglesia deben tener la capacidad de discernir los carismas en las personas que los poseen: "No apaguéis el Espíritu. No despreciéis las profecías. Examinad todo

y quedaos con lo que es bueno. Absteneos de todo mal" (1 Tesalonicenses 5: 19-22)

Las instrucciones de Pablo son muy concretas y precisas. El carismático no ostenta, ni se vanagloria así mismo con el don que posee, ni mucho menos se envanece y se jacta. Ni es ídolo de multitudes. La persona sólo dispone de los carismas con humildad al servicio de los demás, para el bien común de la humanidad: "A cada uno de nosotros se nos da un don espiritual para que nos ayudemos mutuamente" (1 Corintios 12:7). Precisamente, la santidad consiste en el buen uso de los carismas, sin que tales dones sean una señal de santidad: "Si yo pudiera hablar todos los idiomas del mundo y de los ángeles, pero no amara a los demás, yo sólo sería un metal ruidoso o un címbalo que resuena"(1 Corintios 13:1).

Los carismas no son señal del mérito y de la virtud de santidad, debido a que son concedidos gratuitamente por el Espíritu Santo: "Es el mismo y único Espíritu quien distribuye todos esos dones. Sólo él decide qué don cada uno debe tener" (1 Corintios 12:11). Nadie puede ni atraerlos ni retenerlos sin la concesión del Espíritu Santo (1 Corintios 14:28-32). El Carisma es la gracia de Dios en dones y talentos para servir.

Los carismas son dones que poseen agentes servidores, los cuales los identifican y los distinguen de los demás mediante la utilidad constante en la vida de la comunidad cristiana: "Ahora bien, Cristo dio los siguientes dones a la iglesia: los apóstoles, los profetas, los evangelistas, y los pastores y maestros" (Efesios 4:11). La Iglesia se renueva por la obra de las personas con carisma. Se desarrolla una nueva imagen de iglesia en el sector donde ministran sus servidores carismáticos.

En conclusión, los carismas son dadivas de Dios que se hacen tangibles y visibles en las personas que los poseen, mediante talentos (Mateo 25:15), dones (1 Corintios 12:11), virtudes (Marcos 9:24) cualidades (1 Timoteo 6:11-16), facultades (Juan 14:16-26) y frutos (Juan 15:5), para fortaleza de la iglesia en la transformación del mundo.

Primer Examen:

¿Qué es Carisma?

Opción 1 Es la gracia de Dios en dones y talentos para servir.

Opción 2 Es el modo de ser, actitud y carácter de una persona.

Opción 3 Es cuando alguien es guía y líder de muchos seguidores.

Opción 4 Es la secuencia de dones comunes para la humanidad.

4.1 La capacidad de motivar y suscitar admiración.

La palabra capacidad viene del latín capax, que significa ser capaz. Ser capaz es tener la actitud de poseer los recursos necesarios para desempeñar tareas o funciones pertinentes a los oficios, a las artes o a las profesiones que existen en la sociedad. El capacitado tiene una predisposición, vigor, habilidades y condiciones intelectuales y emotivas para el cumplimiento de una función o el desempeño de un cargo.

Referente a los carismas, la persona tiene la propiedad de poder encerrar en su personalidad gran cantidad de atracción emocional, que suscita dependencia en sus admiradores. Quienes siguen al carismático lo ven con gran aptitud y mucha idoneidad. Por su parte, quien posee los carismas se presenta con aptitud especulativa, con exuberante inteligencia y profuso talento.

La fuerza del carismático emerge de su propia motivación, pues sabe desempeñar su papel, ama y cree lo que hace. Pero también el poder quien posee carismas se impulsa desde sus admiradores, quienes tienen la actitud a favor del carismático. Los que siguen al carismático están motivados a hacer algo y, además, son capaces de perseverar en el esfuerzo que ese algo requiera durante el tiempo necesario para conseguir el objetivo que se hayan marcado.

Esa fuerza que despierta el carismático está directamente relacionada con las actitudes, porque los valores, las apariencias y las opiniones que genera el carismático, dictan lo que sus adeptos necesitan. El carismático determina lo que es importante y lo que no lo es para sus seguidores.

Dicho de otro modo, quien tiene el carisma lleva a sus seguidores a estar dispuestos a hacer el esfuerzo, por conseguir lo que el líder les pida. Con frecuencia el carismático ejerce una motivación externa y una motivación interna.

La motivación externa es provocada por un estímulo que produce el carismático en su entorno, ofreciendo prebendas físicas, emocionales, espirituales y recursos que benefician a sus seguidores.

Por su parte, la motivación interna es toda aquella fuerza que surge y suscitan los mismos seguidores del carismático, producido muchas veces por los mismos estímulos externos del líder.

Pero en la mayoría de los casos, se debe a que las mismas personas, por sus propias necesidades y circunstancias, califican y valoran lo que ofrece el líder como atrayente. Esa calificación va a depender de las actitudes de los admiradores del líder. A su vez esas actitudes no salen de la nada, son el resultado de sus propias experiencias, de sus necesidades y prioridades, que se han producido por el mismo contacto con el mundo exterior.

Por lo tanto, la motivación que genera un líder carismático también está apoyado por las condiciones y circunstancias de sus seguidores. Ellos son un nicho apropiado para que el carismático consiga adeptos o clientes. Pero al mismo tiempo, para aquel nicho o conglomerado de personas, también el carismático viene a saciar aquellas necesidades que estaban esperando satisfacer.

Por eso, la motivación esconde un proceso que es el resultado de la interacción entre el líder carismático y su entorno, entre sus actitudes y sus proyecciones internas y la manera de ver el mundo exterior. Por lo tanto, la capacidad de motivar y suscitar admiración es un proceso que siempre parte de las motivaciones internas, pero también dependen de las motivaciones externas. Es el proceso que resulta de la relación que se crea entre el carismático y sus seguidores.

Por eso, la motivación es un proceso dinámico, en continuo cambio, que surge como resultado del encuentro entre las actitudes y el entorno de ambas partes. Tanto del carismático como de sus admiradores. El mismo entorno será juzgado y valorado de distinta manera por individuos con actitudes diferentes. Por eso, unos siguen a un líder y otros siguen a otro carismático.

Motivar y suscitar admiración es todo un arte. Es lo que un líder ofrece y sus seguidores estiman de valor. Consiste en crear una situación en la que quien posee los carismas ofrecen algo que sus admiradores consideran de gran valor en función de su imaginario mental y de actitud. Pero también se trata de que entre el carismático y sus admira-

dores hay lazos fuertes de conocimiento, sea mediático o directamente. Se prestan atención mutua, se desarrolla una percepción y una capacidad de empatía. En suma, hay una receptividad bilateral.

Ambos ámbitos permanecen en observación constante entre ellos mismos y caminan en el respeto permanente. El entorno ofrece las cosas que tanto el líder como sus seguidores valoran, y por lo tanto no hace falta que nadie más los motive, ni nada los desanima. Sin embargo, aunque la empatía es total, cooperativa y asociada, no es estática. Por el contrario, es muy dinámica y cambiante.

Entre el líder y sus seguidores se suscitan cambios y movimientos constantes. Los entornos y las necesidades van evolucionando. Los líderes van innovando y muchas veces diversificándose. Ante el cambio inminente, los carismáticos tienen que modificar los estímulos externos para conseguir resultados de manera rápida.

Si no lo hacen o no logran responder al cambio, corren el riesgo de perder vigencia, caducar y perecer. Por eso, los problemas que con frecuencia los líderes van a encontrar es que no tiene poder para responder a las necesidades que el entorno está pidiendo o no pueden cambiar el entorno de manera adecuada.

Por lo tanto, la capacidad de motivar y generar admiración en el liderazgo de un carismático se encuentra en las actitudes. De manera sencilla, la actitud es la forma de comportarse, el modo de obrar o de reaccionar de una persona, grupo, comunidad o sociedad ante cierto hecho o situación. La actitud es la intención o el estado de ánimo de los individuos.

Las actitudes están fundamentadas en las propias creencias y creaciones de las personas. Las actitudes son el resultado de las propias experiencias y son los cimientos de la motivación. Por eso, las actitudes están en continua transformación, se encuentran influenciadas por la realidad circundante. Aunque las actitudes no son lo mismo que la realidad, si son modificadas por la realidad.

Al igual que la conducta, las actitudes no las podemos ver, pero las podemos deducir y con frecuencia son objeto de la intuición. La intuición es un término que viene del latín *intueri*, y se puede traducir

por mirar hacia dentro o contemplar. Es lo evidente o de sentido común. Y la intuición es mucho más fuerte que las creencias y que la misma razón. Se mueve en el ámbito de las emociones y los sentimientos. Por eso, los adeptos a un líder no dan explicación de su determinación y decisión de seguir y de admirar a quien les atrae por su poder carismático. Sólo lo siguen y punto, mientras les satisfaga sus necesidades actuales.

Segundo Examen:

¿De qué se trata la capacidad de motivar y generar admiración?

Opción 1 Se trata de que un líder manipula a un grupo de personas.

Opción 2 Consiste en el arte de influir en la mente de los individuos.

Opción 3 Es lo que un líder ofrece y sus seguidores estiman de valor.

Opción 4 Son intuiciones que se mueven en el ámbito de la emoción.

4.2 Rasgos y señales de las personas con carisma

Las personas con carisma tienen rasgos evidentes que los identifican y no pasan inadvertidos. Y, además, hay señales que permiten inferir y conocer la existencia de un carismático en el grupo, en la comunidad o en la sociedad. Pero ¿cuáles son esos rasgos y señales de una persona con carisma? El carismático tiene una fuerza que mana de su interior y refleja lo que lleva por dentro en tres evidentes áreas: en lo físico, lo mental y lo espiritual.

En el aspecto físico y corporal. Los carismáticos tienen una postura corporal abierta, higiénica y saludable. Cuando hablan las manos las mantienen alejadas de su rostro, apartadas de su cuerpo y con las palmas adelante o hacia arriba. Su expresión corporal es genuina y auténtica. Tienen facilidad para socializar con diversos grupos humanos. Sus facciones expresan alegría, amabilidad y generan simpatía por donde transita.

Los carismáticos desarrollan una sonrisa genuina, asienta con la cabeza cuando los demás hablan, tocan con brevedad en el brazo de su interlocutor y mantienen la mirada hacia los ojos. Cuando hablan se dirigen a la audiencia. Se mueven alrededor con entusiasmo, se inclinan con ligereza hacia adelante y miran a todas partes del auditorio. Mantén una mirada tranquila y no demuestran nerviosismo. Adecuan un lenguaje corporal a la forma de hablar. Le dan mucha importancia a la gesticulación, pero no caen en la arbitrariedad. Expresan los temas apasionada fluidez y sus gestos comunican sentimientos. Rompen paradigmas. Se salen de la caja. Encabezan proyectos. Siguen métodos y fórmulas distintas para obtener resultados diferentes. Son expertas en lo que hacen.

En el aspecto emocional y afectivo. Los carismáticos son intensamente emotivos, sensibles y cordiales. Son muy humanitarios y sensitivos. Marcan la diferencia y son controversiales. Es carisma les ayuda a ser eficazmente novedosos, intuitivos y elocuentes. Son creativos y originales. En sus alocuciones son claros, fluidos, enérgicos y articulan

muy bien las palabras. Con regularidad evocan imágenes, narran anécdotas o detalla acertadas ilustraciones.

Con armonía y excelente ritmo bosquejan el compás verbal mediante pausas muy bien acentuadas, con lo que producen tensión o énfasis entre quienes los escuchan. Viven libres de emociones dañinas. Su comunicación es genuina y auténtica; natural y sin esfuerzos. Socializan con alegría, amabilidad y generan simpatía. Poseen buen sentido del humor para ser sarcásticos sin ser grotescos. En su espontaneidad logran arrancar la sonrisa de sus admiradores. Cuando les llega la adversidad, la frustración y el dolor, dan cátedra de vida y manejan la situación con humildad. Logran a fuerza de voluntad, dignidad y constancia vencer los infortunios. Generan metas de vida que los hacen felices. Son dignos de admiración y de respeto.

En el aspecto espiritual y trascendental. A Los carismáticos se les abren puertas en todas partes. En lenguaje popular se dice que poseen un ángel o que tienen un aura, que les favorece para llamar la atención y caer siempre bien. Los acompaña la buena vibra. A las personas con carisma los distingue el don de servicio y son muy dados a la gente. Son amables y joviales. En su valor espiritual desarrollan la capacidad de alegrar a las personas que les rodean. Impresionan por ser personas a quienes se les tiene mucha confianza.

Son siempre disponibles y enseñables. El valor de la humildad lo llevan en el espíritu. Aprenden y preguntan cuándo no saben. Reconocen a quienes les enseñan. Son solidarios y bondadosos. Inspiran a quienes les rodean. Son visionarios y soñadores. Destellan luz con vibraciones positivas que generan paz y alegría. Sus seguidores se sienten protegidos, plácidos, sin aburrimiento, como que la vida de sus simpatizantes anduviera mejor cerca de su presencia.

Permanecen siempre abiertos y fluye de ellos armonía y conexión espiritual, que producen en sus seguidores cambios de salud, comportamientos de madurez y restablecen la paz consigo mismos. Piden perdón y saben perdonar. Reconoce sus errores con decoro y dignidad. Se despojan del egoísmo, de la soberbia y del orgullo. Siempre reconocen

sus faltas. Se apoyan en el buen consejo de su conciencia, para tener reposo espiritual y libertad interior.

Toman riesgos y se sacrifican. Dan testimonio, son ejemplo y actúan en consonancia con las ideas que promulgan. Les importan el objetivo común y el desempeño del papel de cada persona. Son personas admiradas porque gozan de cosas y situaciones que otros quisieran tener y disfrutar como la buena salud, el éxito y el poder. Se les reconoce los valores morales, la disciplina, la energía y el empuje que los caracteriza y los representa.

Tercer Examen:

¿Cuáles son los rasgos y señales de las personas con carisma?

Opción 1 Son comportamientos raros que tiene ciertas personas.

Opción 2 Sus rasgos y señales son físicos, mentales y espirituales.

Opción 3 Gozan de la simpatía de todo el mundo y viven muy bien.

Opción 4 Son exitosos, muy disciplinados y dan testimonio de vida.

4.3 Hábitos sobrenaturales dados por Dios.

Se considera un hábito a toda conducta reiterada o comportamiento repetido, y a ejercicios de alguna facultad, talento o aptitud que con regularidad realiza una persona. Los hábitos son actitudes que aparece en el tiempo, se desarrolla y se mantiene dándole identidad y autoridad por sus dotes y condiciones, a la persona que posee dichos valores.

Por lo tanto, los carismas, que son dones otorgados gratuitamente por Dios a ciertas personas son hábitos. Pues las personas que tienen los carismas ejercen y desempeñan esos dones de manera cotidiana. Es decir, los dones carismáticos se mantienen en la persona y permanecen de manera habitual en quien los posee. Los hábitos son los dones de Dios desarrollados por el ser humano. Todos los dones son otorgados por Dios. Sean dones para desempeñar un oficio o arte simplemente humano o algún don espiritual que sirve de medio para que la gracia de Dios beneficie a la humanidad. "Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa" (Romanos 1:20).

Los dones de Dios se vuelven hábitos mediante la acción, práctica y ejercicio de dichos dones. En la medida en que el carismático permanece espiritualmente sano y crece los dones tiene mayor valor. Como lo advierte el mismo apóstol Pablo: "Queridos amigos, los estoy previniendo con tiempo. Manténganse en guardia para no ser arrastrados por los errores de esa gente perversa y perder la base firme que tienen. En cambio, crezcan en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Pedro 3:17-18).

El ejercicio apropiado de los dones espirituales permite el crecimiento y la madurez espiritual de quien posee los carismas: "Ese proceso continuará hasta que todos alcancemos tal unidad en nuestra fe y conocimiento del Hijo de Dios que seamos maduros en el Señor, es decir, hasta que lleguemos a la plena y completa medida de Cristo...Él hace que todo el cuerpo encaje perfectamente. Y cada parte, al cumplir

con su función específica, ayuda a que las demás se desarrollen, y entonces todo el cuerpo crece y está sano y lleno de amor" (Efesios 4:13.16).

Estos dones dados por Dios hacen fructificar la vida del creyente, expresada en el cuerpo de Cristo que es la iglesia. Y mientras el cuerpo de Cristo esté más sano por los hábitos de los creyentes, Dios manifiesta mayor poder y gloria: "Pero si todos ustedes están profetizando, y los incrédulos o la gente que no entiende esas cosas entran en la reunión, serán convencidos de pecado y juzgados por lo que ustedes dicen. Al escuchar, sus pensamientos secretos quedarán al descubierto y caerán de rodillas y adorarán a Dios declarando: En verdad, Dios está aquí entre ustedes" (1 Corintios 14:24-25).

Otra valiosa y preciosa garantía es que los dones siempre permanecerán. Los dones siempre se van a tener, Dios es fiel y cumple con su Palabra. No se puede renunciar a los dones y al llamamiento de Dios: "Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios" (Romanos 11:29).

Pablo nos exhorta y nos anima a desarrollar esos dones de Dios, pues todos hemos sido bendecidos y equipados para ser líderes, mediante el habitual talento que Dios nos proporciona: "Dios, de su gran variedad de dones espirituales, le ha dado un don a cada uno de ustedes. Úsenlos bien para servirse los unos a los otros" (1 Pedro 4:10)

Los dones hay que convertirlos en hábitos. La persona mientras tiene fe puede creer y puede ser fiel a los dones de Dios. Si la persona descuida su fe, su poder y su fuerza de creer se debilita y cae en la infidelidad: "Así que, a Apolos y a mí, considérennos como simples siervos de Cristo, a quienes se nos encargó la tarea de explicar los misterios de Dios. Ahora bien, alguien que recibe el cargo de administrador, debe ser fiel" (1 Corintios 4:1-2).

Estos talentos que han sido manifiestos y apreciados por los creyentes deben ser sometidos a la voluntad de Dios y siempre debe estar consagrados al Señor, y deben ser usados para su honor y gloria, pues dados por el Espíritu Santo, para el bien común de la iglesia: "Hay distintas clases de dones espirituales, pero el mismo Espíritu es la fuente

de todos ellos. Hay distintas formas de servir, pero todos servimos al mismo Señor. Dios trabaja de maneras diferentes, pero es el mismo Dios quien hace la obra en todos nosotros" (1 Corintios 12:4-6).

Por eso, aunque los dones son dados por Dios, el ser humano los debe convertir en hábitos, mediante el duro trabajo y años de práctica. Los dones y talentos deben ser desarrollados y usarlos con responsabilidad. Todos debemos dar cuentas de nuestros talentos y los dones otorgados por Dios, como dice Pablo: "Es cierto, cada uno de nosotros tendrá que responder por sí mismo ante Dios" (Romanos 14:12).

Cuarto Examen:

¿Qué son los hábitos sobrenaturales dados por Dios?

Opción 1 Son los dones de Dios desarrollados por el ser humano.

Opción 2 Se trata de dones y hábitos que Dios da a cada persona.

Opción 3 Es cuando alguien nace con mucha inteligencia y talento.

Opción 4 Cada persona debe dar cuenta de sus talentos y dones.

4.4 La facultad de administrar los dones

Desde los orígenes, Dios capacitó al ser humano para que fuese administrador y no propietario de su obra creadora. Administrar es actuar a favor del cumplimiento de los objetivos y propósitos planteados por el dueño de la empresa. En nuestro caso Dios es el dueño de todo (Éxodo 19:5), pero sobre todo de nosotros mismos, pues somos de su propiedad: "¿No se dan cuenta de que su cuerpo es el templo del Espíritu Santo, quien vive en ustedes y les fue dado por Dios? Ustedes no se pertenecen a sí mismos" (1 Corintios 6:19).

La identidad del cristiano no es amar, ni ser justos, ni ir al culto o hacer obras de misericordia. Eso lo hacen las personas, simplemente por ser humanos. La personalidad del cristiano es ser de Cristo. Ser cristiano es no vivir para nosotros mismos, sino vivir para Cristo: "Él murió por todos para que los que reciben la nueva vida de Cristo ya no vivan más para sí mismos. Más bien, vivirán para Cristo, quien murió y resucitó por ellos" (2 Corintios 15).

Administrar es hacer que los recursos físicos, los agentes humanos, los medios financieros y los instrumentos técnicos de una organización cumplan con lo proyectado por su propietario: "Luego Dios los bendijo con las siguientes palabras: Sean fructíferos y multiplíquense. Llenen la tierra y gobiernen sobre ella. Reinen sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que corren por el suelo" (Génesis 1:28).

Dios es quien distribuye los dones (Efesios 4:8) y los reparte como su Espíritu quiere (1 Corintios 12:11). No es el ser humano quien adjudica o asigna los dones. La humanidad es administradora de los dones. Las personas carismáticas tienen la facultad de administrar los dones, porque Dios mismo trabaja con quien tiene dones, como lo interpreta con claridad el apóstol Pablo: "Dios trabaja de maneras diferentes, pero es el mismo Dios quien hace la obra en todos nosotros" (1 Corintios 12:6).

Dios mismo obra a través de los dones que El mismo otorga. No es tan difícil para el ser humano cuando hace la voluntad de Dios y vi-

ve ajustado a sus directrices: "Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Romanos 14:17). Cuando Jesús escogió a los discípulos, fue para estuvieran con él y para que se convirtieran en evangelizadores (Marcos 1:17). Al final les encomendó: "Id y haced discípulos... enseñándoles" (Mateo 28:19-20). Por lo tanto, la Iglesia es para evangelizar y hacer discípulos, mediante el llamado que Dios le ha hecho. Cuando el ser humano administra muy bien los dones que Dios le ha confiado viven en paz, y esa paz viene del gozo que se deriva cuando el ser humano anda ajustado por el camino que le ha señalado Cristo (Juan 14:6).

Dios quiere que ignoremos sus dones, sino que conozcamos sus dones. Los primeros cristianos desde el principio tuvieron que enfrentarse con la responsabilidad de administrar los dones de Dios. Pues a través de los dones, los cristianos debían demostrar su fidelidad a Cristo, debían ser purificados y debían aprender a depender absolutamente de Dios, ya que Dios trabaja y fluye donde se administran muy bien los dones, como buenos herederos:

"Así que como somos sus hijos, también somos sus herederos. De hecho, somos herederos junto con Cristo de la gloria de Dios; pero si vamos a participar de su gloria, también debemos participar de su sufrimiento" (Romanos 8:17). Los dones son poder de Dios (1 Corintios 2:1-5) que edifican a la iglesia mediante la buena mayordomía que hacen los cristianos, de esos dones que han recibido desde el comienzo de su ministerio (1 Corintios 12:11), los cuales fueron confirmados en promesa por Jesucristo mismo (Juan 14:12).

Así es que la facultad de administrar los dones consiste en producir los frutos que Dios espera como resultado de nuestras acciones (Mateo 7:16). Es el resultado del proceder de la conducta humana. Administrar con honestidad y gran responsabilidad los dones de Dios produce crecimiento saludable en la iglesia.

Un saludable crecimiento en la iglesia local: -Se proyecta un crecimiento espiritual. Obediencia al Santo Espíritu (Hechos 5:32), quien nos llena de poder para ser testigos de Jesucristo (Hechos 1:8). -Se proyecta un crecimiento numérico. Multiplicación como la primera

comunidad cristiana (Hechos 2:47), de 12 a 70 a 120 a 500 a 3000 a 5000 y luego millones. -Se proyecta un crecimiento organizacional. Emerge nuevo liderazgo, renovados ministerios y los creyentes cultivarán los frutos de la evangelización permanente.

El plan de Dios de darnos dones tiene como base la formación de líderes, responder a la tarea de capacitarlos a todos (Efesios 4:11-12). Esa tarea de administrar muy bien los dones, se hace mediante el contagio personal (Marcos 3:4), gradual e incremental. Los primeros cristianos (2Timoteo 2:2; Hechos 6:7; 9:31) tuvieron el mismo impacto que hoy día se tiene en la iglesia cuando se administran muy bien los dones de Dios.

Quinto Examen:

¿En qué consiste la facultad de administrar los dones?

Opción 1 Es administrar con honestidad y buen juicio todos los dones.

Opción 2 Es producir frutos abundantes y de calidad de toda especie.

Opción 3 Es hacer buen uso de los recursos y los medios de Dios.

Opción 4 Es el resultado del proceder de la conducta humana.

4.5 Los frutos como resultado de los dones

El término fruto se deriva del latín fructus. Tiene referencia a gozar, disfrutar, hacer uso o consumir. Es decir, el fruto es lo que una persona goza, disfruta y consume como resultado de su esfuerzo. Por eso fructificar es producir, obtener o provocar rendimiento o ganancia. Es dar buenos resultados.

Aunque en el principio hacía referencia sólo a la productividad que se obtiene de la tierra, en especial de las plantas y a su fruto, después pasó a tener sentido figurado. Por ejemplo, Cristo aspira que sus seguidores en su iglesia lleven mucho fruto (Juan 15:2). Se trata de las actitudes y de las acciones de aquellas personas que viven para Cristo (2 Corintios 5:15), dirigidos y controlados por el Espíritu Santo (Romanos 8:6).

Es decir, nada ni nadie produce por su propia cuenta. Los frutos son el resultado de una acción o de una actitud. En el sentido cristiano los frutos son el resultado de los dones del Espíritu Santo (1 Corintios 12:11), que perfeccionan la vida del cristiano. Los frutos son el resultado de un largo y penoso proceso. Ya Jesús mismo lo advertía cuando dijo que era necesario que la semilla muriera para producir granos nuevos y abundante cosecha de nuevas vidas: "De cierto, de cierto os digo, que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto" (Juan 12:24).

Por lo tanto, los dones funcionan mediante un trabajo disciplinario que el Espíritu Santo hace en la vida del cristiano, quien así mismo permite ser moldeado para que producir buenos resultados: "Ninguna disciplina resulta agradable a la hora de recibirla. Al contrario, ¡es dolorosa! Pero después, produce la apacible cosecha de una vida recta para los que han sido entrenados por ella" (Hebreos 12:11).

Por el contrario, si el cristiano no se deja guiar y conducir por el Espíritu Santo, su vida es infructífera: "Son como árboles en el otoño, doblemente muertos, porque no dan fruto y han sido arrancados de raíz" (Judas 1:12). Como lo advierte Pablo, sería sólo obras de la carne (Gálatas 5:19-21), las cuales nada tienen que ver con lo espiritual: "En

cambio, la clase de fruto que el Espíritu Santo produce en nuestra vida es: amor, alegría, paz, paciencia, gentileza, bondad, fidelidad, humildad y control propio" (Gálatas 5:22-23).

Los frutos son el resultado de los dones de Dios, porque los dones son la semilla que contiene el ADN de Cristo. Al madurar los dones en la persona con carisma produce frutos. La medida de los dones es equivalente al rendimiento que se obtiene: "Así es, de la misma manera que puedes identificar un árbol por su fruto, puedes identificar a la gente por sus acciones" (Mateo 7:20).

Además del doloroso proceso de la metamorfosis que sufre la persona que posee los dones, para dar más frutos, es necesario que el cristiano continúe pasando por diversas pruebas, comparado como la poda de un árbol: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Él corta de mí toda rama que no produce fruto y poda las ramas que sí dan fruto, para que den aún más" (Juan 15:1-2).

Cuando ya somos de Cristo (Efesios 2:10) y vivimos a diario para Cristo (2 Corintios 5:15), vamos a producir frutos. No hay alternativa, producimos frutos si estamos y permanecemos unidos a Jesucristo: "Permanezcan en mí, y yo permaneceré en ustedes. Pues una rama no puede producir fruto si la cortan de la vid, y ustedes tampoco pueden ser fructíferos a menos que permanezcan en mí" (Juan 15:4).

Además, la única manera de confirmar que somos cristianos y discípulos fieles de Jesús es por nuestros resultados. El estándar de los dones son los frutos. La calidad, la excelencia y la medida de nuestra fe se evidencian, se testifica y se valora en los frutos: "Cuando producen mucho fruto, demuestran que son mis verdaderos discípulos. Eso le da mucha gloria a mi Padre" (Juan 15:8).

Sin embargo, el genuino cristiano, no tiene de qué preocuparse. No puede llevar una vida angustiada o desesperada en sí va o no a producir frutos. La cosecha está asegurada. La única actitud que debemos tener es dejar hacer a Jesús en nosotros. Porque si somos cristianos es por pura disposición divina y no de nuestra propia voluntad: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca;

para que todo lo que pidierais al Padre en mi nombre, él os lo dé" (Juan 15:16).

Jesús mismo dice si lo amamos cumplimos sus mandamientos (Juan 14:21) y la señal de que conocemos a Cristo es que cumplimos sus mandamientos (1 Juan 2:3). Todo se fundamenta en escuchar y obedecer a la Palabra, que es Jesús mismo. En la parábola del sembrador Jesús habla de las diversas personas que escuchan la Palabra de Dios: "Las semillas que cayeron en la buena tierra representan a los que de verdad oyen y entienden la palabra de Dios, ¡y producen una cosecha treinta, sesenta y hasta cien veces más numerosa de lo que se había sembrado" (Mateo 13:23).

En conclusión, los frutos son el resultado de los dones de Dios en nuestra vida. Pero, para producir frutos hay que morir a sí mismo, a las leyes humanas, a sus caprichos y a las meras costumbres, para dejar a Cristo y a su gracia que obre en nosotros, como lo confirma el apóstol Pablo: "Por lo tanto, mis amados hermanos, la cuestión es la siguiente: ustedes murieron al poder de la ley cuando murieron con Cristo y ahora están unidos a aquel que fue levantado de los muertos. Como resultado, podemos producir una cosecha de buenas acciones para Dios" (Romanos 7:4).

El dilema de producir o no producir frutos consiste en discernir lo que hacemos, en vigilar nuestra vida cristiana diariamente y en evaluar las acciones de la iglesia. La misma Palabra nos advierte sobre la aparición de los falsos profetas en la iglesia (Mateo 7:5). Denuncia de los falsos cristos (Mateo 24:24), de los falsos apóstoles (2 Corintios 11:13), de los falsos hermanos (Gálatas 2:4, 2 Corintios 11:20), de los falsos maestros (2 Pedro 2:1) y hasta de obreros fraudulentos (2 Corintios 11:13).

Los escritos sagrados son muy claros y nos instruyen en cómo debemos identificar a este tipo de personas. Se trata de mirar y examinar los frutos. Los frutos buenos solo pueden venir de una vida cristiana recta. Cualquier persona, aunque pueda ser que hable de Dios, incluso de Cristo, puede producir fruto falso. Hay que ser precavidos. La Pala-

bra de Dios sólo puede producir cambios en la vida del ser humano. Actúa a su favor:

"Esa misma Buena Noticia que llegó a ustedes ahora corre por todo el mundo. Da fruto en todas partes mediante el cambio de vida que produce, así como les cambió la vida a ustedes desde el día que oyeron y entendieron por primera vez la verdad de la maravillosa gracia de Dios" (Colosenses 1:6).

La vida del cristiano no se detiene, ni deja de producir. Es como árbol al borde de un río, siempre estará lozano y frondoso, dando fruto todo el año (Jeremías 17:8). La calidad de una vida se mide por sus resultados: "Entonces la forma en que vivan siempre honrará y agradará al Señor, y sus vidas producirán toda clase de buenos frutos. Mientras tanto, irán creciendo a medida que aprendan a conocer a Dios más y más" (Colosenses 1:10).

Sexto Examen:

¿Por qué los frutos son el resultado de los dones de Dios?

Opción 1 Porque todo cristiano debe producir frutos abundantes.

Opción 2 Porque debemos discernir y estar vigilantes en la fe.

Opción 3 Porque son la semilla que contiene el ADN de Cristo.

Opción 4 Porque los dones son indispensables en el cristiano.

4.6 Los talentos en función de sus actividades

Hemos hablado de los carismas, de los dones y de frutos. Ahora pasemos a los talentos. Las personas con carisma son personas dotadas de dones. Estos dones son capacidades especiales que Dios da a los creyentes mediante talentos, para que estos talentos produzcan frutos.

Los talentos hacen referencia a los resultados de la herencia genética de una persona creada por Dios. Las habilidades de los talentosos corresponden a los entrenamientos que han realizado. Hay clara diferencia entre talento y dones.

Los dones son bienes espirituales y resultan del poder del Espíritu Santo.

Los talentos son las herramientas de los dones, que cuando se usan con provecho producen abundantes frutos, en proporción a las dádivas que la persona ha recibido.

Los dones no se ven, lo que se observa son los talentos.

El don de la enseñanza se observa en el talento pedagógico que tiene una persona. El don de la exhortación es visible en la persuasión que ejerce una persona frente a otra o ante un grupo. El cambio de conducta que sucede entre las personas que han sido persuadidos, es el fruto. Otro tanto y de la misma manera sucede con los dones de solidaridad, de sanidad, de milagros, de lenguas, de profecía y de liderazgo, entre otros. Cuando estos dones se ejercitan aparecen personas talentosas en las mismas áreas de las dádivas de Dios.

Ahora, una persona con talento debe estar preparada para producir frutos. El caso, es que a veces, aunque haya mucho talento, los frutos están ausentes por la negligencia de quien ha desarrollado los talentos. Pues, no los pone a producir.

La apatía o el desánimo llevan a enterrar dichos talentos. También puede ser que simplemente los utilicen para el beneficio personal, en vez de usarlos para el servicio colectivo, en cumplimiento del deber ser de los talentos. Es que, por naturaleza propia, siempre los talentos están a favor de los dones que hemos recibido. El mismo Pablo nos en-

seña y nos anima a que tengamos una vida productiva. Explica cuál debe ser la actitud como creyentes en Cristo:

"Así que no nos cansemos de hacer el bien. A su debido tiempo, cosecharemos numerosas bendiciones si no nos damos por vencidos" (Gálatas 6:9). Así que estamos llamados a hacer el bien, a veces grande otras veces pequeño. Lo que sucede es que hay personas, que, aunque fuera pequeño el bien que tengan que hacer, no lo hacen. Eso se llama omisión de poner a producir el talento.

El hecho de que no se ponga a producir los talentos es una clara manifestación de pereza, de dejadez, de falta de interés y de desprecio a quien le ha regalado el talento y a su debido propósito. Por eso, aunque los dones son espirituales, los talentos son físicos, humanos y sociales. Los frutos de los talentos se valoran y se evalúan por sus resultados tangibles y medibles, según las posibilidades de cada persona.

Los talentos están en función de sus actividades porque las acciones deben ser de calidad y de excelencia. Por eso, hay que vivir para alguien, no para sí mismos. El cristiano vive para Cristo (2 Corintios 5:15). Hay que saber para quien se trabaja, para que el esfuerzo no sea en vano: "Por lo tanto, mis amados hermanos, permanezcan fuertes y constantes. Trabajen siempre para el Señor con entusiasmo, porque ustedes saben que nada de lo que hacen para el Señor es inútil" (1 Corintios 15:58).

En Mateo 25:14-30, se encuentra la parábola de los talentos. En este pasaje se advierte que un hombre dona, regala o faculta a tres personas su hacienda en talentos. Los dones son visibles en talentos, que se materializan en bienes. La enseñanza principal es que el Señor espera que sus siervos sean fieles mientras El regresa en su segunda venida. Espera que seamos fieles con los dones que nos ha dado. Que fructifiquemos, que accionemos de acuerdo con las capacidades y alcance de los dones.

Dios llama a cada persona a la vida y le entrega talentos. Dios confía una misión a la persona. Es una misión que se debe cumplir. Los dones son regalos en talentos y esos talentos debe reproducirse con el ejercicio, la práctica o la acción en productividad, que llamamos

frutos. Renunciar a emplear los talentos es perjudicar y desprestigiar el fin de la propia existencia humana. Pues a ningún ser humano le hace falta el don del amor de Dios, pero ese amor hay que cuidarlo y custodiarlo con altruismo en el desarrollo de actividades.

Por eso, aunque los talentos representan pertenencias físicas y materiales, derivan de los dones y las cualidades que Dios proporciona a cada persona. Pero cada persona debe reproducir al máximo lo que ha recibido. Los talentos se encuentran en función de las actividades de las personas con carisma. Hay quienes tienen gran influencia sobre los demás, otras son muy serviciales y muchos se entregan con heroísmo al cuidado de personas desvalidas, indefensas y desesperanzadas.

Los talentos se manifiestan en diversas funciones, oficios, profesiones, artes o trabajos. También se expresan en los estudios que hacen ciertas personas en investigación, análisis y divulgación de resultados, para el desarrollo y bienestar de la humanidad. Otros son expertos en alguna rama del conocimiento, en diversos campos de la ciencia o manejan excelente técnica en las múltiples áreas del saber humano. Hay quienes ostentan una responsabilidad concreta en la sociedad.

De todas formas, todos debemos usar los dones, para desarrollar más talentos de los que se reciben. El problema es que muchas personas no saben para qué nacieron y por qué están en esta vida.

Muchos viven acomplexados y permanecen perplejos frente a los retos que presenta la vida. Esta actitud de confusión es una evidente señal de que no conocen sus dones y no saben de sus talentos. Pero nuestro deber es, por nuestro origen y naturaleza, es que debemos saber discernir los dones y convertirlos en talentos, para que podamos producir muchos frutos (Juan 15:8).

Séptimo Examen:

¿Por qué los talentos están en función de sus actividades?

Opción 1 Porque las acciones de un cristiano deben ser productivas.

Opción 2 Porque las acciones deben ser de calidad y de excelencia.

Opción 3 Porque hay quienes ostenta responsabilidades en su labor.

Opción 4 Porque hay que producir de acuerdo con nuestras posibilidades.

4.7 Las virtudes son el fruto del arte de aprender

Los hábitos son actitudes y comportamientos que se repiten con regularidad en una persona. Hay hábitos buenos que se llaman virtudes y hábitos malos, que se conocen como vicios. Según sea el comportamiento del ser humano, se sabe qué clase de hábito ha cultivado en su vida dicha persona. Actuar con mesura y obrar con sensatez y sobriedad son señales de la perfección de los dones en talentosas acciones que hacen buena, de calidad o excelente a la persona.

Las virtudes son los hábitos que el ser humano ha desarrollado mediante sus talentos, gracias a los dones que ha recibido de su naturaleza divina. Es decir, las virtudes son los frutos de los hábitos y los hábitos se consiguen cuando una persona se propone aprender; cuando es disponible y enseñable para aprender. Pues, los hábitos se adquieren mediante el arte de aprender.

Entiéndase arte como cualquier actividad humana que, haciéndose con esmero y dedicación, produce resultados buenos, llenos de estética y belleza, de manera repetitiva y permanente. Ahora entiéndase aprender como la adquisición o modificación de habilidades, como las destrezas, los conocimientos, las conductas o valores como resultado del estudio, la experiencia, la instrucción, el razonamiento y la observación.

Por lo tanto, las virtudes se logran cuando se asimila una información y se adopta una nueva estrategia de conocimiento y acción. Las virtudes son fruto del aprendizaje. Por eso, si queremos tener esperanza debemos cultivar el amor, esperando, deseando y anhelando de Dios con una firme confianza:

"Y esa esperanza no acabará en desilusión. Pues sabemos con cuánta ternura nos ama Dios, porque nos ha dado el Espíritu Santo para llenar nuestro corazón con su amor" (Romanos 5:5). Y si tenemos paciencia y perseveramos en la búsqueda de adquirir lo que deseamos, estamos cultivando la esperanza:

"Alégrense por la esperanza segura que tenemos. Tengan paciencia en las dificultades y sigan orando" (Romanos 12:12). Además, la virtud de la esperanza es un legado que se puede observar en la expe-

riencia de otras personas, que antes que nosotros ya la han cultivado y la han puesto en práctica: "Esta esperanza es un ancla firme y confiable para el alma; nos conduce a través de la cortina al santuario interior de Dios. Jesús ya entró allí por nosotros. Él ha llegado a ser nuestro eterno Sumo Sacerdote, según el orden de Melquisedec" (Hebreos 6:19-20).

De ahí que las virtudes se logren mediante procesos. Las virtudes no aparecen por espontaneidad de un momento a otro. Las personas necesitan practicar, adquirir experiencia y evolucionar sus actos.

Mediante las virtudes las personas se apropian del conocimiento, en sus distintas dimensiones: conceptos, procedimientos, actitudes y valores.

Las virtudes son habilidades mentales llenas de conocimiento y de hábitos adquiridos, de habilidades desarrolladas y de actitudes forjadas.

Las virtudes son el fruto del arte de aprender porque son el resultado de la práctica de buenas costumbres.

Sin virtudes no se llega a ningún lado. Pues son la vitalidad para que los seres humanos nos adaptemos, tanto consciente como inconscientemente al medio en el que vivimos por medio de una modificación de nuestras costumbres y conductas.

Así que en su naturaleza el ser humano viene cargado de dones. Luego cuando adquiere el uso de razón sobre sus dones, se da cuenta de los talentos que ha recibido mediante las dádivas espirituales.

Después, a través de la repetición, multiplicación o desarrollo de esos talentos, la persona se hace talentosa. Ese hábito talentoso es lo que se llama virtud. Los seres humanos nacemos sin virtudes. Las virtudes son hábitos aprendidos y cultivados.

Por lo tanto, las virtudes afloran de las elecciones reflexivas que confecciona una persona en su diario vivir. Las virtudes es lo que determina que seamos de cierta manera, irrepetibles y únicos.

Las virtudes es lo que nos permite estar bien dispuestos y obrar bien. Es lo que nos impulsa a ser capaces de realizar las funciones que son propias a nuestro ser de personas, con funciones y el desempeño

de las misiones que la vida nos ha encomendado realizar. En el transcurrir de la existencia, en muchas ocasiones se abusa por exceso y se censura por defecto. La virtud es el término medio, el cual es el punto más alto respecto del bien y la perfección.

El medio constituye la cima. El término medio no admite ni exceso ni defecto. El bien es bien y el mal es mal. Los vicios son vicios y las virtudes son virtudes. Se tienen o no se tienen.

Por medio de las virtudes se evita hacer malas elecciones y se logran con mayor facilidad las cosas que Dios quiere que hagamos. Se consigue con eficacia desarrollar la misión y responder a la vocación que Dios nos ha encomendado en esta vida.

Así es que las virtudes como la prudencia, la justicia, la paz, la fortaleza, la templanza, la fe, la esperanza y la caridad deben ser aprendidas a través de la educación y la enseñanza, pues se obtienen a través de la práctica de costumbres y de hábitos, como lo expresa el apóstol Pablo: "Y ahora, amados hermanos, una cosa más para terminar. Concéntrense en todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo bello y todo lo admirable. Piensen en cosas excelentes y dignas de alabanza" (Filipenses 4:8).

No existe virtud sin bondad. La virtud es una disposición habitual y firme para hacer el bien y dar lo mejor en acciones concretas. Es la práctica libre de hacer el bien. Pero se necesita una luz que ilumine nuestro camino para adquirir las virtudes. Esa luz se consigue en los escritos que nos han dejado los autores sagrados.

La prudencia se adquiere si aceptamos que "el fin del mundo se acerca. Por consiguiente, sean serios y disciplinados en sus oraciones" (1 Pedro 4:7). Cuando llega un pensamiento a nuestra mente, debemos tener la capacidad de hacer un juicio, para discernir lo que es bueno y lo que conviene, para más adelante dar una opinión o tomar una decisión acertada al verdadero bien.

La justicia: "Amos, sean justos e imparciales con sus esclavos. Recuerden que ustedes también tienen un Amo en el cielo" (Colosenses 4:1). Luego si deseamos cultivar la justicia, debe haber un deseo constante y se debe afirmar la voluntad, para dar a Dios y al prójimo lo que

les pertenece y es debido. La fortaleza: "Les he dicho todo lo anterior para que en mí tengan paz. Aquí en el mundo tendrán muchas pruebas y tristezas; pero anímense, porque yo he vencido al mundo" (Juan 16:33). La templanza: "enseña a los hombres mayores a ejercitar el control propio, a ser dignos de respeto y a vivir sabiamente. Deben tener una fe sólida y estar llenos de amor y paciencia" (Tito 2:12).

Así es que, si queremos cultivar la virtud de la templanza, debemos aprender a moderar la atracción hacia los placeres sensibles y procurar la medida en el uso de los bienes creados. El apóstol Pablo nos anima diciendo que sí podemos obrar como Dios quiere que actuemos y nos ilumina cuando insiste:

"Tres cosas durarán para siempre: la fe, la esperanza y el amor; y la mayor de las tres es el amor" (1 Corintios 13:13).

Y en sus escritos, Pablo define cada una de las virtudes divinas: En cuanto a la fe, afirma el apóstol: "Esa Buena Noticia nos revela cómo Dios nos hace justos ante sus ojos, lo cual se logra del principio al fin por medio de la fe. Como dicen las Escrituras: Es por medio de la fe que el justo tiene vida" (Romanos 1:17).

La fe se muestra mediante el amor: "Pues, una vez que depositamos nuestra fe en Cristo Jesús, de nada sirve estar o no circuncidado. Lo importante es la fe que se expresa por medio del amor" (Gálatas 5:6). No puede decirse que hay fe, sino se tiene buenos resultados, como lo dice el apóstol Santiago:

"Así como el cuerpo sin aliento está muerto, así también la fe sin buenas acciones está muerta" (Santiago 2:26). En cuanto a la virtud de la esperanza: "Mantengámonos firmes sin titubear en la esperanza que afirmamos, porque se puede confiar en que Dios cumplirá su promesa" (Hebreos 10:23).

Por su parte la caridad es la cúspide de las virtudes: "Así que ahora les doy un nuevo mandamiento: ámense unos a otros. Tal como yo los he amado, ustedes deben amarse unos a otros" (Juan 13:34). Por lo tanto, las virtudes son disposiciones estables del entendimiento y la voluntad humana, que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe.

Las virtudes crecen mediante la educación, mediante actos deliberados y con el esfuerzo perseverante. Por su parte, la gracia divina purifica y eleva nuestros hábitos virtuosos hacia la perfección de nuestros más grandes ideales. De todas maneras, las virtudes tienen como origen, motivo y objeto, a Dios mismo, quien ha llegado a la humanidad a través de Jesucristo, nuestro modelo perfecto de cómo se adquieren y se cultivan las virtudes.

Octavo Examen:

¿Por qué las virtudes son el fruto del arte de aprender?

Opción 1 Porque son el resultado de la práctica de buenas costumbres.

Opción 2 Porque son obra de la buena suerte y del azar de la persona.

Opción 3 Porque automáticamente los dones producen buenos frutos.

Opción 4 Porque todo depende de Dios y el ser humano sólo acepta.

4.8 Las cualidades visualizan las virtudes

Las cualidades definen a las personas. La manera de ser de alguien y lo positivo de una persona se ve. Cuando alguien quiere justificar su comportamiento dice: Dios conoce mi corazón. Es cierto, Dios conoce todo (Lucas 16:15), pero nosotros también conocemos los actos, el carácter, el comportamiento y las acciones de las personas. Hay algo que hace visible lo que tenemos y llevamos dentro. Los frutos son por fuera, se ven, están en las ramas del árbol, no en sus raíces.

Las cualidades visualizan las virtudes, porque las cualidades son el resultado del carácter de las personas. La manera de hablar, de comportarse y de ser una persona refleja quien es. Muchas veces hablamos de las cualidades de manera espontánea, cuando nos referimos al buen comportamiento de una persona. Pero jamás nos hemos preguntado qué son las cualidades, de dónde se generan y cómo se adquieren.

Entre las cualidades más comunes se encuentra la humildad, la persistencia, la sobriedad, la responsabilidad, la generosidad, la pureza y la diligencia. Pero también se valora como cualidades del ser humano, la alegría, el humor, el optimismo, la amabilidad, el compañero, la laboriosidad, la bondad, la autenticidad, la higiene, la lealtad, la sencillez, la moderación, la fidelidad y la amistad. Hay cualidades más específicas como escribir y leer bien, hablar con elegancia, la buena educación y ostentar buena memoria.

Por supuesto, que el pensar antes de actuar, el escuchar a los demás y guardar secretos, son grandes cualidades que cotizan de humanidad a quienes las poseen. Muchas personas se caracterizan por ser muy cuidadosas con su estética y los objetos físicos, son comprensivas con los demás, les gusta ayudar a los otros, intentan resolver y dar solución a los problemas. Hay quienes tienen gran capacidad de motivación, comparten lo que saben y siempre están aprendiendo.

A través de la Biblia, se encuentran muchos episodios, sucesos y recomendaciones que exhortan a cultivar las cualidades (Santiago 3:17-18). Con frecuencia se pide que haya que desarrollar las cualidades y ponerle mucha atención en practicarlas: "Y no se olviden de hacer el

bien ni de compartir lo que tienen con quienes pasan necesidad. Estos son los sacrificios que le agradan a Dios" (Hebreos 13:16).

Las cualidades hacen la diferencia y distinguen a las personas de las otras. Se dice que las cualidades pueden ser naturales, pero en la experiencia cotidiana lo que más se observa es que se van adquiriendo a través del tiempo, o se aprenden mediante la advertencia y la amonestación: "Diles que usen su dinero para hacer el bien. Deberían ser ricos en buenas acciones, generosos con los que pasan necesidad y estar siempre dispuestos a compartir con otros" (1 Timoteo 6:18). Pablo exhorta a ejercitarse en la generosidad. Pues es la cualidad virtuosa que el ser humano tiene de dar y de comprender a las otras personas. Se conoce también como caridad y solidaridad.

Cuando la generosidad está ausente disminuyen los frutos de la vida de una persona. Por eso Jesús mismo declara: "Dale a los que te pidan y no des la espalda a quienes te pidan prestado" (Mateo 5:42). El mismo Juan Bautista, como precursor del Mesías, en su predicación persuadía a la gente a vivir rectamente mediante la práctica de la justicia con los demás: "Juan contestó: Si tienes dos camisas, da una a los pobres. Si tienes comida, comparte con los que tienen hambre" (Lucas 3:11). Por su parte, el apóstol Pablo, invita a progresar y a perfeccionar los dones recibidos, poniendo en acción las cualidades:

"Si tu don consiste en animar a otros, animalos. Si tu don es dar, hazlo con generosidad. Si Dios te ha dado la capacidad de liderar, toma la responsabilidad en serio. Y si tienes el don de mostrar bondad a otros, hazlo con gusto" (Romanos 12:8). De la misma manera que Juan Bautista (Marcos 1:4), en sus escritos Pablo invita a un cambio de vida. Dice que dejando de lado las mañas, debemos centrarnos en el cultivo de las cualidades honrosas:

"Si eres ladrón, deja de robar. En cambio, usa tus manos en un buen trabajo digno y luego comparte generosamente con los que tienen necesidad" (Efesios 4:28). Mediante las recomendaciones, que Pablo le imparte a su discípulo Timoteo, aprendemos que las viudas son merecedoras y cualifican para recibir bendición y ayuda de los demás, si antes han demostrado que se han preocupado por otras personas:

"Que tenga testimonio de buenas obras; si ha criado hijos, si ha mostrado hospitalidad a extraños, si ha lavado los pies de los santos, si ha ayudado a los afligidos y si se ha consagrado a toda buena obra" (1 Timoteo 5:10).

Por eso, las cualidades son aquellos hábitos que caracterizan, distinguen y definen a las personas de los demás. Es la manera propia de ser de alguien, de su calidad y excelencia. Todos podemos desarrollar las cualidades. Pero es necesario creer en sí mismos, valorarnos como personas y enfocarnos en mejorar y alcanzar un alto potencial de humanidad.

Si queremos tener cualidades debemos disponernos y acostumbrarnos a ver lo mejor en los demás, apreciar a las personas y a tratar a los demás como queremos que nos traten (Lucas 6:31).

Noveno Examen:

¿Por qué las cualidades visualizan las virtudes?

Opción 1 Porque debemos cambiar la manera de pensar.

Opción 2 Porque todos debemos desarrollar las cualidades.

Opción 3 Porque necesitamos hacer buen uso de los dones.

Opción 4 Porque son el resultado del carácter de las personas.

4.9 Los carismas fortalecen a la evangelización

Los carismas son concedidos por el Espíritu Santo con el propósito de propagar, transmitir y comunicar el evangelio (Hechos 1:8). Son dones de renovación, para cumplir con el ejercicio de la evangelización. Los carismas renuevan las fuerzas para desplegar la evangelización (Hechos 2:4). La única tarea de los carismas es dar a conocer el evangelio, como maravillas de Dios (Hechos 2:11). Evangelizar no es una opción, es un mandato (Mateo 28:19-20). El apóstol Pablo lo entendió muy bien, porque estaban guiado por el Espíritu Santo (Hechos 16:6-15), cuando expresó con determinación:

"Sin embargo, predicar la Buena Noticia no es algo de lo que pueda jactarme. Estoy obligado por Dios a hacerlo. ¡Qué terrible sería para mí si no predicara la Buena Noticia! Si lo hiciera por mi propia iniciativa, merecería que me paguen; pero no tengo opción, porque Dios me ha encomendado este deber sagrado. ¿Cuál es, entonces, mi paga? Es la oportunidad de predicar la Buena Noticia sin cobrarle a nadie. Por esa razón, nunca reclamo mis derechos cuando predico la Buena Noticia" (1 Corintios 9:16-18).

La actitud y la buena voluntad para comunicar el evangelio nacen cuando se tienen los dones carismáticos del Espíritu Santo: "Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8). La mujer samaritana redescubre el don del Señor y corre aprisa a anunciarlo a los de su pueblo (Juan 4:28-29). La mujer descubre quien es Jesús y luego transmite lo que es Jesús.

De nuevo se aplica la frase popular de que nadie da de lo que no tiene, porque de lo que hay en el corazón es lo que decimos a los demás (Mateo 12:34). El único propósito del existir de la iglesia es hacer la evangelización. Pues evangelizar es dar a conocer a Cristo, pero nadie lo puede dar a conocer si no ha ejercido su contemplación de su divinidad y la unión asidua con su persona, en el Espíritu Santo: "Ya que vivimos por el Espíritu, sigamos la guía del Espíritu en cada aspecto de nuestra vida" (Gálatas 5:25). El mismo Jesús comienza su minis-

terio anunciando las buenas nuevas por el poder y la fuerza del Espíritu Santo:

"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para llevar la Buena Noticia a los pobres. Me ha enviado a proclamar que los cautivos serán liberados, que los ciegos verán, que los oprimidos serán puestos en libertad, y que ha llegado el tiempo del favor del Señor" (Lucas 4:18-19). Los carismas han renovado la visión de la iglesia en todas las épocas de la historia. Si evangelizar es la acción permanente de la iglesia, los carismas son el nutriente que hace posible dicha evangelización. Los carismas fortalecen la evangelización, porque son el combustible del agente evangelizador. Donde haya personas con carismas nace, se desarrolla y permanece una iglesia evangelizada. Los carismáticos viven evangelizando, con una actitud siempre nueva en sus métodos (Hechos 2:44-47), nueva en su ardor (Hechos 4:31) y nueva en su expresión (Hechos 4:42).

Ninguna iglesia puede multiplicarse y crecer en membresía si no tiene personas con talentos que ejerzan el oficio de la evangelización (Mateo 25:15). La evangelización adquiere todo su poder y su gran esplendor cuando su fuerza está fundamentada en los dones que Dios otorga a sus agentes (1 Corintios 12:11). Porque, así como nadie puede llamar a Dios como Padre, si no es con el poder del Espíritu Santo (Gálatas 4:6), lo mismo sucede con la evangelización: "Nadie puede decir Jesús es el Señor, si no es por el Espíritu Santo" (1 Corintios 12:3).

Es que, aunque hay variedad de carismas (1 Corintios 12:4), existe un sólo Espíritu, quien origina los carismas, edificando el cuerpo de Cristo y conduciendo a la iglesia a su perfección de su santidad (1 Corintios 12:7). Las virtudes son el resultado de la práctica de los dones. Primero se recibe el don de creer y luego se practica ese don hasta alcanzar la virtud de la fe. Como en el siguiente caso: "Al instante el padre del muchacho clamó: ¡Sí, creo, pero ayúdame a superar mi incredulidad!" (Marcos 9:24).

Al ver a los discípulos no pudieron expulsar el demonio de aquella persona, el padre del muchacho entiende que la fe debe venir de Cris-

to; no de la simple voluntad y del esfuerzo humano. Por lo tanto, el Espíritu Santo, es quien capacita a los agentes de la evangelización. Hay claras cualidades en la persona con carisma. Es una persona de Dios, que huye de la maldad y persigue la justicia y es obediente a los mandatos de Cristo sin vacilar (1 Timoteo 6:11-16).

Los líderes de la evangelización están facultados por el Espíritu Santo, para ejercer su oficio. Además de conocer al Espíritu Santo, son guiados infaliblemente a la verdad. El Espíritu es quien les enseña todo y les recuerda cada cosa que Cristo dijo (Juan 14:16-26).

La calidad de la evangelización se mide por sus resultados. Por eso, el propósito es producir frutos, los cuales son el producto de permanecer fieles y unidos a Cristo (Juan 15:5), para la fortaleza de la iglesia en la transformación del mundo.

Décimo Examen:

¿Por qué los carismas fortalecen la evangelización?

Opción 1 Porque guían a la iglesia a la verdad plena y total.

Opción 2 Porque son el combustible del agente evangelizador.

Opción 3 Porque hacen visible los misterios ocultos de Cristo.

Opción 4 Porque la evangelización es por mandato de Cristo.

4.10 Los carismas producen los ministerios

Los frutos permanentes de los carismas son los ministerios. La evangelización en la actualidad se lleva a cabo por todo el mundo. Los evangelizadores ejercen el oficio con valor, fuerza y la acción siempre nueva del Espíritu Santo. El Espíritu Santo, distribuye los carismas según su parecer (1 Corintios 12:11), a quienes inspira a responder al llamado de la misión con profunda seriedad y convicción.

Hay designación personal a evangelizar y también existe una convocatoria colectiva. El llamado no es sólo individual, sino que el Espíritu Santo suscita en varias personas el mismo carisma, para que, en común unidad, cumplan el deber de la evangelización como iglesia en el mundo. En la actualidad sucede lo mismo que en la primitiva comunidad cristiana. El Espíritu Santo dota a idóneos agentes de carismas y los aparta para el ministerio:

"Cierto día, mientras estos hombres adoraban al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: Consagren a Bernabé y a Saulo para el trabajo especial al cual los he llamado" (Hechos 13:2). El propósito es que la evangelización no sea una labor simplemente humana. Sino que sea la acción del Espíritu Santo, por medio de agentes capacitados por Dios mismo, como lo expresó muy bien el apóstol Pablo:

"Soy un mensajero especial de Cristo Jesús enviado a ustedes, los gentiles. Les transmito la Buena Noticia para presentarlos como una ofrenda aceptable a Dios, hecha santa por el Espíritu Santo" (Romanos 15:16). Lo que en general llamamos denominaciones cristianas, son institutos, agencias o sociedades, que se han unido por un carisma común, para llevar a cabo la evangelización en un ambiente particular, específico y determinado.

Algunos se dedican a la evangelización mediante el cuidado de la niñez y otros con profesionales. Algunos consagran su esfuerzo a la familia, y hay quienes se especializan en atender la salud, a los ancianos o a los prisioneros. Son campos concretos y bien definidos. Estos nichos que existen en el mundo y que se identifican por sus necesidades físicas y espirituales, sociales, culturales y geográficas, claman que se les

anuncie las buenas noticias de vida, que transforme sus ambientes de muerte. Los ministerios son luz en la oscuridad (Mateo 5:14-16). Anuncian el evangelio para testimonio ante el mundo (Mateo 24-14) y hacen visible el amor de Cristo (Efesios 3:14-17). Los diversos ministerios extienden el reino de Dios en medio de la humanidad, hasta la venida de Cristo:

"Para que nadie pueda criticarlos. Lleven una vida limpia e inocente como corresponde a hijos de Dios y brillen como luces radiantes en un mundo lleno de gente perversa y corrupta. Aférrense a la palabra de vida; entonces, el día que Cristo vuelva, me sentiré orgulloso de no haber corrido la carrera en vano y de que mi trabajo no fue inútil" (Filipenses 2:15-16).

El resultado de los carismas son los ministerios. Los carismas los producen ministerios, porque son la herramienta para servirle eficazmente Cristo. Todo ministerio empieza con un grano de mostaza, pasando por hortaliza, llega a ser árbol (Mateo 13:31-32). Empieza tan simple y sencillo con el pesebre de Belén. Los ministerios en un principio son sólo expresiones carismáticas sencillas, expresadas por unos cuantos activistas, que sienten el llamado.

Luego a medida que el grupo crece, se transforma en institutos de vida consagrada, en sociedades erigidas, aprobadas, reconocidas por los estados, los gobiernos y otras denominaciones religiosas, como organizaciones de la Iglesia. Los ministerios son el resultado de la respuesta de algunas personas a la invitación especial que Dios les hace por medio del Espíritu Santo.

Los llamados aceptan la plena obediencia a Cristo, se entregan a la misión por encima de su propio interés y voluntad. Procuran dedicar toda su vida al servicio del reino de Dios. Con estas personas consagradas nacen los ministerios. Existe un gran esfuerzo por discernir los nuevos dones de vida consagrada confiados por el Espíritu Santo a la iglesia. Al igual que Cristo al ser consagrado por sus padres en el templo, los ministerios también buscan iluminar a quienes viven en tinieblas:

"Él es una luz para revelar a Dios a las naciones, ¡y es la gloria de tu pueblo Israel!" (Lucas 2:32). Sin embargo, se presentan muchas necesidades en campos concretos que hay que evangelizar, es el Espíritu Santo quien llama y determina quienes pueden ser útiles a dicha obra y cómo se va a realizar la evangelización. A lo largo de la historia de la Iglesia, desde las comunidades iniciadas en Asia Menor hasta nuestros días, los ministerios han asumido diversidad de formas.

Algunos ministerios se han dedicado a la oración, a la adoración y a la contemplación. Mientras que otros se han desarrollado inmersos en el ambiente activo de la civilización. Lo importante es que han sido fieles en responderle a Dios. Cuando alguien es llamado a un ministerio, su vida se transforma, su alma empieza a abatirse, a inquietarse y la Palabra de Dios adquiere sentido hasta las últimas consecuencias: "Y les aseguro que todo el que haya dejado casa o esposa o hermanos o padres o hijos por causa del reino de Dios recibirá mucho más en esta vida y tendrá la vida eterna en el mundo que vendrá" (Lucas 18:29-30).

Cuando una persona es invitada por el Espíritu Santo a iniciar un nuevo ministerio, se le juntan más personas, y todos juntos realizan el trabajo. Dios da la visión y también proporciona la provisión. Un nuevo ministerio se fundamenta en el amor incondicional a Dios (Mateo 22:37), en un deseo ardiente de hacerse uno con el Espíritu de Dios (1 Corintios 6:17) y en la perseverancia y la constancia de esa entrega a Dios (1 Juan 4:16). Eso fue lo que hicieron los primeros discípulos de Jesús:

"Cierta día, mientras Jesús caminaba por la orilla del mar de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés que echaban la red al agua, porque vivían de la pesca. Jesús los llamó: Vengan, síganme, ¡y yo les enseñaré cómo pescar personas! Y enseguida dejaron las redes y lo siguieron" (Marcos 1:16). Se repitió en el espíritu y la actitud dispuesta del apóstol Pablo más tarde, cuando es llamado por Jesús:

"Yo pregunté: ¿Qué debo hacer, Señor? Y el Señor me dijo: Levántate y entra en Damasco, allí se te dirá todo lo que debes hacer" (Hechos 22:10). Es la misma firme respuesta que espera el Señor, en la actualidad, entre quienes llama al servicio ministerial. Son quienes con

decisión y sin mirar atrás, serán aptos para el reino de Dios (Lucas 9:62).

Hay que entender que las diversas denominaciones religiosas o ministerios, más que juzgarlas por la diversidad de doctrina, teología, confesiones y metodologías, lo importante es valor su servicio ministerial, a través de la iglesia en el mundo. En vez de criticar las diferencias, hay que entender la diversidad, unificar las afinidades y en lo que se coincide, pero sobre todo vivir el amor y la unidad, para que el mundo crea en Jesucristo (Juan 17:21).

Undécimo Examen:

¿Por qué los carismas producen los ministerios?

Opción 1 Porque los que son llamados a evangelizar siguen a Cristo.

Opción 2 Porque la gracia de Dios invita a todos a la evangelización.

Opción 3 Porque hay diversidad de ministerios y uno sólo es el Señor.

Opción 4 Porque son la herramienta para servirle eficazmente a Cristo.

4.11 Los carismas renuevan la iglesia

La iglesia, aunque es institucional, no es monolítica, ni estática. Está fundada sobre la roca, pero la componen muchas piedras vivas. La iglesia la constituyen personas, como lo advierte el apóstol Pedro: "Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, más para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (1 Pedro 2:1-5).

Debido a los carismas, la iglesia es un cuerpo vivo, que se transforma, cambia, se traslada, camina y se renueva, sin perder la esencia. Los carismas hacen que la iglesia permanezca en constante movimiento. Los carismas son dones extraordinarios de Dios. Pero también son dones permanentes de gracia que impulsan y mueven a la iglesia a la renovación constante, para que responda a los signos de los tiempos.

El Espíritu Santo distribuye los carismas, entre las personas, para disponer y preparar la variedad de obras y funciones en la renovación y la edificación de la Iglesia (1 Corintios 12:7). El apóstol Pablo hace un llamado explícito, para que valoremos y a reconozcamos los valiosos y provechosos carismas del Espíritu Santo en las personas de la iglesia: "Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros" (1 Tesalonicenses 5:12-13). El Espíritu Santo es libre para hacer entrega de los dones carismáticos (1 Corintios 12:11). Pero también espera que el ser humano ejerza su libertad, propia de su naturaleza. Por eso, Pablo anima a los fieles cristianos a no rechazar la presencia del Espíritu Santo:

"No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno" (1 Tesalonicenses 5:19-21). El Espíritu Santo actúa en doble dirección. Por un lado, derrama el amor santificador y consagra a las personas que van a recibir los carismas. Y por el

otro lado, abre caminos a quienes son portadores de los carismas, para que ayudarles a cumplir la misión en la iglesia.

Por la doble función que realiza el Espíritu Santo, es que la iglesia permanece restaurada. Los carismas renuevan a la iglesia porque revitalizan a los creyentes para la evangelización. Por los carismas es que sucede la actualización de la gracia a través de las virtudes y los frutos. Los resultados son el rostro siempre joven y alegre de la iglesia, en todo tiempo: "Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe" (Gálatas 5:22). Los carismas enriquecen y animan a la evangelización de la iglesia. Una evangelización siempre nueva es una perenne lluvia de gracia, que fortalece, embellece y fecunda la labor misionera de la iglesia.

Los carismas son útiles para la renovación de la iglesia. Ya sean dones ostentosos o sobrios, grandiosos o discretos, de todas maneras, son gracias que robustecen, vitalizan y bendicen a la iglesia. Le dan gloria, honor, celo, virtud y valor a la obra evangelizadora.

Precisamente, de los carismas era que disfrutaban los primeros cristianos. Por eso pudieran hacer tantos prodigios y señales. Los apóstoles eran signos visibles de la presencia de Dios: "Los apóstoles hacían muchas señales milagrosas y maravillas entre la gente. Y todos los creyentes se reunían con frecuencia en el templo, en el área conocida como el Pórtico de Salomón; pero nadie más se atrevía a unirse a ellos, aunque toda la gente los tenía en alta estima"(Hechos 5:12-13).

Por la acción del Espíritu Santo, la iglesia mantiene siempre viva la llama de la fe, del amor y la esperanza. El Espíritu Santo, es el motor que mueven a la iglesia y la lleva a buscar horizontes nuevos, a romper paradigmas y a alcanzar metas insospechadas. Por la presencia del Espíritu Santo, la iglesia permanece sin mancha, ni arruga, sino santa e inmaculada (Efesios 5:27). En tiempos en que se miran los carismas como obsoletos y de poca actualidad, el Espíritu Santo, empieza a soplar y de nuevo levanta a la iglesia, la mueve y la traslada a tierra buena, para que produzca frutos (Mateo 13:8).

Por otro lado, cuando la iglesia es carismática, los fieles creyentes adquieren confianza y se mantienen en la cotidiana vitalidad. Entien-

den que, con esfuerzo humilde, paciente y perseverante, es que obra el Espíritu Santo. Un carismático permanece en el misterio de Cristo y en el deber de dar testimonio. El Espíritu Santo, mediante los carismas, se convierte en animador y santificador de la Iglesia, es el divino aliento, el principio unificador, es fuente de luz, de vigor, de apoyo y de consuelo.

Mediante los carismas, el Espíritu Santo da paz y gozo a la fe de los creyentes; es prenda segura y preludio premonitorio de la vida eterna. Los carismas encienden el fuego inextinguible en los creyentes. Son dones que ponen palabras de vida en el mensaje y despierta la visión profética. Los dones carismáticos limpian a la iglesia de toda impureza y prolongan la obra del Espíritu Santo en la historia de la humanidad.

Duodécimo Examen:

¿Por qué los carismas renuevan la iglesia?

Opción 1 Porque mantienen avivada la fuerza y el poder de la fe.

Opción 2 Porque la iglesia no se arruga y permanece muy joven.

Opción 3 Porque revitalizan a los creyentes para la evangelización.

Opción 4 Porque siempre actualizan la visión y la misión eclesial.

4.12 Los carismas animan y santifican a la iglesia

Los carismas son fuerza y vigor para la iglesia. Mantienen la llama de fuego (1 Tesalonicenses 1:8) en los creyentes, para que ejerzan adecuadamente el desempeño del ministerio salvífico de Cristo. La labor ministerial en la iglesia exige responsabilidad y buen testimonio, para ánimo de los fieles y signo vital ante el mundo. Con acciones y palabras, orando y sufriendo, la iglesia se fortifica, no se detiene, sigue caminando, por medio de los carismas.

Por los carismas es que la iglesia siempre está abierta al amor, a la aceptación de todos y al compartir todo. A través de los carismas, alcanza, llama, reconcilia, nutre, forma y envía en nombre de Jesucristo, a cumplir con la misión de reconciliarnos con Cristo:

"Y todo esto es un regalo de Dios, quien nos trajo de vuelta a sí mismo por medio de Cristo. Y Dios nos ha dado la tarea de reconciliar a la gente con él. Pues Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomando más en cuenta el pecado de la gente. Y nos dio a nosotros este maravilloso mensaje de reconciliación. Así que somos embajadores de Cristo; Dios hace su llamado por medio de nosotros. Hablamos en nombre de Cristo cuando les rogamos: ¡Vuelvan a Dios!" (2 Corintios 5:18-21).

Para poder cumplir la tarea que nos encomendó Jesucristo, de reconciliar a la gente con él, se necesita la presencia de los dones de Dios. Nadie podría ser excelente emisario y buen mensajero de Cristo, si no es por la labor del Espíritu Santo.

Los carismas son el signo de vida de la iglesia. Cuando están presentes los dones, talentos y los frutos, es que se puede decir que estamos respondiendo a los cuestionamientos de las personas quebrantadas de espíritu, mente, emociones, voluntad y cuerpo.

Los dones son bendición. Por los carismas la iglesia es sacramento de Dios, que imparte las buenas nuevas de la gracia de Dios, que salva y sana a toda persona. Los carismas animan y santifican a la iglesia, para convertir a los creyentes en ministros de la iglesia. Esta animación y santidad, no se logra por la simple labor humana de los líderes, sino

por el poder y los dones del Espíritu santo, que son derramados en todos los creyentes.

Los carismas, ya sean extraordinarios o sencillos, sorprendentes o cotidianos, siempre están ordenados al perfeccionamiento de la Iglesia. Animán con vigor físico y espiritual a la iglesia, para ser testimonio ante el mundo. Los carismas producen vitalidad al servicio activo de la iglesia. Promueven la santidad entre todos los miembros, iniciados en el bautismo, que integran el Cuerpo de Cristo. Los carismas son la presencia viva y actuante del Espíritu Santo en cada fiel creyente.

Aunque la iglesia es una institución visible, activa en obras y palabras, es en esencia una fuerza espiritual. Dios es espíritu (Juan 4:24), es amor (1 Juan 4:8), es invisible (Colosenses 1:15). Nosotros hacemos parte de la naturaleza de Dios, por lo tanto, somos espirituales. Es decir, hemos sido liberados por el Espíritu Santo de la corrupción física: "Debido a su gloria y excelencia, nos ha dado grandes y preciosas promesas. Estas promesas hacen posible que ustedes participen de la naturaleza divina y escapen de la corrupción del mundo, causada por los deseos humanos" (2 Pedro 1:4).

Por los carismas, el Espíritu Santo nos hace espirituales: "Pues su Espíritu se une a nuestro espíritu para confirmar que somos hijos de Dios" (Romanos 8:16). Siendo ya espirituales, vemos y podemos vivir la restauración del paraíso. Experimentamos desde aquí el Reino de los cielos y vivimos la adopción filial. En el espíritu tenemos confianza para llamar a Dios Padre (Gálatas 4:6) y de participar en la gracia de Cristo (Romanos 5:2), de ser llamado hijo de la luz (1 Tesalonicenses 5:5) y de tener parte en la gloria eterna (1 Pedro 5:3). Por los carismas, el Espíritu Santo nos hace santos en el amor: "Y esa esperanza no acabará en desilusión. Pues sabemos con cuánta ternura nos ama Dios, porque nos ha dado el Espíritu Santo para llenar nuestro corazón con su amor" (Romanos 5:5). El Espíritu Santo, mediante sus dones, nos devuelve la imagen y semejanza divina, que se había perdido a causa del pecado. El amor divino es el principio de la vida nueva en Cristo.

El Espíritu santo es nuestra nueva vida, que hace posible que nos convirtamos en los testigos de la redención de Cristo, por la fuerza y el

poder del Espíritu Santo (Hechos 1:8). Por los carismas, el Espíritu Santo nos hace servidores aptos para el ministerio: "No es que pensemos que estamos capacitados para hacer algo por nuestra propia cuenta. Nuestra aptitud proviene de Dios. Él nos capacitó para que seamos ministros de su nuevo pacto. Este no es un pacto de leyes escritas, sino del Espíritu. El antiguo pacto escrito termina en muerte; pero, de acuerdo con el nuevo pacto, el Espíritu da vida" (2 Corintios 3:5-6).

Nuestra labor ministerial es fructífera (Juan 15:8), porque el Espíritu Santo es el encargado de traer las almas a la iglesia, junto con el Señor, para que sean salvas (Hechos 2:42). La iglesia es la encargada de extender el ministerio de Dios. Animada por el Espíritu Santo es el signo de la presencia de Cristo en el mundo. Mediante los carismas cumple su misión. El Espíritu Santo nos habita en nuestro interior. Es quien nos inspira, nos regala dones, con su gracia y sus carismas nos guía, para que prestemos el servicio a quienes esperan recibir a Cristo. Nuestra labor en regalar, ofrecer y compartir gratuitamente, lo que hemos recibido gratis (Mateo 10:8).

Décimo tercer Examen:

¿Para qué los carismas animan y santifican a la iglesia?

Opción 1 Para convertir a los creyentes en ministros de la iglesia.

Opción 2 Para que la iglesia conserve el liderazgo vivo y eficaz.

Opción 3 Para unir a creyentes y no creyentes en un solo pueblo.

Opción 4 Para regalar, ofrecer y compartir gratis los dones de la fe.

4.13 Aparente dilema entre el carisma y el poder

A través de la historia de la iglesia, muchos han enfrentado el carisma contra el poder. Han presentado el poder antagónico al carisma. Sin embargo, entre el carisma y el poder sólo existe un aparente dilema. El carisma es un don de Dios, ofrecido a las personas a través de los talentos, para que produzcan frutos. Nadie produce frutos, si no tiene el poder de provocarlos. Por lo tanto, el carisma detenta poder. Quien tiene carisma contiene poder.

El aparente dilema entre el carisma y el poder se deriva de pensar que el poder es negativo y el carisma es positivo. La verdad es que no existe ninguna disyuntiva y controversia. Pues el poder es la fuerza poderosa de Dios, para quien todo es posible, "porque nada es imposible para Dios" (Lucas 1:37).

Existe el poder del amor, de la misma forma que el de la esperanza y de la fe. Nada es imposible para quien tiene fe. En este caso se trata de la fe genuina y verdadera. Muchos dirán: Yo tengo fe. Sin embargo, a la hora de ver los resultados de esa fe, nadie encuentra los frutos por ningún lado. Es una fe que le faltan sus efectos. La calidad y la excelencia de la fe se miden por sus resultados: "Preguntó Jesús: ¿Cómo que si puedo? Todo es posible si uno cree. Al instante el padre clamó: ¡Sí, creo, pero ayúdame a superar mi incredulidad!" (Marcos 9:23-24).

¡Es claro! El poder viene de Dios. Para que nosotros ostentemos ese mismo poder, lo único que nos pide Dios es que tengamos fe. Basta la fe, para que veamos la gloria de Dios (Juan 11:40). Sin embargo, la humanidad sufre por la falta de fe. Por eso el padre del muchacho dijo: sí creo, pero ayúdame a creer. Pues la fe misma deriva de Dios como un medio de gracia, para que podamos comunicarnos y tener acceso al poder divino:

"De hecho, sin fe es imposible agradar a Dios. Todo el que desee acercarse a Dios debe creer que él existe y que él recompensa a los que lo buscan con sinceridad" (Hebreos 11:6). El poder de la fe hace posible de que algo ocurra. Es ser capaz de llevar a cabo una determinada

acción. Es tener la facultad de dominar con mayor fuerza a la resistencia contraria, para alcanzar un propósito.

Poder es vencer el mal a fuerza del bien (Romanos 12:21), aniquilar la mentira con la solidez de la verdad, el odio con el poder del amor, la muerte con la resurrección y la vida, como lo hizo Cristo (1 Corintios 15:3-4). El poder de la fe sería infructuoso y la fe quedaría aniquilada si se prueba que Cristo no resucitó. No habría poder de salvación, ni redención. Nuestra fe no quedaría intacta si Cristo sólo hubiese muerto:

"Y si Cristo no ha resucitado, entonces toda nuestra predicación es inútil, y la fe de ustedes también es inútil" (1 Corintios 15:14).

Con la resurrección quedó aniquilada la muerte, la mentira, la carne, el poderío de Satanás y todas sus consecuencias. Con la resurrección de Cristo todo cambió a nuestro favor. Por eso, es más fuerte la sinceridad que el engaño, la vida que la muerte, lo invisible que lo visible, el espíritu que el cuerpo.

La Biblia nos advierte que no hay poder humano que resista para siempre al poder del Espíritu Santo: "¡Pueblo terco! Ustedes son paganos de corazón y sordos a la verdad. ¿Se resistirán para siempre al Espíritu Santo? Eso es lo que hicieron sus antepasados, ¡y ustedes también!" (Hechos 7:51).

Precisamente, no hay que resistir al Espíritu Santo para tener el poder de los carismas y de ver sus resultados. La fe es la única virtud que nos lleva a unirnos al Espíritu Santo en todo su poder.

No resistir a Espíritu Santo es permitirle que realice la obra que quiere hacer en nuestra vida. Empezamos a caminar en comunión con el Espíritu Santo, cuando dejamos de hacerle oposición con nuestros pensamientos, actos y omisiones. Ahora, a quien hay que encarar y rechazar con sólida resistencia es al diablo.

Hay una fuerza oculta que incita a la humanidad a revelarse contra Dios. El pecado no es resultado de la casualidad: "Cuando sean tentados, acuérdense de no decir: Dios me está tentando. Dios nunca es tentado a hacer el mal y jamás tienta a nadie. La tentación viene de nuestros propios deseos, los cuales nos seducen y nos arrastran. De

esos deseos nacen los actos de pecado, y el pecado, cuando se deja crecer, da a luz la muerte. Así que no se dejen engañar, mis amados hermanos" (Santiago 1:13-16).

La misma Escritura nos advierte la manera como debemos luchar contra las fuerzas del maligno. Hay que hacerlo con persistencia y siguiendo siempre el modelo de Cristo: "Cuando el diablo terminó de tentar a Jesús, lo dejó hasta la siguiente oportunidad" (Lucas 4:13). Hay que resistir al diablo y hacerle guerra con la misma actitud de Cristo y la forma como lo hicieron los primeros cristianos: "Así que humíllense delante de Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes" (Santiago 4:7). El apóstol Pablo sabe finiquitar las fuerzas del enemigo.

Por eso, declara de manera magistral, con claridad, decisión y seguridad cómo podemos vencer siempre al adversario, que es el diablo: "Una palabra final: sean fuertes en el Señor y en su gran poder. Pónganse toda la armadura de Dios para poder mantenerse firmes contra todas las estrategias del diablo. Pues no luchamos contra enemigos de carne y hueso, sino contra gobernadores malignos y autoridades del mundo invisible, contra fuerzas poderosas de este mundo tenebroso y contra espíritus malignos de los lugares celestiales.

Por lo tanto, pónganse todas las piezas de la armadura de Dios para poder resistir al enemigo en el tiempo del mal. Así, después de la batalla, todavía seguirán de pie, firmes" (Efesios 6:10-13). Quienes han logrado resistir los ataques del maligno, entiende que cuando no se han dado por vencidos, el diablo ha huido de ellos. Nuestro Señor Jesucristo, fue tentado por el diablo y después de haber resistido toda tentación, el Señor fue dejado tranquilo. Así debemos hacer nosotros.

Para que el demonio se retire y se mantenga lejos de nuestra vida y de nuestras circunstancias, es necesario practicar las instrucciones y prescripciones de Jesús:

"Han oído la ley que dice que el castigo debe ser acorde a la gravedad del daño: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo digo: no resistas a la persona mala. Si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, ofrécele también la otra mejilla. Si te demandan ante el tribunal y

te quitan la camisa, dales también tu abrigo. Si un soldado te exige que lleves su equipo por una milla, llévalo dos" (Mateo 5:38-41).

Las ofensas de las personas que le rodean sean familiares, amigos o vecinos, son cadenas que detienen los propósitos de Dios en su vida.

Es que el fluir de Dios en nuestra vida se suspende cuando anidan en nuestros corazones provocaciones, enojos, resentimientos y amarguras. Estos sentimientos son enemigos sutiles contra el mover del Espíritu Santo.

Muchas veces creemos tener la razón cuando nos ofendemos y nos permitimos el derecho de airarnos (Efesios 4:26). Sin darnos cuenta estamos negándonos a la gracia y a las promesas de Dios. Por eso, mejor es estar en paz que tener la razón. Lo decimos en oración: "Perdona nuestros pecados, así como hemos perdonado a los que pecan contra nosotros. No permitas que cedamos ante la tentación, sino rescatanos del maligno" (Mateo 6:12-13).

El poder de perdonar cada ofensa que nos hacen nos devuelve la gracia amorosa, santificadora y perdonadora de Dios. La amistad con Dios se refleja en las buenas relaciones con las demás personas. Cuando estamos dispuestos a ofrecer el perdón a los otros, estamos recibiendo el perdón y la misericordia de Dios. Ser sumisos y obedientes a Dios es atesorar el poder de su gracia y de sus dones. Dios espera que nos fortalezcamos con su poder:

"Entonces el Señor dijo: Mi Espíritu no tolerará a los humanos durante mucho tiempo, porque sólo son carne mortal. En el futuro, la duración de la vida no pasará de ciento veinte años" (Génesis 6:3).

No hay que actuar por las costumbres aprendidas de la sociedad, ni confiar mucho en las leyes creadas por los seres humanos. Nuestra confianza está puesta en Dios: "Por eso les digo: dejen que el Espíritu Santo los guíe en la vida. Entonces no se dejarán llevar por los impulsos de la naturaleza pecaminosa" (Gálatas 5:16).

Al final de nuestra existencia, al atardecer de nuestra vida. Cuando hallamos alcanzado madurez, nos daremos cuenta, que los carismas son el poder de Dios en nuestra vida, para ser sus testigos por siempre: "Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre uste-

des; y serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes: en Jerusalén, por toda Judea, en Samaria y hasta los lugares más lejanos de la tierra" (Hechos 1:8).

Décimo Cuarto Examen:

¿Cuál es el aparente dilema entre el carisma y el poder?

Opción 1 Hacer todo lo posible para llevarle ventaja a los demás.

Opción 2 Dejar que Dios actúe siempre a nuestro favor con amor.

Opción 3 Pensar que el poder es negativo y el carisma es positivo.

Opción 4 Luchar en todo momento contra las asechanzas satánicas.

5. DIAKONÍA:

La Diakonía está íntimamente relacionada al concepto de la servidumbre. El término proviene del griego *διακονία*, que literalmente se traduce por "servir a la mesa". Servicio que hace referencia al aspecto terrenal, social, humano y cultural. La Diakonía se desarrolla en el ambiente griego y romano, bajo un perfil de sirviente, desde el punto de vista físico, material y corporal.

Por su parte, la cultura judía, que había adoptado la misma noción, cuando vino Jesús consideraba la Diakonía como servicio doméstico, semejante a quienes servían en las bodas de Caná (Juan 2:5). De ninguna manera la Diakonía hacía referencia al servicio intelectual, como tampoco al de anunciar el evangelio, ni al área espiritual. Aún más, estaba relacionado sólo al espacio de esclavos, esclavas, siervos, mujeres y niños. Pablo usó expresamente el término de *diakonoí* (diácono), para dirigirse a un grupo determinado de personas, a quienes incluyó en su especial saludo. Los situó en un nivel específico y preponderante.

Con clara identidad ministerial, les reconoció un papel específico en el pueblo santo de Dios: "Saludos de Pablo y de Timoteo, esclavos de Cristo Jesús. Yo, Pablo, escribo esta carta a todo el pueblo santo de Dios en Filipos que pertenece a Cristo Jesús, incluidos los ancianos gobernantes y los diáconos" (Filipenses 1:1). En este mismo orden, Pablo habló de dos diversos cargos en la iglesia: obispos y diáconos. Exhortó a ambos grupos, por igual, a seguir las directrices, para que pudieran cumplir con sus requeridas funciones.

Después de dirigirse a los obispos, especificó el deber de los diáconos: "De la misma manera, los diáconos deben ser dignos de mucho respeto y tener integridad. No deben emborracharse ni ser deshonestos con el dinero.

Tienen que estar comprometidos con el misterio de la fe que ahora ha sido revelado y vivir con la conciencia limpia. Que sean evaluados cuidadosamente antes de ser nombrados diáconos. Si pasan el examen, entonces que sirvan como diáconos.

De la misma manera, sus esposas deben ser dignas de respeto y no calumniar a nadie. Deben tener control propio y ser fieles en todo lo que hagan. Un diácono debe serle fiel a su esposa, dirigir bien a sus hijos y a los demás de su casa.

Los que hagan bien su trabajo como diáconos serán recompensados con el respeto de los demás y aumentarán su confianza en la fe en Cristo Jesús" (1 Timoteo 3:8-13).

Pablo se dirigió directamente a un cargo ministerial, desempeñado por un grupo de varones. Sin embargo, en Hechos 6:1-6, texto que tradicionalmente se le conoce como el nombramiento de los siete diáconos, la palabra diaconía o diácono no aparece por ningún lado.

Cuando se les presentó el problema, los apóstoles simplemente discernieron que ellos no debían servir a las mesas, en la repartición de la comida diaria, sino que era necesario nombrar a otros para que desempeñaran dicha función:

"Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo" (Hechos 6:3).

En ningún momento a los siete varones se les dio el título de diáconos. Sino que se relacionó el oficio que ya tenía de la cultura griega y romana para sus siervos, con el llamado al servicio de las mesas, que iban a cumplir los recién nombrados varones.

Por lo tanto, en el ámbito de la primera comunidad cristiana, la Diakonía va más allá que el simple servicio a las mesas de la ración diaria para satisfacer las necesidades de las viudas.

Diakonía es el servicio social y físico de un cristiano a los demás. Sin embargo, ahora la Diakonía ya no sólo se reduce al aspecto de las necesidades humanas corporales. El diácono es un siervo de la palabra de Dios. Sabemos que los apóstoles decidieron continuar con el ministerio de la palabra de Dios y la oración, sin servir a las mesas.

Por su parte, los varones elegidos, no sólo desempeñaron el servicio de las mesas, sino que también los vemos como ministros del kerygma y del bautismo.

En el caso de Esteban, aparece predicando, con tanta dedicación y gran valor, hasta las fatales consecuencias del martirio, como testimonio de su celo ministerial (Hechos 7:1-60).

Por su parte, cuando los discípulos fueron dispersados, otro de la lista de los siete era Felipe, quien evangelizó por la región de Samaria (Hechos 8:4-25), en el desierto camino a Gaza (Hechos 8:26), en Azoto y Cesarea (Hechos 8:40).

Definitivamente, estos servidores, no se hicieron siervos en el momento específico cuando se les asignó el oficio de las mesas. El don de servicio, su espíritu diakonal, ya existía en ellos de manera natural. Por lo tanto, la Diakonía, como servicio a las mesas, también conlleva el ministerio de la palabra de Dios, de la oración y del mover del Espíritu Santo, con sus dones y carismas:

"Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco nunca más volvió a verlo, pero siguió su camino con mucha alegría. Entre tanto, Felipe se encontró más al norte, en la ciudad de Azoto. Predicó la Buena Noticia allí y en cada pueblo a lo largo del camino, hasta que llegó a Cesarea" (Hechos 8:39-40).

Es evidente que el ministerio de la palabra de Dios y el ministerio social son de prioridad en la iglesia. El agente y servidor social no puede dejar a un lado el ministerio de la palabra. Aunque el ministro de la palabra sí pueda dejar de lado el servicio social, si otros prestan dicho servicio diakonal.

No existe Diakonía, es decir servicio a las mesas, sin anuncio de la palabra de Dios y la oración. Pero sí puede existir predicación de la palabra y oración, sin servicio a la mesa: "De manera que los Doce con-

vocaron a todos los creyentes a una reunión. Dijeron: Nosotros, los apóstoles, deberíamos ocupar nuestro tiempo en enseñar la palabra de Dios, y no en dirigir la distribución de alimento" (Hechos 6:2).

Aquí hay claridad entre distinguir los medios y los fines. El servicio a las mesas es un medio, para llegar al fin que es el anuncio de la palabra de Dios (Mateo 28:19-20) y la perseverancia en la oración (Hechos 1:14), el aprendizaje y la capacitación constante de los miembros de la iglesia (Hechos 2:42-47).

Los apóstoles de Jesús y sus discípulos muy pronto aprendieron el significado diakonal de su Maestro. Jesús usó la Diakonía para enfocar su propuesta de servicio hacia los demás. Jesús mismo se presentó como servidor, es decir como diákono ante los demás:

"Pues ni aun el Hijo del Hombre vino para que le sirvan (διακονηθῆναι), sino para servir (διακονῆσαι) a otros y para dar su vida en rescate por muchos" (Mateo 20:28).

Jesús además de incluir el concepto de Diakonía en toda su labor ministerial, él mismo aceptó la Diakonía en su vida terrena, para cumplir su misión: "¿Cuál es mayor: quién está a la mesa, ¿o quién sirve (a la mesa)? ¿Acaso no es quién está a la mesa (permitiéndose ser servido)? Pues, en medio de vosotros, yo soy como quien sirve (a la mesa)" (Lucas 22:27).

Según la posición de Jesús, la Diakonía es un reflejo de la madurez del ser humano, en su aspecto físico, mental y espiritual. En la niñez hay una necesidad y tendencia a que le sirvan. Los padres y los tutores son la ayuda idónea de la infancia. Pero cuando se llega a la edad adulta, el ser humano deja de ser servido y comienza a servir.

Precisamente el deseo de Dios es que seamos imitadores de Jesucristo: "El hijo del humano no ha venido para ser servido, sino para servir" (Marcos 10:45).

Cuando Jesús inicia su ministerio público, anuncia que su unción del Espíritu Santo tiene un perfil evidentemente diakonal: "El Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido para llevar buenas nuevas a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y a los ciegos que

pronto van a ver, para despedir libres a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor" (Lucas 4:18ss).

En el lavatorio de los pies el servicio es el resultado del amor, que pone en igual de condiciones al siervo y al señor:

"Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis" (Juan 13:15-17)

En fin, la Diakonía es el ser y que hacer constante de la Iglesia. Por ser la Iglesia en su identidad diakonal, es que promueve, coordina y orienta la espiritualidad caritativa y social, en su sentido de comunicación cristiana de los bienes de este mundo. Cristo hizo una opción preferencial por los pobres, los pequeños, los últimos, por lo que la iglesia deber hacer lo mismo.

Cristo escuchó los gemidos de cuantos eran excluidos, apartados, anulados, explotados, silenciados, lo mismo hace la Iglesia, la cual busca promover el cambio social, tanto en las estructuras de la sociedad, como en la transformación del corazón de cada ser humano.

De la misma manera, la Iglesia tampoco es para sí misma.

La Iglesia es para la humanidad. No está en la tierra para buscarse así misma o para engrandecerse, sino para servir humildemente a todos los seres humanos.

La Diakonía es el principio vital de la Iglesia. Se puede recibir el kerigma, se puede pasar por la Didaché y la parénesis, pero si el proceso se detiene, se queda la experiencia sólo como grupo o movimiento espiritual sin esencia en la encarnación. En cambio, si se avanza hasta la Diaconía, se logra el inicio de la Iglesia, pues la Iglesia empieza a nacer cuando se convierte en servidora.

Con la diaconía que se comienza a ser Iglesia, y luego esta misma Iglesia se organiza y madura, es cuando llega a la koinonía.

Primer Examen:

¿Qué es Diakonía?

Opción 1 Es la ayuda idónea que la iglesia presta a su feligresía.

Opción 2 Es el servicio social y físico de un cristiano a los demás.

Opción 3 Es el ministerio de autoridad de la iglesia para servir.

Opción 4 Es el resultado del amor que Cristo le tiene a su iglesia.

5.1 El nuevo sentido del servicio y su valor

Con Jesús el término diakonal de servicio adquiere una nueva dimensión. El servicio, aunque continúa siendo físico, la actitud del servidor cambia. Ahora ya no es un esclavo. El servidor se transforma en darse a sí mismo por los amigos (Juan 15:13). Los discípulos obedientes a Cristo aprenden muy pronto la esencia de su vida cristiana. Así como Cristo fue obediente a quien lo envió y no hizo nada por su propia cuenta (Juan 5:30), de igual forma sus fieles seguidores harán lo mismo, que hizo su Maestro:

"De la misma manera, cuando ustedes me obedecen, deben decir: Somos siervos indignos que simplemente cumplimos con nuestro deber" (Lucas 17:10). Cuando unimos esfuerzos mutuos somos testigos de la caridad. La misericordia nos une, porque refleja una vida de solidaridad y generosidad hacia los menos favorecidos de la humanidad: "Pues tuve hambre, y me alimentaron. Tuve sed, y me dieron de beber. Fui extranjero, y me invitaron a su hogar. Estuve desnudo, y me dieron ropa. Estuve enfermo, y me cuidaron. Estuve en prisión, y me visitaron" (Mateo 25:35-36).

El nuevo sentido del servicio y su valor asume las necesidades del ser humano con solidaridad. Las penurias de la humanidad se transforman en proyectos prioritarios para la iglesia. Ahora con la nueva visión, los ministerios de iglesia y sociedad procuran desarrollarse en el perímetro que rodea a la comunidad de fe. Servir a la comunidad que rodea a la iglesia local se convierte en un deber trascendental de espiritualidad y fe. Nace un deseo ardiente de que todo ministerio empiece por el aspecto social, en obediencia a Cristo, quien ordenó a sus discípulos que le dieran de comer a la hambrienta y agotada multitud (Marcos 6:37).

El nuevo significado del servicio ya no es simplemente una actividad que hace un cristiano, ni un ministerio que desarrolla la iglesia. Servir es la forma de ser del cristiano y el signo vital de la iglesia, en cada momento y en todo lugar, como estilo de vida, en la permanente presencia de Cristo (Mateo 28:20). El nuevo sentido del servicio y su

valor tiene su fuente en el amor y la fidelidad a Jesús (1 Corintios 4:2). Pues antes de convertirse el cristiano en un servidor, su personalidad ha sido capacitada y equipada con los dones carismáticos del Espíritu Santo, de fe, esperanza y caridad (1 Corintios 13:13).

Nadie puede servir genuinamente a los demás, sin el amor divino en su vida. El novedoso sentido del servicio y su valor tiene sus profundas raíces en el nuevo mandato del amor: "Así que ahora les doy un nuevo mandamiento: ámense unos a otros. Tal como yo los he amado, ustedes deben amarse unos a otros. El amor que tengan unos por otros será la prueba ante el mundo de que son mis discípulos" (Juan 13:34-35). La imagen viva de Cristo y su rostro se refleja en sus siervos, a quienes el mismo Jesús los elevó a la categoría de amigos confidentes y conocedores de todo lo que el Padre le confió a su Hijo (Juan 15:15). En esta nueva realidad, los discípulos tienen el carácter y la función de ser otros cristos:

"A veces pienso que, a nosotros, los apóstoles, Dios nos puso en exhibición como prisioneros de guerra al final del desfile del vencedor, condenados a muerte. Nos hemos convertido en un espectáculo para el mundo entero, tanto para la gente como para los ángeles" (1 Corintios 4:9). Nuestra mente y nuestro corazón se disponen a servir, cuando se asemejan a Cristo. La nueva dimensión del servicio hacia los demás, es fruto del Espíritu de Dios que ahora mora en nosotros (1 Corintios 3:16).

Con Jesucristo el Espíritu vino a morar y a operar, no sólo en las personas individuales, sino en todos los miembros de la comunidad de los creyentes. Así como los espíritus inmundos moran y reposan en los cuerpos de los incrédulos (Mateo 12:43-45), el Espíritu Santo mora en cada uno de nosotros (1 Corintios 6:16). A nosotros lo único que nos corresponde es aceptar la gracia del don de la presencia del Espíritu Santo. La manera cómo sucede que venga el Espíritu a morar en nosotros la hace Dios:

"Dios trabaja de maneras diferentes, pero es el mismo Dios quien hace la obra en todos nosotros" (1 Corintios). La práctica de los talentos hace crecer las virtudes que se desarrollan en nosotros. Y al desa-

rollarse y crecer las virtudes, nos permiten un nuevo nacimiento: "Pues somos la obra maestra de Dios. Él nos creó de nuevo en Cristo Jesús, a fin de que hagamos las cosas buenas que preparó para nosotros tiempo atrás" (Efesios 2:10).

El ser buenos no nos hace diferente de los no creyentes. Pues muchas veces, los no creyentes hacen cosas buenas y hasta mejores que los creyentes. El servicio como simple filantropía no hace que seamos más espirituales. Sin embargo, los dones espirituales en los creyentes, los hacen espirituales y santos, además de ayudarles a ser buenos y excelentes servidores:

"Dios, de su gran variedad de dones espirituales, le ha dado un don a cada uno de ustedes. Úsenlos bien para servirse los unos a los otros" (1 Pedro 4:10).

Segundo Examen:

¿Cuál es el nuevo sentido del servicio y su valor?

Opción 1 Los proyectos que la iglesia desarrolla a favor de todos.

Opción 2 El amor solidario que tiene los seres humanos juntos.

Opción 3 La acción de Dios presente en las actividades humanas.

Opción 4 Asume las necesidades del ser humano con solidaridad.

5.2 El nuevo valor del servicio físico

El servicio físico va más allá de la simple ayuda material y corporal. El nuevo valor del servicio físico espiritualiza las dimensiones tangibles, las somáticas y la naturaleza visible de la vida humana. El nuevo valor del servicio físico dignifica a quien recibe la ayuda, tanto en su cuerpo y mente, como en su espíritu. Aunque la asistencia es palpable y material, el beneficio es integral. Este fue el servicio que identificó el ministerio público de Jesús.

Uno de los casos más ilustrativos era la enfermedad física de la lepra. Aunque era una patología del cuerpo, en muchas culturas desairaban y despreciaban al paciente. Se juzgaba como un trastorno incurable, mutilante y vergonzoso. En la cultura judía, el enfermo de lepra era considerado impuro y tenía que vivir separado de los demás, fuera del campamento (Levítico 13:44). Aún curados, seguían siendo discriminados. Simón, habiendo sufrido de lepra, ya estaba sano, reincorporado en la sociedad. Pero se le señalaba todavía como leproso (Marcos 14:3). Es natural que una enfermedad física, requiera atención física. Sin embargo, la lepra era relacionada a la moral y al pecado. Por tanto, quienes la padecían no recibían ningún tratamiento físico. Acudían al acto milagroso o a la cura ritual de rezos y plegarias. Así que, aunque era una situación epidemiológica, imperaba la discriminación y la marginalidad. Había una condena perpetua. Pues no existía medicina, y aunque fuese considerada dicha enfermedad como pecado, no había capacidad de perdón de pecados. En circunstancias tan fatales, muy pocos eran sanados:

"Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio" (Lucas 4:27). En cambio, en el servicio físico de Jesús todos eran sanados. Cuando a Jesús vino un leproso, sanó el leproso (Mateo 8:1-3); cuando acudieron diez, sucedió lo mismo, lo diez quedaron libres de enfermedad (Lucas 17:14). El nuevo valor del servicio físico es total y completo. Jesús marcó la diferencia. Sin embargo, a lo largo de la historia humana la discriminación, la marginalidad y la exclusión, han sido prácticas cons-

tantes y sin piedad de la sociedad, con frecuente indiferencia y complicidad de la autoridad y el liderazgo. Hoy día se continúa segregando por raza, género, estrato social, enfermedad, edad, cultura, educación, entre muchas otros. Ha sido un flagelo difícil de erradicar, porque existen influencias socio económicas y políticas que las mantienen vigentes. Son muchas las causas de la intolerancia humana. El miedo, las ideologías, la docilidad, la inconciencia, la ignorancia y la conflagración de intereses nutren negativamente la discriminación.

Por su parte, la Diakonía, en su nueva dimensión cristiana, es diferente. Se preocupa por el bienestar físico y las necesidades básicas de la persona concreta en toda época y cultura. Trasciende el tiempo, las costumbres propias y la idiosincrasia de las civilizaciones de todas partes del mundo. Como el ser humano ha sido, es y será el mismo en todo tiempo y lugar, es evidente que las necesidades básicas, no se reducen sólo al aspecto fisiológico. Sino que son recursos de gran valor, para la calidad y la excelencia evolutiva de la humanidad.

El equilibrio armónico de las sociedades y de las culturas tiene su fundamento en el desarrollo saludable, participativo, independiente y libre de cada persona en lo económico, la solidaridad y la ecología. Las necesidades físicas no se miden, ni se evalúan por la simple carencia, la escasez o la miseria, como si pudieran estar ausentes en algún momento de la persona. Estas necesidades son inherentes al ser humano. En este sentido, el nuevo valor del servicio físico responde a las necesidades propias de cada persona. Entiende que las necesidades físicas, son valores intransferibles, que no tienen precio, no se venden, ni se adquieren, ni se permutan. Las necesidades físicas son valores inajenables. La vivienda, el vestido, la salud, la alimentación, la higiene, la seguridad, la prevención, la educación, la familia, el trabajo, la recreación, la identidad personal y los derechos humanos, entre otros. Todos son valores propios del individuo, los cuales son innegociables.

El nuevo valor del servicio físico se identifica con los derechos y los deberes inalienables del ser humano. Responde a la prioridad social de la dignidad humana. El nuevo valor del servicio físico denuncia cualquier tipo de contaminación. Pone en evidencia la degradación ambiental y reclama una sana estética visual. Acusa la explotación de

los recursos, el desarrollo económico de la propiedad privada sin control y la industrialización tecnológica irracional. La visión cristiana propone un cambio de mentalidad. La discriminación y la marginalidad no pueden ser vistas como constitutivo, ni innato al género humano. Hay una salida distinta: "Si alguien tiene suficiente dinero para vivir bien y ve a un hermano en necesidad, pero no le muestra compasión, ¿cómo puede estar el amor de Dios en esa persona? Queridos hijos, que nuestro amor no quede sólo en palabras; mostremos la verdad por medio de nuestras acciones" (1 Juan 3:17-18).

Jesús atendió las necesidades físicas. Al curar al hombre de la mano seca, el Maestro va más allá de la incapacidad física (Marcos 3:1-6). Jesús se fijó en la dignidad y el valor de la persona humana. Lo mismo sucedió con el paralítico. Al perdonarle sus pecados, la enfermedad desapareció y el enfermo se levantó. Ya no era la camilla, que lo llevaba, ahora quien había estado enfermo, conducía la camilla (Marcos 2:1-12). Hay una actitud distinta en Jesús, admirada hasta por sus opositores (Marcos 1:22). La particularidad de Jesús residía en el valor de la persona. Para el Mesías, la humanidad está por encima de los animales, de las leyes y tradiciones religiosas: "Él les dijo: ¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano, y la levante? Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, es lícito hacer el bien en los días de reposo" (Mateo 12: 11-12).

La deducción de Jesús de hacer el bien en todo momento fue central en su ministerio. Aunque le refutarán sus adversarios, al final eran vencidos (Marcos 22:46). Los dirigentes sociales y religiosos, intransigentes y acérrimos opositores, frente a Jesús callaban: "Luego se dirigió a sus acusadores y les preguntó: ¿Permite la ley hacer buenas acciones en el día de descanso o es un día para hacer el mal? ¿Es un día para salvar la vida o para destruirla? Pero ellos no quisieron contestarle" (Marcos 3:4). El nuevo valor del servicio físico tiene su fuente en la encarnación del de la palabra de Dios. Al momento en que el verbo tomó carne y cuerpo humano en la persona de Jesucristo, sucedió el cambio de mentalidad. De Dios con nosotros (Mateo 1:22) a Dios como nosotros (Hebreos 2:17). Además de ser un Dios histórico y visi-

ble, ahora era un Dios palpable y tangible. Total, Dios y completo humano. La Palabra se hizo carne como nosotros (Juan 1:14), con las consecuencias inevitables de la humanidad (Filipenses 2:5-8). La encarnación es el misterio iniciador de la fe cristiana (1 Juan 4:2). A partir de la encarnación, Dios es un ser cercano y activo. Está presente en la realidad, en el mundo, en tiempo y en el espacio. Por lo tanto, la personalidad y la espiritualidad de Jesús son dinámicas. La interrelación entre la humanidad y Dios se convierte en un constante discernimiento del Espíritu de Dios, que actúa en el mundo, en amor y de servicio.

Con la presencia física de Dios en el mundo, el ser humano adquiere y recupera su dimensión espiritual. El verdadero cristiano ve al mundo con indiferencia y se aferra al Espíritu Santo (Romanos 8:15-16). El nuevo creyente no condiciona su ser a las circunstancias materiales. Con la encarnación, el ser humano ha adquirido la experiencia de lo trascendental.

Tercer Examen:

¿Cuál es el nuevo valor del servicio físico?

Opción 1 Lograr que todos unidos trabajen enfocados en un fin.

Opción 2 Responder a las necesidades propias de cada persona.

Opción 3 Eliminar la discriminación que existen en la humanidad.

Opción 4 Anunciar la encarnación del verbo de Dios como misterio.

5.3 El servicio debe ser permanente

El llamado a servir fue un mensaje permanente en el ministerio público de Jesús (Lucas 22:27). El Maestro vino a la tierra para servir (Mateo 20:28). Por su parte, el Mesías considera dichoso a quien sirve permanentemente (Lucas 12:37). La misma actitud del servicio de Jesús la tuvo el apóstol Pablo. Quien usó el criterio de servicio, para identificar su laboriosa misión de revelar los enigmas divinos: "Así que, a Apolos y a mí, considérennos como simples siervos de Cristo, a quienes se nos encargó la tarea de explicar los misterios de Dios" (1 Corintios 4:1). Sin embargo, aunque el servicio debe ser permanente, de vez en cuando, aparecen atisbos y señales de cansancio. Con frecuencia nos desvanecemos. Hay momentos cuando nuestro cuerpo no resiste más. Nuestro ánimo desfallece.

De la misma manera, Jesús también tuvo la experiencia de sentir cansancio y soportó la pérdida de vitalidad: "Allí estaba el pozo de Jacob; y Jesús, cansado por la larga caminata, se sentó junto al pozo cerca del mediodía" (Juan 4:16). En la barca, mientras los discípulos estaban asustados enfrentando la zozobra de la tormenta, tuvieron que despertar a Jesús (Mateo 8:25). Después de las largas jornadas y por la fatiga del desempeño de su oficio, Jesús invitaba a sus discípulos a descansar (Marcos 6:31).

Pero hubo otro tiempo en que el desaliento no era motivo para tomar algún descanso, ni descuidar el compromiso de la misión. Había que llegar hasta las últimas consecuencias. Por ejemplo, a Jesús no le pareció bien que mientras él oraba en Getsemaní, los discípulos estuvieran durmiendo (Mateo 26:43). Y el mismo Jesús explica que el cansancio y la debilidad se sitúa en nuestra área somática, porque en lo espiritual siempre vamos a estar bien dispuestos a servir constantemente, sin desfallecer jamás (Mateo 26:41).

La misma advertencia de estar siempre cuidando y vigilando la obra de Dios contra las acechanzas del enemigo, la hizo el apóstol Pedro: "¡Estén alerta! Cuídense de su gran enemigo, el diablo, porque anda al acecho como un león rugiente, buscando a quién devorar" (1 Pe-

dro 5:8). El servicio de la vigilancia espiritual es permanente. Debemos ser atalayas constantes y persistentes para evitar que seamos sorprendidos, porque siempre vamos a vivir en peligro de perder la gracia para alcanzar la santidad. La vigilancia asidua, frecuente y continua también se debe a que habrá señales antes del fin de los tiempos, que nos pueden confundir, pensando que ya va a suceder la segunda venida de Jesús. Venida del Hijo del Hombre, que no cojera por sorpresas a quienes han estado en oración y constante vigilancia, siguiendo las revelaciones y recomendaciones del Maestro:

"Y, ya que ustedes tampoco saben cuándo llegará ese tiempo, ¡manténganse en guardia! ¡Estén alerta!" (Marcos 13:33). Así que siempre hay que saber discernir (1 Corintios 2:14), estar atentos y ser sobrios (1 Pedro 1:13). Hay que aprender a vivir en el Espíritu y no en la simpleza del físico y la carne (Gálatas 5:16).

Hay tiempo para trabajar y tiempo para descansar. A veces en la vida de los primeros discípulos, dormir fue una acción positiva. Después de haber dormido, los discípulos vieron la gloria de Jesús en la escena de la transfiguración: "Pedro y los otros se durmieron. Cuando despertaron, vieron la gloria de Jesús y a los dos hombres de pie junto a él" (Lucas 9:32). Es que descansar no es negativo. Efectivamente el cansancio es una señal de advertencia de que hay que parar. Cuando se descansa las ideas fluyen, las energías se recobran, el cuerpo se repara, el ánimo toma aliento y la motivación se restaura. Pero, descansar no es una cuestión simple de conservar energía. Es tiempo para evaluar lo que se ha hecho, observar lo que está sucediendo y tabular los efectos y resultados.

El descanso es tiempo que se usan para expresar valores, fijar márgenes, cotejar espacios, verificar logros y guiar esfuerzos hacia las metas propuestas. Hay que recordar a quien servimos: "Trabajen de buena gana en todo lo que hagan, como si fuera para el Señor y no para la gente. Recuerden que el Señor los recompensará con una herencia y que el patrono a quien sirven es Cristo" (Colosenses 3:23-24). Además, Dios renovará nuestras fuerzas, después de haberlas gastado, cuando se trabaja en su obra. Lo que antes nos cansaba se convierte en gozo alegre y regocijo cuando servimos a Dios: "Pues Dios no es injusto

to. No olvidará con cuánto esfuerzo han trabajado para él y cómo han demostrado su amor por él sirviendo a otros creyentes como todavía lo hacen" (Hebreos 6:10).

Dios sustenta a quien le sirve con sinceridad. El servicio a Dios produce libertad de las cosas físicas y materiales. La avaricia, la ansiedad y la desazón por las cosas tangibles desaparecen. La labor en el ministerio tiene su recompensa: "Miren, yo vengo pronto, y traigo la recompensa conmigo para pagarle a cada uno según lo que haya hecho" (Apocalipsis 22:12). No nos cansemos de hacer el bien (Gálatas 6:9) A su tiempo cosecharemos. Puede ser que alguna vez sintamos el cansancio de labrar en la obra de Dios. Lo que no debemos es cansarnos de la obra de Dios. Por eso, cuando nos sentimos cansados y agobiados, el mejor descanso es venir a Jesús (Mateo 11:28-29), para que podamos continuar forjando con constancia el servicio de la misión evangelizadora: "Por lo tanto, mis amados hermanos, permanezcan fuertes y constantes. Trabajen siempre para el Señor con entusiasmo, porque ustedes saben que nada de lo que hacen para el Señor es inútil" (1 Corintios 15:58).

Las energías y las fuerzas que poseemos son para invertirlas y gastarlas en la obra de Dios. Porque si no usamos nuestras fortalezas haciendo el bien, nos exponemos a hacer el mal. Por el contrario, cuando las usamos para el bien, Dios las restituye y las renueva: "En su bondad, Dios los llamó a ustedes a que participen de su gloria eterna por medio de Cristo Jesús. Entonces, después de que hayan sufrido un poco de tiempo, él los restaurará, los sostendrá, los fortalecerá y los afirmará sobre un fundamento sólido" (1 Pedro 5:10).

Dicen que no hay frío, sino ausencia de calor, no hay oscuridad, sino ausencia de luz, no hay odio sino ausencia de amor. El servicio debe ser permanente porque el ser humano ha sido creado y vive para servir. Por eso, para el apóstol Pablo era un gusto servir: "Con gusto me desgastaré por ustedes y también gastaré todo lo que tengo, aunque parece que cuanto más los amo, menos me aman ustedes a mí" (2 Corintios 12:15). Nos podemos volvernos de doble ánimo. Algunos días haciendo el bien, otros días no haciéndolo, o lo que es peor haciendo el mal. Porque estamos destinados a hacer siempre lo mejor: "Pues

somos la obra maestra de Dios. Él nos creó de nuevo en Cristo Jesús, a fin de que hagamos las cosas buenas que preparó para nosotros tiempo atrás" (Efesios 2:10). Queda claro que el servicio debe ser permanente. Novedoso y atractivo. Cuando el servicio se convierte en un hábito, nos ayuda a mantener la atención y el interés por ayudar a los otros. Luego, el servicio permanente hay que practicarlo hasta lograr el hábito de hacerlo de manera natural. Nadie nace sirviendo.

La generosidad del servicio se desarrollando a través del tiempo. Para convertirnos en servidores permanentes hay que ser personas de entrega, disciplina y dedicación. Detrás de quien sirve hay un compromiso total. Sólo con dedicación y coraje se llega al servicio permanente en la obra de Dios.

Cuarto Examen:

¿Por qué el servicio debe ser permanente?

Opción 1 Porque el ser humano ha sido creado y vive para servir.

Opción 2 Porque fue actitud que enseñó Jesús y practicó Pablo.

Opción 3 Porque somos atalayas constantes y persistentes.

Opción 4 Porque el servicio produce la libertad de los bienes.

5.4 El servicio entabla relacionales

El propósito ineludible de la misión de Jesús fue servir (Mateo 20:28). Jesús mismo enfatizó a sus discípulos, que el servicio a los demás era la regla de oro de su doctrina (Mateo 20:25-27). Por lo tanto, la razón de nuestra existencia es ser instrumentos de servicio a los demás.

La misión de servir es una labor tan extraordinaria en el cristianismo, que en su máxima expresión se da la vida por los demás (Juan 15:13). El servicio es el resultado de amar hasta el extremo, un acto sublime del amor de Dios, que reconcilia a la humanidad (Juan 3:16).

El gran propósito de Jesús es que seamos uno, para que el mundo crea en su redención (Juan 17:21). Sólo el servicio nos puede conectar los unos con los otros a Jesús.

El servicio entabla relaciones coherentes, estables, irrompibles, acordes, congruentes y razonables, entre los miembros que forman un cuerpo perfecto, útil y eficaz:

"Él hace que todo el cuerpo encaje perfectamente. Y cada parte, al cumplir con su función específica, ayuda a que las demás se desarrollen, y entonces todo el cuerpo crece y está sano y lleno de amor" (Efesios 4:16).

El servicio es la base de las relaciones humanas. Es el adherente que une y da esplendor a la humanidad. Las relaciones humanas alcanzan su más alto grado de sinceridad y de integridad, cuando el servicio es la esencia fundamental que fusiona los intereses personales en beneficios sociales:

"Dado que Dios los eligió para que sean su pueblo santo y amado por él, ustedes tienen que vestirse de tierna compasión, bondad, humildad, gentileza y paciencia" (Colosenses 3:12).

El servicio comienza estableciendo relaciones consigo mismo. Por eso, Jesús dijo amar de la misma manera, cómo se ama así mismo (Mateo 22:39). Es conocerse de tal manera, para lo que cada uno es bueno, para lo que sirve.

Luego se pasa a la fraternidad. A la correspondencia mutua entre personas afines, que están perfectamente unidas en un mismo pensar y un mismo sentir (Hechos 4:32). Es la misma exhortación de unidad que hace el apóstol Pablo, cuando afirma: "Amados hermanos, les ruego por la autoridad de nuestro Señor Jesucristo que vivan en armonía los unos con los otros. Que no haya divisiones en la iglesia. Por el contrario, sean todos de un mismo parecer, unidos en pensamiento y propósito" (1 Corintios 1:10).

La vitalidad de la iglesia se logra, cuando nos encontramos rodeados de la vida de los demás. Somos útiles cuando otros viven por nosotros. El ser humano alcanza su plenitud y está totalmente completo con la presencia de los otros seres vivos.

El servicio entabla relaciones porque nos une a nosotros mismos con los demás. En la experiencia de los primeros cristianos, el Espíritu de Jesús ordena apartar a sus servidores (Hechos 13:2). Es por el Espíritu que los discípulos son enviados a lugares específicos a ejercer el ministerio del servicio (Hechos 13:4).

Y es el mismo Espíritu quien capacita a sus ministros para el buen servicio de ministrar el evangelio con poder y fuerza (Hechos 13:9). Nadie sobrevive sin la dependencia de las relaciones mutuas de servicio. Hasta el punto de que es mejor estar unidos que tener la razón. Dejando de lado el egoísmo y el amor propio, permitimos que sane nuestro corazón y brille nuestra alma, a través del perdón:

"Sean comprensivos con las faltas de los demás y perdonen a todo el que los ofenda. Recuerden que el Señor los perdonó a ustedes, así que ustedes deben perdonar a otros" (Colosenses 3:13). Pues, el hecho de que ya no practiquemos el pecado (1 Juan 3:9), no significa que las virtudes existan en nuestra vida. Como tampoco significa que, porque ya las virtudes dirigen nuestra vida, el enemigo nos ha dejado en paz (1 Pedro 5:8). La caridad siempre va a tener como adversario al egoísmo; la piedad a la frialdad espiritual; la consideración a los celos. Como la generosidad a la avaricia.

Lo mismo que la abnegación y el sacrificio, al rencor, al odio y a la sed de venganza. Sólo el anhelo de servir respeta y valora las auto-

mías de cada ser humano. Cuando se practica el don del servicio, la cooperación libre y voluntaria obtiene beneficios recíprocos entre las personas. Las relaciones fundadas en el servicio mantienen la mente sana y el corazón limpio de mezquindad. Es cuando los individuos se pueden asociar y alcanzar grandes tareas que no podrían realizar en soledad. Los problemas sociales son el resultado de que las personas se ocupan demasiado de sí mismas. No se cuidan lo suficiente los unos de los otros. Pues la salud física, mental y espiritual, facilita las relaciones humanas, la integridad moral y en consecuencia el respeto recíproco.

Nadie puede alcanzar su felicidad aislado de los demás. Nuestros semejantes son quienes aprueban nuestra buena manera de vivir. El concepto de las personas con quienes tenemos relaciones sociales alimenta el sentido de nuestra vida.

Jesús comienza su ministerio manifestando su gloria y haciendo que los discípulos crean en él, mediante el servicio (Juan 2:11). Jesús termina su ministerio enseñando sobre el servicio (Juan 13:14-15). Durante todo su ministerio público, Jesús fue coherente a su propuesta de servir (Mateo 9:35-36). Para los apóstoles de Jesús, el servicio es señal coherente del mesianismo.

En la predicación Pedro destaca los milagros, signos y prodigios de su Maestro (Hechos 2:22). Por eso, los discípulos usan la misma fórmula del servicio de Jesús (Hechos 2:43). La virtud del servicio es recomendable hasta el final:

"Por último, todos deben ser de un mismo parecer. Compadézcanse unos de otros. Ámense como hermanos y hermanas. Sean de buen corazón y mantengan una actitud humilde" (1 Pedro 3:8).

El servicio entabla relaciones con Dios mediante los talentos que la persona recibe.

El servicio es el comienzo de descubrir los dones y ponerlos a funcionar. Cuando empezamos a servir descubrimos nuestros dones y talentos, de la manera como lo hizo el apóstol Pablo:

"Aunque fue crucificado en debilidad, ahora vive por el poder de Dios. Nosotros también somos débiles, al igual que Cristo lo fue, pero

cuando tratemos con ustedes, estaremos vivos con él y tendremos el poder de Dios" (2 Corintios 13:4).

El servicio nos edifica, restaura y renueva la promesa de una vida completa en Cristo Jesús.

Quinto Examen:

¿Por qué el servicio entabla relaciones?

Opción 1 Porque asocia a las personas para fines comunes.

Opción 2 Porque es útil para alcanzar las metas y resultados.

Opción 3 Porque nos une a nosotros mismos con los demás.

Opción 4 Porque es mejor estar unidos para no ser vencidos.

5.5 El servicio debe ser a tiempo

Existe el tiempo cronológico, que mide los sucesos en secuencias; y el tiempo de Dios, llamado *kairos* (Marcos 1:15), que es el momento del propósito de Dios. Ambos tiempos sugieren funciones y marcan la historia de los seres humanos. Precisamente, los cambios que experimentamos y las modificaciones que vemos, suceden en la medida del tiempo, ya sea del *chronos* o del *kairos*. Dios en su infinita eternidad, al comunicarse con la humanidad, se presentó en el ayer, pero lo mismo lo hace en nuestro tiempo y lo hará por siempre (Hebreos 13:8).

Jesús actuó en el tiempo. Nació en un tiempo determinado, fue judío de Galilea y carpintero de profesión (Marcos 6:3). Todo lo que hizo, lo realizó en un aquí y en un ahora. Su servicio fue a tiempo. Nada dejó para más tarde. Más aún, sin haber llegado su hora de actuar, convirtió el agua en vino (Juan 2:4). Siempre ejerció su servicio oportunamente en el tiempo. Su querer de prestar el servicio a tiempo fue su constante (Marcos 1:40-42).

En todas las curaciones milagrosas, su accionar fue pronto y a tiempo. Sucedió con el paralítico que fue bajado por el techo (Marcos 2:11-12), con la hija de Jairo (Marcos 5:41-42) y el joven muerto de Naím (Lucas 7:14-15). Todo fue a su debido tiempo, para revelar un misterio. Una verdad de la personalidad de Jesús fue acompañada de un signo y señal. Por eso, cuando llegó el momento de que Jesús revelara que él era el agua viva, convirtió el agua en vino (Juan 2:7-8).

Para confirmar que era el pan de vida, hizo la multiplicación de los panes (Juan 6:11). Para atestiguar que era la luz del mundo, sanó al ciego de nacimiento (Juan 9:5-6). Cuando anunció que era la resurrección y la vida, resucitó a Lázaro (Juan 11:43). Los actos de Jesús se manifiestan en el tiempo mediante la fe (Mateo 17:20), lo mismo que la venida del Reino de Dios (Mateo 4:17). Jesús mantuvo sus rasgos de maestro, con claras enseñanzas de sabiduría temporal (Lucas 12:22-31). La providencia divina actúa a tiempo (Mateo 10:26-31), igualmente la justicia de Dios vino en el tiempo propicio (Mateo 5:45). A tiempo fue su metodología. Sus parábolas fueron oportunas y adecuadas a la manera de

enseñar de su tiempo. Su pedagogía fue ilustrativa y sencilla, asequible de comprender y fáciles de recordar.

También su profetismo fue muy apropiado a la gente de su tiempo. Aunque algunos lo confundieron (Mateo 16:14), todos reconocían su don de profeta (Mateo 21:11). Nosotros, como ministros sucesores de Jesús y de sus apóstoles, debemos producir también frutos a tiempo (Juan 15:5). Si tenemos follaje debe haber fruto, porque si no nos pasaría como la higuera (Marcos 11:12-14), aunque no fuese el tiempo, sin embargo, hay que ser útiles y servir. El servicio hay que prestarlo a tiempo, porque siempre hay tiempo para servir y ser útiles a Dios. Nuestra labor es dar buenos frutos en todo tiempo (Mateo 7:16-20).

El tiempo siempre será oportuno (2 Timoteo 4:2). Hay que estar alertas, vigilantes y en acción. Por los frutos seremos identificados de que el Espíritu Santo actúa en nosotros (Gálatas 5:22-23). Como cristianos debemos imitar la actitud de Jesús, quien centró su ministerio en el servicio que prestó a la humanidad. Es más, para ser el primero había que ser el servidor de todos y ocupar el último lugar (Marcos 9:35).

Nuestra preocupación debe ser que donde quiera que estemos y a la hora que nos encontremos, nos hallen haciendo la obra de Dios. Aunque estemos descansando, comiendo o durmiendo que sea el tiempo oportuno, es decir en el tiempo de Dios: "Los apóstoles regresaron de su viaje y le contaron a Jesús todo lo que habían hecho y enseñado. Entonces Jesús les dijo: Vayamos solos a un lugar tranquilo para descansar un rato. Lo dijo porque había tanta gente que iba y venía que Jesús y sus apóstoles no tenían tiempo ni para comer" (Marcos 6:30-31).

En Jesús, el tiempo de servir responde a la solicitud de la oferta de su gente que lo solicita constantemente. Su servicio está determinado por las necesidades de las personas que lo buscan. Para Jesús las penurias y la escasez que sufren los seres humanos, es prioridad en su misión. No ahorra costos, ni mide consecuencias. Los resultados de su labor consisten en atender a la gente que lo solicita:

"Esa tarde, después de la puesta del sol, le llevaron a Jesús muchos enfermos y endemoniados. El pueblo entero se juntó en la puerta

para mirar. Entonces Jesús sanó a mucha gente que padecía de diversas enfermedades y expulsó a muchos demonios, pero como los demonios sabían quién era él, no los dejó hablar" (Marcos 1:32-34). El servicio logístico de Jesús estuvo cuantificado en términos de tiempo. Jesús sintió el deber de alimentar a quienes habían invertido tiempo en escuchar sus enseñanzas. Su propuesta fue prestar tensión a solucionar el hambre en el instante y en el momento cuando se presentó la necesidad:

"Siento compasión por ellos. Han estado aquí conmigo durante tres días y no les queda nada para comer. Si los envío a sus casas con hambre, se desmayarán en el camino porque algunos han venido desde muy lejos" (Marcos 8:2-3). El servicio debe ser a tiempo. Sin embargo, con la actitud de los servidores de Jesús, con la ilustración de la multiplicación de los panes, observamos que puede haber pretexto, para argumentar y justificar las dificultades de no servir a tiempo. En las dos ocasiones cuando Jesús les propone a sus discípulos que le den de comer a la multitud, dos sendas respuestas por parte de ellos aducen simuladamente para eludir el cumplimiento de la petición del Maestro. En la primera situación, los apóstoles de Jesús justificaron la imposibilidad de hacer la obra a tiempo, aludiendo la falta de dinero: "Jesús les dijo: Denles ustedes de comer. Preguntaron: ¿Con qué? ¿Tendríamos que trabajar durante meses para ganar suficiente a fin de comprar comida para toda esta gente!" (Marcos 6:37).

La segunda la justificación no fue la falta de dinero, sino la falta de la materia prima, para elaboración del producto alimenticio: "Sus discípulos respondieron: ¿Cómo vamos a conseguir comida suficiente para darles de comer aquí en el desierto?" (Marcos 8:4). Pero la enseñanza de Jesús es que la escasez de comida o la falta de dinero no impiden prestar el servicio a tiempo si presenta una necesidad. La prioridad es servir es en todo momento. Se sirve con lo que se tiene.

Las preguntas de Jesús en los dos momentos fue la misma. En la primera oportunidad dijo: "Preguntó Jesús: ¿Cuánto pan tienen? Vayan y averigüen. Ellos regresaron e informaron: Tenemos cinco panes y dos pescados" (Marcos 6:38). En la segunda escena coyuntural de aprieto, de angustia y de impotencia de los discípulos por no encontrar la salida, Jesús les pregunta: "¿Cuánto pan tienen? Preguntó Jesús. Siete

panes, contestaron ellos" (Marcos 8:5), "y unos pocos peces" (Marcos 8:7). La logística que usó Jesús fue simple. Se trató de hacer sentar a todos los presentes, ponerlos por grupos de cincuenta, dar gracias y empezar a repartir (Marcos 6:39-44).

Nadie se imaginaba que con dicha estrategia iba a alcanzar comida para todos, y hasta iba a sobrar. El prestar el servicio a tiempo es eficaz y nos hace útiles en la obra de Dios. Pues no estamos sólo el Espíritu Santo (Juan 14:16-17) y Cristo están con nosotros siempre (Mateo 28:20). Por lo tanto, el tiempo laboral de los discípulos de Jesús es todo el tiempo. El salario que reciben es más que cualquier oficio simplemente humano. Es salario de evangelio (1 Corintios 9:14).

Sin embargo, como gratis se han recibido los dones y los talentos para ser útiles a tiempo, por eso también hay que dar el servicio gratis (Mateo 10:8). El servicio que prestamos no sólo lo estamos haciendo a la persona o a la gente que nos pide la ayuda, sino a Dios mismo (Efesios 6:5-8).

Es una labor digna y a la altura de nuestro verdadero patrono: "Trabajen de buena gana en todo lo que hagan, como si fuera para el Señor y no para la gente. Recuerden que el Señor los recompensará con una herencia y que el Señor a quien sirven es Cristo" (Colosenses 3:23-24). Todo el servicio que hacemos tiene su recompensa, pues las promesas de Dios son siempre justas. Pensar así es de mucha sabiduría (Colosenses 4:5). Por eso debemos tener una respuesta adecuada a cada necesidad: "Pues Dios no es injusto. No olvidará con cuánto esfuerzo han trabajado para él y cómo han demostrado su amor por él sirviendo a otros creyentes como todavía lo hacen" (Hebreos 6:10). No hay duda. El ejercicio del servicio hay que prestarlo a tiempo y a destiempo. Es decir, en todo momento. O mejor, en todo tiempo hay que ser serviciales:

"Supónganse que ven a un hermano o una hermana que no tiene qué comer ni con qué vestirse y uno de ustedes le dice: Adiós, que tengas un buen día; abrigate mucho y aliméntate bien, pero no le da ni alimento ni ropa. ¿Para qué le sirve?" (Santiago 2:15-16).

El tiempo es el espacio de oportunidad que Dios nos concede para alcanzar la madurez como personas. Tenemos la responsabilidad de preparar al pueblo de Dios para que lleve a cabo la obra de Dios y edifique a la iglesia, es decir, el cuerpo de Cristo:

"Ese proceso continuará hasta que todos alcancemos tal unidad en nuestra fe y conocimiento del Hijo de Dios que seamos maduros en el Señor, es decir, hasta que lleguemos a la plena y completa medida de Cristo" (Efesios 4:13).

Finalmente, en la esencia de prestar el servicio a tiempo se halla el amor. Pues todo lo hacemos por amor. Vivir es amar. Pero hay que amar con prontitud y presteza, porque el tiempo es corto y además el control lo tiene Cristo: "Sea de una forma u otra, el amor de Cristo nos controla" (2 Corintios 5:14).

Sexto Examen:

¿Por qué el servicio debe ser a tiempo?

Opción 1 Porque siempre hay tiempo para servir y ser útiles a Dios.

Opción 2 Porque el cliente siempre tiene la razón en su necesidad.

Opción 3 Porque las ganancias se miden por el servicio al cliente.

Opción 4 Porque debemos estar actualizados con la tecnología.

5.6 La utilidad del servicio práctico

El servicio no sólo debe ser a tiempo, sino también requiere que sea práctico. Es decir, efectivo y funcional, pero también ejercitado, habitual y apropiado. El servicio útil debe ser actualizado. Cuando Jesús lavó los pies a los discípulos (Juan 13:4-5), era una práctica necesaria y que se usaba en su época. Jesús no estaba creando la costumbre de lavar los pies.

Lo que Jesús hizo fue darle un nuevo sentido al lavatorio de los pies. Se apoyó en la costumbre que tenía la gente, para impartir su mensaje de servicio. Para su enseñanza sobre el servicio práctico acudió a una ilustración cotidiana, con una base realista y objetiva. Jesús estaba proyectando un nuevo referente. La propuesta de Jesús era que, de ahora en adelante, este servicio no se dejaba sólo a los sirvientes y esclavos de la sociedad, sino también a sus discípulos (Juan 13:14).

A partir de este momento ya no iba a haber un primero, ni uno mejor. Sino que iban a ver muchos que podían estar de primeros y ganar el premio como mejores, si hacían lo que Jesús les estaba indicando (Juan 13:17). Sus discípulos debían ser como sirvientes en el ejercicio de su ministerio evangelizador. Jesús estaba decretando la medida de la calidad y la excelencia de sus discípulos. La gran paradoja, injusta para algunos, incomprensible para otros, pero revelada por Jesús:

"Y tomen en cuenta lo siguiente: algunos que ahora parecen menos importantes, en ese día serán los más importantes; y algunos que ahora son los más importantes, en ese día serán los menos importantes" (Lucas 13:30). El objetivo de lavar los pies estaba siendo relacionado a una manera nueva de ser y a una forma distinta de pensar. Consistía en un cambio de actitud frente a lo que se conocía como servicio: "Jesús se sentó y llamó a los doce discípulos y dijo: Quien quiera ser el primero, debe tomar el último lugar y ser el sirviente de todos los demás" (Marcos 9:35). El hecho de que Jesús se sentara para hablar significaba que lo que iba a decir era muy importante. Estaba sentando cátedra como Maestro. Es decir, estaba hablando con autoridad y de forma concluyente sobre cómo debían ser sus discípulos.

Con el acto del lavatorio de los pies, Jesús estaba exteriorizando la realidad interna de su mensaje. Su propuesta es explícita. No hay dilema, ni alternativa. Jesús define la disposición que deben tener sus discípulos: "Pero entre ustedes será diferente. El que quiera ser líder entre ustedes deberá ser sirviente, y el que quiera ser el primero entre ustedes deberá ser esclavo de los demás" (Marcos 10:44). Con la acción del lavatorio de los pies, Jesús está indicando todo lo que se encuentra escrito en el mensaje sobre el servicio práctico. El lavatorio de los pies fue la base y la fuente de su comunicación con sus discípulos: "El más importante entre ustedes debe ser el sirviente de los demás" (Mateo 23:11). El tema del mensaje de Jesús fue el servicio. La labor del ministro de Jesús se aplica a una realidad objetiva como el lavatorio de los pies. De ahora en adelante, sus discípulos se iban a acordar que su función real en la tierra era servir.

Cada vez que vieran que alguien estaba lavando los pies a otro era el referente para seguir sirviendo como agente de Jesucristo. Y no era casual, ni aislado ver a alguien lavando los pies. Lo raro era no hacerlo: "Luego se volvió a la mujer y le dijo a Simón: Mira a esta mujer que está arrodillada aquí. Cuando entré en tu casa, no me ofreciste agua para lavarme el polvo de los pies, pero ella los lavó con sus lágrimas y los secó con sus cabellos" (Lucas 7:44).

Jesús le advierte a su interlocutor, quien ha invitado al Maestro a cenar a su casa, que ha sido un mal anfitrión desde el principio. A pesar de las críticas de los fariseos, Jesús accede a la invitación y acudió a la petición de Simón, pero no recibió una buena atención. La presencia de Jesús era de mucho honor para Simón. Sin embargo, Simón no atendió bien al invitado de honor, porque no pensó en ser un servidor. No cumplió con la regla número uno: servir. Al contrario, se comportó muy mal y hasta pensó mal de su célebre invitado:

"Cuando el fariseo que lo había invitado vio esto, dijo para sí: Si este hombre fuera profeta, sabría qué tipo de mujer lo está tocando. ¡Es una pecadora!" (Lucas 7:39). La falla de Simón, el fariseo, fue haber invitado a Jesús y no haberse comportado como un servidor práctico. En vez de servir se puso a juzgar y a criticar. Jesús que lo sabe todo,

enseña que el servicio es la prioridad de quienes desean tenerlo y convivir con él.

Con la enseñanza de Jesús, la iglesia iba a tener muchos importantes referentes del servicio práctico, dignos de imitar y de seguir. El líder de la iglesia iba a distinguirse ante los demás, por la capacidad de servicio que cultivara. Los líderes de la iglesia deben ser dignos de imitar. Así como lo hacen las especies de los animales cuando siguen a su líder. O como los padres y tutores son referentes para que sus hijos aprendan a caminar, a comer, a hablar, a interactuar con otros seres vivos y con los objetos que los rodean.

Así Jesús invita a sus seguidores a ser guías coherentes con su posición del liderazgo en la iglesia. Pues la utilidad del servicio práctico es la señal fehaciente de que la acción es verdadera. El lavatorio de los pies es el objeto concreto y real que hace mención del servicio práctico. Con esta enseñanza de Jesús, el significado referencial sería tan común de ahora en adelante, como es usual el nombre de una persona. Todos se llamarán servidores. El lavatorio de los pies pasaría a ser un icono de la actitud de los discípulos de Jesús, para cumplir su misión. El signo de lavarles los pies a sus discípulos quedó marcado en la personalidad de sus seguidores. Si los discípulos iban a tener alguna semejanza con su Maestro, si iban a ser afines con su Señor y parecerse a Jesús, debían ser servidores. Toda analogía con Jesús sería el servicio práctico.

Este acto de lavar los pies de ahora en adelante sería el índice y la huella de los siervos de Cristo. La relación directa de Jesús con sus discípulos es el servicio práctico. Por donde pasaran los servidores de Cristo, quedaría el mismo recuerdo nostálgico que dejó Cristo entre sus contemporáneos, quienes mantuvieron un vínculo convencional con Jesús, y a su vez el Maestro fue un símbolo referencial del servicio práctico:

"Y saben que Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder. Después Jesús anduvo haciendo el bien y sanando a todos los que eran oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él" (Hechos 10:38). El servicio es una forma práctica de honrar y darle

gloria a Dios. El valor del servicio se mide según los parámetros y las dimensiones de Cristo y no con las artimañas de las autoridades y de los gobernantes:

"En este mundo, los reyes y los grandes hombres tratan a su pueblo con prepotencia; sin embargo, son llamados amigos del pueblo. Pero entre ustedes será diferente. El más importante de ustedes deberá tomar el puesto más bajo, y el líder debe ser como un sirviente" (Lucas 22:24-26).

La forma privilegiada de ostentar el poder y de exponer el patrimonio entre los discípulos de Jesús, es mediante la práctica del servicio. El cual se concreta en un servicio efectivo, se confirma en un servicio apropiado y se personifica en un servicio ejercitado.

Séptimo Examen:

¿Qué es la utilidad del servicio práctico?

Opción 1 Es la fórmula segura de ganar más en los negocios.

Opción 2 Es la medida que los gobernantes del mundo usan.

Opción 3 Es la señal fehaciente de que la acción es verdadera.

Opción 4 Es la mejor manera de pasar la vida siendo muy útil.

5.7 El servicio es de sentido común

En el devenir de la existencia existen verdades de sentido común. Son temas o principios universales, que la mayoría de la gente no se toman el tiempo de entender o de explicar, mucho menos de analizar.

El servicio es un valor de sentido común, porque es inherente a la naturaleza del ser humano. En la naturaleza, la flora y la fauna, tiene resuelto de forma simple el sentido común. El alimento, el frío y la reproducción son condiciones de genética, entorno y experiencia.

El valor supremo de la vida sobrepasa a cualquier iniciativa espontáneo o improvisada de la misma creatura: "Miren cómo crecen los lirios del campo. No trabajan ni cosen su ropa; sin embargo, ni Salomón con toda su gloria se vistió tan hermoso como ellos" (Mateo 6:28-29).

La sobrevivencia impulsa a estos seres vivos a moverse en grupo, en comunidad, no individual. La existencia es colectiva. Se vive mejor en sociedad, integrados, participantes y sirviéndose unos a otros. El servicio entabla relaciones, para vivir más y mejor.

La bandada de aves tiene en su sentido común migrar, ir y lograr lo que se desea en el momento oportuno y el lugar apropiado. El conocimiento interior los lleva a hacer y a vivir en lo correcto: "Miren los pájaros. No plantan ni cosechan ni guardan comida en graneros, porque el Padre celestial los alimenta" (Mateo 6:26). Cosas de sentido común, por ser del común de la humanidad pasan inadvertidas para la mayoría de la gente en muchas ocasiones.

Realidades como la luz, la oscuridad, el agua, la tierra y el viento, son cosas que damos por hecho, como si así tuvieran que ser o como si siempre debieran existir, o como si perpetuamente han sido. Pero la creación no ha sido invariable.

En un momento lo que está ahí, las cosas que vemos y otras que no vemos, empezaron a existir y en otro momento ya no se hallarán: "Pero nosotros esperamos con entusiasmo los cielos y la tierra nuevos que él prometió, un mundo lleno de la justicia de Dios" (2 Pedro 3:13).

Es de sentido común saber y entender que la existencia no siempre ha sido la misma: "Entonces vi un cielo y una tierra nuevos, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y también el mar" (Apocalipsis 21:1).

Lo mismo sucede con el bien, el mal, la razón, la ignorancia, la razón, la intuición y el servicio, entre otra infinidad de elementos, que muy pocos, con asombro y sentido de admiración, se dan a la tarea de preguntarse por qué están ahí.

Porque lo más seguro es que un día no estarán: "La creación espera el día en que se unirá junto con los hijos de Dios a la gloriosa libertad de la muerte y la descomposición" (Romanos 8:21).

Así es que los valores de la vida son de sentido común. Como saber cocinar, vivir en la higiene y procurar la limpieza es de sentido común, porque aseguran la salud y la vida en todas las circunstancias. Cultivar el valor de nutrirse bien influye en el bienestar y la salud. Somos lo que nos rodea, por eso es necesario conocer y respetar lo que nos circunda, el medio ambiente y nuestra naturaleza:

"Cuando ustedes ven que se forman nubes en el occidente, dicen: Viene la lluvia. Y tienen razón. Cuando sopla viento del sur, dicen: Hoy será un día de mucho calor. Y así sucede. ¡Necios! Saben interpretar las señales del clima en la tierra y en los cielos, pero no saben interpretar los tiempos presentes" (Lucas 12:54-56). Interpretar el tiempo presente es de sentido común. Es acertar lo que se debe hacer en el momento oportuno.

Es simple. Sólo hay que mirar bien de adentro hacia afuera. La experiencia colectiva, la intuición y el conocimiento interior, son los componentes de la interpretación.

Es de sentido común saber que todos producimos más de lo que consumimos. Por eso, hay que aprender a hacer un presupuesto y no gastar más de lo que se gana.

Es de sentido común gastar sólo lo que se tiene. No lo que no se posee. Eso sería sobre pasar nuestras posibilidades. Jesús mismo explicando los costos del siervo de Dios, les dijo a quienes querían seguirlo, que antes debían calcular el precio que debían pagar.

Es tan grande el valor del servicio de un discípulo, que es superior a su propia vida (Lucas 14:25-27). Por eso, para prestar el servicio como discípulo, se debe empezar haciendo cálculos, de la misma forma como se planifica una edificación:

"¿quién comenzaría a construir un edificio sin primero calcular el costo para ver si hay suficiente dinero para terminarlo? De no ser así, tal vez termines sólo los cimientos antes de quedarte sin dinero, y entonces todos se reirán de ti. Dirán: ¡Ahí está el que comenzó un edificio y no pudo terminarlo!" (Lucas 14:28-30).

Hay que analizar situaciones, crecer y madurar, hasta llegar a pensar por sí mismo, junto con la acumulación de la experiencia de los otros, también. En la vida hay que planear, tener propósito y trazar senderos, saber o intuir un punto de llegada.

Pensar con antelación, obliga a prepararse, a entrenarse, a capacitarse y a equiparse, para surgir con donaire en cada nivel de la vida. Es de sentido común aprender a mantenerse a salvo, prevenir accidentes y resguardar la vida.

El servicio es de sentido común, como evitar poner las manos sobre el fuego, es mirar por donde se camina, es huir de la tentación, es hacer siempre lo bueno y respetar las leyes. Estos son comportamientos de seguridad de sentido común, como la misma Biblia lo explica:

"Es lo que sale de su interior lo que los contamina. Pues de adentro, del corazón de la persona, salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, el robo, el asesinato, el adulterio, la avaricia, la perversidad, el engaño, los deseos sensuales, la envidia, la calumnia, el orgullo y la necedad. Todas esas vilezas provienen de adentro; esas son las que los contaminan" (Marcos 7:20-23).

En el sentido de lo común se encuentra el servicio. No hay nada más importante en la vida que el servicio. En nuestra vida cotidiana el servicio es lo más natural que existe:

"Estén vestidos, listos para servir y mantengan las lámparas encendidas, como si esperaran el regreso de su amo de la fiesta de bodas. Entonces estarán listos para abrirle la puerta y dejarlo entrar en el

momento que llegue y llame. Los siervos que estén listos y a la espera de su regreso serán recompensados" (Lucas 12:35-37).

Servir es vivir y vivimos porque servimos. Cuando alguien, adquiere un conocimiento, aprende un arte, se perfecciona en algo, jamás va a quedar sin empleo, porque se hace imprescindible para la sociedad en lo que sabe hacer.

Por experiencias vividas y las relaciones sociales, el servicio es consustancial a la humanidad. Madrugar, ahorrar, llegar temprano, hacer pronto las tareas, estudiar en la juventud, aprender un oficio, una profesión o un arte y producir en la madurez, conduce a las personas a darle sentido a su existencia hasta el fin de su vida.

Una persona que opta por un sentido de vida habitual y de frecuente servicio a la humanidad triunfa y cumple su propósito en su vida. Por eso el servir es de sentido común. El servicio es contrario a la codicia y a la avaricia, que con frecuencia promulga el liderazgo social y se le transmite como valor equivocado a las nuevas generaciones. El individualismo se ha vuelto tan normal que ahora se cree que es de sentido común ser egoísta.

Pero el verdadero valor es servir, que es una visión muy diferente a la voracidad del egocentrismo. Servir es cultivar la generosidad y el desprendimiento, por intereses altruistas:

"Vendan sus posesiones y den a los que pasan necesidad. ¡Eso almacenará tesoros para ustedes en el cielo! Y las bolsas celestiales nunca se ponen viejas ni se agujerean. El tesoro de ustedes estará seguro; ningún ladrón podrá robarlo y ninguna polilla, destruirlo. Donde esté su tesoro, allí estarán también los deseos de su corazón" (Lucas 12:33-34).

El servicio, aunque es de sentido común, en la actualidad es muchas veces incomprensible. El servicio hace parte de los valores evangélicos. Pero estos valores del evangelio no los entendemos hoy día, porque en nuestra mente se han sembrado paradigmas muy distintos.

Muchas emociones, prácticas o creencias que se tienen en la vida son malos hábitos improductivos. Sólo están ahí por costumbre y por el mal procedimiento de vanos métodos adquiridos; son más vicio, que virtud:

"¿Acaso con todas sus preocupaciones pueden añadir un solo momento a su vida? Y, si por mucho preocuparse no se logra algo tan pequeño como eso, ¿de qué sirve preocuparse por cosas más grandes?" (Lucas 12:25-26).

Por eso, de nuevo hay que cultivar en nuestro interior colectivo valores como el servicio. Los buenos y nuevos hábitos que se adquieren en la vida nos ayudan a ser flexibles y a poder adaptarnos a las nuevas situaciones. Nos ayuda a estar abiertos, a aprender y a escuchar a los demás.

Debemos empezar a escuchar los mensajes y ver las acciones de personas que sirven en la actualidad. La influencia debe aceptarse de personas positivas a quienes se les debe dedicar tiempo.

Hay que aceptar las nuevas ideas sobre el servicio. Eso nos ayuda a avanzar.

Hay que aprender a confiar de nuevo en todas las palabras del evangelio.

Hay que de nuevo confiar en los demás, y sobre todo tener una gran confianza en sí mismo desde la intuición.

Observar, ver y entender lo que más conviene, ante una decisión que haya que tomar:

"¿Por qué no pueden decidir por ustedes mismos lo que es correcto? Cuando vaya camino al juicio con el que los acusa, traten de resolver el asunto antes de llegar. De no ser así, su acusador podría arrastrarlos ante el juez, quien los entregará a un oficial, que los meterá en la cárcel. Y, si eso sucede, no los pondrán en libertad hasta que hayan pagado el último centavo" (Lucas 12:57-59).

Volvamos a ser buenos servidores. Seamos fieles en la administración del mundo que Dios nos ha confiado desde el principio (Génesis 1:28). Administración que debe ser recta, como Jesucristo lo confirmó: "Un siervo fiel y sensato es aquel a quien el amo puede darle la responsabilidad de dirigir a los demás siervos y alimentarlos. Si el amo regresa y encuentra que el siervo ha hecho un buen trabajo, habrá una recom-

pensa" (Lucas 12:42-43). Aprendamos a vivir sirviendo, si queremos que en este mundo valga la pena vivir.

Octavo Examen:

¿Por qué el servicio es sentido común?

Opción 1 Porque es inherente a la naturaleza del ser humano.

Opción 2 Porque todas las cosas que aprendemos tienen valor.

Opción 3 Porque la gente practica el servicio de forma innata.

Opción 4 Porque es un valor que está en la Palabra de Dios.

5.8 El servicio vital de las mesas

El servicio es tangible y medible. El servicio o Diakonía no es el simple deseo intencional de hacer el bien. No son sólo los buenos propósitos. Ni razonamientos que acentúan la manera de cómo servir. Las buenas intenciones y los honestos propósitos son proyecciones de motivación. Al empezar un año nuevo, al mudarse a un lugar diferente, al empezar una relación, cambiar de trabajo o ante una fatal situación, son sólo circunstancias efervescentes de entusiasmo.

Ese incauto deseo de servir es cómodo y confortable, ya que por lo general no se lleva a cabo. Queda en loables antojos y estériles sentimientos. Pues al final, las excusas se personifican en pretextos, las justificaciones en contratiempo y las evasivas alimentando las disculpas. Por eso, lo importante del servicio, lo primordial y poderoso, es llevarlo a la práctica. Que el servicio se convierta en hábito. Es hacer del servicio un ejercicio diario. Servir es un estilo de vida.

Para tal fin, la actitud de servir debe anidarse en el subconsciente. Es actuar sin pensar, ni razonar, sino sólo servir por el hecho de hacerlo. Servir porque Dios está ahí siempre, aquí y ahora. En las bodas de Caná, en la multiplicación de los panes, en el lavatorio de los pies y en la elección de los siete diáconos, hay un signo de vida evidente del servicio. Se trata del servicio vital de las mesas, que es la presencia de Dios en la labor diaria del cristiano.

En las bodas de Caná, el maestro de ceremonias mandó a llamar al novio, y le dijo: "Un anfitrión siempre sirve el mejor vino primero, y una vez que todos han bebido bastante, comienza a ofrecer el vino más barato. ¡Pero tú has guardado el mejor vino hasta ahora!" (Juan 2:10).

En el servicio que ha acabado de prestar Jesús, ha cambiado el paradigma social. Ha terminado una arraigada y fuerte costumbre que se había impuesto en las celebraciones. Pero Jesús presenta una nueva imagen de atender a los anfitriones, mostrando los beneficios de un servicio eficiente y eficaz. Un buen servicio prestado a tiempo y en el lugar apropiado, es de imprescindible valor y se palpa la acción de

Dios. En el contexto de las bodas de Caná, se reveló la gloria de Dios. El mejor servicio es cuando el acto que se realiza muestra la gloriosa revelación divina: "Esta señal milagrosa en Caná de Galilea marcó la primera vez que Jesús reveló su gloria. Y sus discípulos creyeron en él" (Juan 2:11). En la multiplicación de los panes también se manifestó la gloria de Dios, mediante el cambio sustancial que hizo Jesús de la celebración pascual. Fiesta que, para la época de Jesús, se había enviciado a través del tiempo. Era casi el tiempo de la cena judía (Juan 6:4). Comida que había sido encomendada por prescripción divina (Éxodo 12:1-3), y que los judíos piadosos siguieron con estricto rigor por un tiempo. Pero después dicha celebración perdió su valor original. Denuncia que muchas veces hicieron los profetas. Entre ellos Amós, quien vivió en una época de gran esplendor y riqueza de unos pocos, en contraste con la miseria del pueblo: "Odio todos sus grandes alardes y pretensiones, la hipocresía de sus festivales religiosos y asambleas solemnes" (Amós 5:21).

En esa decadencia Jesús propone el servicio verdadero de la pascua y de los panes ázimos (Levítico 23:10), cuando alzó sus ojos y vio que había venido una gran multitud a su encuentro (Juan 6:5). En el contexto de la celebración pascual judía, de escasez y hambre, de ritualismos vacíos; fiestas de vida convertidas en signos de muerte, Jesús propone el servicio solidario del compartir, que no sólo satisface a todos los presentes, sino que sobreabunda para auxiliar a muchos otros, con el excedente:

"Luego Jesús tomó los panes, dio gracias a Dios y los distribuyó entre la gente. Después hizo lo mismo con los pescados. Y todos comieron cuanto quisieron. Una vez que quedaron satisfechos, Jesús les dijo a sus discípulos: Ahora junten lo que sobró, para que no se desperdicie nada" (Juan 6:11-12). En el lavatorio de los pies, Jesús vuelve a demostrar y a enseñar el verdadero valor del servicio. Una costumbre social, Jesús la transforma en un gesto de solidaridad eficaz. Lo que era un acto, ahora será una actitud arraigada en el subconsciente de sus discípulos.

En el mismo contexto de la pascua, a la hora de cenar (Juan 13:1), mediante la acción de lavarle los pies a sus discípulos, Jesús estaba ins-

tituyendo el ministerio del servicio conciso, evidente, perceptible y measurable, que debían seguir repitiendo sus discípulos: "Les di mi ejemplo para que lo sigan. Hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes" (Juan 13:15).

Con el lavatorio de los pies, Jesús transmite un saber que deben conocer sus discípulos, modifica la costumbre de una simple regla social y hace una suprema revelación divina: "Ahora que saben estas cosas, Dios los bendecirá por hacerlas" (Juan 13:17). Las bendiciones de Dios se esparcen y se cosechan cuando se pone en acción el servicio. Dando es como se recibe, es como se alcanza y se logra más de lo que se posee antes de ayudar.

Muy pronto en los orígenes de la iglesia primitiva, los seguidores y practicantes de la doctrina de Jesús, debieron atender un asunto de servicio en las mesas. La elección de los siete diáconos fue para atender una prioridad visible a los ojos de todos (Hechos 6:1). Aunque Jesús les había encomendado predicar y enseñar la palabra de Dios, los apóstoles discernen con sabiduría, que, sin dejar de ejercer el ministerio de la palabra, había que atender eficazmente una necesidad que se estaba presentando: "Por lo tanto, hermanos, escojan a siete hombres que sean muy respetados, que estén llenos del Espíritu y de sabiduría. A ellos les daremos esa responsabilidad" (Hechos 6:3).

La pronta acción de los apóstoles facilitó que la obra de la iglesia no se detuviera. Como también, de la manera como los líderes de la iglesia aclararon y resolvieron el problema, mediante el servicio vital de las mesas, permitió que la gloria de Dios permaneciera y continuara manifestándose: "Así que el mensaje de Dios siguió extendiéndose. El número de creyentes aumentó en gran manera en Jerusalén, y muchos de los sacerdotes judíos también se convirtieron" (Hechos 6:7).

El servicio vital de las mesas es una señal fehaciente y obvia del querer de Dios, por parte del liderazgo de la iglesia. La desidia en ayudar al necesitado mancha el rostro de Cristo, que es la iglesia. La indiferencia que impide servir a la humanidad, arruga a nuestra comunidad de fe, que es la iglesia.

Es gratificante ver a una iglesia servidora. A sus miembros integrados en propósito de auxiliar a quien pasa necesidad. Es un buen deber y aconsejable no olvidarnos de los pobres y de quienes pasan necesidad.

Precisamente, ayudar a los desvalidos y menos favorecidos de la sociedad fue el encargo que le hicieron los apóstoles, que estaban en Jerusalén, al ministerio del apóstol Pablo: "La única sugerencia que hicieron fue que siguiéramos ayudando a los pobres, algo que yo siempre tengo deseos de hacer" (Gálatas 2:10).

Noveno Examen:

¿De qué se trata el servicio vital de las mesas?

Opción 1 En darle comida a todas las miembros de la iglesia.

Opción 2 Aportar en los diversos eventos de solidaridad social.

Opción 3 De la presencia de Dios en la labor diaria del cristiano.

Opción 4 Hacer obras de caridad y tener ministerios de ayuda.

5.9 El servicio que ayuda al bien social

El servicio es un deber social. Sin embargo, en la actualidad, las entidades rentables y las instituciones lucrativas, quieren aparecer como organizaciones de servicio al bien social. Hay mucha diferencia entre el servicio social y el trueque comercial. Pero en la mentalidad normal de la gente no ve oposición. Se ha vuelto común, que empresas, negocios, compañías y corporaciones usen el término servicio dentro de su lenguaje utilitario y cotidiano.

Hoy día hasta los más honorables y generosos círculos de bondad han cambiado. A través de la historia, muchas asociaciones denominadas sin ánimo de lucro han acumulado gran cantidad de bienes, que sobrepasan en riqueza a cualquier otra entidad de naturaleza comercial. Las organizaciones no gubernamentales (ONGs), también conocidas como sociedades incorporadas, han acumulado tantas posesiones y han aumentado tanto su capital, que ofrecen exorbitantes salarios a sus ejecutivos y a ciertos privilegiados empleados.

Estas organizaciones que, en un comienzo, tenían aspiraciones francas de servir, ahora en sus cuentas bancarias, en infraestructura y funcionamiento, han atesorado gran riqueza y preponderante poder. En la actualidad se habla de solidaridad. En esencia solidaridad es unirnos a otra persona, cuando por sí solo no puede salir de su difícil situación; es ser de apoyo a los menos favorecidos de la humanidad. Sin embargo, el término solidaridad también se ha comercializado. En la academia se enseña economía solidaria. Se le adiestra al educando que solidaridad no es caridad, sino poner en marcha otros mecanismos de control económico de productividad.

Entonces, solidaridad sería poner a funcionar la economía en ciertas relaciones alternativas de trabajo. Se trataría de pensar en la oferta y la demanda de mercados en escalas pequeñas, para competir con los tejidos macroeconómicos. Este sistema de economía solidaria consiste en enseñarle al pobre cómo hacerse rico. Es enfocarse en el cooperativismo, la autogestión y la creación de empresas asociativas, para mover la economía social.

Otro aspecto del aparente servicio social es la caridad, la limosna, la ayuda directa y la atención al necesitado. Es darle a la pobre comida, ropa, ciertas medicinas, humildes viviendas, descontextualizada educación, diversión y esparcimiento. La satisfacción de las necesidades básicas humanas es un derecho de toda persona. Precisamente, entre las inéditas enseñanzas de Jesús Maestro, acentúa el dar como un privilegio. Proveer al necesitado es la medida y el estándar de nuestro comportamiento, para el juicio al final de nuestra existencia terrenal:

"Entonces el Rey dirá a los que estén a su derecha: Vengan, ustedes, que son benditos de mi Padre, hereden el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Pues tuve hambre, y me alimentaron. Tuve sed, y me dieron de beber. Fui extranjero, y me invitaron a su hogar. Estuve desnudo, y me dieron ropa. Estuve enfermo, y me cuidaron. Estuve en prisión, y me visitaron" (Mateo 25:34-36).

Pero satisfacer las necesidades básicas, sólo indican el comienzo para luego llegar al servicio total y verdadero. El principio es básico, pero el final es más exigente. Muy parecido cuando se afirma, que el principio de la sabiduría es el temor a Dios (Proverbios 9:10). El temor del Señor es sólo la base de la sabiduría. Pero hay que continuar y avanzar, ya que el conocer al Santo da por resultado el buen juicio. Nivel superior al que debemos escalar.

Es muy claro y evidente que la presencia de Cristo está en el más necesitado y minusválido de la sociedad, como lo dice el Señor: "Les digo la verdad, cuando hicieron alguna de estas cosas al más insignificante de éstos, mis hermanos, ¡me lo hicieron a mí!" (Mateo 25:40). El servicio que ayuda al bien social es el que está centrado en el sujeto y no en el objeto. Es decir, el servir es una condición interior y es una actitud de esencia espiritual. No es dar, sino darse. No es aportar cosas físicas, sino compartir la esencia natural de la vida.

El servicio no debe quedarse en lo esencial solamente. Pues cuando Jesús afirma que servirle a uno de estos pequeños es servirle a él, es sólo la base, es el principio y el comienzo, para llegar al servicio categorico. Servir es más que dar. El problema es que como nos hemos quedado en la raíz y en el fondo de la dimensión del servicio, sólo hace-

mos el servicio de mantenimiento, de atención y de sostenimiento. El servicio que ayuda al bien social se eleva a la formación de valores para vivir la existencia con calidad y excelencia. Se habla del aprecio multicultural, del fundamento de la fe, de creer y confiar en sí mismo.

El valor supremo del servicio ayuda a vivir con propósitos vitales. Integra a la gran mayoría de personas modestas y humildes en la participación de los hilos invisibles que sostienen a la sociedad. Servir es escuchar las diversas voces de quienes tiene muy poco. Se les facilita aportar ideas, sueños y anhelos. Se incorporan las decisiones de cómo hacer del mundo un lugar de paz, de armonía y de la cotidianidad amorosa y respetuosa de las relaciones mutuas entre los seres humanos. Por eso, si pensamos de verdad en el servicio que ayuda al bien social, nuestro paradigma que hemos tenido hasta el momento sobre el servicio, esa manera de entenderlo cambia. Servir es guardar lealtad, cultivar la amistad, mantener el equilibrio y la serenidad. Servir es desprendimiento pleno y absoluto de lo que tenemos y de lo que somos. Es llegar a la plenitud, a la totalidad. Servicio de ayuda al bien social es ser y permanecer completos. Según el lenguaje bíblico es llegar a ser perfectos: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme" (Mateo 19:21).

Muchas veces se refirió Jesús a la actitud que debe poseer el servidor genuino. Cuando Jesús habló sobre las preocupaciones de la vida diaria, puso el dinero y las posesiones como falsas seguridades. Jesús hizo un llamado a buscar el reino de Dios, por encima de todas las cosas, pues las cosas serían otorgadas como consecuencia de pertenecer a su reinado. Lo físico viene por sí mismo (Lucas 12:31), después de que el Padre entregue en nuestras manos su reino.

Cuando Jesús habló del servicio, lo elevó al estrato y jerarquía del desprendimiento total. Servir es renunciar a lo suyo, y a no adjudicarse nada como propio. Jesús optó por una prosperidad bien asegurada: "Vendan sus posesiones y den a los que pasan necesidad. ¡Eso almacenará tesoros para ustedes en el cielo! Y las bolsas celestiales nunca se ponen viejas ni se agujerean. El tesoro de ustedes estará seguro; ningún ladrón podrá robarlo y ninguna polilla, destruirlo" (Lucas 12:33).

El servicio que ayuda al bien social es despojarse de todo, es evitar la avaricia y jamás caer en la codicia. Servir al bien social, no es dar, sino vivir con lo necesario, para que los demás también tengan acceso a todo lo necesario para vivir. Servir al bien social es no vivir en excesos, como tampoco en carencia y déficit. Es mantener el constante equilibrio de equidad en oportunidades, bienes y servicios para todos.

El servicio de ayuda al bien social es permanente, cotidiano y se convierte en un estilo de vida. Mantiene un estándar de vida continúa. De estabilidad y balance para todas las personas. El servicio ilumina al ser humano a mantenerse en vigilancia militante: "Estén vestidos, listos para servir y mantengan las lámparas encendidas" (Lucas 12:34). Para optar por el servicio que ayuda al bien social hay que hacer una limpieza de mente y corazón, de los paradigmas de egoísmo que rigen la mentalidad moderna. Es liberarse de la esclavitud voraz por las ambiciones de los bienes terrenales:

"Por lo tanto, limpien el interior dando de sus bienes a los pobres, y quedarán completamente limpios" (Lucas 11:41).

Décimo Examen:

¿Cuál es el servicio que ayuda al bien social?

Opción 1 El que permite que los demás posean lo mismo.

Opción 2 El que comparte todo lo que tiene con los pobres.

Opción 3 El que está centrado en el sujeto y no en el objeto.

Opción 4 El que tiene un gran corazón de compartir con todos.

5.10 De las acciones eficientes al servicio eficaz

Es muy diferente la eficiencia a la eficacia. Eficiente es la persona que trabaja duro y consigue pocos resultados. Eficaz es la persona que logra mayores rendimientos con esfuerzos bien organizados. Existe bastante relación entre los recursos utilizados en un proyecto y los logros conseguidos en ese mismo proyecto. Cuando se utilizan menos recursos para lograr un mismo objetivo, se dice que es eficaz.

Es decir, la eficacia consiste en lograr más objetivos con los mismos o menos recursos. Las acciones pueden ser eficientes, pero el servicio debe ser eficaz, el cual va más allá de la simple planeación humana: "No imiten las conductas ni las costumbres de este mundo, más bien dejen que Dios los transforme en personas nuevas al cambiarles la manera de pensar. Entonces aprenderán a conocer la voluntad de Dios para ustedes, la cual es buena, agradable y perfecta" (Romanos 12:2).

Además, la eficacia debe ser coherente con la consecución de metas y objetivos. La eficacia es la medida que califica nuestra capacidad para lograr lo que nos proponemos. Somos eficaces cuando hacemos mejor uso de los recursos, tales como el tiempo, el espacio, la infraestructura, la mano de obra, entre otros. Que, a la luz de la fe, dichos recursos se transforman en valores.

Los valores van más allá de lo físico. Cuando los recursos adquieren la categoría de valor se convierten en formas espirituales. Lo que antes se llamaban recursos ahora es la esencia más profunda, pura y simple del ser humano. Dichos valores determinan lo que uno dice o hace. Convertir, simples recursos en valores es una clave para vivir en el corazón de Dios y se evita actuar por vicios humanos:

"Pues del corazón salen los malos pensamientos, el asesinato, el adulterio, toda inmoralidad sexual, el robo, la mentira y la calumnia" (Mateo 15:19).

De la manera como veamos lo físico o lo material, representa el estado de nuestro espíritu. Por eso, cuando se integran la utilización y el mejor uso de los recursos y la capacidad para alcanzar los objetivos trazados, hay eficacia. Para ser eficaz no basta con lograr una tarea y

desarrollar un proyecto. Es necesario lograr una tarea o proyecto con menos recursos y en el menor tiempo. No sólo como oficio o tarea sólo humana, sino como voluntad y propósito de Dios: "Y sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de los que lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos" (Romanos 8:28). Pero no es que estemos pasivos.

Para alcanzar los objetivos hay que perseguirlos. Por eso, es bien visto cuando se cumple con los plazos acordados, pero hay que hacer la labor bien hecha, buscando siempre excelencia y calidad. Entre otros aspectos, es muy positiva la flexibilidad, siempre y cuando se cumpla con el reglamentado. Muchas veces hay que delegar, pero hay cosas que alguien debe ser responsable y hacerlo por sí mismo.

Pues Dios nos capacita a cada uno, en individual y en particular, para la misión encomendada. Nadie reemplaza a otro. No hay dos espíritus iguales:

"Él nos capacitó para que seamos ministros de su nuevo pacto. Este no es un pacto de leyes escritas, sino del Espíritu. El antiguo pacto escrito termina en muerte; pero, de acuerdo con el nuevo pacto, el Espíritu da vida" (2 Corintios 3:6).

Para ser eficaces en el servicio, hay que entender que la visión a largo plazo guía hacia la meta, pero el trabajo diario conduce a su fin. Es decir, los objetivos y las tareas van juntas. Hay que accionar y ser proactivos, pero muchas veces frente a los imprevistos, se debe tener gran habilidad y reaccionar.

En el ministerio de la iglesia, muchas veces hay que trazar y conseguir objetivos con base a pocos recursos físicos y visibles. Es decir, que, a pesar de contar con pocos recursos, se debe realizar la labor como que si contáramos una gran cantidad de recursos. Pues nuestra planeación se fundamenta está en la visión de Dios:

"Apolos pensaba ir a Acaya, y los hermanos de Éfeso lo animaron para que fuera. Les escribieron a los creyentes de Acaya para pedirles que lo recibieran. Cuando Apolos llegó, resultó ser de gran beneficio para los que, por la gracia de Dios, habían creído" (Hechos 18:27).

Se cuenta con lo que se tiene. Se llevan a cabo los planes con el respaldo de Dios, que siempre estará ahí observando la disposición de nuestro corazón, el cual estará siempre lleno de motivación y convencido del ministerio que nos corresponde desarrollar. El apóstol Pablo trazó sus objetivos y los cumplió, a pesar de las circunstancias. Nunca se dio por vencido cuando las situaciones adversas lo acorralaban:

"Porque no me eché para atrás a la hora de declarar todo lo que Dios quiere que ustedes sepan" (Hechos 20:27).

Al apóstol Pablo la censura, los peligros y las amenazas de muerte, no lo detuvieron en su propósito de propagar la Palabra de Dios, como un servicio eficaz de su ministerio:

"He trabajado con más esfuerzo, me han encarcelado más seguido, fui azotado innumerables veces y enfrenté la muerte en repetidas ocasiones. En cinco ocasiones distintas, los líderes judíos me dieron treinta y nueve latigazos. Tres veces me azotaron con varas. Una vez fui apedreado. Tres veces sufrí naufragios. Una vez pasé toda una noche y el día siguiente a la deriva en el mar. He estado en muchos viajes muy largos. Enfrenté peligros de ríos y de ladrones. Enfrenté peligros de parte de mi propio pueblo, los judíos, y también de los gentiles. Enfrenté peligros en ciudades, en desiertos y en mares. Y enfrenté peligros de hombres que afirman ser creyentes, pero no lo son. He trabajado con esfuerzo y por largas horas y soporté muchas noches sin dormir. He tenido hambre y sed, y a menudo me he quedado sin nada que comer. He temblado de frío, sin tener ropa suficiente para mantenerme abrigado. Además de todo eso, a diario llevo la carga de mi preocupación por todas las iglesias" (2 Corintios 11:23-28).

Como el apóstol Pablo, debemos tener claro que el ministerio de Jesucristo hay que continuarlo. No puede haber nada, ni nadie que lo detenga. Ni las críticas, ni las voces extrañas pueden interrumpir el deseo de lograr los objetivos, pues la ayuda de Dios es aliento en la lucha para conseguir lo que se ha fijado.

El servicio eficaz, va mucho más lejos que la acción eficiente. No somos eficientes, somos eficaces. De nada nos conviene hacer muchas actividades, si no acertamos en el blanco.

Pero si logramos obtener los frutos, al final diremos como el apóstol Pablo: "He peleado la buena batalla, he terminado la carrera y he permanecido fiel" (2 Timoteo 4:7). Se trata de repetir la misma dinámica de Jesús. Desde el comienzo había un plan en la vida de Jesús, no diseñado por estrategias humanas, sino por Dios mismo: "Y tendrá un hijo y lo llamarás Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mateo 1:21).

Fue tanta la certeza que hubo en los primeros cristianos, de que en la misión de Cristo sólo existía el plan divino, que pudieron expresar: "La siguiente declaración es digna de confianza, y todos deberían aceptarla: Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el peor de todos" (1 Timoteo 1:15).

El diseño de Dios nunca se tergiversó, ni fue ambiguo. Los primeros cristianos lo confesaban y lo explicaban muy a menudo:

"Cristo sufrió por nuestros pecados una sola vez y para siempre. Él nunca pecó, en cambio, murió por los pecadores para llevarlos a salvo con Dios. Sufrió la muerte física, pero volvió a la vida en el Espíritu" (1 Pedro 3:18).

El servicio eficaz es la médula esencial de nuestra labor ministerial. Somos servidores en todo momento, a imitación de Cristo: "Pues ni aun el Hijo del Hombre vino para que le sirvan, sino para servir a otros y para dar su vida en rescate por muchos" (Mateo 20:28).

Al final de la vida, al atardecer de nuestra jornada terrenal, viene la recompensa. Cuando traspasemos el umbral de la muerte, el sentido de nuestra vida adquiere un significado trascendente:

"No obstante, lo que sí vemos es a Jesús, a quien se le dio una posición un poco menor que los ángeles; y debido a que sufrió la muerte por nosotros, ahora está coronado de gloria y honor. Efectivamente, por la gracia de Dios, Jesús conoció la muerte por todos" (Hebreos 2:9). Se pasa de las acciones eficientes al servicio eficaz, cuando nuestra labor no es sólo un servicio humanitario, sino una señal del propósito de Dios. Cuando nuestra labor es buena y además es espiritual.

Nuestro servicio eficaz, aunque es físico, tiene un valor espiritual. Por eso los siete servidores de las mesas (Hechos 6:2), se les escogió

por su calidad espiritual (Hechos 6:3). Aunque era un servicio tangible, su misión de predicar y extender la Palabra no se esfumó (Hechos 6:8). Nuestro servicio eficaz debe ser material y visible, pero con la esencia de llevar el mensaje evangelizador de salvación:

"Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para enseñarnos lo que es verdad y para hacernos ver lo que está mal en nuestra vida. Nos corrige cuando estamos equivocados y nos enseña a hacer lo correcto. Dios la usa para preparar y capacitar a su pueblo para que haga toda buena obra" (2 Timoteo 3:16-17).

No sólo somos filantrópicos, altruistas y humanitarios. Aunque demos el pan físico y atendamos necesidades vitales humanas, nuestro ministerio tiene que ver con la extensión del reino de Dios, a través de su Palabra:

"Pues la palabra de Dios es viva y poderosa. Es más cortante que cualquier espada de dos filos; penetra entre el alma y el espíritu, entre la articulación y la médula del hueso. Deja al descubierto nuestros pensamientos y deseos más íntimos. No hay nada en toda la creación que esté oculto a Dios. Todo está desnudo y expuesto ante sus ojos; y es a él a quien rendimos cuentas" (Hebreos 4:12-13).

Hay que hacer las cosas con destrezas y producir los efectos deseados. Nuestro deber es ser eficientes y eficaces. ¿Qué es una iglesia eficaz? Es una que logra hacer la tarea que Dios ha dado a las iglesias: la gran tarea de llevar el evangelio a todo el mundo: "Como ven, no andamos predicando acerca de nosotros mismos. Predicamos que Jesucristo es Señor, y nosotros somos siervos de ustedes por causa de Jesús" (2 Corintios 4:5).

Décimo primero Examen:

¿Cuándo se pasa de las acciones eficientes al servicio eficaz?

Opción 1 Cuando obtenemos excelentes resultados y ganancias.

Opción 2 Cuando nuestra labor es buena y además es espiritual.

Opción 3 Cuando se trabaja duro y se logran todos los objetivos.

Opción 4 Cuando usamos los mejores recursos y se logran metas.

5.11 Áreas funcionales del servicio

Servicio es toda labor o acción que se hace en beneficio de otro, sin ánimo de lucro. Quien sirve no busca intereses propios y renuncia a los dividendos personales. Aunque parezca extraño, servir es privilegiar a los demás. Existen diversas áreas donde mejor funciona el servicio. Pues en algunos aspectos y criterios de la vida, el servicio es sólo un disfraz que disimula el egocentrismo de quien pretende ayudar. Las áreas funcionales del servicio no se bastan así mismas, por sí solas y separadas, si queremos cumplir con el verdadero servicio. Las áreas del servicio son complementarias.

Las siguientes son las principales áreas funcionales del servicio:

1. *Área de productividad.* Hay quienes valoran el servicio sólo por los objetivos y los resultados. En las políticas de casi toda organización se afirma que la entidad no existe para sí misma, sino para alcanzar objetivos y producir resultados. Socialmente la labor de está enfocada, estructurada y orientada en función de su rendimiento. En una mentalidad de productividad la excelencia del servicio se enfoca en los efectos. Pero en el servicio cristiano verdadero y genuino, el énfasis está puesto es en la voluntad y el propósito de Dios:

"Les digo la verdad, el grano de trigo, a menos que sea sembrado en la tierra y muera, queda solo. Sin embargo, su muerte producirá muchos granos nuevos, una abundante cosecha de nuevas vidas" (Juan 12:24). Pues según el criterio de Jesús, el dar es más valioso que el almacenar.

Cuando una persona pensó en asegurar su vida mediante el área de la productividad, Dios le previene: "Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?" (Lucas 12:20).

Medir el servicio por los simples resultados no alcanza la medida de Dios. El apóstol Pablo, en las instrucciones que le proporciona a su discípulo Timoteo, le dice que enseñe y persuada el recto juicio de la vida y la convivencia humana: "Enséñales a los ricos de este mundo que no sean orgullosos ni que confíen en su dinero, el cual es tan ines-

table. Deberían depositar su confianza en Dios, quien nos da en abundancia todo lo que necesitamos para que lo disfrutemos" (1 Timoteo 6:17). El desprendimiento es más fructífero que el esperar recibir para tener más. En la enseñanza de Jesús Maestro perder es ganar, soltar y dejar ir es más que recibir:

"Los que aman su vida en este mundo la perderán. Los que no le dan importancia a su vida en este mundo la conservarán por toda la eternidad" (Juan 12:25).

2. *Área de inversión y costos.* Cuando María tomó el frasco de un valioso perfume y le ungió los pies a Jesús. La mente adquisitiva de Judas hizo cálculos pensando en los gastos y no en la inversión. Judas con razón y buen juicio comercial afirmó:

"Ese perfume valía el salario de un año. Hubiera sido mejor venderlo para dar el dinero a los pobres" (Juan 12:5). A Judas se le olvidó los parámetros y la diferencia entre inversión y gastos.

Su propuesta no favoreció la integración, la interacción y el análisis global. Sólo valoró la autogestión y la toma de decisiones, que son actitudes domesticadoras. La ilustración del perfume demuestra que no siempre quien enfatiza en gastos y costos piensa en el servicio. Pues el evangelista Juan aclara lo que hay en la mente del empresario Judas:

"No es que a Judas le importaran los pobres; en verdad, era un ladrón y, como estaba a cargo del dinero de los discípulos, a menudo robaba una parte para él" (Juan 12:6). Jesús que conoce las intenciones de cada uno y lo que hay en el corazón (Juan 2:24), advirtió que no siempre fijar el propósito en los gastos y en los costos es coherente con el servicio.

Los objetivos y los valores visualizados por la organización no siempre están de acuerdo con el querer de Dios. Jesús Maestro definió y expresó lo que debía hacer el malvado Judas: "Déjala en paz. Esto lo hizo en preparación para mi entierro. Siempre habrá pobres entre ustedes, pero a mí no siempre me tendrán" (Juan 12:7-8). Lo importante es hacer lo correcto. Y lo adecuado y propio es estar primero en paz con Dios.

3. *Área de los contenidos.* Pensamos que quien da más está dando más. Es una actitud académica y magisterial. En nuestro contexto humano, quien más da es quien tiene la palabra y quien guía, visualiza y orienta. En la sociedad el que posee y aporta más, tiene mayores acciones y por lo tanto puede y se le permite prescribir y poner normas. Escoge el contenido del servicio, es el que más sabe lo que la gente necesita, de acuerdo con sus gustos personales, sin contar con las verdaderas prioridades de las personas.

En una sociedad que evalúe su sanidad ciudadana por los simples contenidos es una sociedad manipuladora y manipulada. Quienes dirigen los destinos de la humanidad. Quienes reciben obtiene la ayuda física con obediencia mental. Lo que reciben es en forma de depósito, no hay conciencia, no saben los objetos del proceso. Mucho menos el dar más significa que la persona lo está entregando todo.

Dios nos pide todo lo mejor de cada uno de nosotros. Por eso, Jesús Maestro les llama la atención con la siguiente observación a quienes están enfatizando sólo los contenidos del servicio:

"Les digo la verdad, esta viuda pobre ha dado más que todos los demás que ofrendan. Pues ellos dieron una mínima parte de lo que les sobraba, pero ella, con lo pobre que es, dio todo lo que tenía para vivir" (Marcos 12:43-44).

En conclusión, las tres áreas funcionales son importantes y hacen parte de un proceso integral. Por separado cada área es fatal en lo referente a servir. Si queremos ser eficientes y eficaces en el servicio, se debe contar con todas las áreas funcionales del servicio.

Décimo segundo Examen:

¿Cuáles son las principales áreas funcionales del servicio?

Opción 1 Crear centros sin ánimo de lucro que produzcan ganancias.

Opción 2 Colaborar con los pobres y los marginados de la sociedad.

Opción 3 De productividad, de inversión y costos, de los contenidos.

Opción 4 Proyectos, objetivos y resultados que produzcan beneficios.

5.12 El servicio asistencial urgente

El servicio es la ayuda desinteresada que alguien le presta a quien lo necesita. La persona, el grupo o la comunidad es la célula receptiva del servicio. En algunos ámbitos, sectores de pensamiento y hacedores de solidaridad, se afirma que es mejor enseñar a pescar que dar el pescado. Dicha afirmación se ha vuelto un dicho popular creíble.

Sin embargo, muchas veces dar el pan o el pescado es el comienzo de un servicio, que a la larga termina siendo eficiente y eficaz. Es el final de una muerte anunciada y el principio de una progresiva prosperidad de sobreabundancia inesperada. Cuando Jesús sanaba, hacía la curación sin enseñarle al paciente cómo lo había tratado, ni le mostraba la fórmula, ni esperaba que el enfermo aprendiera el proceso de sanidad. Jesús servía porque su misión era servir (Marcos 10:45).

Jesús se presenta como el adecuado prototipo y ejemplar paradigma para nuestra auténtica identidad cristiana (Juan 13:15). El servicio efectivo es inmediato y a tiempo. Es hacerse cargo de una situación presente, que se tiene al frente. A veces es una prioridad súbita, fortuita, inesperada y hasta impensada.

El servicio debe ser aquí y ahora. En el tiempo terrenal de Jesús, quienes acudían a él no siempre parecía recibir la ayuda inmediata, pero al final nadie se iba vacío y sin una respuesta evidente de alivio para su necesidad. Sucedió con la mujer sirofenicia, que su situación parecía no impresionar al Maestro (Mateo 15:22-24). Sólo después de pasar por la humillación y una tremenda desesperación, Jesús actuó a su favor (Mateo 15:28).

Algo parecido aconteció con el ciego, quien tuvo que gritar muchas veces, superar los obstáculos de quienes querían acallar su voz, pero al final Jesús se detuvo a sanarlo (Lucas 18:38-40). Con su amigo Lázaro, a quien Jesús amaba y por quien lloró su muerte (Juan 11:35), su auxilio pareció tardar (Juan 11:4), pues hasta las mismas hermanas de Lázaro se quejaron por su tardanza. Marta primero (Juan 11:21) y luego María le hacen la misma interpelación (Juan 11:32). Pero al final se impuso el servicio asistencial urgente.

Así que no hay duda de que el servicio haya que prestarlo en el momento preciso y en el lugar adecuado. Como sucedió con el buen samaritano. De manera imprevista y espontánea este viajero actuó con un servicio asistencial urgente:

"Entonces pasó un samaritano despreciado y, cuando vio al hombre, sintió compasión por él. Se le acercó y le alivió las heridas con vino y aceite de oliva, y se las vendó. Luego subió al hombre en su propio burro y lo llevó hasta un alojamiento, donde cuidó de él. Al día siguiente, le dio dos monedas de plata al encargado de la posada y le dijo: Cuida de este hombre. Si los gastos superan esta cantidad, te pagaré la diferencia la próxima vez que pase por aquí" (Lucas 10:33-35).

Quienes asaltaron y robaron y maltrataron al peregrino actuaron con codicia. La codicia es el vicio en contra del mandato de no apropiarse de los bienes de los otros (Éxodo 20:17). Jesús, no solamente rechaza la codicia, sino que enseñó la práctica de la milla extra (Mateo 5:41-43), instrucción que los primeros cristianos apreciaron y ejercieron con frecuencia:

"Sufrieron junto con los que fueron metidos en la cárcel y, cuando a ustedes les quitaron todos sus bienes, lo aceptaron con alegría. Sabían que en el futuro les esperaban cosas mejores, que durarán para siempre" (Hebreos 10:34)

En el fatal acontecimiento donde actuó muy bien el samaritano, el levita y el sacerdote procedieron como viles avaros (Lucas 10:31-32). Pensaron en ellos mismos, no en quien estaba mal herido. Pusieron primero el precepto religioso de la contaminación y no usaron el juicio transformador de Jesús, mediante el valor universal de la caridad.

A excepción del samaritano, ninguno actuó a imagen y semejanza de Dios amor (1 Juan 4:8), mediante el servicio sincero y generoso. Con sus actitudes negaron que el servicio al prójimo es un valor prioritario para heredar la vida eterna (Lucas 10:1).

El servicio asistencial urgente es proceder de la misma forma como actuó el buen samaritano (Lucas 10:37). Hay que servir siempre con amor desinteresado. Quien sirve, sirve. Quien no sirve, no sirve. Pues el uso permanente de la misericordia es el fruto de nuestra fe y es

también lo que nos identifica ante el mundo como discípulos de Jesús: "Así que ahora les doy un nuevo mandamiento: ámense unos a otros. Tal como yo los he amado, ustedes deben amarse unos a otros. El amor que tengan unos por otros será la prueba ante el mundo de que son mis discípulos" (Juan 13:34-35).

A través de la parábola del buen samaritano Jesús expuso la regla total y completa de su doctrina. El amor se personifica y se concreta en el necesitado, en quien uno se encuentra por casual, quienquiera que sea. Así lo hicieron los primeros seguidores de Jesús.

En los comienzos de la primera comunidad cristiana la norma era que ninguno pasara necesidad (Hechos 4:34). A medida que se fue extendiendo el cristianismo el servicio asistencial urgente fue una práctica muy frecuente. Fue la acción del amor a los hermanos espirituales, lo que motivó al apóstol Pablo a organizar las colectas entre las congregaciones de Acaya, Galacia, Macedonia y el distrito de Asia, para beneficiar a quienes pasaban necesidad en Jerusalén:

"Ahora bien, consideremos la pregunta acerca del dinero que se está juntando para el pueblo de Dios en Jerusalén. Deberían seguir el mismo procedimiento que les di a las iglesias de Galacia. El primer día de cada semana, cada uno debería separar una parte del dinero que ha ganado. No esperen hasta que yo llegue para luego tratar de reunirlo todo de golpe. Cuando yo vaya, escribiré cartas de recomendación para los mensajeros que ustedes escojan como encargados de entregar su ofrenda en Jerusalén" (1 Corintios 16:1-3).

Pablo no sólo pensó en enseñar a pescar, también se preocupó por dar el pescado. Las iglesias de Macedonia son un referente del servicio asistencial urgente. El apóstol Pablo especifica que, aunque eran iglesias probadas con muchas aflicciones y muy pobres, desbordaban en generosidad con gran alegría:

"Pues puedo dar fe de que dieron no sólo lo que podían, sino aún mucho más. Y lo hicieron por voluntad propia. Nos suplicaron una y otra vez tener el privilegio de participar en la ofrenda para los creyentes de Jerusalén" (2 Corintios 8:3-4).

El apóstol Pablo instruyó muy bien a los miembros de las congregaciones que él había implantado. Les había presentado excelentes razones para cultivar una actitud generosa. Pues se trataba de imitar la generosidad de Jesús Maestro (2 Corintios 8:9). Por eso, con propiedad les notifica:

"Cada uno debe decidir en su corazón cuánto dar; y no den de mala gana ni bajo presión, porque Dios ama a la persona que da con alegría" (2 Corintios 9:7).

No se le obliga nadie a dar más allá de sus posibilidades. En la simpleza de la vida cristiana, los primeros creyentes fueron ejercitados en la disposición permanente de ayudar a los más necesitados. Pablo corrobora dicha actitud, cuando se dirige a los cristianos de Corintio por segunda vez:

"En realidad, no necesito escribirles acerca del ministerio de ofrendar para los creyentes de Jerusalén. Pues sé lo deseosos que están de ayudar" (2 Corintios 9:1-2).

Como era norma común practicar el servicio asistencial urgente, Pablo atiende con convicción la petición que le hicieron los apóstoles, quienes eran considerados columnas de la iglesia (Gálatas 2:9), en la reunión en Jerusalén, catorce años después de su conversión: "La única sugerencia que hicieron fue que siguiéramos ayudando a los pobres, algo que yo siempre tengo deseos de hacer" (Gálatas 2:10).

Al comienzo del cristianismo se entendió muy bien el valor del servicio asistencial urgente, como vínculo de fraternidad humana. Había en cada donante el espíritu de unidad y amistad con los demás.

Por lo tanto, la ayuda es mutua. Quien da y quien recibe se benefician por igual. Quien recibe también está dando y aportando. Viven engañados y en una falacia quienes piensan que cuando dan no están recibiendo nada. Los receptores del servicio asistencial urgente no son una carga, ni mucho menos abusones de la sociedad. El apóstol Pablo, expone con claridad la doble función de beneficio entre quienes dan y quienes reciben:

"Pues, les cuento, los creyentes de Macedonia y Acaya con entusiasmo juntaron una ofrenda para los creyentes de Jerusalén que son

pobres. Lo hicieron con gusto porque se sienten en deuda con ellos. Dado que los gentiles recibieron las bendiciones espirituales de la Buena Noticia por parte de los creyentes de Jerusalén, sienten que lo menos que pueden hacer por ellos a cambio es ayudarlos económicamente" (Romanos 15:26-27).

Así que de ahora en adelante hay razones para poner a funcionar el servicio asistencial urgente, aunque encontremos oposición al dar el pescado. Pablo, posiblemente fue acusado de aprovecharse de lo que iba a recaudar, por eso se le malogró el primer intento (2 Corintios 8:20-21), luego reanimó a completar la colecta (2 Corintios 8:10-11) y después llevó la ayuda, acompañado de testigos (Hechos 20:4).

Contra viento y marea, entre controversias, lo importante fue que el apóstol Pablo, al final logró el cometido de practicar el servicio asistencial urgente.

Décimo tercer Examen:

¿De qué se trata el servicio asistencia urgente?

Opción 1 Proceder de la misma forma como actuó el buen samaritano.

Opción 2 Practicar la ley de enseñar a pescar en vez de dar el pescado.

Opción 3 Una modalidad de ayudar a los marginados de la sociedad.

Opción 4 Practicar la norma universal de dar, sin esperar recompensa.

5.13 El servicio es medible y evaluable

La definición común del término medible es algo que se puede medir. Por supuesto, la expresión evaluable es lo que se puede determinar y calcular su valorar significativo. El servicio medible no es imaginario, ni simplemente se queda en la buena intención de quien podría prestar ayuda. Por su parte, en la evaluación del servicio se aprecia y se mira con buenos ojos el mérito de quien brinda la cooperación.

En una ocasión, Jesús hizo la siguiente oración: "Oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, gracias por esconder estas cosas de los que se creen sabios e inteligentes, y por revelárselas a los que son como niños" (Mateo 11:25). Es una evidente expresión de que Dios actúa en concreto y no en teoría. Aunque todos somos imagen de Dios (Génesis 1:27), de todos modos, Dios distingue y diferencia a unos de otros. De la misma manera el servicio debe priorizar a sus beneficiarios.

Lo mismo sucedió con el servicio de Cristo. Aunque su obra favorecía a todo el mundo (1 Juan 4:14), sólo muchos, y no todos, son quienes reciben la remisión de los pecados (Mateo 26:28), y al final serán apartados unos de otros (Mateo 25:32). Hay condiciones para recibir la redención. Aunque es para todos, las personas para recibir la salvación deben creer (Juan 3:16).

Para recibir el regalo de la vida eterna, es necesario que las personas comprendan, reconozcan y confíen en Cristo Salvador:

"Es por eso por lo que trabajamos con esmero y seguimos luchando, porque nuestra esperanza está puesta en el Dios viviente, quien es el Salvador de toda la humanidad y, en especial, de todos los creyentes" (1 Timoteo 4:10). Jesús es la Palabra de Dios, que se encarnó y habitó entre nosotros (Juan 1:14). La presencia de Jesús en la tierra no fue conceptual. Jesús vino a prestar un servicio presencial, físico y palpable: "Cristo murió y resucitó con este propósito: ser Señor de los vivos y de los muertos" (Romanos 14:9).

La labor de Jesús no fue abstracta, ni tampoco indeterminada. Lejos de ser un servicio teórico, fue una acción muy práctica y corporal a favor nuestro. Se trató de padecer, morir y resucitar, para darnos la sal-

vación: "Tal como Dios nuestro Padre lo planeó, Jesús entregó su vida por nuestros pecados para rescatarnos de este mundo de maldad en el que vivimos" (Gálatas 1:4).

Además, Jesús fue muy consciente de su misión. Su comportamiento y sus palabras son de un verdadero y auténtico servidor. Teniendo conciencia de ser Hijo de Dios, a quien llamó Abba (14:36), se despojó de su condición divina (Filipenses 2:6-8) y él mismo proclamó como iba a ser su insuperable servicio a favor de la humanidad:

"A partir de entonces, Jesús empezó a decir claramente a sus discípulos que era necesario que fuera a Jerusalén, y que sufriría muchas cosas terribles a manos de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los maestros de la ley religiosa. Lo matarían, pero al tercer día resucitaría" (Mateo 16:21).

La misión que se le encomendó a Jesucristo es medible y evaluable en la manifestación de sus frutos (Mateo 7:16). Por eso, al final de su ministerio Jesús mostró una evidente actitud de contentamiento, por el honesto desempeño de su trabajo, y por haber terminado su labor: "Yo te di la gloria aquí en la tierra, al terminar la obra que me encargaste" (Juan 17:4).

Fue tan evidente la evaluación que Jesús hizo de su labor, que pudo medir las consecuencias. Después de resucitar y ante sus alegres, asombrados y sorprendidos apóstoles, Jesús hace una valoración y apreciación del cumplimiento de su cometido:

"Cuando estaba con ustedes antes, les dije que tenía que cumplirse todo lo escrito acerca de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos" (Lucas 24:44).

El servicio de Jesús fue medible, porque pudo comparar, observar y determinar su dimensión de un antes de su muerte y un después de resucitar. El servicio debe dimensionarse, ya sea por la cantidad o la calidad de las actitudes y de las acciones, tanto de quienes prestan el servicio, como de los receptores de la ayuda. Cuando se presta un servicio a favor de alguien, esa acción produce resultados que se pueden identificar y medir, bien sea por sus dificultades, los acontecimientos físicos que sucedan o por la frecuencia con la que se registren los hechos.

En el servicio hay metas y objetivos, que muchas veces van más allá de esperar resultados numéricos y cuantificables. Pero siempre el servicio es una acción que se puede medir y evaluar, si en verdad es eficaz. La misma Palabra de Dios, manifiesta el preciso y determinado poder de su actuación:

"Pues la palabra de Dios es viva y poderosa. Es más cortante que cualquier espada de dos filos; penetra entre el alma y el espíritu, entre la articulación y la médula del hueso. Deja al descubierto nuestros pensamientos y deseos más íntimos" (Hebreos 4:12).

En todo servicio, para que se pueda medir y evaluar, entra la capacidad de los agentes, la formación adecuada y los recursos necesarios que garantizan alcanzar las metas. Cuando se proyecta un ministerio de servicio, el tiempo, los materiales, el dinero y los demás recursos son fundamentales. Toda labor de servicio que se pueda medir y evaluar es encomiable:

"¿Quién comenzaría a construir un edificio sin primero calcular el costo para ver si hay suficiente dinero para terminarlo? (Lucas 14:28).

Por eso, el servicio social no es sólo una espontánea inspiración aislada de alguien en una congregación. Ni tampoco son únicamente propósitos intelectuales y cognitivos. Son proyectos eminentemente prácticos, dirigidos a la persona, al grupo o a la comunidad afectada por alguna situación de deterioro y de signos de muerte.

Por eso, hay que contar con la formación de líderes, de personas que adquieran habilidades y conocimientos necesarios para alcanzar los objetivos del servicio.

Los agentes del servicio deben desarrollar conocimientos y destrezas entre las personas que necesitan la ayuda para generar el cambio.

El servicio es medible y evaluable porque es un proceso permanente de compromiso social. La asistencia social y la promoción humana son las variables de la efectividad del desarrollo integral de la humanidad.

Por eso, Jesucristo les dio poder y autoridad a sus discípulos. El propósito era que transformaran a las personas y a los entornos de des-

trucción, en ambientes de vida. Por lo tanto, los discípulos de Jesús debían ir a las regiones muy bien capacitados y equipados:

"Jesús reunió a sus doce discípulos, y les dio poder para sanar enfermedades y autoridad sobre todos los demonios. Luego los envió a anunciar las buenas noticias del reino de Dios y a sanar a los enfermos" (Lucas 9:1-2).

Entre los enviados de Jesús se halla la autoridad y el poder para gestionar y administrar el servicio. Jesús delegó a sus discípulos responsabilidades y los equipó con lo necesario para ejercer su misión. Como los discípulos estaban preparados para la misión, triunfaron. Al regreso los apóstoles venían contentos y victoriosos porque habían cumplido con la misión que Jesús Maestro les confió:

"Cuando los setenta y dos discípulos regresaron, le informaron llenos de alegría: ¡Señor, hasta los demonios nos obedecen cuando usamos tu nombre!" (Lucas 10:17). Este mismo entrenamiento se siguió haciendo a lo largo de la historia de la iglesia. Pablo escogió a Timoteo de entre sus discípulos y lo llevó con él (Hechos 16:1-3). Lo mismo sucedió con Tito, quien fue considerado su hijo en la fe (Tito 1:4) y a quien llevaba en sus viajes relevantes (Gálatas 2:1-2).

Jesús tampoco sirvió sólo (Marcos 13:3). Sus discípulos fueron de dos en dos (Lucas 10:1) y Pablo buscó siempre ayuda y colaboración de otros miembros del equipo y de otras personas o de iglesias que se unieron a su proyecto evangelizador. Sólo en el saludo final de la carta a los Romanos, el apóstol Pablo menciona a 16 colaboradores (Romanos 16:1-27). Fue un hombre de relaciones que supo involucrar a otros en el ministerio apostólico.

Pablo escogió a hombres y mujeres, casados y solteros, ricos y esclavos, de origen judío y entre los gentiles, como compañeros de su misión. A todos sus colaboradores los trata con amor y respeto, como verdaderos hermanos y hermanas indispensables para la misión (Romanos 16:13). Por su labor bien organizada y planeada, el apóstol Pablo pudo medir y evaluar los resultados de su misión (1 Corintios 4:9-13). Constató que se podía vencer en la lucha por evangelizar a la humanidad, a pesar de las controversias (2 Corintios 4:7-10). Su servicio

lo pudo medir, evaluar y hacer comparaciones con otros servidores (2 Corintios 11:23-29).

Al igual que el apóstol Pablo, nosotros debemos servir con visión, pasión y dedicación. Debemos hacer nuestras las recomendaciones que le hace a su discípulo Timoteo: "Predica la palabra de Dios. Mantente preparado, sea o no el tiempo oportuno. Corrige, reprende y anima a tu gente con paciencia y buena enseñanza" (2 Timoteo 4:2). Si actuamos con propósito, podemos medir y evaluar los resultados del servicio evangelizador.

Décimo cuarto Examen:

¿Por qué el servicio es medible y evaluable?

Opción 1 Porque se puede saber la cantidad de ayuda que se da.

Opción 2 Porque es un proceso permanente de compromiso social.

Opción 3 Porque se busca derrotar la marginación con ayuda social.

Opción 4 Porque se pueden hacer planes de desarrollo en comunidad.

6. KOINONÍA:

La popular Koinonía es una expresión muy conocida en el ámbito cristiano. Expresa la comunión entre personas. Es la comunión eclesial. También es la común unidad entre los miembros de la Iglesia y Dios. Cuando se vive en koinonía, es cuando aparece visible la Iglesia. Pues estar en comunión unos con otros, formando el cuerpo de Cristo en su Iglesia, se evidencia la estructura de la Iglesia.

La koinonía tiene un carácter social, en la cotidianidad de la vida diaria, en sus diversos ambientes y en la variedad de dimensiones, ya sea en lo social, político, económico, familiar, gremial, grupal, sexo, raza, cultural, entre muchos más sectores del entorno. Acercándonos al lenguaje griego, koinonía es sinónimo de "eiréne", que significa paz. De "symphonía", que es unanimidad. De "homopsychía", que es concordia. De "homónoia" que traduce unidad.

Cuando vino el Espíritu Santo "estaban todos unánimes juntos"(Hechos 2:1). Precisamente el Espíritu Santo actúa cuando no se le pone obstáculo: "Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación" (1 Corintios 14:26). Comulgar con Cristo es, por su misma esencia, comulgar unos con otros. Ya no somos los unos junto a los otros, cada uno por sí mismo. Sino que cada uno de los otros que comulgan es para mí, por decirlo así, "hueso de mis huesos y carne de mi carne" (Génesis 2:23).

La Iglesia no nace como una simple federación de comunidades. Nace a partir del único pan, del único Señor; y a partir de él es desde el inicio y en todas partes una y única, el único cuerpo, que deriva de un único pan: "Cuando bendecimos la copa en la Mesa del Señor, ¿no participamos en la sangre de Cristo? Y, cuando partimos el pan, ¿no participamos en el cuerpo de Cristo? Aunque somos muchos, todos comemos de un mismo pan, con lo cual demostramos que somos un solo cuerpo" (1 Corintios 10:16-17). Se confirma que el "pan" es el nuevo maná, que Dios nos da (Juan 6:32-33). Es para todas las personas el único y el mismo Cristo. Verdaderamente el único e idéntico Señor es a quien recibimos en la eucaristía.

En la santa cena, Jesús se nos presenta como el pan de vida (Juan 6:36), con la garantía de que si lo comemos vamos a tener vida, pues él es la vida eterna y nos resucitará en el último día (Juan 6:54). Koinonía es la fuerza que conserva, acrecienta y renueva la gracia. Dios mismo nos da la potencialidad de crecer cuando nos convierte en nuevas criaturas (2 Corintios 5:17). Por eso, la gracia no es estática, hay que hacerla crecer: "En cambio, crezcan en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. ¡A él sea toda la gloria ahora y para siempre! Amén" (2 Pedro 3:18)

La koinonía más que simplemente entenderla hay que vivirla, pues sigue siendo un misterio profundo del buen vivir. Es el misterio transparente, pero sólido del amor, que se manifiesta en la unidad que produce el Espíritu Santo:

"¿No se dan cuenta de que su cuerpo es el templo del Espíritu Santo, quien vive en ustedes y les fue dado por Dios? Ustedes no se pertenecen a sí mismos, porque Dios los compró a un alto precio. Por lo tanto, honren a Dios con su cuerpo" (1 Corintios 6:19-20).

El cuerpo es la exteriorización de lo que hay en el interior (Mateo 12:34). Hay que alabar a Dios (Salmo 135:1-2) y ser adoradores en espíritu y en verdad (Juan 4:24). Por eso hay que cuidar nuestro cuerpo, de la misma forma hay que cuidar a la iglesia: "Nadie odia su propio cuerpo, sino que lo alimenta y lo cuida tal como Cristo lo hace por la iglesia. Y nosotros somos miembros de su cuerpo" (Efesios 5:29-30).

La koinonía es el alma de la fe. Es el prontuario de todo el propósito de la iglesia a través de los siglos, el cual es ser sacramento de salvación, en el sentido de que el único fin de la existencia de la iglesia, a través de la historia, es para salvación (Marcos 16:16).

La iglesia es quien proporciona la posibilidad de nacer del agua y del espíritu, como única posibilidad para entrar al reino de Dios (Juan 3:5). Lo que significa que la salvación viene de Cristo, quien es la cabeza, a través de su cuerpo que es la iglesia (Colosenses 2:18-19).

Cristo es quien nos acoge y nos asume en sí mismo y para él. No somos nosotros los que asimilamos el pan, sino que es Cristo quien nos asimila a nosotros. Por eso, llegamos a configurarnos a Cristo, como dice Pablo. Nos hacemos miembros de su cuerpo. La comunión de sangre es también inserción en la dinámica de esta vida, de la "sangre derramada". Dinamización de nuestra existencia, gracias a la cual puede convertirse en un ser para los otros, como podemos verlo con evidencia ante nosotros en el corazón abierto de Cristo.

Todos somos arrancados de nuestra individualidad cerrada e insertados en una más grande: en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, en la cual, unidos entre nosotros, hechos idénticos, nos convertimos en miembros los unos de los otros de Cristo. La comunión con Jesús se convierte en comunión con Dios mismo, comunión con la luz y con el amor; se transforma así en vida recta, y todo esto nos une los unos a los otros en la verdad. Sólo si consideramos la comunión con esta profundidad y amplitud tenemos algo que decirle al mundo:

"Te pido que todos sean uno, así como tú y yo somos uno, es decir, como tú estás en mí, Padre, y yo estoy en ti. Y que ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste" (Juan 17:21).

La Iglesia es una, no por un gobierno centralista, ni tampoco se identifica con un gobierno federalista. La unidad la proporciona Cristo. Unidad que no es simple unidad humana. Por eso, nuestra vida entregada totalmente a Cristo nos lleva a servirle en el mundo:

"Tenía hambre y me disteis de comer, tenía sed y me disteis de beber; estaba desnudo y me vestisteis; estaba enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme" (Mateo 25:35-36). El Verbo hecho

carne, es un don de una "koinonia", comunión, con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1 Juan 1:37). Se trata de una verdadera comunión con el Dios vivo para tener vida en el Verbo de la vida. Koinonía es una comunión recíproca: "Si andamos en la luz, como él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros" (1 Juan 1:7).

Primer Examen:

¿Qué es koinonía?

Opción 1 Es mantener buenas relaciones humanas sin conflicto.

Opción 2 Es estar siempre juntos y trabajar unidos con propósito.

Opción 3 Es la uniformidad que hay entre gente del mismo oficio.

Opción 4 Es la fuerza que conserva, acrecienta y renueva la gracia.

6.1 La unidad es mucho más que estar juntos

Unidad es la totalidad y la plenitud de significado con sentido completo. Unidad es lo indivisible. La unidad en la iglesia es la conservación de la esencia y de la integridad, en la diversidad de dones, funciones y ministerios (1 Corintios 12:4). Cuando se habla de unidad se hace referencia a cooperar, participar y laborar en equipo usando medios diferentes sin fragmentar, ni alterar el fin de la organización. Es mantenerse en uno, conservando su propósito, como imploró Jesús en la oración de intercesión:

"Te pido que todos sean uno, así como tú y yo somos uno, es decir, como tú estás en mí, Padre, y yo estoy en ti. Y que ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste" (Juan 17:21). Si el mundo cree en Jesús, es porque los cristianos se han mantenido unidos. Pero dicha unidad no es fruto del singular esfuerzo de los cristianos. Los medios humanos no sustentan la unidad. La unidad es un don de Dios en Jesús, quien está siempre con nosotros (Mateo 28:20), al igual que el Espíritu Santo (Juan 14:17).

Por lo tanto, la unidad no sólo es permanecer juntos; ni unidos o amarrados. Unidad tampoco es unanimidad o consenso. No es una ideología, como la democracia, el socialismo, ni el comunismo; no es doctrina política, ni acuerdos económicos. Unidad es mucho más que estar juntos, porque cada individuo del grupo conserva la misma esencia. A pesar de las individualidades personales, todos en el equipo conforman el mismo espíritu.

Cuando los primeros creyentes de Jesús fueron llenos del Espíritu Santo, se hallaban en unidad unas 120 personas (Hechos 1:15). Dicha unidad se encontraba sostenida por los siguientes componentes: en un lugar, estaban todos, unánimes, juntos (Hechos 2:1). El hecho de estar, unánimes y juntos, no fue un criterio de unidad eventual, ni aislado, entre los primeros cristianos, sino una actitud constante y consciente. Por eso, eligieron a Matías, en reemplazo de Judas, para estar completos (Hechos 1:25).

El deseo de unidad no era un empeño esporádico. La unidad era una búsqueda incesante y persistente entre los primeros cristianos: "Todos se reunían y estaban constantemente unidos en oración junto con María, la madre de Jesús, varias mujeres más y los hermanos de Jesús" (Hechos 1:14). La unidad les permitía animarse unos a otros y aprender los unos de los otros. Por la unidad alcanzarían los propósitos que Jesús les había encomendado: anunciar el evangelio (Marcos 16:15), enseñar las doctrinas de su Maestro (Mateo 28:19-20), ser testigos (Lucas 24:48) y mantener el seguimiento vivo de Jesús (Juan 21:19).

Porque estaban seguros de los resultados que produce la unidad, era había una estrecha comunión entre los creyentes. Los encuentros entre los apóstoles y discípulos eran continuos, compartían de lo que tenían y se incrementaba el número de los congregantes: "Adoraban juntos en el templo cada día, se reunían en casas para la Cena del Señor y compartían sus comidas con gran gozo y generosidad, todo el tiempo alabando a Dios y disfrutando de la buena voluntad de toda la gente. Y cada día el Señor agregaba a esa comunidad cristiana los que iban siendo salvos" (Hechos 2:46-47).

Jesús estuvo siempre interesado en mantener la unidad de su grupo. Insistió en que se mantuvieran unidos en la doctrina (Juan 17:3), en sus enseñanzas (Juan 17:7) y en la misión (Juan 17:15). En la actualidad Jesús espera que nos mantengamos unidos. Con el poder y la fuerza de la unidad, Jesús nos envía al mundo a evangelizar (Juan 20:21) y nos encarga la gran comisión (Mateo 28:19-20), en una labor de unidad relacional (Juan 17:24).

La unidad es mucho más que actuar juntos. Unidad es la entidad organizada y compuesta por individuos con propósitos afines. Es convivir en la diversidad, siendo unánimes en el deseo de buscar primeramente a Dios y a su reino (Mateo 6:33), como lo afirma el apóstol Pablo: "Pues él nos rescató del reino de la oscuridad y nos trasladó al reino de su Hijo amado" (Colosenses 1:13).

Reino de Dios que no puede estar dividido. La iglesia representa el cuerpo de Cristo, y a pesar de que somos muchos miembros, forma-

mos un sólo cuerpo vigoroso (1 Corintios 12:12), para cumplir nuestra misión de evangelizar a todo el mundo (Marcos 16:15). La unidad produce orden, coherencia, organización, claridad y transparencia. Lo contrario de la unidad es la división, que provoca caos. Pues al desunir ánimos y voluntades, se crean varias visiones y no se llega a ningún fin, ni se logran los objetivos propuestos:

"Amados hermanos, les ruego por la autoridad de nuestro Señor Jesucristo que vivan en armonía los unos con los otros. Que no haya divisiones en la iglesia. Por el contrario, sean todos de un mismo parecer, unidos en pensamiento y propósito" (1 Corintios 1:10). La división es un recurso que se emplea para causar confusión. El mismo apóstol Pablo usó la estrategia de dividir a sus enemigos. En una ocasión puedo salir airoso, a pesar de las acusaciones frente al concilio supremo judío (Hechos 23:7).

En toda situación y circunstancia, la división interfiere en el dinamismo de los procesos y extravía del horizonte a integrantes y participantes de cualquier empresa. Aunque en el siguiente pasaje bíblico, Jesús se refiere al reino de Satanás, se puede entender que su afirmación alude a un problema general: "Todo reino dividido por una guerra civil está condenado al fracaso. Una familia dividida por peleas se desintegrará" (Lucas 11:17). La unidad es afín al bien y contraria al mal. La división no es de Dios, sino del espíritu del maligno. Por eso, el apóstol Pablo nos exhorta a imitar la postura de Jesús: "Tengan la misma actitud que tuvo Cristo Jesús" (Filipenses 2:5).

A veces pensamos que mientras más acoplados y cercanos estemos mayor unidad existe. También se cree que unidad es estar todos haciendo lo mismo, en el mismo lugar y al mismo tiempo. De ninguna manera, unidad es sólo permanecer reunidos. Unidad es trabajar juntos para lograr fines comunes; es complementariedad. Lo que le falta al uno, el otro lo tiene. A veces pensamos que lo similar es mejor que lo diferente para alcanzar la unidad. Por el contrario, para lograr una meta es mejor usar las diferencias, que tratar de lograr objetivos con elementos parecidos o similares.

Pues es más productivo poner a funcionar en equipo inteligencias divergentes, que juntar a personas igual de talentosos. De ahí que unidad sea encontrar armonía y equilibrio en la diversidad: "Vivan en armonía unos con otros. No sean tan orgullosos como para no disfrutar de la compañía de la gente común. ¡Y no piensen que lo saben todo!" (Romanos 12:16).

La santidad es el fruto de la unidad. Actuamos a favor de la unidad cuando nos alentamos a lograr la santidad, mediante la irrenunciable entrega a Dios por medio del servicio a la permanente evangelización. La labor que más nos une en la iglesia es anunciar a Cristo siempre y en toda circunstancia (2 Timoteo 4:2), tanto a los cercanos, como a los alejados de la fe. El mensaje que proclamamos es uno solo. Por eso nos mantenemos unidos en la acción evangelizadora:

"Hagan todo lo posible por mantenerse unidos en el Espíritu y enlazados mediante la paz. Pues hay un solo cuerpo y Espíritu, tal como ustedes fueron llamados a una misma esperanza gloriosa para el futuro. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, y un solo Dios y Padre de todos, quien está sobre todos y en todos, y vive por medio de todos" (Efesios 4:3-6).

La misión de la iglesia es evangelizar. Dicha evangelización nos mantiene unidos y congregados como cuerpo de Cristo. Cuando hacemos que la palabra de Cristo llegue a todos, en especial a los que aún la ignoran, estamos unidos entre sí al propósito de Jesús. Cuando tenemos la valentía de testimoniar el evangelio en las calles y plazas, en los valles y montañas, nos estamos uniendo a la gran labor mundial de extender el reino de Dios. Cuando promovemos la evangelización, siguiendo las orientaciones de la Iglesia, estamos favoreciendo la unidad: "Si alguien —ya sea nosotros o incluso un ángel del cielo— les predica otra Buena Noticia diferente de la que nosotros les hemos predicado, que le caiga la maldición de Dios. Repito lo que ya hemos dicho: si alguien predica otra Buena Noticia distinta de la que ustedes han recibido, que esa persona sea maldita" (Gálatas 1:8-9).

Pero unidad no es uniformidad. La unidad entiende y acepta la diversidad de los valores culturales. La unidad no niega las difíciles situa-

ciones que atraviesa cada sociedad. Por supuesto que la unidad apoya los esfuerzos por alcanzar el propio desarrollo y la promoción personal y social. Pero tampoco ninguna instancia, necesidad o prioridad humana, eliminan los anhelos del compromiso de la unidad.

Unidad es vivir intensamente un encuentro de fe. La palabra de Dios, el bautismo, la santa cena, la evangelización, el ayuno, la oración, son medios de gracia, que al practicarlos honran la unidad. La piedad y el fervor nos mantienen firmes y seguros en el camino de la santidad, que es el principio, el medio y el fin de nuestro peregrinar hacia la eternidad con Dios (1 Timoteo 6:12).

Entonces ¿Qué es lo que hace posible la unidad? Lo que permite la unidad es la humildad, que es la capacidad de evitar imponer la propia voluntad contra los demás. Humildad es no tener más alto concepto de sí que el que debe tener (Romanos 12:3). Pues ninguno es más importante que el resto de un equipo. La unidad también la promueve una buena disposición de espíritu de mansedumbre (Gálatas 5:23). El sometimiento es fruto del Espíritu Santo. Ser manso es hacer la voluntad de Dios, no ser pendencieros (Tito 3:2) y revestirse de amor (Colosenses 3:14).

La unidad no se refiere a la unicidad de la personalidad de un individuo. En algunas religiones se valora la espiritualidad alcanzada por una persona solitaria. Se enfatiza en la iluminación individual, como un supremo valor de virtud. Pero en la espiritualidad cristiana, la unidad tiene un alto contenido de vida dentro de una comunidad. La espiritualidad es una larga travesía de santidad, en medio de las controversias interpersonales: "Sean siempre humildes y amables. Sean pacientes unos con otros y tolérense las faltas por amor" (Efesios 4:2). En la unidad la diversidad es muy bien vista. La unidad no discrimina, ni excluye a nadie. En la siguiente expresión Jesús explica el gran poder de la evangelización, cuando se favorece la unidad: "El que no está conmigo, a mí se opone, y el que no trabaja conmigo, en realidad, trabaja en mi contra" (Mateo 12:30). En las mismas circunstancias, el apóstol Juan le dijo un día a Jesús: "Maestro, vimos a alguien usar tu nombre para expulsar demonios, pero le dijimos que no lo hiciera, porque no pertenece a nuestro grupo" (Marcos 9:38). La instrucción contundente

de Jesús fue muy clara: "¡No lo detengan! Nadie que haga un milagro en mi nombre podrá luego hablar mal de mí. Todo el que no está en contra de nosotros está a nuestro favor" (Marcos 9:39-40).

Por lo tanto, la búsqueda y la conservación de la unidad es el gran reto de la iglesia. En la actualidad la iglesia debe enfrentar la proliferación del divisionismo, si quiere seguir cumpliendo con la misión de evangelizar a todo el mundo (Mateo 24:14).

Segundo Examen:

¿Por qué la unidad es mucho más que estar juntos?

Opción 1 Porque cada individuo del grupo conserva la misma esencia.

Opción 2 Porque las distancias no impiden compartir la misma visión.

Opción 3 Porque valora las diversidades de las expresiones culturales.

Opción 4 Porque se refiere a la unicidad espiritual de cada individuo.

6.2 Unidos por la Palabra

Jesús es la única Palabra de Dios. Como Palabra divina se revela en lenguaje humano, que es lo que llamamos Biblia. Los escritos de las Sagradas Escrituras atesoran el mensaje de Dios, cuyos autores recibieron el encargo de escribir por inspiración y revelación de Dios.

Para poder ver la Palabra de Dios en los escritos bíblicos necesitamos estar unidos por la presencia del Espíritu Santo (Juan 14:26). Si hay unidad en espiritual, los textos de la Biblia son más que escritos literarios. La literatura transporta la Palabra de Dios.

Muchas personas se interesan por los hechos y acontecimientos que se narran en la Biblia, como simple fuente histórica. Como se usaron diversos géneros literarios, para transmitir el mensaje de la Palabra de Dios, se cree que son libretos y argumentos simplemente humanos.

Es cierto que en la Biblia hay diversidad de fuentes humanas. La Biblia está compuesta por las narraciones y textos escritos de los dichos, hechos y acontecimientos, que pasaron a lo largo de muchos años; se conservaron y fueron integrados al canon.

Precisamente la Biblia es una colección de libros, con diversas características de forma y contenido. Los aficionados a la prosa, a la poesía, a la epístola, a la lírica y al drama, encuentran una rica fuente de originalidad. Confunden la Palabra, con las asociaciones semánticas, la morfología y demás reglas gramaticales o de lingüística. La Palabra es mucho más que los signos del lenguaje escrito o hablado.

Mucho menos aceptaron que Jesús fuera Hijo de Dios (Juan 10:33), se llenaba de ira (Lucas 4:28) y se negaban a creer en él (Marcos 6:3). Siendo la luz, el mundo no lo reconoció (Juan 1:10). De la misma manera mucha gente no comprende que en las palabras humanas de la Biblia, se encuentre el mensaje de la Palabra de Dios.

Cuando se habla de la Palabra de Dios no sólo se hace referencia a las descripciones y relatos que forman la Biblia. La Palabra de Dios no son los pasajes que citan en los sermones y la doctrina de los predicadores de la Palabra. Pero, en el trato con lo divino siempre habrá mis-

terio y no todo lo podremos comprender mientras estemos en este cuerpo (1 Corintios 13:12). Pero hay verdades que ya han sido reveladas, como la naturaleza divina de Jesús (Hebreos 1:1-3).

De lo que si hay evidencia contundente es que la Palabra de Dios nos une. Dice la Biblia, que Dios tomó la naturaleza de la debilidad humana. Jesús siendo de condición divina, renunció a sus privilegios divinos, nació y vivió como ser humano (Filipenses 2:5-11). Esta verdad nos une en su Palabra.

Para los creyentes, en los textos bíblicos está conservada la Palabra de Dios. La Biblia es el testimonio de la Palabra de Dios para nosotros y el mundo (Juan 5:36). Unidos por la Palabra significa que estamos adheridos a Jesucristo en un mismo propósito.

Nosotros estamos unidos por la Palabra de Dios, que es Jesucristo (Gálatas 3:27-28). La presencia viva de la Palabra de Dios es lo que nos mantiene unidos. Jesús, quien es la Palabra de vida fue revelada a sus testigos, quienes pusieron por escrito lo que vieron y oyeron, para que estuviéramos unidos por la misma Palabra:

"Les anunciamos lo que nosotros mismos hemos visto y oído, para que ustedes tengan comunión con nosotros; y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo, Jesucristo" (1 Juan 1:3).

El evangelista Lucas, también describe cómo fue que puso por escrito lo que había investigado con esmero y con mucho cuidado. Afirmó que sus fuentes fueron informes que circulaban entre los creyentes, de lo que habían dicho testigos oculares. Además, dijo que otros escritores hicieron lo mismo (Lucas 1:1-4).

Sin duda son palabras humanas lo que hay en la Biblia. Pero en todas esas palabras hay una unidad y coherencia de un mismo tema. El único propósito por el que se escribió la vida es para que sepamos que tenemos vida eterna:

"Pero éstas se escribieron para que ustedes sigan creyendo que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, al creer en él, tengan vida por el poder de su nombre" (Juan 20:31). La redención de la humanidad es el tópico principal de la Biblia y que nos une a todos los seres

humanos. En la totalidad de las Sagradas Escrituras existe la unidad de una sola Palabra:

"En el principio la Palabra ya existía. La Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios" (Juan 1:1)

La Palabra de Dios, se sometió al dinamismo de las lenguas humanas.

La Palabra divina adquirió sonido o conjunto de sonidos con significado.

La Palabra de Dios, manifiesta ideas, exterioriza pensamientos y desvela ocultos misterios invisibles:

"Entonces la Palabra se hizo hombre y vino a vivir entre nosotros. Estaba lleno de fidelidad y amor inagotable. Y hemos visto su gloria, la gloria del único Hijo del Padre" (Juan 1:14).

Palabra de Dios es la que congrega a todos los hijos de Dios dispersos por el mundo (Juan 11:52).

La Palabra de Dios es Jesús, que se manifiesta y que está con nosotros (Mateo 28:20).

La Palabra nunca pierde vigencia. Jesús es el mismo de ayer, hoy y siempre (Hebreos 3:8). Es nuestra fortaleza (Filipenses 4:13) y nuestro descanso (Mateo 11:28).

En Jesús se condensa y se simplifica el tiempo y el espacio en el que se mueve la humanidad. Jesús es la palabra definitiva de Dios. Ya no habrá más revelación después de Jesús:

"Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin —dice el Señor Dios—. Yo soy el que es, que siempre era y que aún está por venir, el Todopoderoso" (Apocalipsis 1:8).

La Palabra le dio vida a todo lo creado (Juan 1:4) y por medio de la Palabra somos hijos de Dios (Juan 1:12). Por eso, quien acepta la Palabra es hijo de Dios, quien no la acepta es sólo creación de Dios.

Cuando Jesús empezó su ministerio público, de inmediato la humanidad empezó a acudir en grandes multitudes para escuchar su pa-

labra (Lucas 5:1). Su mensaje es atractivo, diferente y con autoridad (Lucas 4:32).

Jesús convoca y atrae a los seres humanos hacia Dios. Por medio de la Palabra Dios nos congrega en un mismo sentir y pensar, como vivían los primeros discípulos (Hechos 4:32).

El mismo apóstol Pablo anima a los creyentes a hablar una misma cosa, los estimula a que permanezcan unidos en mente y en parecer (1 Corintios 1:10), pues ya no hay motivos para divisiones. No somos varios. Ahora somos un solo cuerpo (Romanos 12:5), que estamos unidos por una sola y única Palabra:

"Pero ahora han sido unidos a Cristo Jesús. Antes estaban muy lejos de Dios, pero ahora fueron acercados por medio de la sangre de Cristo" (Efesios 2:13). Jesús juntó a sus discípulos (Marcos 3:13) y sus discípulos estuvieron con él. Cuando Jesús los enviaba, ellos no podían estar mucho tiempo sin Jesús.

Les hacía falta la presencia de su Maestro. Salían y volvían pronto; iban y regresaban a contarle lo que les había pasado: "Los apóstoles regresaron de su viaje y le contaron a Jesús todo lo que habían hecho y enseñado" (Marcos 6:30)

El mismo Jesús les había dicho que permanecieran con él, porque sin él nada podían hacer: "Ciertamente, yo soy la vid; ustedes son las ramas. Los que permanecen en mí y yo en ellos producirán mucho fruto porque, separados de mí, no pueden hacer nada" (Juan 15:5).

Así lo entendió el apóstol Pablo, quien se gloriaba de estar unido a Cristo (Gálatas 2:20). El propósito que debemos tener nosotros es el de estar unidos a Dios (Juan 14:23), mediante una nueva vida en su Palabra que es eterna (1 Pedro 1:23).

La Biblia revela la Palabra de Dios. Por eso, si leemos la Biblia estamos viendo a Jesucristo, a su persona, su carácter, su personalidad, su historia, su conducta, sus actitudes, sus obras. No dejemos de acercarnos a Dios, mediante su Palabra.

Leer la Biblia es empezar una relación de amor con Jesucristo.

La Palabra de Dios nos une en un mismo sentir por la obra misionera. Pues la Palabra no ha muerto, la Palabra continúa viva, la Palabra ha resucitado: "El cielo y la tierra desaparecerán, pero mis palabras no desaparecerán jamás" (Mateo 24:25).

Tercer Examen:

¿Qué significa unidos por la Palabra?

Opción 1 Que todos debemos tener un mismo lenguaje y una cultura.

Opción 2 Que estamos adheridos a Jesucristo en un mismo propósito.

Opción 3 Que las palabras que hay en la Biblia es la Palabra de Dios.

Opción 4 Que la Biblia es revelación de Dios sólo para los creyentes.

6.3 El estímulo de la palabra oral

El propósito fundamental de la evangelización es predicar, anunciar y proclamar la Palabra de Dios. Jesús y sus discípulos difundieron el evangelio de manera oral, luego se empezaron a usar otros métodos de comunicación, pero al principio fue sólo verbal. Los medios, como la escritura y el testimonio visual, fueron recursos que se utilizaron más tarde por los creyentes. A medida que se iba extendiendo el cristianismo fue necesario conservar las enseñanzas auténticas y genuinas de la verdad proclamada por Jesús:

"Tales cosas se escribieron hace tiempo en las Escrituras para que nos sirvan de enseñanza. Y las Escrituras nos dan esperanza y ánimo mientras esperamos con paciencia hasta que se cumplan las promesas de Dios" (Romanos 15:4). Dichas promesas se cumplen cuando sabemos que Jesucristo, el Hijo de Dios, es verdadero Dios y la vida eterna (1 Juan 5:20). Al tener la doctrina cristiana escrita, se aseguraba que conocieran el mismo mensaje de quienes estaban predicando en otras partes. Quienes oían la Palabra de Dios y creían, pasaban de muerte a vida y empezaban a vivir la vida eterna (Juan 5:24).

La Palabra de Dios se puso por escrito para testimonio. La Biblia se escribió para los creyentes (1 Juan 5:13) y para los que aún no creían todavía (Juan 20:31), con el propósito de que supiéramos todos que, al creer en Jesucristo, tenemos vida eterna. Sin embargo, la predicación oral de la Palabra de Dios hoy día sigue moviendo almas a creer. Todavía hoy día, la palabra de Dios proclamada oralmente conmueve a las multitudes, aviva el entusiasmo de grupos de vida y conmueve a los oyentes.

La Palabra de Dios dada a conocer oralmente, siempre ha causado mucho impacto. Acudían multitudes a escuchar a Jesús (Lucas 5:15). El primer discurso de Pedro hizo que se añadieran tres mil personas (Hechos 2:41). Así sucesivamente a la iglesia se iban agregando cada vez más creyentes (Hechos 5:14). La palabra oral causaba gran estímulo. El mensaje llegaba, impactaba y transformaba la vida de quienes la

escuchaban. La predicación se hacía con entusiasmo, pues presentaban presente en la palabra que transmitían.

Jesucristo era el mensaje y el transmisor del mensaje. Cristo mismo era la Buena Noticia y a la vez era el anunciador de la Buena Noticia. Jesús es el evangelio de salvación (Romanos 1:19). Cuando el Maestro de Galilea, aparece en el escenario público afirma que la Escritura se ha cumplido en él (Lucas 4:21). De la misma forma cuando el evangelizador esparce la semilla del evangelio (Lucas 8:11), él mismo se convierte en la semilla (Mateo 13:38).

Nosotros al igual que Cristo, somos también la semilla que ha sido sembrada en la tierra. La Palabra es como el grano, que al caer en la tierra produce fruto (Juan 12:24). La Palabra se hace vida en el comunicador de la Palabra, como dice el apóstol Pablo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gálatas 2:20).

Hablar de Cristo es testificarlo con la vida. Cristo, el mensaje y el agente del mensaje son uno solo. Pues dice la Biblia, que quien comunica el evangelio lleva impreso en su cuerpo la Palabra que propaga (Gálatas 6:17). La Palabra se oye (Romanos 10:17) y se visualiza a través del mensajero. Pues quien evangeliza se convierte en el templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19). El estímulo de la palabra oral es el gozo de ser el anunciador y el contenido del mensaje.

Evangelizar es anunciar a Cristo. El fundamento de la evangelización es la difusión de la Palabra de Dios, que es Jesucristo, el verbo encarnado. Además, quien evangeliza vive el evangelio. El mismo apóstol Pablo habla de la evangelización como el propósito de su vida. Evangelizar es una responsabilidad vital. Decir lo que han visto y oído (Hechos 4:20) se convirtió para el seguidor de Jesús en una obligación.

Proclamar el evangelio no es un dilema, ni hay alternativa, ni tampoco es una opción; es un mandato determinado por Cristo (Hechos 9:15). Predicar el nombre de Jesús es el fundamento de nuestra fe (Filipenses 2:9-11). Difundir la Palabra de Dios es el objetivo perenne de nuestra existencia: "Predicar la Buena Noticia no es algo de lo que

pueda jactarme. Estoy obligado por Dios a hacerlo. ¡Qué terrible sería para mí si no predicara la Buena Noticia!" (1 Corintios 9:16).

En el principio de la evangelización, la Palabra de Dios se empezó a propagar corriendo la voz. El único instrumento usado por los primeros cristianos fue su lenguaje oral. De Jesús no se sabe que haya dejado sus mensajes por escrito. Según la Biblia, Jesús usó el lenguaje corporal de escribir, aquella vez que los fariseos vinieron para acusar a una mujer de adulterio. Sin embargo, nadie sabe qué escribió Jesús, quien dos veces se inclinó para escribir:

"Intentaban tenderle una trampa para que dijera algo que pudieran usar en su contra, pero Jesús se inclinó y escribió con el dedo en el polvo... Luego volvió a inclinarse y siguió escribiendo en el polvo" (Juan 8:6.8). Tampoco los seguidores de Jesús tomaron nota de su doctrina, de sus discursos, ni de sus enseñanzas. Lo que ha llegado hasta nosotros, fue lo que conservaron en la memoria de la tradición oral.

Los apóstoles predicaron siguiendo las instrucciones de Jesús, dieron testimonio del impacto y del cambio que causó su Maestro en sus vidas, pero no leyeron los evangelios que conocemos, porque no se habían escrito aún. Se dice que la primera publicación del Nuevo Testamento es la primera carta del apóstol Pablo a los Tesalonicenses, en el año 51 después de Cristo. Ya habían pasado 20 años de la resurrección de Jesús.

Las Buenas Nuevas de Jesús, se vinieron a escribir pasado el año 65 después de Cristo. El primero fue el evangelio de Marcos. Después de la resurrección de Jesús y con el poder del Espíritu Santo, los discípulos predicaron y proclamaron a Jesús, con el propósito de la conversión y del crecimiento de la iglesia (Hechos 2:37-41). Los discípulos de Jesús predicaban oralmente la Palabra eterna de Dios (Salmo 119:89). La misma Palabra, que se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1:14). Pues, la Palabra de Dios tomó forma humana en la persona de Jesús (Filipenses 2:6).

Además, reconocemos que las palabras de Jesús son también eternas (Juan 6:68). Esas mismas palabras eternas fueron transmitidas a Jesús por medio del Padre. Dios le ordenó a Jesús qué decir y cómo de-

cir el mensaje a la humanidad (Juan 12:49-50). Esas mismas palabras eternas han llegado hasta nosotros, por medio de los apóstoles (Lucas 9:6). Los discípulos obedecieron el mandato de Jesús de predicar su mensaje por todo el mundo (Marcos 16:15) y la sucesión de creyentes predicaban la palabra por donde quiera que fueran (Hechos 8:4).

Observando con clara evidencia, el comienzo de la evangelización o el ministerio de la palabra se hacía sólo de forma hablada. El mensaje de Jesús no se había puesto por escrito. Toda la predicación y la enseñanza eran verbales. El mismo apóstol Pedro confirma que la palabra eterna de Jesús era el mensaje que ellos predicaban. No dice que predicaban la Biblia, sino el mensaje de la Buena Noticia: "Pero la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta palabra es el mensaje de la Buena Noticia que se les ha predicado" (1 Pedro 1:25).

Cuarto Examen:

¿Cuál es el estímulo de la Palabra oral?

Opción 1 Proclamar a Jesucristo vivo y resucitado a toda la gente.

Opción 2 Que al principio la evangelización se hizo corriendo la voz.

Opción 3 Es el gozo de ser el anunciador y el contenido del mensaje.

Opción 4 Las palabras de vida han llegado a nosotros sin alteraciones.

6.4 La palabra visual del testimonio

La Palabra de Dios se hace visible mediante el testimonio. El término testimonio viene del griego *martyria*, cuyo significado es mártir, en referencia a la persona que muere por fe, en defensa de la causa que confiesa. En este caso, el testigo revela a Cristo. La predicación de la Palabra no es abstracta; necesita el respaldo de lo tangible. El testimonio refleja la Palabra de Dios. Por lo que atestigua una persona, se conoce en quien cree y a quien defiende.

La predicación de la Palabra de Dios es el espíritu de la profecía (Apocalipsis 19:10) y la profecía se transforma físicamente en el testimonio. Por eso Jesús acudió siempre a su testimonio, para demostrar la veracidad de su mensaje:

"El Padre mismo, quien me envió, ha dado testimonio de mí. Ustedes nunca han oído su voz ni lo han visto cara a cara" (Juan 5:37). Jesús es al mismo tiempo la fuente del testimonio y es el testimonio (1 Juan 5:9-11). Lo invisible de Dios se hace visible en el testimonio de Jesús y luego en el testimonio de los creyentes.

La palabra se ve y se oye por el testimonio. La Palabra de Dios se presenta en el Verbo encarnado (Juan 1:14), que es Jesús, quien a su vez dio testimonio con hechos y palabras de la presencia de Dios en su vida, como lo recordaron sus discípulos más tarde:

"Y saben que Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder. Después Jesús anduvo haciendo el bien y sanando a todos los que eran oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él" (Hechos 10:38).

Testificar es defender con la vida los principios que rigen esa misma vida y la de quienes persiguen las mismas aspiraciones. El testimonio es el martirio que enfrenta la persona, quien prueba su fidelidad al ideal que promueve, hasta las últimas consecuencias.

La Palabra de Dios se ha predicado siempre. A veces hablando, otras veces con el sólo y único testimonio. En algunas ocasiones el

mensaje no se ha podido anunciar de forma narrativa. Las palabras han enmudecido, pero los hechos han predicado las enseñanzas de Jesús.

La palabra visual del testimonio es la proclamación viva y eficaz de la enseñanza de Jesús. La Palabra nunca se ha detenido, en todo momento se ha difundido, por eso ha llegado hasta nosotros.

La Palabra de Dios ha sido convalidada a través de los testigos. El testimonio más sólido y mayor, fue cuando los testigos decidieron plasmar sus creencias en registros del lenguaje impreso. Escribir fue una labor minuciosa y académica por parte de los autores sagrados.

El evangelista Lucas dice que él mismo entrevistó a los testigos (Lucas 1:2-3). En su obra literaria, Lucas afirma que el objetivo de escribir fue para que tuvieran plena seguridad de las enseñanzas cristianas (Lucas 1:4). De la misma manera, el apóstol Juan ratifica que escribió para que sigamos creyendo:

"La información anterior proviene de un testigo ocular que presenta un relato fiel. Él dice la verdad para que ustedes también crean" (Juan 19:35). El Nuevo Testamento es el testimonio de las vivencias de los primeros cristianos.

Los relatos bíblicos se escribieron por el testimonio de quienes tuvieron la experiencia de vivir los hechos y para que sirviera de testimonio a los nuevos creyentes.

Un testimonio es la confirmación, la evidencia y la demostración de la verdad de lo que se cuenta. El testigo hace una declaración fidedigna, con certeza, de lo que ha visto y oído:

"Lo que ha sido desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado con las manos, esto les anunciamos respecto al Verbo que es vida" (1 Juan 1:1).

Cuando los apóstoles Pedro y Juan testificaban ante la multitud, movían a la gente a creer. Al comienzo de la era cristiana, el testimonio era tan eficaz, con tanto poder y fuerza, que en una sola exhortación el número de los creyentes creció a cinco mil (Hechos 4:4).

La palabra se hacía visible mediante el testimonio de los creyentes, en doble sentido. Por un lado, los apóstoles daban testimonio con la predicación y los milagros (Lucas 4:16).

Por otro lado, el testimonio de la multitud de creyentes restringía a las autoridades para que no maltrataran a los discípulos con tanta insolencia y desfachatez (Hechos 4:21-22).

La presencia física de los creyentes era de gran testimonio y alentaba a los apóstoles. Mediante la predicación, los apóstoles buscaban convencer a quienes los escuchaban, pero por el testimonio los atraían a ser cristianos con mayor facilidad.

Lo importante fue que la Palabra tomaba vida, mediante el testimonio. La clave era testificar, no había opción. Los primeros cristianos, tanto líderes como seguidores, no tenían tregua:

"Ese día comenzó una gran ola de persecución que se extendió por toda la iglesia de Jerusalén; y todos los creyentes excepto los apóstoles fueron dispersados por las regiones de Judea y Samaria" (Hechos 8:1). Los primeros cristianos testificaban con la predicación y con el sufrimiento físico. Ellos fueron los primeros testigos de la Palabra. Los metían a la cárcel (Hechos 4:3) y los azotaban (Hechos 5:40). Con osadía enfrenaban tumultos, agitaciones y revueltas (Hechos 13:50).

Fue terrible el tormento por el que pasaron los primeros discípulos de Jesucristo. Sin embargo, se llegó a decir que la sangre de los primeros cristianos motivaba a otros a confesar y seguir la vida cristianamente. Ninguna otra época ha sido tan mortificada, como el comienzo del cristianismo.

Pero los apóstoles aguantaron toda clase de vejaciones, ultrajes y desprecios, porque veían que su actitud sacrificada no era en vano: "Enseguida se formó una turba contra Pablo y Silas, y los funcionarios de la ciudad ordenaron que les quitaran la ropa y los golpearan con varas de madera. Los golpearon severamente y después los metieron en la cárcel. Le ordenaron al carcelero que se asegurara de que no escaparan. Así que el carcelero los puso en el calabozo de más adentro y les sujetó los pies en el cepo" (Hechos 16:22-24).

Los testimonios de Estaban (Hechos 7:59-60) y de Santiago (Hechos 12:2) fueron de muerte directa. Pero debido al testimonio de los apóstoles, sus seguidores también sufrían castigos severos y retaliaciones extremas, como el caso de Jasón y sus hermanos de fe, quienes fueron puesto en la cárcel por hospedar a los apóstoles (Hechos 17:5-9). Los primeros cristianos, por las amenazas de muerte tenían que huir de ciudad en ciudad, pero donde iban daban testimonio (Hechos 14:4-7). Pasaban por muchas fatigas y trabajos (Hechos 20:1-6), prisiones y tribulaciones (hechos 20:23).

Los discípulos de Jesús no dormían (Hechos 20:31), aguantaban hambre (Hechos 27:21), sufrían atentados (Hechos 9:25), otros por poco perdían la vida (Hechos 5:33). Sin embargo, soportaban alegres y con dignidad el sufrimiento por el nombre de Jesús (Hechos 5:41). Los apóstoles desarrollaron su testimonio mediante el incremento de la fe, a través del sufrimiento. En 2 Corintios 11:23-27, el Apóstol Pablo hace una lista de todos sus padecimientos. Testimonio digno de ser emulado, por ser él imitador de Cristo (1 Corintios 11:9).

Al igual que Pablo, los demás apóstoles enfrentaron la cárcel y sufrieron grandes pruebas. Sin embargo, continuaban en oración, cantando himnos a Dios, y los presos que los escuchaban (Hechos 16:25) eran convertidos, junto con los carceleros (Hechos 16:32-34). Todas esas controversias y obstáculos, en vez de desanimar a los creyentes, los impulsaba a confirmar su testimonio. Al contrario, hacían oración para que el Señor le diera más fuerza de seguir testificando en medio de la persecución (Hechos 4.23-31).

El testimonio tenía grandes alcances y el antitestimonio enfrentaba profundas consecuencias. Entre muchos sucesos, se cuenta lo que pasó con Herodes. Su usurpación de cualidades divinas lo llevó a la muerte (Hechos 12:22-23). Pero el testimonio de los apóstoles, quienes impedían que les ofrecieran sacrificios como si fueran dioses, les dio vida (Hechos 14:17-18).

En la actualidad se espera que los cristianos también sigan dando testimonio. Testifica quien lleva una vida ejemplar en la práctica de los principios y de los valores cristianos. El Testimonio se hace con pala-

bras y con los actos. La vida y la enseñanza del testigo deben ser coherentes. Por eso, Jesús criticaba a escribas y fariseos (Mateo 23:1-12). En cambio, los discípulos estaban dispuestos a vivir los ideales y la fe en Cristo en todo tiempo y lugar: "Así que los creyentes que se esparcieron predicaban la Buena Noticia acerca de Jesús adondequiera que iban" (Hechos 8:4).

El testimonio de los primeros cristianos no sólo era personal, sino colectivo. Todos los apóstoles daban testimonio de la nueva vida que habían recibido de Cristo (Juan 3:16-17). Los discípulos vivieron una vida colmada de heroísmo. No estaban solos en el itinerario progresivo de la fe, los respaldaba la comunidad de los creyentes. Además, Cristo les prometió estar junto a ellos hasta el fin del mundo (Mateo 28:20).

El testimonio de los primeros cristianos fue de perseverancia, paciencia y pasión. Se preocuparon por enseñar la Palabra de Dios, venciendo las circunstancias, viviendo la fe y dando a conocer el nombre de Jesús. El testimonio hacía que muchos se animaran a seguir el nuevo camino: "Pero los apóstoles se quedaron allí por mucho tiempo, predicando con valentía acerca de la gracia del Señor. Y el Señor demostraba que el mensaje era verdadero al darles poder para hacer señales milagrosas y maravillas" (Hechos 14:3).

No eran pocos los que escuchaban a los apóstoles. En la época de los comienzos de la era cristiana muchas personas estaban deseosas de oír el mensaje y ver las señales que hacían los apóstoles (Hechos 8:6-9). Los creyentes le alegraban la vida a la comunidad, por eso no podían dejar de lado el testimonio: "Nosotros no podemos dejar de hablar acerca de todo lo que hemos visto y oído" (Hechos 4:20). En general, la perspectiva que se vivía en la primera comunidad cristiana era de pleno testimonio de palabra (Hechos 5:42) y de obra (Hechos 5:12-15). Crecía la Palabra y se multiplicaba el número de los creyentes (Hechos 6:7). Como los apóstoles eran itinerantes (Hechos 8:25), su predicación llegaba a muchas partes. Y como el testimonio era inherente a sus vidas, el cristianismo se propagó con abundantes frutos.

Por último, el testimonio no fue una actitud espontánea que los discípulos de Jesús le agregaron a su ministerio. Ya Jesús les había ad-

vertido las consecuencias que iba a tener, por extender el reino de Dios, mediante la predicación de la Palabra: "Tengan cuidado, porque los entregarán a los tribunales y los azotarán con látigos en las sinagogas" (Mateo 10:17).

Jesús los animaba diciéndoles que las persecuciones y las injurias las iba a padecer primero él. Por eso, en una ocasión Jesús describió con precisión lo que él iba a padecer: "Luego lo entregarán a los romanos, para que se burlen de él, lo azoten con un látigo y lo crucifiquen; pero al tercer día, se levantará de los muertos" (Mateo 20:19).

Después de la resurrección de Jesús y de su ascensión al cielo, su obra continuó en la tierra. No sólo mediante la labor apostólica de sus seguidores, sino que él mismo iba a continuar estimulando a sus discípulos: "Una noche, el Señor le habló a Pablo en una visión y le dijo: ¡No tengas miedo! ¡Habla con libertad! ¡No te quedes callado!" (Hechos 18:9).

Quinto Examen:

¿Qué es la Palabra visual del testimonio?

Opción 1 Es la obra de Jesús expuesta en pinturas y audiovisuales.

Opción 2 Es la proclamación viva y eficaz de la enseñanza de Jesús.

Opción 4 Es describir en palabras elocuentes la vida y obra de Jesús.

Opción 3 Es hacer que otras personas crean por la predicación audaz.

6.5 La fuerza de la palabra escrita

La palabra oral es veloz a través del aire y volátil en el tiempo. La palabra escrita camina lentamente, pero se conserva perenne en la historia. Se podría afirmar que la escritura contiene y resguarda la palabra de la fugacidad. Pues el único depósito de la palabra oral es la memoria. En cambio, la palabra escrita tiene muchos medios de almacenamiento. Además, como se puede volver una y otra vez al texto, la escritura consiente la reflexión, insita al análisis y promueve la interpretación, como lo aconseja el apóstol Pablo:

"Pongan a prueba todo lo que se dice. Retengan lo que es bueno. Aléjense de toda clase de mal" (1 Tesalonicenses 5:21). La palabra oral es casi natural al ser humano, es la primera que se usa en la comunicación interpersonal y tiene una mayor trascendencia histórica. Pero, aunque la escritura haya aparecido después, dentro de las diversas habilidades de la palabra, el texto prolonga la durabilidad del mensaje. El discurso oral se escucha y hay que retenerlo en el momento. En cambio, la palabra escrita es duradera, transportable, se puede leer y volver a leer hasta llegar a la comprensión del mensaje. El texto favorece el ordenamiento de las ideas y permite la síntesis de los contenidos.

La información que se recibe por escrito ayuda a discernir y poner a prueba la intencionalidad del emisor del mensaje. Con la palabra escrita, hay más confianza y garantía de que se cumplan con las recomendaciones del apóstol Pablo:

"Queridos amigos, no les crean a todos los que afirman hablar de parte del Espíritu. Pónganlos a prueba para averiguar si el espíritu que tienen realmente proviene de Dios, porque hay muchos falsos profetas en el mundo" (1 Juan 4:1).

Lo escrito ya no sólo es de la comprensión personal del autor, sino el resultado de la reflexión de muchos en la comunidad, quienes han impregnado en letras la memoria colectiva de la oralidad.

"Sobre todo, tienen que entender que ninguna profecía de la Escritura jamás surgió de la comprensión personal de los profetas" (2 Pedro 1:20). La palabra oral es parte de la vida diaria. La palabra escrita

encuentra razones para el estudio y la profundidad. En las conversaciones cotidianas y en la interrelación de mensajes, se usa más la palabra oral que la escritura.

La escritura es presencia y permanencia en el tiempo y en el espacio. Las palabras escritas trascienden fronteras, aunque los autores de la narración perezcan. La escritura vivifica el mensaje eternamente.

Sin embargo, cuando Jesús invitó a sus discípulos a predicar el evangelio por todo el mundo (Marcos 16:15), se refería a la utilización de la palabra oral. En el ambiente de Jesús, era común usar el medio lingüístico del habla.

Mientras Jesús estuvo en la tierra citó la escritura de los judíos, lo que significa que había leído o escuchado acerca de la historia sagrada de su pueblo. Pero él no escribió nada, ni nadie escribió acerca de sus enseñanzas. Toda la comunicación se impartió oralmente.

Por necesidad de mantener el contenido vigente y perdurar en el tiempo el mensaje oral se acentúa en el recado escrito. La escritura resuelve y gestiona la caducidad y la limitación de la oralidad. Los predicadores sagrados deciden poner por escrito sus enseñanzas, predicaciones y exhortaciones mediante diversos géneros literarios.

La fuerza de la palabra escrita es muy vigorosa. Los autores sagrados producían un sólo ejemplar de su mensaje, ya que escribían a mano, pero las lecturas grupales alrededor de su libro instruían a toda una comunidad.

Con la invención de la imprenta la palabra escrita se fortaleció. La lectura personal, familiar y grupal adquirió dimensiones excepcionales. La fuerza de la palabra escrita radica en su permanencia, reiteración y que se puede corroborar. Supera el tiempo, el espacio y el idioma.

Por eso, los lectores con su propio ejemplar en la mano se sumergen en la intimidad del conocimiento, del pensamiento crítico y de la circulación abierta de ideas. El apóstol Pablo dice:

"Tales cosas se escribieron hace tiempo en las Escrituras para que nos sirvan de enseñanza. Y las Escrituras nos dan esperanza y ánimo

mientras esperamos con paciencia hasta que se cumplan las promesas de Dios" (Romanos 15:4).

Con la palabra escrita empieza la divulgación de objeciones, de conceptos y de opiniones. Oralmente jamás se hubiesen podido conservar y transmitir la profundidad y la complejidad de las exposiciones que se alcanza mediante la escritura.

Ahora la vida diaria está llena de libros. Los receptores no tienen que desplazarse a los lugares públicos para escuchar al orador. Quienes empezaron a viajar, a fluir y a transitar por diversos senderos fueron los escritos. Cada persona podía escoger el mejor tiempo para instruirse leyendo y discerniendo que libro elegir.

Hoy día los soportes actuales han trascendido el papel. La electrónica se apoderó de la palabra. Bibliotecas virtuales y redes sociales siguen facilitando la circulación de la palabra. A tal punto que todos podemos escribir un libro y leer muchos autores. La necesidad de comunicar pensamientos, sentimientos y experiencias la palabra escrita es una buena plataforma para darlos a conocer. Por eso, los autores de la Biblia pusieron la Palabra de Dios por escrito:

"Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para enseñarnos lo que es verdad y para hacernos ver lo que está mal en nuestra vida. Nos corrige cuando estamos equivocados y nos enseña a hacer lo correcto" (2 Timoteo 3:16). En la escritura el lector se ausenta del autor del libro. El lector se entroniza en el texto tan compactamente que escucha la voz de quien se habla y conversa con el personaje del texto.

La narración crea imágenes, memoriza los acontecimientos y revive con nostalgia los recuerdos, con tanto poder y fuerza que el mismo lector produce sus propias escenas. Del libro se deriva una serie de nuevas ideas y de actuales vivencias personales y grupales. La interpretación de los hechos pasados se aplica con propiedad en la actualidad.

El texto es vigente en el tiempo y en el espacio. Nunca se agota, el mensaje es nuevo cada vez que se lee. La misma vida, los hechos, las enseñanzas, los signos, señales y prodigios de Jesús se pusieron por escrito en cuatro versiones diferentes. Cada una conserva sus particularidades, su propia estructura y estilo, aunque parten de las mismas fuen-

tes. Mucho de lo oral se pierde, se va, desaparece o se tergiversa en el tiempo. Nacen nuevas historias y se acomodan de nuevo lo que se conserva en la memoria personal y colectiva.

En cambio, lo que se pone por escrito es lo que no deja descansar al autor, le da vueltas en la cabeza, le resuena y le retumba hasta que lo saca y lo plasma en la palabra escrita. Lo que llega a la mente, pero se va pronto no se retiene, ni se conserva en ningún escrito.

Antes del digitador de palabras, era diferente la creación de texto. Hoy día se pone por escrito ideas, pensamientos, imaginaciones y creaciones literarias, sabiendo que después se puede corregir, aumentar o cambiar. Se valoraba la levedad, la rapidez y la exactitud. No se escribía para venerar la escritura, sino para aprender el contenido y asimilar las enseñanzas:

"Desde la niñez, se te han enseñado las sagradas Escrituras, las cuales te han dado la sabiduría para recibir la salvación que viene por confiar en Cristo Jesús" (2 Timoteo 3:15)

Pero antes, sólo se ponía por escrito lo que ya había dejado huella y rastro en las neuronas. Lo que ya no se podía ir ni soltar de la mente del autor. Debía ser más profundo y exacto en el momento de plasmar la idea en la escritura, pues pocas veces se podía hacer el borrador.

De las manos de Pablo o de su secretario, el texto iba saliendo de forma fluida, sin nervios, ni titubeos. No había tiempo de dejarlo a un lado, para más tarde refrescarlo. No se sometía a consideración, todo salía con fluidez y de una sola vez. Ni revisión de contenido ni mejoramiento de redacción.

"Hasta que yo llegue, dedícate a leer las Escrituras a la iglesia, y a animar y a enseñarles a los creyentes" (1 Timoteo 4:13). La escritura era muy respetada, pues gozaba de claridad, verdad y precisión. Los autores eran testigos o entrevistaban a los testigos como un legado. El autor escucha su voz interior, es fiel y leal al mensaje. Lucas dice que investigó lo que puso por escrito (Lucas 1:3) y Juan fue testigo (1 Juan 1:3). Todo lo que cuentan y consignaron por escrito fue lo más significativo y lo que dejaba una enseñanza. Escribieron porque era una ur-

gente prioridad de transmitir de la mejor manera el encargo de anunciar el mensaje que les indicó Jesús (Mateo 28:19-20)

En el principio era el verbo y se hizo carne (Juan 1:14). Ahora todos somos ese verbo y esa palabra. Con la escritura podemos aprender cosas nuevas, analizarlas y usarlas en el diario vivir. Los autores sagrados asumieron del mensaje de Jesús y lo pusieron por escrito.

Nosotros debemos actualizar el mismo sistema y método de los discípulos de Jesús.

Sexto Examen:

¿En qué radica la fuerza de la palabra escrita?

Opción 1 En que cada lector puede interpretar el texto a su gusto.

Opción 2 Es rápida y veloz como el viento, y se conserva perenne.

Opción 3 En su permanencia, reiteración y que se puede corroborar.

Opción 4 Es fácil de memorizar porque se puede leer y volver al leer.

6.6 Unidos por el Sacramento

Sacramento es un signo sensible y eficaz de la gracia, que nos proporciona la vida eterna. Jesucristo es sacramento porque es la señal de que Dios está entre nosotros (Mateo 1:23). Siendo que Cristo es sacramento, él mismo instituyó los sacramentos y los confió a su iglesia. Sacramento es una prolongación de su presencia en su iglesia. Por eso, la iglesia es quien tiene la autoridad de administrar los sacramentos.

Los sacramentos nos unen a Dios (Juan 1:14). De Cristo recibimos la gracia de los sacramentos (Juan 1:16). Jesús es la imagen de Dios invisible, que se hace visible en los sacramentos (Colosenses 1:5). Los misterios de la vida de Cristo se visualizan en los sacramentos.

La iglesia ministra las acciones de Cristo y a la vez Cristo con su gracia edifica a la iglesia, de la misma manera como se identifica el Hijo con el Padre: "Nadie ha visto jamás a Dios; pero el Hijo, el Único, él mismo es Dios y está íntimamente ligado al Padre. Él nos ha revelado a Dios" (Juan 1:18).

En la ley no había ningún signo sacramental, en cambio en la gracia se desparra todo el significado eficaz del sacramento. El carácter sacramental es un sello espiritual, conferido por los sacramentos, que constituye promesa y garantía de la protección divina: "Pues la ley fue dada por medio de Moisés, pero el amor inagotable de Dios y su fidelidad vinieron por medio de Jesucristo" (Juan 1:17).

En virtud de este sello, el cristiano queda configurado a Cristo, participa de diversos modos en su sacerdocio y forma parte de la Iglesia según estados y funciones diversas. Queda, por tanto, consagrado al culto divino y al servicio de la Iglesia. Puesto que el carácter es indeleble, los sacramentos que lo imprimen sólo pueden recibirse una vez en la vida, tales como el sacramento del bautismo.

También, los Sacramentos nos unen a la fe de la Iglesia. Pues, los sacramentos no sólo suponen la fe, sino que con las palabras y los elementos rituales la alimentan, fortalecen y expresan. Celebrando los sacramentos la Iglesia confiesa la fe apostólica: "Quien quiere que todos se salven y lleguen a conocer la verdad" (1 Timoteo 2:4). De ahí la antigua sentencia: "lex orandi, lex credendi", que significa que la Iglesia

cree tal como ora. De la manera como la iglesia se comporta es la medida de su creencia. Por otro lado, los sacramentos son eficaces "ex opere operato". Es decir que la eficacia del sacramento está sujeta a la acción sacramental que se realiza. Porque es Cristo quien actúa en ellos y quien da la gracia que significan, independientemente de la santidad personal del ministro. En consecuencia, los sacramentos nos unen a Dios, mediante la fe del individuo y de la presencia de la iglesia.

Por eso, los frutos de los sacramentos, o sea, los efectos del sacramento dependen de las disposiciones del que los recibe. De ahí, que los sacramentos suponen la fe y al mismo tiempo alimentan, robustecen y expresan también la fe del creyente, mediante las palabras y los símbolos.

Para los creyentes en Cristo, los sacramentos, aunque no todos se den a cada uno de los fieles, son necesarios para la salvación, porque otorgan la gracia sacramental, el perdón de los pecados, la adopción como hijos de Dios, la configuración con Cristo Señor y la pertenencia a la Iglesia. El Espíritu Santo cura y transforma a quienes reciben los sacramentos. Los sacramentos son necesarios para la salvación, pues son medios de gracia, que nutren la vida de santidad, pues sin santidad nadie verá al Señor (Hebreos 12:14).

Mediante el sacramento se otorgan la gracia sacramental, tales como el perdón de los pecados, la adopción como hijos de Dios, la configuración con Cristo Señor y la pertenencia a la Iglesia. El Espíritu Santo cura y transforma a quienes los reciben. Por eso, la gracia sacramental es la gracia del Espíritu Santo, dada por Cristo y propia de cada sacramento. Esta gracia ayuda al fiel en su camino de santidad, y también a la Iglesia en su crecimiento de caridad y testimonio.

Finalmente, en los sacramentos la Iglesia recibe ya un anticipo de la vida eterna: "Mientras vive aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo" (Tito 2:13).

Séptimo Examen:

¿A quién le une el sacramento?

Opción 1 Nos unen a Dios mediante la fe del individuo y de la iglesia.

Opción 2 Nos unen a todas las personas por igual de cualquier religión.

Opción 3 Nos unen en un mismo sentir y pensar, con igual propósito.

Opción 4 Nos unen automáticamente a la gracia, sin aporte de la fe.

6.7 La unidad del signo y de su contenido

Signo es una señal que delante nuestro evoca una realidad más allá de lo que percibimos. La unidad del signo consiste en la comunicación del contenido con alto grado de significado de la gracia de Dios. El signo sacramental es un medio que comunica la gracia de Dios para el bien de nuestra vida espiritual; es un instrumento que usamos los seres humanos para recibir la gracia de Dios.

El signo es lo físico, es el medio o lo visible que observamos cuando se administra el sacramento, pero el contenido es la gracia de Dios. Cuando se da la coherencia entre el signo y su contenido se produce la gracia eficaz de Dios, a favor de quien recibe el signo sacramental. Los elementos que componen el signo sacramental es la materia, la forma, el contenido y quien ministra el sacramento.

La unidad del signo y de su contenido consiste en un medio evidente, sensible, palpable y eficaz de gracia. La materia es el signo que se usa para ministrar el sacramento, y la forma son las palabras que se pronuncian al momento de ministrar el sacramento.

Por ejemplo, el agua en el bautismo es la materia. Ese signo significa purificación, nueva vida o un nuevo comienzo. Trasmite la gracia del nacimiento a la vida espiritual:

"Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3:3-5).

El pan y el vino en la Santa Cena es la materia y significan la presencia del cuerpo y la sangre de Cristo:

"Al sentarse a comer, tomó el pan y lo bendijo. Luego lo partió y se lo dio a ellos. De pronto, se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Y, en ese instante, Jesús desapareció" (Lucas 24:30-31).

La unción con el aceite designa e imprime un sello espiritual de sanidad y de valor compasivo:

"Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él" (Lucas 10:33-34).

El aceite es signo de unción, tanto de purificación y de fortaleza, como de curación y de consuelo:

"¿Alguno está enfermo? Que llame a los ancianos de la iglesia, para que vengan y que oren por él y lo unjan con aceite en el nombre del Señor. Una oración ofrecida con fe sanará al enfermo, y el Señor hará que se recupere; y si ha cometido pecados, será perdonado" (Santiago 5:14-15).

El aceite de la unción cura y quita el sufrimiento. Desde el momento en que los discípulos fueron enviados por Jesús a ministrar por el mundo, empezaron a usar el aceite para conferir la gracia de sanidad a los enfermos:

"Entonces los discípulos salieron y decían a todos que se arrepintieran de sus pecados y volvieran a Dios. También expulsaban muchos demonios y sanaban a muchos enfermos ungiéndolos con aceite de oliva" (Marcos 6:12-13).

Los creyentes son equipados para ministrar la gracia de Dios. Con el poder de la palabra se derrota al enemigo, se hacen inmunes a la exposición de alimentos contaminados y sus manos están ungidas con el don de la salud:

"Estas señales milagrosas acompañarán a los que creen: expulsarán demonios en mi nombre y hablarán nuevos idiomas. Podrán tomar serpientes en las manos sin que nada les pase y, si beben algo venenoso, no les hará daño. Pondrán sus manos sobre los enfermos, y ellos sanarán" (Marcos 16:17-18).

Es decir, que además del aceite como signo de consagración, la imposición de manos es un signo vital de la transmisión de la gracia de

Dios. A través del signo de la imposición de las manos, también se confirma la fe de los creyentes:

"Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo" (Hechos 8:17).

Como vemos la imposición de manos, no sólo es signo de sanidad y de bendición, sino que es un signo sensible que ocasiona y provoca la venida del Espíritu Santo sobre los creyentes:

"Pablo dijo: El bautismo de Juan exigía arrepentirse del pecado; pero Juan mismo le dijo a la gente que creyera en el que vendría después, es decir, en Jesús. En cuanto oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Después, cuando Pablo les impuso las manos, el Espíritu Santo descendió sobre ellos, y hablaron en otras lenguas, y profetizaron" (Hechos 19:4-6)

Por su parte, la cruz representa la victoria de Cristo. Simboliza el paso de la muerte a la vida. Con su muerte Cristo destruyó el pecado y con la resurrección, Cristo nos dio nueva vida. La cruz es el signo de la fuente de la salvación eterna:

"¡El mensaje de la cruz es una ridiculez para los que van rumbo a la destrucción! Pero nosotros, que vamos en camino a la salvación, sabemos que es el poder mismo de Dios" (1 Corintios 1:18).

Al igual que la cruz, una señal con la mano es un modo de bendición. Lo mismo sucede con las posturas corporales, en la oración, la alabanza y la adoración, las cuales señalan lo que una persona está haciendo para recibir la gracia de Dios.

Un signo puede ser una palabra, como el amen, un aleluya, una imagen o ilustración, de la misma manera que los olores y los colores, y muchos otros signos más, representan la abundante gracia de Dios que nos envuelve permanentemente.

La Biblia es un signo o sacramento tanto para los creyentes, como para el mundo, quien ve en estos libros la presencia de la palabra de Dios. Las Sagradas Escrituras es un conjunto de libros de contenido sagrado, que conserva las intervenciones de Dios en la historia de la humanidad. La Biblia comunica la verdad salvífica de Dios.

Por lo tanto, la Biblia en sí misma es un signo, porque las personas que se acercan a su contenido deben interpretar lo que Dios quiso comunicar y lo que el escritor sagrado quiso decir a través del lenguaje, de los géneros y de su estilo literario.

Todo en la Biblia es signo sacramental: Las palabras y sus expresiones, las personas y los protagonistas de los hechos y de los acontecimientos; los lugares y el tiempo en que sucedieron y se narran los sucesos; las circunstancias del autor, su problemática y las situaciones de los destinatarios.

En fin, hay signos que representan el final de los tiempos y el regreso de Nuestro Señor Jesucristo. En varios pasajes bíblicos se narra que habrá señales en la tierra, que producirá angustia en los diversos lugares de la tierra y sufrirá tribulación la humanidad (Mateo 24).

Octavo Examen:

¿En qué consiste la unidad del signo y de su contenido?

Opción 1 Es un recurso creado por las personas para recibir la gracia.

Opción 2 Es un instrumento que contiene forma, materia y contenido.

Opción 3 Es un medio evidente, sensible, palpable y eficaz de gracia.

Opción 4 Es un acto de fe, en que los creyentes creen recibir gracia.

6.8 La forma estructural del sacramento

Todo sacramento está determinado por una estructura, que le da significado al signo. Dicha estructura se forma por medio de las palabras que pronuncia el ministro, según su intención cuando administra el sacramento, el cual debe ser coherente con lo que cree la iglesia.

Quien le da forma al signo para que sea un sacramento que contenga la gracia eficaz de Dios, son las palabras, las cuales forman una estructura. Las palabras que acompañan la materia del signo son las que producen el significado del sacramento.

Las palabras son elementos fundamentales requeridos para que el signo adquiera valor eficaz. La determinada forma, establecida por la iglesia, es lo que le da identidad el significado del signo. Por lo tanto, la forma estructural del sacramento es la fórmula fiel de las palabras que pronuncia el ministro. Cuando se le añade o se le quita algo a la forma estructural se altera la eficacia del sacramento. Esto sucede cuando se le cambia o se varían las palabras, ya sea por trasponerlas, corromperlas, interpolarlas con otras o interrumpir su sentido.

Las palabras se unen a la materia del signo, que es el símbolo que se está usando, ya sea agua, pan, vino, aceite o imposición de manos, le da significación al signo y lo vuelve comprensible y eficaz para recibir la gracia de Dios. La forma determina el sentido de la materia, como su parte esencial. La estructura, formada por las palabras es parte importante de la significación del Sacramento. El signo realiza lo que expresan las palabras y produce el efecto espiritual de gracia, según la constitución del sacramento.

Así la materia del bautismo es el agua. Pero por sí sola, el agua no tendría ningún sentido si no se introduce la forma, que son las palabras que pronuncia el ministro del sacramento: Yo te bautizo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Palabras que contienen una estructura. Padre, Hijo y Espíritu Santo, unidos por la conjunción "y", que enlaza el nombre de Dios en sus títulos de la plenitud divina y el cumplimiento de la orden de Jesús:

"Por lo tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mateo 28:19).

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, encontramos a Pedro bautizando en el nombre de Jesús:

"Pedro contestó: Cada uno de ustedes debe arrepentirse de sus pecados y volver a Dios, y ser bautizado en el nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados. Entonces recibirán el regalo del Espíritu Santo" (Hechos 2:38). Lo mismo sucede en los pasajes Hechos 8:16; Hechos 10:48; Hechos 19:5 y Hechos 22:16. En todos estos momentos se menciona el bautismo en el nombre de Jesús.

Significa que la autoridad con la que se administra el bautismo es Jesús, pero la fórmula del bautismo es en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Por ejemplo, la fórmula del agua es H₂O, pero el nombre es agua. Nadie pide en la tienda H₂O, sino el nombre de agua. Lo mismo sucede cuando el policía dice: "deténgase en el nombre de la ley". El nombre significa que la autoridad es la ley y el policía tiene esa potestad en hacer lo que hace en el nombre de la ley.

La sustentación de que el nombre de Jesús significa autoridad y no la fórmula, se haya en el siguiente acontecimiento:

"Hicieron entrar a los dos discípulos y les preguntaron: ¿Con qué poder o en nombre de quién han hecho esto?" (Hechos 4:7).

Pedro responde con seguridad, claridad y contundencia:

"Déjenme decirles claramente tanto a ustedes como a todo el pueblo de Israel que fue sanado por el poderoso nombre de Jesucristo de Nazaret" (Hechos 4:10). El mismo sentido de autoridad se halla en Hechos 4:17-18; Hechos 5:28.40; Hechos 8:12; Hechos 9:27-28 y Hechos 16:18.

La Santa Cena o llamada también Eucaristía tiene también la forma. La materia es el pan de trigo ácimo y el vino de uva puro. La forma son las palabras que mantienen una estructura coherente:

"Mientras comían, Jesús tomó un poco de pan y lo bendijo. Luego lo partió en trozos, lo dio a sus discípulos y dijo: Tómenlo y cómanlo,

porque esto es mi cuerpo. Y tomó en sus manos una copa de vino y dio gracias a Dios por ella. Se la dio a ellos y dijo: Cada uno de ustedes beba de la copa, porque esto es mi sangre, la cual confirma el pacto entre Dios y su pueblo. Es derramada como sacrificio para perdonar los pecados de muchos" (Mateo 26-28).

Por eso, San Pablo siguió sosteniendo la misma estructura creada por Jesús, cuando dio las instrucciones de la adoración en público, en cuanto al orden en la Cena del Señor. Es la misma forma estructural, que continuó por años a través de la historia de la iglesia, y ha llegado hasta nosotros, y en la actualidad se conserva de manera intacta:

"Pues yo les transmito lo que recibí del Señor mismo. La noche en que fue traicionado, el Señor Jesús tomó pan y dio gracias a Dios por ese pan. Luego lo partió en trozos y dijo: Esto es mi cuerpo, el cual es entregado por ustedes. Hagan esto en memoria de mí. De la misma manera, tomó en sus manos la copa de vino después de la cena, y dijo: Esta copa es el nuevo pacto entre Dios y su pueblo, un acuerdo confirmado con mi sangre. Hagan esto en memoria de mí todas las veces que la beban. Pues, cada vez que coman este pan y beban de esta copa, anuncian la muerte del Señor hasta que él vuelva" (1 Corintios 11:23-26).

De la misma manera que los anteriores sacramentos que hemos descrito, todos los signos sacramentales contienen una forma estructural. La forma de la confirmación es:

"Por esta señal recibe el don del Espíritu Santo", se sustenta con el pasaje de Hechos 8:14-17. La penitencia: "Yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo", se soporta en Juan 5:14-15.

En cuanto a la unción de los enfermos la fórmula estructural es: "Por esta santa unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad", palabras sujetadas a Santiago 5:14-15.

Por su parte el orden presbiteral está soportado en 2 Timoteo 1:6 y el del matrimonio en Mateo 19:6.

Noveno Examen:

¿Qué es la forma estructural del sacramento?

Opción 1 Es la gracia de Dios que se recibe en todos los sacramentos.

Opción 2 Es el rito que se hace cuando se administra un sacramento.

Opción 3 Es el signo que contiene la forma y la materia sacramental.

Opción 4 Es la fórmula fiel de las palabras que pronuncia el ministro.

6.9 El símbolo evoca valor y sentimientos

Todo sacramento atesora un gran valor. Quienes reciben la gracia de los sacramentos, como los asistentes al acto ceremonial son lucrados y bendecidos por el efecto sacramental. Además, el sólo símbolo sacramental despierta profundos sentimientos en los creyentes.

El símbolo del agua está presente en muchas religiones y en sus diversos rituales, al igual que en la mística y en los misterios de la naturaleza. El agua tiene características vitales, fecundas y de belleza mitológica. El agua es abundante en el planeta y aún se desconoce por qué donde hay agua se reproduce la vida. Además, el agua tiene tanto valor, que hasta un vaso de agua es importante en la obra de Jesucristo:

"Si alguien les da a ustedes incluso un vaso de agua porque pertenecen al Mesías, les digo la verdad, esa persona ciertamente será recompensada" (Marcos 9:41).

El agua es patrimonio de la vida. No se le niega a nadie. Dios mismo no hace excepción de personas, cualquiera sea su condición y conducta del ser humano, recibe su porción de agua:

"De esa manera, estarás actuando como verdadero hijo de tu Padre que está en el cielo. Pues él da la luz de su sol tanto a los malos como a los buenos y envía la lluvia sobre los justos y los injustos por igual" (Mateo 5:45).

La misma Palabra de Dios es comparada con el agua. La limpieza y la vida, la vida de gracia, la consagración a Dios, se representan mediante el agua. El mensaje novedoso de Jesucristo, cuando es aceptado por el creyente, comienza a producir torrentes de felicidad, de paz, de gozo y de vida eterna:

"El último día del festival, el más importante, Jesús se puso de pie y gritó a la multitud: ¡Todo el que tenga sed puede venir a mí! ¡Todo el que crea en mí puede venir y beber! Pues las Escrituras declaran: De su corazón, brotarán ríos de agua viva" (Juan 7:37-38).

En sus diversos estados de líquido, gaseoso y sólido, el agua es inspiración del arte en sus diversas expresiones, al igual que simboliza

la presencia de la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en nuestra fe cristiana. La vida proviene de Cristo, quien es fuente de la verdad, del Espíritu Santo, quien santifica, transforma y alimenta el alma; y del Padre, quien no desampara a sus creaturas y abre caminos y fuentes en el desierto (Isaías 41:17-18). Dios marca el nuevo comienzo de la vida cristiana del creyente:

"Jesús contestó: Cualquiera que beba de esta agua pronto volverá a tener sed, pero todos los que beban del agua que yo doy no tendrán sed jamás. Esa agua se convierte en un manantial que brota con frescura dentro de ellos y les da vida eterna" (Juan 4:13-14).

El símbolo de pan y del vino en la Santa Cena, inspiran sentimientos de acción de gracias, de sacrificio, de entrega, de filial afecto y desapego de las ataduras físicas. La Eucaristía es señal de abandono y de seguridad en las promesas divinas y eternas Dios:

"Y debido a su gloria y excelencia, nos ha dado grandes y preciosas promesas. Estas promesas hacen posible que ustedes participen de la naturaleza divina y escapen de la corrupción del mundo, causada por los deseos humanos" (2 Pedro 1:4).

En la Santa Cena, los elementos del pan y del vino, expresan y responden a las inquietudes humanas de entender el alcance y el costo de la salvación eterna. La Eucaristía ilumina las mentes hasta de los más indiferentes y escépticos a la fe, para comprender que el cuerpo y la sangre de Cristo se hacen presentes:

"Pues mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Todo el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (Juan 6:55-56).

Igual valor y semejantes sentimientos evocan y avivan los símbolos del aceite, la señal de la cruz, la luz, los colores, la imposición de manos, las vestiduras o alguna otra representación que forma el tejido significativo, que se usan en los signos sacramentales.

Las realidades invisibles, divinas y espirituales adquieren relevancia y evidencia segura, claridad y certeza en los símbolos sacramentales. Los símbolos que se usan en los ritos sacramentales no sólo son gestos, acciones y lenguaje humano, sino que se convierten en la real pre-

sencia de Dios en medio de la humanidad. Los símbolos evocan valor y sentimientos porque Dios se hace presente a través de los sacramentos. La única manera en que Dios le habla a los seres humanos es a través de la misma creación.

De ahí que los símbolos evoquen valor y sentimientos en la humanidad, realizan la voluntad de Dios, significan la acción del Espíritu Santo y perpetúan la acción salvífica de Cristo, hasta alcanzar la gloria eterna.

Décimo Examen:

¿Por qué los símbolos evocan valor y sentimientos?

Opción 1 Porque los sacramentos representan la gracia de Dios.

Opción 2 Porque los símbolos son mitos y leyendas de las culturas.

Opción 3 Porque Dios se hace presente a través de los sacramentos.

Opción 4 Porque Dios quiere que todos los seres humanos se salven.

6.10 Unidos por la Congregación

La iglesia es el cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:12). De la misma manera como se mantiene unido, sano, vital y en crecimiento el cuerpo humano, así debe ser la iglesia. El desarrollo saludable de la iglesia es responsabilidad de todos sus miembros. La unidad y la integridad de sus miembros garantizan el bienestar de la iglesia.

El término iglesia proviene del griego *ekklessia*, que significa asamblea o convocatoria de personas. En los Hechos de los Apóstoles, se narra una revuelta que hubo en Éfeso en contra de Pablo y sus seguidores. En dicho disturbio se usa la palabra *ἐκκλησία*, que se traduce por asamblea, congregación o iglesia:

"Había confusión en la asamblea (*ekklessia*). Cada uno gritaba una cosa distinta, y la mayoría ni siquiera sabía para qué se habían reunido" (Hechos 19:32). Se entiende que la asamblea (*ekklessia*) que atacó a Pablo y a sus compañeros no eran cristianos, pues se trataba de las personas que habían sido sublevadas por Demetrio, quien junto con otros comerciantes religiosos veían amenazado sus negocios de la idolatría que funcionaba en el templo de Diana (Hechos 19:24-28).

Sin embargo, *ekklessia* entre los cristianos se referían a la multitud de creyentes en Cristo (Romanos 10:9). Era una asamblea de creyentes. Es decir que la palabra *ekklessia* fue tomada del lenguaje religioso de la época, pero con otro significado. Ahora la iglesia o la asamblea son a favor de la fe cristiana.

El apóstol Pablo transmite saludos a las iglesias que se reúnen en las casas (Colosenses 4:15; 1 Corintios 16:19; Filemón 1:2). Saluda a la iglesia que se reúne en la casa de Priscila y Aquila (Romanos 16:6). Afirma que todas las iglesias de Cristo les envían saludos (Romanos 16:16), además hace referencia a la iglesia que Gayo recibe en su casa (Romanos 16:23). Aunque muchas veces se confunde a la iglesia con el templo o la infraestructura que alberga a un grupo de personas, la verdad es que la iglesia la conforma los creyentes en Cristo, como lo interpreta muy bien el apóstol Pablo:

"Todos ustedes en conjunto son el cuerpo de Cristo, y cada uno de ustedes es parte de ese cuerpo" (1 Corintios 12:27).

De ninguna manera la iglesia consiste en un sistema democrático, ya que el poder vendría de la gente o del pueblo que compone dicha estructura. En cambio, en la iglesia el poder proviene de Cristo, a quien se la ha sido otorgada toda la autoridad:

"Jesús se acercó y dijo a sus discípulos: Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18).

De alguna manera la iglesia tiene una organización jerárquica. Pero muy diferente al poder simplemente político de gobierno. Visiblemente se percibe una estructura colegial o ministerial, pero otorgado o sostenido por la gracia de Jesucristo. La autoridad emana de Cristo y sin El nada podemos hacer (Juan 15:5).

Entendemos por jerarquía que Cristo es la cabeza (Efesios 5:23) y los demás somos sus miembros (Colosenses 1:18). La iglesia es una sola, el cuerpo es uno, no hay dos corporaciones eclesiales en el mundo. La pertenencia a la iglesia debe ser genuina y radical, porque todos somos uno en Cristo (Gálatas 3:26-28).

El cuerpo de Cristo tiene muchos miembros, pero es un solo cuerpo (Romanos 12:4-5). El mismo Jesús advierte que debemos ser uno (Juan 17:21). Por eso, el mismo apóstol Pablo le escribe a la iglesia de Éfeso, sobre quién es la autoridad, quién mantiene unida a la iglesia y a quién la iglesia debe obedecer: "Dios ha puesto todo bajo la autoridad de Cristo, a quien hizo cabeza de todas las cosas para beneficio de la iglesia. Y la iglesia es el cuerpo de Cristo; él la completa y la llena, y también es quien da plenitud a todas las cosas en todas partes con su presencia" (Efesios 1:22-23).

La iglesia de Cristo, que tiene muchos miembros (1 Corintios 12:20), está formada por congregaciones. El mismo apóstol Pablo explica que los miembros tienen diversas funciones (1 Corintios 12:15-20). De la misma manera las congregaciones se diferencian es por el trabajo y el ministerio que realizan en el mundo a favor de la iglesia:

"Así como nuestro cuerpo tiene muchas partes y cada parte tiene una función específica, el cuerpo de Cristo también. Nosotros somos

las diversas partes de un solo cuerpo y nos pertenecemos unos a otros" (Romanos 12:4-5).

Estamos unidos por la congregación significa que cada miembro en la iglesia tiene una función específica. Dios es quien define la función de cada congregación en la iglesia (1 Corintios 12:24-25). Todas las congregaciones forman una unidad y entre todas las congregaciones forman la iglesia. Cada congregación es útil y necesaria en la iglesia.

El énfasis carismático marca y define el ministerio de cada congregación. A veces el énfasis es doctrinal, en otras es pastoral y en muchas ocasiones social, evangelística, profética, misionera, educativa, de niños, jóvenes, ancianos, familia, profesionales, entre muchos otros:

"Ahora bien, Cristo dio los siguientes dones a la iglesia: los apóstoles, los profetas, los evangelistas, y los pastores y maestros. Ellos tienen la responsabilidad de preparar al pueblo de Dios para que lleve a cabo la obra de Dios y edifique la iglesia, es decir, el cuerpo de Cristo" (Efesios 4:11-12). El trabajo en la iglesia debe ser genuino y dado por el Espíritu Santo. Pues a veces hay falsos y engañosos obreros (2 Corintios 11:13), pretenciosos y mentirosos (Apocalipsis 2:2).

Cada ministerio, congregación o iglesia particular, tiene una persona con un don específico, que le imprime su originalidad y autenticidad a la labor que Dios le ha encomendado (2 Corintios 12:12). Queda claro que hay una sola iglesia, con un solo mensaje del evangelio. La diferencia se encuentra en la forma, el énfasis o la manera como se desarrolla la labor evangelística, dependiendo de los diversos ambientes, del contexto cultural y de las distintas necesidades que hay en el género humano.

De la misma manera como existen los carismas personales (1 Pedro 4:10), también existen los carismas congregacionales (1 Corintios 12:4-11). Estos son ministerios edificantes, diversos y de naturaleza propia, en función y beneficio del cuerpo de la iglesia, inspirados por el Espíritu Santo, para cumplir una misión concreta dentro de la iglesia y en el mundo, de parte de la iglesia universal, en un tiempo y en un lugar concreto.

En conclusión, la pluralidad es robustez y vitalidad en la iglesia. La diversidad de congregaciones, los diferentes ministerios, la infinidad de iglesias con carismas específicos y evidentes frutos, son fortaleza para la unidad y el funcionamiento saludable del cuerpo de Cristo que es la iglesia.

Los miembros y ministerios de la iglesia están conectados entre sí, para ser útiles y servir. La unidad y comunión en la iglesia viene del Espíritu Santo (1 Corintios 12:13) y no de los antojos humanos.

Décimo Primer Examen:

¿Qué significa que estamos unidos por la Congregación?

Opción 1 Que cada congregación forma una iglesia, diferente y única.

Opción 2 Que cada miembro en la iglesia tiene una función específica.

Opción 3 Que cada iglesia tiene el privilegio de su propio ministerio.

Opción 4 Que cada persona debe esperar los dones del Espíritu Santo.

6.11 La Iglesia es convocada

El verbo convocar significa llamar o clamar la presencia de personas en un lugar y fecha determinada, para una causa específica.

La convocatoria se hace a viva voz o por medio de escritos, avisos o anuncios públicos.

La convocación se hace formalmente a las personas que integran el grupo o la congregación determinada. Se les invita a participar de reuniones o diversas celebraciones programadas por la organización.

En el mismo sentido, la iglesia es convocada. El término iglesia por sí mismo designa convocación.

No puede haber iglesia sin convocación. Por lo tanto, la iglesia es convocada en el sentido de su naturaleza real de piedras vivas del templo espiritual (1 Pedro 2:5). Precisamente, la característica principal que define a la iglesia es la convocación. El grupo de cristianos se llama iglesia, porque se convoca a sus miembros a pertenecer, a desarrollarse y a formar un cuerpo visible y signo sacramental para el mundo.

En la iglesia las personas son invitadas a constituir el organismo colectivo. Como en cualquier profesión, oficio o labor social, las personas no se llaman a sí mismas a servir. Alguien emplaza, invita y requiere al trabajador, para que labore en su empresa.

De la misma manera, los miembros que forman el cuerpo de Cristo son servidores de Dios:

"Pues ambos somos trabajadores de Dios; y ustedes son el campo de cultivo de Dios, son el edificio de Dios" (1 Corintios 3:9).

Desde el comienzo de la era cristiana la convocatoria la ha hecho Jesús. Por eso, pertenecer a la iglesia no es un derecho que se adquiere por nacimiento, cultura o condición social. Integrarse a la iglesia es un privilegio concedido por la voluntad divina:

"Ustedes no me eligieron a mí, yo los elegí a ustedes. Les encargué que vayan y produzcan frutos duraderos, así el Padre les dará todo lo que pidan en mi nombre" (Juan 15:16).

En consecuencia, la ekklessia es la asamblea del pueblo de Dios, dirigida por líderes que el Espíritu Santo ha designado (Hechos 20:28). Por lo tanto, si la iglesia tiene su fundamento en la autoridad de Cristo (Mateo 16:18), es natural que El mismo convoque a sus integrantes:

"Tiempo después Jesús subió a un monte y llamó a los que quería que lo acompañaran. Todos ellos se acercaron a él" (Marcos 3:13).

Jesús no escoge a sus seguidores al azar. El Maestro conocía de antemano a quienes llamaría para ser líderes de su iglesia. Jesús vio a Natanael debajo de la higuera, mucho antes de que fuera convocado (Juan 1:48). No fue Mateo quien vio primero a quien sería su Maestro, fue Jesús quien fijó su vista en él (Mateo 9:9).

Igualmente, los primeros discípulos fueron sorprendidos por la invitación de Jesús a conformar su iglesia, mientras se encontraban en su faena diaria de pesca (Mateo 4:18-22). Al final de su vida pública, en la mesa de la comunión, es decir de la koinonía, Jesús declara que conoce a todos sus discípulos, a quienes él mismo ha elegido.

Jesús expresa su relación íntima y sólida acerca del conocimiento que posee de los acontecimientos de su sacrificio, como un vivo servicio de redención a la humanidad:

"No les digo estas cosas a todos ustedes; yo conozco a los que he elegido. Pero es para que se cumpla la Escritura que dice: El que come de mi comida se ha puesto en mi contra" (Juan 13:18).

La iniciativa de convocar a los miembros de la iglesia a la cena de despedida marca el carácter noble del poder de la comunión. Jesús había convocado a los integrantes de la iglesia para que mantuvieran una estrecha relación con él, en un permanente seguimiento.

De igual forma, los había convocado para que fueran sus colaboradores en su misión: "Jesús los llamó: Vengan, síganme, ¡y yo les enseñaré cómo pescar personas!" (Marcos 1:17).

Ahora en la Santa Cena, se sella la definitiva comunión (koinonía), a precio de su entrega de su cuerpo y de su sangre en sacrificio propiciatorio (1 Juan 2:2). Cristo es la salvación, para aquellos que han sido convocados a esperar la redención de sus pecados (Hebreos 9:28). En

la Eucaristía se imprime el supremo valor de la comunión. Ya Jesús lo había advertido tiempo atrás, cuando afirmó que no hay comunión más fuerte, ni amor más grande que quien entrega su vida por sus amigos (Juan 15:13).

Los seguidores de Jesús continuaron siendo fieles al criterio de convocatoria de su Maestro. Pablo y Bernabé, en sus correrías misionales dejaron profundas huellas de las frecuentes convocatorias de los primeros cristianos:

"Una vez que llegaron a Antioquía, reunieron a la iglesia y le informaron todo lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo él también había abierto la puerta de la fe a los gentiles" (Hechos 14:27).

Abundan los testimonios bíblicos, sobre la forma como se reunían los primeros cristianos, en sus prácticas cotidianas (Hechos 2:42), para resolver temas doctrinales (1 Corintios 4:17), observaciones disciplinarias (Hebreos 10:25) y celebraciones festivas de acontecimientos trascendentales (1 Corintios 11:17-22).

Jesús había enseñado la manera de resolver conflictos mediante la convocatoria entre los miembros de la iglesia (Mateo 18:15-17). Los primeros cristianos continuaron con la misma práctica, cuando resolvieron el conflicto del servicio a las mesas (Hechos 6:1-7), la definición de una iglesia inclusiva (Hechos 15:1-35) y la decisión de formar los equipos de trabajo eficaces (Hechos 15:36-41).

El apóstol Pablo, partícipe de varias convocatorias en la iglesia primitiva, continúa expresando su interés para que sus discípulos cumplan sus instrucciones: "Te dejé en la isla de Creta para que pudieras terminar nuestro trabajo ahí y nombrar ancianos en cada ciudad, tal como te lo indiqué" (Tito 1:5).

En conclusión, la convocatoria de los cristianos es signo de mutua convivencia, de compañerismo y de ayuda fraterna; es señal de la reconciliación frecuente, de la búsqueda de la santidad comunitaria y del espíritu de sencillez y de humildad, referencia de una iglesia santa, católica y apostólica.

Décimo Segundo Examen:

¿En qué sentido la iglesia es convocada?

Opción 1 En su naturaleza real de piedras vivas del templo espiritual.

Opción 2 Para ofrecer sacrificios de alabanzas y de acción de gracias.

Opción 3 Con el propósito de resolver conflictos que hay en el mundo.

Opción 4 Porque continúa la guía que impartió Jesús a sus discípulos.

6.12 La Iglesia es equipada

La iglesia es la unión de los creyentes en Cristo. Es un cuerpo vivo, formado, organizado y constituido para ser sal de la tierra y luz del mundo (Mateo 5:13-15). A partir de su esencia, Jesús le encomendó a la iglesia la labor evangelizadora. Al respecto los escritores sagrados describieron cinco formas de cumplir la misión que Jesucristo les había indicado:

1. Predicar: - *"vayan por todo el mundo y prediquen la buena noticia a todos"* (Marcos 16:15).
2. Enseñar: - *"vayan y hagan discípulos... Enseñándoles"* (Mateo 28:19-20).
3. Testificar: - *"ustedes son testigos de todas estas cosas"* (Lucas 24:48). - *"serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes"* (Hechos 1:8).
4. Seguir: - *"sígueme"* (Juan 21:19). - *"en cuanto a ti, sígueme"* (Juan 21:22).
5. Enviar: - *"como el padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes"* (Juan 20:21). - *"así como tú me enviaste al mundo, yo los envío al mundo"* (Juan 17:18).

En consecuencia, debido a su naturaleza y a su delicada encomienda, la iglesia ha sido provista de múltiples instrumentos para realizar su labor. La iglesia es equipada en el sentido de que cuenta con todo lo necesario para cumplir su misión:

La iglesia es gobernada, guiada y alimentada por Cristo (Juan 10:9). Jesús prometió sostener siempre a su iglesia con su permanente presencia (Mateo 28:20).

De igual forma, la iglesia, que fue instituida por Cristo (Mateo 16:18), es poseedora del reino de Dios (Lucas 12:32).

Asimismo, la iglesia es depositaria de la verdad, que es Cristo (Juan 14:6). A esta institución visible, tangible y humana, detenta la potestad de juzgar al pueblo de Israel (Mateo 19:28) y tiene la facultad de atar y desatar, de soltar y retener:

"Les digo la verdad, todo lo que prohíban en la tierra será prohibido en el cielo, y todo lo que permitan en la tierra será permitido en el cielo" (Mateo 18:18).

Los líderes de la iglesia son protectores de la verdad que se le ha encargado a la iglesia (Hechos 20:20-21). En las cartas del apóstol Pablo, se observa con frecuencia que su postura es idónea a la voluntad de Dios, y que sus enseñanzas son normatividad para la permanencia de la comunidad vital y saludable:

"Para que, si me retraso, sepas cómo deben comportarse las personas en la familia de Dios. Esta es la iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad" (1 Timoteo 3:15). También, la iglesia está dotada de la Palabra de Dios. El verbo revelado (Juan 1:1-9), se ha mantenido en la iglesia incólume, íntegro y completo a lo largo de la historia. En un principio la palabra de Dios fue conservada oralmente (Lucas 1:1-4) y luego se puso por escrito (Lucas 24:44).

Los escritos bíblicos han preservado la Palabra de Dios (1 Corintios 4:6). Toda la Biblia son Escrituras que contiene la Palabra de Dios: "Al tratar estos temas en todas sus cartas. Algunos de sus comentarios son difíciles de entender, y los que son ignorantes e inestables han tergiversado sus cartas, para que signifiquen algo muy diferente, así como lo hacen con otras partes de la Escritura. Esto resultará en su propia destrucción" (2 Pedro 3:16).

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento son llamados por Pedro, Escritura, que en lenguaje bíblico significa "palabra inspirada" (2 Timoteo 3:16-17). El termino inspiración significa aliento de Dios. Este aliento de Dios es lo que ha custodiado la iglesia con gran celo, entre luchas y pruebas, a lo largo de los años. El cuerpo doctrinal de la iglesia ha salvaguardado la verdad, que se fue dando a los seres humanos de a poco, hasta llegar a la manifestación plena en Cristo, quien es la verdad total de Dios, que se reveló a la humanidad.

"Hace mucho tiempo, Dios habló muchas veces y de diversas maneras a nuestros antepasados por medio de los profetas. Y ahora, en estos últimos días, nos ha hablado por medio de su Hijo. Dios le prometió todo al Hijo como herencia y, mediante el Hijo, creó el univer-

so" (Hebreos 1:1-2). Además de la Palabra de Dios, que es el preciado tesoro y la riqueza suprema de la iglesia, también la iglesia cuenta con el Espíritu Santo, y sus extraordinarios dones y sus grandiosos talentos.

Toda la vida de la iglesia está sostenida por el Espíritu Santo. La iglesia nace y se forma a partir de Cristo resucitado. Cuando la iglesia se constituye, ya Jesús no está en carne, sino en Espíritu Santo (Hechos 2:1-13), el cual es el poder anunciado por Jesús mismo, cuando iba a ascender al cielo (Hechos 1:8) y prometido con anterioridad en la vida pública del Maestro de Galilea:

"Y yo le pediré al Padre, y él les dará otro Abogado Defensor, quien estará con ustedes para siempre. Me refiero al Espíritu Santo, quien guía a toda la verdad. El mundo no puede recibirlo porque no lo busca ni lo reconoce; pero ustedes sí lo conocen, porque ahora él vive con ustedes y después estará en ustedes" (Juan 14:16-17).

Ahora se concreta toda la revelación de Dios, la cual produjo como resultado a la iglesia, pueblo escogido (1 Pedro 2:9) y redimido de toda iniquidad, para posesión de Cristo (Tito 2:14). La esencia de la iglesia es comunión y reconciliación. Con la iglesia se acaba la disparidad de lenguas y se comienza a hablar el único lenguaje de Dios, el espiritual (1 Corintios 14:2).

La convocatoria universal del cuerpo de Cristo es para la alabanza de Dios en una adoración constante (Lucas 18:1). El clamor perpetuo es la naturaleza propia de la iglesia, quien en su plegaria santifica el nombre de Dios (Jesús) y pide que venga su Reino (Lucas 11:2).

La iglesia no es una simple institución humana, ni una estructura organización de moral y dominio proselitista. La iglesia es signo visible del Espíritu Santo y sacramento de unidad del género humano. El espíritu Santo nos une como hijos de un mismo Padre y verdaderos hermanos entre sí:

"En cambio, recibieron el Espíritu de Dios cuando él los adoptó como sus propios hijos. Ahora lo llamamos Abba, Padre. Pues su Espíritu se une a nuestro espíritu para confirmar que somos hijos de Dios" (Romanos 8:15-16).

La iglesia está equipada con el Espíritu Santo, para ser testimonio como pueblo de Dios por medio de la adoración y la alabanza. Para lo único que existe la iglesia es para la adoración. La oración debe ser permanente en la iglesia, porque el Espíritu Santo produce este anhelo de adoración perpetua (Efesios 6:18). Existe la oración personal y grupal, pero debe haber una oración de iglesia, como cuerpo de Cristo, en su totalidad:

"El Espíritu es la garantía que tenemos de parte de Dios de que nos dará la herencia que nos prometió y de que nos ha comprado para que seamos su pueblo. Dios hizo todo esto para que nosotros le diéramos gloria y alabanza" (Efesios 1:14).

En conclusión, la iglesia está equipada por Dios para desempeñar su misión completa y plena en la tierra. Conserva todas las herramientas para ser instrumento de salvación (1 Timoteo 2:4). La iglesia es el reino de Dios en la tierra (Lucas 17:21).

Décimo Tercer Examen:

¿En qué sentido la iglesia es equipada?

Opción 1 En que posee toda la infraestructura para hacer su labor.

Opción 2 En que ha sido mantenida siempre estática y sin cambio.

Opción 3 En que cuenta con todo lo necesario para cumplir su misión.

Opción 4 En que los líderes actuales de la iglesia son más ingeniosos.

6.13 La Iglesia es enviada

La iglesia es una comunidad convocada, equipada y enviada. La iglesia no vive, ni expresa su vigor, mientras esté mirando las huellas del pasado. Ni tampoco, se sostiene por el fehaciente anhelo del porvenir. La iglesia es el eterno presente del reino de Dios. Así como el barco no se hizo para estar en el puerto, sino para navegar a mar abierto, de la misma manera la iglesia no se creó para estar anclada en la periferia social, sino para zarpar y atravesar por entre el agitado devenir social de la existencia (Lucas 5:4).

La iglesia no existe, ni cumple su razón de ser, si permanece inmóvil y concentrada en sí misma. La iglesia funciona como cuerpo de Cristo, es cuando sale al mundo a testificar (Juan 15:27). Este organismo, se convierte en iglesia, cuando el mundo la observa actuando en el trenzado tejido social y cultural de la humanidad. Nadie reconoce el valor de la iglesia, si la misma iglesia pasa todo el tiempo entretenido contemplándose.

La iglesia existe en el mundo, pero no es del mundo (Juan 17:15-16); encuentra el significado de su ser cuando sale de sí misma. La iglesia existe para mirar con los ojos de Jesús al mundo y para que el mundo vea en ella el rostro de Cristo. La iglesia no es para encerrarse en sí misma: "Después de dar testimonio y predicar la palabra del Señor en Samaria, Pedro y Juan regresaron a Jerusalén. Por el camino, se detuvieron en muchas aldeas samaritanas para predicar la Buena Noticia" (Hechos 8:25).

Jesús llamó (Lucas 6:12-16), entrenó (Juan 13:15) y envió (Marcos 6:7-13). No sólo se preocupó con aumentar el envío de sus discípulos de doce a setenta, sino que pidió oración para que fueran enviados más obreros (Lucas 10:2). Además, Jesús estimulaba a quienes regresaban de la labor evangelizadora, con la garantía de que sus nombres iban a estar escritos en el libro de la vida (Lucas 10:20), y les prometió que además ganarían el ciento por uno y al final la vida eterna (Marcos 10:28-30). Por todas estas bendiciones que recibirían los apóstoles, Jesús se estremeció de gozo (Lucas 10:21-24).

La iglesia existe para evangelizar. El único motivo de la existencia de la iglesia en el mundo es para transmitir la fe cristiana. Por eso, la obra evangelizadora fue comisionada por Jesús (Mateo 28:19-20), impulsada por sus apóstoles (Hechos 4:33) y continuada, hasta nuestros días, por los líderes actuales de la iglesia. Por eso, de unos 120 creyentes que estaban reunidos en el aposento alto (Hechos 1:15), pasaron a tres mil (Hechos 2:41).

El mensaje apostólico se fue extendiendo y propagándose de forma vertiginosa, después de la resurrección de Cristo y de la venida del Espíritu Santo:

"Pero muchos de los que habían oído el mensaje lo creyeron, así que el número de creyentes ascendió a un total aproximado de cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y a los niños" (Hechos 4:4).

La iglesia es enviada en el sentido de que debe ir por todo el mundo anunciando las buenas noticias. Por eso, es que la iglesia fructifica. Gracias a la obediencia del envío que hizo Jesús a sus discípulos, es que la iglesia existe en la actualidad. Todos aceptaron la gran comisión y siguen actualmente perpetuando la misión de evangelizar, por eso, en poco tiempo, ya se hablaba de multitud:

"Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común" (Hechos 4:32). Realmente se trataba de un buen número de creyentes. Eran muchos. Pues cuando algunos dirigentes contrarios a la fe querían hostigar a los líderes cristianos, desistían de tomar acciones en contra de los apóstoles, por temor a estar enfrentándose a Dios (Hechos 5:38-39).

En otros momentos se describe que los líderes gozaban de popularidad entre la gente (Hechos 4:21). Además, la iglesia oraba con gran fervor, para que la evangelización fuera más eficaz. El trabajo era arduo, pero poder del Espíritu Santo confirmaba su acompañamiento (Hechos 4:23-31). Los líderes de la iglesia predicaban el nombre de Jesús. La iglesia habla de Jesús a los no creyentes para conducirlos a ser personas de fe en Cristo. Cuando la gente escuchaba hablar de Jesús,

se hacían fieles auténticos de Jesús resucitado, a pesar de los obstáculos y las controversias, por parte de los adversarios de la fe cristiana:

"Sin embargo, cada vez más personas, multitudes de hombres y mujeres, creían y se acercaban al Señor" (Hechos 5:14).

Con el esfuerzo evangelizador, la constancia y la entrega a la obra que les había encomendado su Maestro, se extendía el mensaje cristiano, el número de los discípulos se multiplicaba, primero entre los judíos, incluyendo sus dirigentes religiosos (Hechos 6:7) y luego entre los gentiles, por la inclusión del talento y el vigor del apóstol Pablo y sus demás compañeros (Hechos 11:21).

Los efectos del trabajo de los apóstoles empiezan a dar sus frutos culminantes. Ahora judíos y gentiles comenzaban a integrar el cuerpo de Cristo, en una sola iglesia:

"Algunos judíos que escuchaban fueron persuadidos y se unieron a Pablo y Silas, junto con muchos hombres griegos temerosos de Dios y un gran número de mujeres prominentes" (Hechos 17:4.11-12.34).

Cuando las personas descubren a Jesús Maestro, pasan a ser sus leales discípulos, y ya no tendrán deseos de regresar a ser simples creyentes. De creyentes, pasaban a discípulos y de discípulos a apóstoles. Entendiendo que el ministerio de apóstol era entregado a los enviados a predicar la Palabra en todo lugar:

"Así que los creyentes que se esparcieron predicaban la Buena Noticia acerca de Jesús adondequiera que iban" (Hechos 8:4). Como podemos observar, hay un tercer paso en la vida de los seguidores de Cristo. Es el de confrontar la vida cristiana. Las personas son estimuladas a sobreponerse, en luchas y pruebas, a cualquier obstáculo con tal de mantener y vivir tu vida de entrega total a Cristo.

Los discípulos se enamoran de Jesús con toda su vida. No solamente tiene fe en Jesús, ni sólo confían en su Señor, sino que asumen el compromiso de evangelizar, dejándolo todo y renunciando hasta a sus propios derechos (1 Corintios 9:12), entregando sus vidas (Hechos 12:1-3), y los que no fueron asesinados, afrontaban enfermedades y recibiendo maltratos, que los acercaba a la muerte (Filipenses 2:30).

La tarea de anunciar el evangelio es un esfuerzo diario que hacen los llamados y enviados por Jesús, para servir a toda la humanidad. El fin de la tarea evangelizadora empieza en el interior de cada persona. El apóstol sabe cómo usar la energía, mantiene el ánimo y se mueve por entre centenares de fieles, buenos, dedicados y excelentes aspirantes a promover el evangelio de Cristo, hasta convertirse en grandes y activos líderes de la iglesia.

Décimo Cuarto Examen:

¿En qué sentido la iglesia es enviada?

Opción 1 Debe ir por todo el mundo anunciando las buenas noticias.

Opción 2 Todos los discípulos y apóstoles envían los no creyentes.

Opción 3 La iglesia, como los barcos, debe llegar a la orilla a trabajar.

Opción 4 El mundo y la iglesia deben estar en unidad evangelizando.

Respuestas Correctas

Kerigma Opción 2 es el anuncio de Buenas Noticias.

Opción 3 Sólo quienes confían en Cristo tienen vida eterna.

Opción 3 Conocer, aceptar y seguir el plan divino de la salvación.

Opción 1 10 elementos.

Opción 4 Es gracia porque es un regalo gratis de parte de Dios.

Opción 2 La meta gloriosa establecida por Dios.

Opción 1 La muerte eterna.

Opción 4 Porque murió y resucitó para pagar por nuestros pecados.

Opción 3 La fe salvadora.

Opción 4 Porque nos ayuda a crecer, a ser fuertes y estar enfocados.

Opción 2 Es el medio para pedir y el medio de Dios para dar.

Opción 4 Es instrumento para anunciar la obra salvadora.

Opción 3 Es el signo visible y tangible de la presencia de Dios.

Opción 1 Es un poder sobrenatural para que sucedan cosas.

Didaskalia Opción 2 Señal que indica hacia donde nos debemos dirigir.

Opción 3 En el cerebro, donde se encuentran las neuronas.

Opción 1 Hay que hacer el esfuerzo y tener constancia y disciplina.

Opción 4 Enseñaba con autoridad y sabía lo que había en el hombre.

Opción 3 Los discípulos incorporan la personalidad de Jesús Maestro

Opción 2 Porque son dos herramientas que facilitan el aprendizaje.

Opción 3 Un manual de enseñanza doctrinal para los cristianos.

Opción 4 Refleja la preocupación de la iglesia por la enseñanza.

Opción 4 A través del estudio, por la razón y la experiencia.

Opción 1 Es la vida de Cristo grabada en el creyente.

Opción 2 El sistema pedagógico usado por Jesús Maestro.

Opción 3 La experiencia, el estudio, los atributos y contender.

Opción 1 Conduce a descubrir, inventar y abandonar creencias.

Opción 4 Cambiando la manera de pensar.

Parenesis Opción 3 es la oración, alabanza y adoración de los creyentes.

Opción 2 Porque es la prolongación de la humanidad de Cristo.

Opción 1 Porque el Espíritu Santo es quien adora en nosotros.

Opción 1 Porque somos templo y adorar está siempre en nosotros.

Opción 4 Porque es conducto que relaciona a la humanidad con Dios.

Opción 3 Porque mueve y direcciona el alma y la enfoca hacia Dios.

Opción 1 Es dar a conocer lo que Dios dice en la intimidad.

Opción 2 En sus rostros se revela lo sobrenatural en sus vidas.

Opción 4 Quien sabe discernir los signos de los tiempos.

Opción 1 Dar a conocer un mensaje de vida y de salvación.

Opción 1 Porque la gente necesita escuchar la palabra de Dios.

Opción 2 La herramienta para nutrir a la iglesia de nuevos creyentes.

Opción 4 Es el anuncio novedoso de las buenas noticias de salvación.

Opción 2 Se refiere a la forma estética de comunicar el contenido.

Karisma Opción 1 Es la gracia de Dios en dones y talentos para servir.

Opción 3 Es lo que un líder ofrece y sus seguidores estiman de valor.

Opción 2 Sus rasgos y señales son físicos, mentales y espirituales.

Opción 1 Son los dones de Dios desarrollados por el ser humano.

Opción 4 Es el resultado del proceder de la conducta humana.

Opción 2 Porque debemos discernir y estar vigilantes en la fe.

Opción 2 Porque las acciones deben ser de calidad y de excelencia.

Opción 1 Porque son el resultado de la práctica de buenas costumbres.

Opción 4 Porque son el resultado del carácter de las personas.

Opción 2 Porque son el combustible del agente evangelizador.

Opción 4 Porque son la herramienta para servirle eficazmente a Cristo.

Opción 3 Porque revitalizan a los creyentes para la evangelización.

Opción 1 Para convertir a los creyentes en ministros de la iglesia.

Opción 3 Pensar que el poder es negativo y el karisma es positivo.

Diakonía Opción 2 Servicio social y físico de un cristiano a los demás.

Opción 4 Asume las necesidades del ser humano con solidaridad.

Opción 2 Responder a las necesidades propias de cada persona.

Opción 1 Porque el ser humano ha sido creado y vive para servir.

Opción 2 Porque es útil para alcanzar las metas y resultados.

Opción 1 Porque siempre hay tiempo para servir y ser útiles a Dios.
 Opción 3 Es la señal fehaciente de que la acción es verdadera.
 Opción 1 Porque es inherente a la naturaleza del ser humano.
 Opción 3 De la presencia de Dios en la labor diaria del cristiano.
 Opción 3 El que está centrado en el sujeto y no en el objeto.
 Opción 2 Cuando nuestra labor es buena y además es espiritual.
 Opción 3 De productividad, de inversión y costos, de los contenidos.
 Opción 1 Proceder de la misma forma como actuó el buen samaritano.
 Opción 2 Porque es un proceso permanente de compromiso social.

Koinonía Opción 4 Fuerza que conserva, acrecienta y renueva la gracia.
 Opción 1 Porque cada individuo del grupo conserva la misma esencia.
 Opción 2 Que estamos adheridos a Jesucristo en un mismo propósito.
 Opción 3 Es el gozo de ser el anunciador y el contenido del mensaje.
 Opción 2 Es la proclamación viva y eficaz de la enseñanza de Jesús.
 Opción 3 En su permanencia, reiteración y que se puede corroborar.
 Opción 1 Nos unen a Dios mediante la fe del individuo y de la iglesia.
 Opción 3 Es un medio evidente, sensible, palpable y eficaz de gracia.
 Opción 4 Es la fórmula fiel de las palabras que pronuncia el ministro.
 Opción 3 Porque Dios se hace presente a través de los sacramentos.
 Opción 2 Que cada miembro en la iglesia tiene una función específica.
 Opción 1 En su naturaleza real de piedras vivas del templo espiritual.
 Opción 1 En que posee toda la infraestructura para hacer su labor.
 Opción 1 Debe ir por todo el mundo anunciando las buenas noticias.

Conclusiones:

La evangelización es progresiva. La evangelización se desarrolla en cada persona durante toda su vida.

La iglesia, el cuerpo de Cristo, que está formada por cada creyente, cumple con su misión cuando cada uno de sus miembros se prepara, se equipa y persevera hasta el final de su vida terrena.

Por eso, la tarea de evangelizar es la razón del por qué la iglesia vive desempeñando el oficio activo y permanente de anunciar a Cristo. La labor misionera es vital y necesaria. Jesús desde ayer, hoy y siempre (Hebreos 13:8) continúa llamando a nuestra puerta (Apocalipsis 3:20).

En la actualidad existe una gran cantidad de evangelizadores que se desplazan día y noche por todo el mundo.

Gracias al esfuerzo abnegado y a la lucha tenaz de los incansables y persistentes evangelizadores, a diario vivimos tras el umbral de la esperanza de podernos convertir en verdadero imitadores y seguidores de Cristo.

Aunque muchas puertas se cierran a la proclamación del evangelio, siempre a parecen voces que atestiguan con seguridad y confianza, que el ser humano sigue abierto a recibir a Cristo en su corazón y a dejarse transformar en profundidad, como lo hicieron muchos en la época de los primeros cristianos:

“Una vez que llegaron a Antioquía, reunieron a la iglesia y le informaron todo lo que Dios había hecho por medio de ellos y cómo él también había abierto la puerta de la fe a los gentiles” (Hechos 14:27).

Hoy día, son muchos los obreros que, venciendo la utopía y la quimera del ejercicio ministerial, se entregan incondicionalmente a proclamar la realidad del reino de Dios.

Sin embargo, se necesitan cada vez más obreros, austeros, desinteresados y místicos laborando en la labranza rigurosa de Cristo.

De hecho, de la misma manera como nadie espera ser reconocido en la victoria, cuando ha estado ausente en la lucha, así de exigente es la tarea que nos ha encomendado Jesucristo.

Todos los cristianos al final de su vida terrenal, debemos expresar con donaire la certeza de recibir la corona, como recompensa de haber estado trabajando en la obra evangelizadora, como lo afirmó el apóstol Pablo en sus palabras finales:

“He peleado la buena batalla, he terminado la carrera y he permanecido fiel. Ahora me espera el premio, la corona de justicia que el Señor, el Juez justo, me dará el día de su regreso; y el premio no es sólo para mí, sino para todos los que esperan con anhelo su venida” (2 Timoteo 4:7-8).

No dice a unos, sino a todos lo que tienen esperanza de su venida. Como cristianos y líderes de la iglesia, somos quienes propiciamos la venida de Cristo y su presencia en el mundo.

Por eso, no podemos omitir la acción de dar a conocer el mensaje de Jesucristo por todas partes (Marcos 16:15). Hoy más que nunca, el evangelio espera a quienes se animan a aceptar el desafío de proclamar, anunciar, recibir y vivir la Palabra de Dios.

A los cristianos se nos ha encomendado la misión de glorificar la Palabra de Dios y difundir las Buenas Noticias de salvación.

Sin embargo, esta recomendación la obviamos, y en otras ocasiones, boicoteamos el cumplimiento del propósito misional.

El mayor mal del mundo es pretender callar a quienes proclaman la verdad. Pero la peor actitud, es de quienes, teniendo el deber de pro-

clamar la verdad, la ocultan y la esconden, como se pretende camuflar una lámpara después de haberla encendido (Marcos 4:21-23).

Cuando la sociedad es un caos, no es por causa de la anarquía del mal, sino por la ausencia del orden y la falta de organización de sus miembros.

Lo mismo sucede con el atraso de la completa instauración del reino de Dios en el mundo, el cual fue anunciado, introducido y completado (Juan 17:4) por Jesucristo como su principal proyecto de su labor (Marcos 1:15).

Al final de su ministerio, Jesús sabía que todo estaba ya hecho. No faltaba nada por hacer.

Después de haber trabajado lo único que se tiene es sed, por la deshidratación a causa de su labor física, en su cuerpo, por eso Jesús pidió agua (Juan 19:28).

Es decir, como la edificación del reino estaba terminada pudo decir con satisfacción:

“Todo está terminado” (Juan 19:30). Cada cristiano es como un soldado en un ejército, un obrero en una compañía, un miembro de un club, un cliente de un supermercado, un alumno de una universidad, una unidad en un cuerpo de bomberos o de defensa civil, un atleta en un equipo de alta competencia.

Por eso, nos corresponde como el apóstol Pablo, simplemente expresar:

“He peleado la buena batalla, he terminado la carrera y he permanecido fiel. Ahora me espera el premio, la corona de justicia que el Señor, el Juez justo, me dará el día de su regreso; y el premio no es sólo para mí, sino para todos los que esperan con anhelo su venida” (2 Timoteo 4:7-8).

La total y completa evangelización no ha llegado a la plenitud es por la falta de interés y la inexistente pasión del liderazgo cristiano.

Somos cada uno una unidad de un cuerpo. Para hacer que funcione el reino de Dios en este mundo es la acción de unidades evangelizando. Cada persona en la iglesia es un evangelizador.

Aunque la evangelización no se ha detenido, el ímpetu y la vehemencia, que nos transmitieron los líderes de la primitiva comunidad cristiana, se ha apagado y, en algún tiempo y en ciertos lugares, hasta se ha esfumado.

Algunas veces, el desgano y la negligencia han sido tan evidentes entre los agentes de la evangelización, que las piedras han estado a punto de reventar y de quebrarse a gritos.

Sin embargo, las piedras, aún siguen guardando, porque es su hábitat y, también, porque todavía se levantan voces de líderes desde variadas tribunas, clamando desde lo alto lo que escuchan en su interior (Mateo 10:27).

De todas maneras, existen evangelizadores muy comprometidos. Y es esa constancia y tenacidad de algunos misioneros que han convertido a la evangelización en una ocupación seria dentro de la iglesia.

Los evangelistas continúan considerando la misión de evangelizar como su imperante prioridad de su ministerio, son luz en medio de tanta oscuridad. Estos sacrificados y desinteresados hombres de Dios guardan con auténtico celo y novedoso ardor, el significado eterno del anuncio del evangelio.

Ante semejante desfachatez y atrevimiento de los fariseos, que pretendían callar las voces de quienes alaban y proclaman a Dios, con descarada osadía pidiéndole a Jesús que obligara a guardar silencio a sus seguidores, el Maestro les respondió:

“Si ellos se callaran, las piedras a lo largo del camino se pondrían a aclamar” (Lucas 19:40). Lo hablamos de Cristo, por el sólo gusto y emoción, ni por los gestos de amabilidad y admiración de la gran “fanaticada”, ni por el prestigio y el éxito mediático de unos cuantos populares evangelistas.

Evangelizar es un deber. Como lo exclamó el apóstol Pablo: “¡Qué terrible sería para mí si no predicara la Buena Noticia!” (1 Corintios 9:16). La evangelización total y completa, con todos los elementos que la integran, no es un capricho, ni un simple deseo de hacer proselitismo para ganar adeptos.

Ante la petición de los fariseos para que Jesús reprendiera a sus discípulos, se descubre un concepto más profundo. Según, la concepción teológica y la mentalidad judía, Dios espera a quienes han de venir. Para el pensamiento cristiano, Dios viene a buscar y a salvar lo que estaba perdido (Lucas 19:10).

Además, el amor de Dios a favor de todo el mundo fue de tal manera que envió a su Hijo, para que, creyendo en él, descubramos lo apartados que estábamos de Dios y recibamos el regalo de la vida eterna (Juan 3:16).

La vida eterna es el conocimiento de Dios y de Jesucristo aquí en la tierra, en esta vida física, con la actitud de sobriedad espiritual (1 Pedro 5:8), en vigilancia perpetua, no en la carne, sino en el espíritu. Espíritu que siempre está bien dispuesto, aunque la carne sea débil (Mateo 26:41).

Por eso, el discernimiento de un cristiano debe ser evidente, medible y palpable. No hay lugar para ambigüedades. Todo es claro y preciso. No hay opción, o guarda silencio la naturaleza y los discípulos hablan, o los discípulos callan y la naturaleza habla. No hay dilema.

La Palabra de Dios es soberana y no estará encadenada (2 Timoteo 2:9). En libertad absoluta sigue su curso, corriendo veloz por todas partes (Salmo 147:15). Nadie podrá obstaculizar la acción evangelizadora y jamás se detendrá la obra Dios (Hechos 5:39).

El evangelio nos identifica como cristianos cuando lo compartimos. Si dejamos de anunciar el mensaje de Cristo, quienes perdemos somos nosotros. Porque en vez de recibir la recompensa (Apocalipsis 22:12), estaríamos excluidos de su galardón.

Por eso, sin dudarlo, a la orden de nuestro Señor, los mensajeros nos movilizamos rápidamente a llevar la Buena Noticia de salvación. La misión no es decisión personal. La labor de evangelizar tiene un carácter apostólico, en el sentido de que somos enviados y emisarios de Cristo (Juan 8:42).

Por eso, en todo momento la naturaleza anhela la manifestación de los hijos de Dios (Romanos 8:19). Y cuando la iglesia relaja la vehemencia de su presencia evangelizadora en el mundo, la tierra gime,

de la misma manera como claman quienes se mantienen fieles al Espíritu, esperando que se manifiesten los demás cristianos que conforman el cuerpo de Cristo (Romanos 8:22-23).

La queja y el gemido son contra los cristianos. Aquellos que, siendo creyentes en Cristo, se mantienen al margen del compromiso evangelizador, permanecen fríos y se muestran indiferentes ante Dios y frente al deber de proclamar eternamente su Palabra.

La predicación se hace a tiempo y fuera de tiempo, con enérgicas advertencias y útiles amonestaciones para vigorizar la vida espiritual.

El anuncio de la Palabra de Dios se realiza con sólidas y apropiadas exhortaciones, consolando y fortaleciendo la lucha de la vida interior, consolando con paciencia y en amor, sin dejar de enseñar la sana y original doctrina de la Palabra de Dios.

"Predica la palabra de Dios. Mantente preparado, sea o no el tiempo oportuno. Corrige, reprende y anima a tu gente con paciencia y buena enseñanza" (2 Timoteo 4:2).



Proyecto PLAN TEC

Plan Total de la Evangelización Completa

El proyecto PLANTEC se compone de seis elementos sistemáticamente integrados, que funcionan de manera sincronizada, para completar el proceso de madurez en cada creyente y la fructífera acción de la iglesia.

1 *Kerigma* significa evangelizar. Es el primer anuncio de las buenas noticias de salvación por medio de Jesucristo.

2 *Didaskalia* significa enseñanza. Es la información básica que recibe el nuevo creyente sobre los fundamentos de la fe.

3 *Parenesis* significa adoración. Es la alabanza, la oración y exhortación que festejan los creyentes asiduamente.

4 *Karisma* significa dones. Son los dones que Dios da a los creyentes mediante los talentos, para que produzcan frutos.

5. *Diakonía* significa servicio. Los miembros de la iglesia crean proyectos para el bien de la comunidad cercana.

6. *Koinonía* significa comunión. A la iglesia la identifican por común unidad que hay entre los creyentes y la sociedad.